
HABLA EL BOLETIN...

VICENTE GARRIDO PASTOR

HABLA EL BOLETIN...

SEGUNDA EDICION AUMENTADA

PARA USO PRIVADO

VALENCIA
1978

PRIMERA EDICION 1971
SEGUNDA EDICION 1978

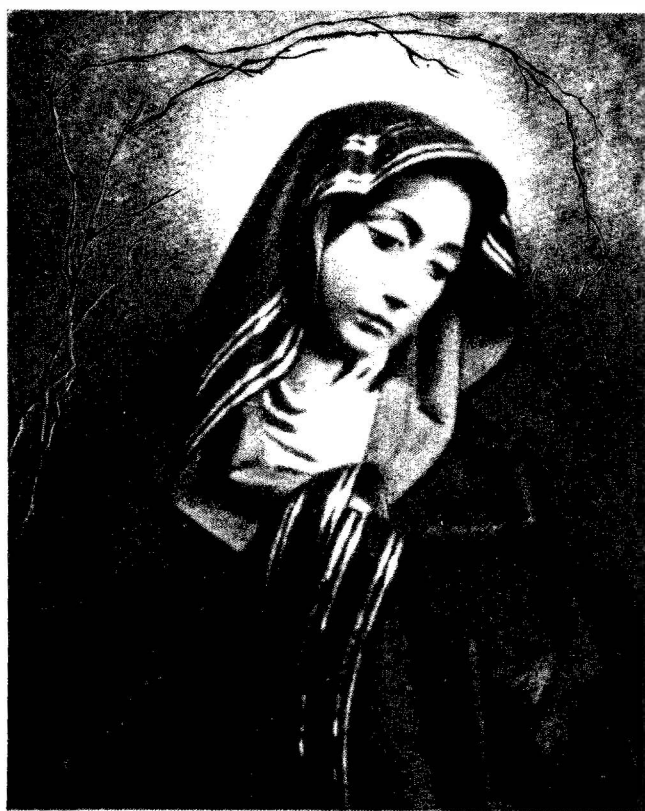
Con licencias

DEDICATORIA

*A Jesucristo, Sumo Sacerdote, y a su
Santísima Madre, la Virgen María de los
Dolores, con su numerosa y predilecta
familia''Las Obreras de la Cruz''..., en
sus bodas de oro de ministro de Cristo.*

EL AUTOR

1921-1971



PRESENTACION

Bien podía decir el Padre al prologar la primera edición de este libro, que «nada nuevo os trae», porque en vida todo él nos hablaba de su espiritualidad: la vivencia de su persona, el atractivo de su ejemplo, el eco de su fervor plasmado en sus escritos, la normativa de las Constituciones, la elocuencia de su palabra, el contagio de su dirección espiritual...

Pero ahora, que nos ha dejado visiblemente, sólo nos quedan la evocación de su recuerdo y sus escritos.

De ahí la necesidad de mantener siempre viva su voz, plasmada indeleblemente en el ideario que confió a su inspirada pluma.

Una parte considerable de este mensaje impreso son los artículos, espontáneos y coloquiales, que esmaltan, como centellas en el firmamento oscuro de nuestra existencia, los Boletines de Información mensual de la Obra, desde su aparición en 1945 hasta su santa muerte, en la Pascua de 1975.

El cuidó una primera edición manual a ciclostil, reuniendo y seleccionando los publicados hasta 1971.

Al reimprimirlos, estimamos que verá con agrado, desde el cielo, que hayamos añadido con el mismo criterio una selección de los que posteriormente vieron la luz.

Con ello dedicamos esta iniciativa a su santa memoria, a quienes le conocieron y a las jóvenes y futuras generaciones de Obreras y miembros Cooperadores que, como nosotras, anhelan amar más a Dios y ser útiles a la Iglesia.

Respetamos íntegramente los textos tal como los escribió. Sólo nos hemos permitido consignar, al final de cada uno, el mes y año del Boletín correspondiente y, para facilitar su manejo, distribuirlos por materias, según la dominante en cada artículo, ateniéndonos al siguiente esquema: Dios, Jesucristo, Virgen María, Iglesia, Sacerdocio, Vida sobrenatural, Valores humanos, Obreras de la Cruz.

Bien entendido que el Padre escribió todos los artículos pensando en las Obreras de la Cruz.

INTRODUCCION

Nada nuevo os trae este libro, recopilación de mis artículos escritos en nuestros Boletines de Información durante los años 1945-1971. Bien conocéis el contenido doctrinal de estos Boletines. Así recopilados, se tiene más a mano su lectura ; la doctrina o temas que en aquellos se tratan, con ser tan variados, van unidos por materias, lo cual facilita una mayor inteligencia y retención de las enseñanzas que se repiten, aun siendo distintos temas.

Estos artículos son voz que habla y recuerda..., voz vigilante de alarma..., acicate a la voluntad en la estima vocacional..., incendios de gratitud y amor a la Virgen..., íntimas reflexiones de aprecio del gran don de Dios..., empuje hacia la imitación real de Cristo..., luces que alumbran los caminos, no pocas veces difíciles, que habéis de andar en vuestra marcha hacia Dios, conservando en su integridad y hermosura el molde, la característica de la Obrera de la Cruz.

Leed y releed estas páginas impregnadas de espíritu, de ánimo, de doctrina sana, y de sólida vida interior, de apostolado que siembra y recoge. El bien que la lectura de este libro os reporte, será un consolador recuerdo que en sus bodas de oro, os ofrezca

EL PADRE

Santa María del Monte, 12 de junio de 1971.

DIOS

DIOS ES NUESTRO FIN

Dios se ha constituido a sí mismo, como centro y fin de todas las criaturas, pero del hombre de un modo especial, porque le quiere comunicar su propio vivir, su propia grandeza.

Queda el hombre constituido «rey de la creación», ya que todas las criaturas aun teniendo por fin a Dios, tienen por fin inmediato al hombre, y así, al universo, al mundo, tanto material como espiritual, Dios le ha asignado un fin inmediato, *salvar al hombre*, ser medio para que éste alcance su fin y goce de Dios.

Para llegar a nuestro fin, que es Dios, necesitamos santidad. ¡Cuánto desea Dios nuestra santificación...! Todo lo ha puesto al servicio del hombre como escala para la santidad. Jesucristo —en su naturaleza humana—, la Santísima Virgen, los ángeles, los santos, la gracia divina, la Iglesia con sus Sacramentos, las criaturas todas, son medios que Dios puso junto al hombre para que le sirvan de escala y ascensor, en su acercamiento a la divinidad; para que mediante ellos fortalezcamos nuestra voluntad y no perezcamos en esta lucha que debemos sostener para alcanzar la santidad.

¡Qué grandes nos ha hecho Dios! Y si Dios

nos puso en la cúspide, en lo alto de todas las criaturas, ya que son medios para nosotros, ¿por qué nosotros, a veces, nos empeñamos en empequeñecernos y esclavizarnos a estas mismas criaturas? ¿Acaso el fin puede esclavizarse al medio?, ¿o es el medio el que ha de esclavizarse al fin? El hacer fin de nuestra vida, lo que solamente es un medio para escalar la vida eterna, es nuestra locura. Andemos con mucho cuidado. Ya es la tela, ya el dinero, ya el corazón, ya la honra..., lo que se convierte en el fin de nuestros esfuerzos, es algo creado que no vale la pena, que constituye la avaricia del corazón del hombre.

La oración no es un fin, es un medio para llegar a Dios. La amistad, no es un fin, es sólo un medio; el trato de tal persona, no es un fin; la salud, la enfermedad, etc., son medios solamente; por todos ellos puedo subir a Dios si los uso debidamente. Es, pues, incomprensible que nos peguemos a las criaturas.

Analícemos nuestro vivir..., nuestras amistades, personas, cosas, etc. ¿Las aprovechamos para nuestra santificación? ¿No? Pues a romper, a cambiar, hasta adquirir el dominio de las criaturas, estando por encima de ellas.

Despego de las cosas. Hay que quererlas porque son criaturas de Dios, y como tales tienen el reflejo de Dios, pero nunca pegarnos a ellas, que jamás las criaturas esclavicen nuestra volun-

tad y corazón de manera que absorban todo nuestro ser. ¡ Cuántas almas detenidas en su vida de santificación por estas cosas... ! ¡ Qué pequeño es el hombre, tan grande como Dios lo ha hecho... ! ¡ Cómo se empeña en morir, cuando Dios quiere que viva !

Vivamos la santa indiferencia en todo, hasta en el apostolado. El apostolado es un medio para hacernos santos, ganando almas para Dios. No es un fin. Será el medio inmediato de una vocación, pero no el fin último. El apóstol trabajando se hace santo, porque acumula méritos delante de Dios por el trabajo, pero el apostolado no es un fin.

La vida apostólica tiene sus peligros, y por ello, aquellas almas que se dan mucho al apostolado de vida activa, han de procurar mantener pujante su vida interior, para que dando, no pierdan, sino que conservando el interior, crezcan más y más. Por el exceso de trabajo se deja la oración, se abandona la presencia de Dios, se relaja la vida espiritual..., han convertido el medio, en fin. Por el contrario, cuando el apostolado se ejecuta con el espíritu de Dios, cuando nuestra acción de fuera, es revelación de lo que llevamos dentro, cuando nuestra actividad es la explosión de un corazón que ama a Dios..., entonces el apostolado nos hace santos.

Pensad con frecuencia en el uso que hacéis

de las criaturas, mirando vuestra santificación. Convenzámonos de la necesidad de ser santos, pero con ese convencimiento que es decisión... ¿Qué importa el mundo, las criaturas todas, si no me ayudan a lograr mi santificación? Digamos con San Pablo : «Todo lo tengo como basura y estiércol, con tal de llegar al conocimiento de mi Señor Jesucristo» y mediante El a la santidad.

Abril 1957.

NUESTRA FELICIDAD

Entre los bienaventurados que pueblan el cielo los hay de todas las tribus, de todos los pueblos, de todas las razas. Es el inmenso ejército triunfante de Cristo. La vida de los que triunfaron y hoy gozan en el cielo no es otra que vida de amor a Dios. La visión de Dios va acompañada del amor. Centra la voluntad en Dios sumo bien, y en esta visión juntamente con el amor está la plena felicidad. Así pues, el hombre es más feliz, cuanto más alcanza la verdad y la bondad. La verdad porque es el bien del entendimiento y la bondad porque es el bien de la voluntad.

En la tierra alcanzamos la verdad en medio de oscuridades, como en imágenes, pero en el cielo podremos admirar la infinita Verdad, cara a cara. Mas no sólo con poseer la verdad, sino poseyendo el bien por el amor, se puede tener felicidad completa. En vano buscaremos tener felicidad completa en este mundo. Nunca podremos llegar a poseer en este mundo la *verdad completa*, ni tampoco alcanzar el bien en el grado que la voluntad desea.

¿Cómo podremos nosotros adquirir aquí en la tierra nuestro grado de felicidad? Viviendo cerca del foco de la verdad que es Cristo, pose-

yéndole por medio de una vida de amor. Nuestra felicidad será mayor cuanto más entendamos y comprendamos la doctrina y la vida de Cristo ; será mayor nuestro cielo en la tierra cuanto más íntimamente llevemos a Dios en nuestro corazón. Este vivir pone tranquilidad y paz ; aquieta nuestras aspiraciones.

¿ Por qué, aun en personas de vida espiritual, no se encuentra esta quietud y felicidad ? Porque en ellas se mezclan factores que las desvían de la última meta que deben buscar : *DIOS*. Si estas tales se buscan a sí mismas, aunque sea en las cosas espirituales, no pueden tener verdadera paz. Si solamente buscan la satisfacción de sus gustos, no gozarán de verdadero sosiego. Si examinándose a sí mismas no aciertan a salir nunca de su yo, llegarán al conocimiento suyo propio, pero no al conocimiento debido de Dios ; necesitan, por tanto, lanzarse de la base del propio conocimiento, al conocimiento de Dios. Es preciso salir de nosotros por medio de la comprensión y del amor. En el cielo habremos salido por completo del yo, para vivir únicamente centrados en Dios, absortos en El, Verdad Suprema, y atraídos por su amor.

¿ Quiénes son los que en este mundo se parecen más a los bienaventurados ? Los que están más llenos de gracia divina. La fidelidad a Dios nos atrae su especial asistencia divina, su mirada paternal y una seguridad sobre nosotros mismos.

Acrecentemos nuestra fidelidad a las exigencias del Señor. Jamás rehusemos las gracias que nos conceda, aunque sean gracias de cruz. Que los dolores y los sufrimientos que en este mundo podamos pasar, nunca podrán merecer tan grande premio como se nos reserva. ¿Qué significa el sufrir de aquí por Cristo, a la vista de la enorme merced que nos tiene reservada en el cielo? A la conquista de este indecible premio marchemos con decisión, constancia y bríos, cumpliendo nuestros sagrados deberes.

Marzo 1948.

AGRADAR... ¿A QUIEN?

Doctrina de San Pablo : «Cristo no se agradó a sí», antes bien cargó sobre sus hombros nuestros pecados y debilidades, por nuestro bien y la gloria de Dios. Nos enseñó a agradar a nuestro prójimo en lo que le pueda edificar y ayudar a su santificación.

El Maestro nos da el ejemplo de cómo debemos tratarnos : con prudente transigencia y con agrado. Transigencia que importa renuncia de nuestra voluntad y gustos, para complacer la voluntad y gustos de los demás ; agrado que exige de nuestra parte caridad en el interior y exterior. Una caridad apacible y austera... No para violar la ley, lo ordenado o mandado, o dar al traste con los medios de perfección, sino en aquello que, transigiendo, ni daña al prójimo ni tampoco es obstáculo a nuestra santificación y perfeccionamiento. Necesidad de un equilibrio prudente en nuestro obrar.

Si buscamos agradar a las criaturas con detrimento de nuestra fidelidad a Dios, aún no somos verdaderos siervos de Cristo. En el trato con las gentes podemos caer en el pernicioso defecto de desviación : buscar el agradar sólo, o tanto, a las criaturas, que nuestra mirada sobre-

natural baje de plano y Dios quede en olvido. Esta desviación es el alma de la vanidad, raíz de tantos males, engendro de tantas equivocaciones, pérdidas de tiempo y energías, castillo de fuegos imaginativos que perturban la paz interior del corazón, desorientan el espíritu y tuercen el cauce de toda una vida.

La vanidad la llevamos metida en la ruindad de nuestra naturaleza caída. Nuestra debilidad pretendemos revestirla de pompa vana, de ostentación personal inútil y vacía, de jactancia presuntuosa, de tontería de mundo que es paja para quemar en la presencia de Dios. El culto del «yo» descentra el espíritu de Dios. Sólo a Dios, a la santidad, hay que darle el culto, porque ellos son la única y verdadera realidad.

La persona atacada del virus de la vanidad es enfermiza en sus gestos, en su porte, en su traje y telas, en sus modos. Es un buen actor en la gran comedia de este mundo, con un desenlace funesto: desencantos, desengaños, acaso tardíos, y desplome del edificio de una vida espiritual construida un día con gran esfuerzo, pero derruida por la fuerza de un halago, de una vanidad natural excitada por la pasión del agrado.

La Obrera procure agradar a Dios en todo. Su *yo* quede rendido a los pies del Señor. Hasta en lo espiritual puede adentrarse la vanidad, que

se hincha de sí, se busca a sí, y tiende a atraer hacia sí cuanto le rodea. ¿ De qué te vanaglorias si lo que tienes de bueno es de Dios? Miremos y justipreciemos las cosas y criaturas en su justo valor.

Vanidad es lo que pasa, lo que muere, lo que tiene por su último y gran pedestal, ¡ una tumba ! Nuestro pedestal es... una cruz en alto, y en ella crucificada nuestra vida. Cuando ésta sangre como la del Maestro, entonces es cuando habremos acertado a atraer a las almas, a ganar las voluntades, a agradar al prójimo y a glorificar a Dios.

Marzo 1955.

SERVICIO DE DIOS

Una de las obligaciones de las Obreras es emplear todas sus aptitudes, así naturales como sobrenaturales, en el servicio de Dios Nuestro Señor. Cualquier regateo que hiciesen en este sentido, sería defraudar las esperanzas de Dios. Esto se incluye en la donación total de una Obrera. No puede, pues, reservarse para sí, como artículo de lujo, ninguna de sus aptitudes.

En nosotros hay una aptitud natural, es decir, que la llevamos en nuestra propia persona, porque Dios nos la ha dado. ¿Vamos a devolverle esta aptitud, así en bruto, sin esmerarla? No, tenemos obligación de perfeccionarla, de explotarla, pues para algo se nos ha dado; para que produzcamos con ella un bien, en la cantidad y medida que podamos, según nuestra capacidad. Quien teniendo condiciones y talento, se quedase a medias, no emplea bien su aptitud. Hay que producir hasta agotar el caudal.

Nuestro natural, como regalo de Dios, lo hemos de perfeccionar con el fin de ser más aptos en su servicio. La persona debe estudiarse a sí misma y ver en qué puede ser útil. Las que se ven como incapaces e inútiles, es o porque tienen la imaginación pesimista y se ven tan apo-

cadass que ellas mismas se deprimen y se aplastan, o porque se ven achicadas ante otras personas en las cuales brillan aptitudes que ellas no poseen. Nadie es tan incapaz —fuera de anormalidad—, que no pueda prestar un servicio a la obra redentora de Cristo.

La necesidad ¡ cuántas aptitudes hace surgir ! Pero eso que la necesidad hace despertar en la persona, lo hemos de hacer nosotros despertar con voluntad e interés. No nos dejemos llevar por la pereza, ya que habremos de dar estrecha cuenta a Dios de los talentos que nos ha concedido.

No neguemos nada a Dios de nuestra capacidad natural, la que sea. El mundo de pecado la emplea para el mal ; nosotros la hemos de emplear para la gloria divina, para nuestra santificación y apostolado.

La Obrera ha de poner grande interés, como que se trata de cosas de Dios, para multiplicar los dones y talentos que de El ha recibido. Todo, bien aplicado, en su sitio, produce el fruto conveniente. Y esta aptitud natural, además de ser perfeccionada por nuestro esfuerzo, ha de ser ennoblecida, levantada, por la aptitud sobrenatural. La gracia que vivifica al alma no destruye la aptitud natural, ni la sustituye, sino que la perfecciona. Para llevar vida interior en nosotros no nos hemos de sentir anulados en nuestro natural, sino vivos, pero encauzándonos hacia Dios.

Para producir fruto espiritual se necesita la aptitud sobrenatural. La Obrera precisa de las dos aptitudes: La primera, porque es el instrumento de lucha en el mundo, y la segunda, porque es el medio de hacer que este instrumento produzca fruto sobrenatural: santificación propia, cambios de vida, conversiones, apostolado fecundo...

Grande, pues, debe ser vuestro interés por acrecentar esta doble aptitud. Perfeccionadla mucho porque aquí va un doble fin: el bien vuestro, vuestra santificación, y el de la gloria de Dios. La resultante ha de ser el fruto apostólico, que no es más que la explosión de esta doble aptitud que nosotros ponemos en juego.

¿Comprendéis lo que una Obrera está obligada a dar a Dios? No se lo puede negar, ni dar con regateo; y si en ello hubiese culpabilidad, piense la tal Obrera que defrauda los intereses del Señor.

Septiembre-octubre 1953.

AUSENCIA DE DIOS

Para muchos todo cuenta menos Dios. Y sin El, sin su intervención divina, no podemos hallar solución a ninguno de los problemas que acosan nuestra vida. Grande es la ceguera del hombre que, con su penacho de soberbia, rechaza la intervención divina en la marcha de los acontecimientos que agitan el mundo.

Dios está sobre nosotros y en nosotros, dándonos el *ser* y conservando este *ser*. Con sus gracias, sus mociones secretas, nos impulsa hacia el bien, y con su poder, sabiduría y bondad, saca bienes de los males que causa el hombre por su maliciosa soberbia, o por su fragilidad.

Sin Dios no hay verdadera y perenne felicidad. Y, no obstante, se ausentan de El, se alejan, olvidan, niegan. ¡Qué triste es querer vivir con los ojos cerrados para no ver lo que uno lleva dentro de su corazón, no ver a Dios que le envuelve desde el principio al fin! Diremos que son vidas desvirtuadas, hechas insípidas como la sal que perdió su sabor. Y aumenta esta desgracia, si desvirtuada nuestra vida del conocimiento, sabor y gusto de Dios, se oscurece la luz en las conciencias. *Negar* por *negar* equivale a destruirse uno a sí mismo.

Nuestra vida es siempre la afirmación de una realidad innegable : que dentro del envoltorio de un amor que la mueve, se oculta una cruz. Y en la cruz está lo que los ojos de esos hombres no quieren ver : un Cristo.

Noviembre 1967.

¿ALCANZAR ALTURA?

Es necesario bregar para ponerse a la *altura* que demandan los presentes tiempos. En la medida que estos corren, vamos surcando el mar alborotado de nuestra vida, descuidando el esfuerzo que precisa para alcanzar esa codiciada *altura*. ¿Nos encontraremos entre los que *cierto* mundo considera fracasados?

Alturas hay desde las cuales admiramos la florentísima belleza de los valles, contemplamos las rojas amapolas que contrastan con el oro de las espigas que la mano de Dios hace crecer... ; otras, que son como cumbre de la ciencia, de la técnica, de inventos maravillosos del hombre, del hombre diríamos prodigio, pero, al cabo y al fin, hombre...

Atisbamos alturas a las que osadamente muchos escalan para medir pronto las profundidades del precipicio. Es tan osado el vicio, que no repara en su hondo desastre. Mas, veo que sentimos miedo cuando fijamos nuestros ojos en las iluminadas, aunque parezcan tristes, cumbres de la virtud, donde el *humanismo* se eleva, se exalta porque su base es el cristianismo limpio, no deformado, no mixtificado... Se fundamenta sobre lo sobrenatural.

Buena y necesaria es la ciencia, como demanda el presente, pero es mejor si tiene las suavidades, los encantos, el rojo del sacrificio que entraña la posesión de cualquier virtud. Anhelamos *alturas*, y nos sentimos cobardes, o desinteresados en conquistar esas cimas espirituales que Jesucristo en grado tan sencillo, abierto y sublime, nos enseñó.

Cualquiera de estas alturas que logremos, de cualquiera de ellas que descendamos, recordemos que, cargados con la maleta de nuestras obras, buenas o malas, agradables o desagradables a la voluntad divina, nos hemos de presentar ante el tribunal de Cristo.

Que la ciencia sea escala para subir a Dios. Que la virtud, que no envejece con el paso del tiempo, la convirtamos en potente ascensor para lograr no tierra, ni criaturas, sino al mismo Dios. La plus-valía del hombre sobre Dios es el mito que inventaron los *sin Dios*.

Enero 1970.

LOS AÑOS ENSEÑAN...

¿Qué secreto abriga el tiempo que, en su correr incesante, nos hace ver y sentir circunstancias, cosas y personas, de maneras tan distintas? En cada etapa que nos circunda, —larga y, a veces, breve— de su paso, pone en nuestros ojos, que miran y escudriñan, pone en la mirada de nuestra conciencia, cristales de variados colores. A través de ellos brota en el campo de nuestra vida la flor de ilusiones en llegar a *ser algo*, en representar un brillante papel en la humana comedia, en las superaciones exaltadoras del nombre, persona, obras realizadas o a realizar; ilusiones de triunfo, de riquezas, de amores.

Luego, a medida que el tiempo avanza y crecen los años, aquellas ilusiones se bifurcan en dos caminos: hacia el mundo buscando tesoros y bienes temporales, glorias y goces de la tierra para depositarlos en el único granero de unos años, de una vida laboriosa y golpeada por sinsabores que con su aliento y compañía la consumen. Ya las personas, las circunstancias, los planes, proyectos, obras, parecen *otra cosa*. No son lo que se soñó, lo que fue primera, segunda, acaso... cadena de ilusiones; la experiencia,

amiga entrañable del tiempo, su embajadora, necesaria maestra de un buen vivir, nos da la clave, nos explica el por qué de ese cambio en sentir y comprender. Y es que sentimos y comprendemos la *realidad* en toda su crudeza.

Con el paso del tiempo se descubre lo encubierto, se desgaja lo fuerte, desmorónase lo altivo, para dar paso, en su derribo y humillación, a lo pequeño y humilde. La mano del tiempo es fuerte e inflexible, y cuenta con mañas para exaltar a los humillados y humillar a los exaltados.

¿ Por qué razón no vemos las cosas como antes, en etapas primeras, segundas... de nuestra vida? ¿ Será, acaso, porque olvidamos considerar estas dos esferas o planos en que nos movemos : lo natural y lo sobrenatural, las cosas con sus valores naturales... belleza, placer, utilidad, el hombre con sólo sus valores humanos, o el hombre en el plano elevado de las virtudes cristianas, vestimenta de Cristo en nosotros?

El hermano tiempo nos golpea con sus años, nos despierta del letargo de imprevisión y de muerte, nos levanta, si no somos cual topos, a esta alta esfera de la virtud desde donde las cosas, personas, obras, instituciones, tienen para nosotros otro significado, otra explicación, como otra realidad.

Ha cambiado el color del cristal a través del cual miraban nuestros ojos, entendía nuestra

mente formando juicios tan dispares; han cambiado las escenas de la comedia humana. Ya no medimos con el mismo rasero de antes aquellas personas, cosas, situaciones. Y son las mismas. Algo se ha interpuesto. ¿Qué? Pues... la virtud. Ya no las tenemos como estorbo y las sufrimos y las entendemos cual necesarios instrumentos a nuestra salvación, purificación y perfeccionamiento. Así descubrimos y reconocemos su valor como instrumento de santificación.

Las penalidades, los contratiempos, enfermedades, penurias, cosas y personas mortificantes tienen un sentido moral interpretadas en el plano de la virtud cristiana : acercarnos a Jesucristo, adjuntarnos al sacrificio del Maestro, unirnos a El. Los buenos, los rectos de corazón, los de conciencia que buscan la verdad, a Dios, hallarán en las entrañas del tiempo, de los años, la clave del camino de la virtud ; los malos, de cerviz dura y en su soberbia enaltecidos, el cierre de su senda de salvación.

Puesto que los años son la medida exacta de nuestras obras ; puesto que son la balanza fiel en la que se miden por su peso los valores ficticios o reales de nuestra permanencia en la tierra, atesoremos, cual nos advierte el Señor, para el cielo.

Cosas todas... si sólo os miramos, al través de nuestros años, de cara a un mundo sin Dios y,

por tanto, sin esperanza, sois tan sólo una punzante pesadilla, una negra tortura. Pero, no ; os miramos de cara a Dios, a Jesucristo, en el galopar de los años, y entonces venís siendo y vendréis a ser... alas potentes para subir a Dios, para unirnos más a Jesucristo. El tiempo nos impele hacia El, íntimo equilibrio y paz del alma. «La paz os doy, la paz os dejo, no como el mundo la da...» Esto quiso durante tantos años, en fraternal unión, dejaros, vuestro *Padre*.

Noviembre 1970.

JESUCRISTO

¿JESUCRISTO AL MARGEN?

Los días de nuestra vida páginas son de un libro, cuajadas de hechos, unos gratos, otros desagradables. La memoria de los primeros, satisface y alegra ; la de los segundos, suele causar tristeza, da experiencia y conocimiento más cabal de cosas y personas, de lo que el mundo es y presta, considerado en su trayectoria hacia un puro materialismo en el que no sopla la espiritualidad, único verdadero vivificante de la grandeza que orna a todo hombre creado por Dios y redimido por Jesucristo.

Mas también nos brinda experiencia y conocimiento del mundo, de cosas y personas, visto de cara a Dios, contemplado en su curso incesante hacia la glorificación divina, hacia una renovación como una nueva creación, realizada por Cristo, según estas palabras del apóstol San Pablo : quiso Dios restaurar, hacer nuevas *todas las cosas* en Cristo. De El no pueden prescindir ni los malos ni los buenos.

Tenemos en El una íntima trabazón. Y si es así, ¿por qué queremos tan sólo marginarle en las páginas de nuestra vida ? ¿Dejarle al *margen* en el encauce de nuestros pensamientos con men-

talidades nuevas que nada o muy poco digan del espíritu de Cristo, vuelo sobrenatural hacia lo eterno?

Se habla de todo, se busca y se quiere resolver todo, no solamente en lo externo, sino también en lo interno psicológico-moral de la vida humana; se proyectan y programan aventuras, con más o menos débiles bases de realidad; se proponen nuevas estructuraciones...; se perfeccionan la TV., el cine, la radio; se multiplican las conferencias de todas clases... y uno se pregunta: ¿dónde está el Cristo? Parece que su nombre se ha borrado. ¿Es que ya se teme nombrar a Dios como Ser de cuya potencia e intervención no podemos escapar?

Parécenos como que el mundo, el hombre, sumergido en un racionalismo disolvente, ya no cree en un Cristo, o se avergüenza de El ante los ataques y diatribas de los enemigos. Estos, a veces, revestidos con piel de ovejas, lobos fieros resultan ser, que devoran las ovejas. Y el que es el principio y fin de *todo*, el que lo llena *todo*, el que lo santifica, el que imprime movimiento y vida al grande y pequeño mundo, para muchos ya no cuenta.

Jesucristo, ¿al margen? Para nosotros sea Jesucristo *idea* absorbente, *eje* de todo el vivir, *corazón* que, como motor divino, dé sin cesar impulso vital divino a nuestro corazón. ¡Ojalá

se pudiese decir de nosotros esto de San Pablo :
el corazón en Pablo es el corazón de Cristo !

Jesucristo relleno siempre todas las hojas
del libro de nuestra vida.

Febrero 1970.

NAVIDAD

**EL ESPOSO VIENE,
SALGAMOS A SU ENCUENTRO**

¡Navidad! Estas palabras nos recuerdan nuestras puras alegrías de la niñez, nuestras primeras ilusiones de inocencia, nuestros gozos de juventud agradecida al Redentor, nuestros ensueños de un desposorio con Cristo, nuestra donación y entrega al Dios cuya gloria cantan los cielos y la tierra. Os ha de hacer recordar vuestra vida de Obreras: nacimiento para el Señor y la conquista de las almas; nacimiento al desposorio espiritual con Cristo y entrega total a su amor.

Recordemos que en esta noche memorable viene el Esposo en busca de corazones; los quiere generosos, castos, santos; en busca de fieles y abnegados servidores que marchen junto a El, desbrozando campos, abriendo surcos, sembrando la semilla de la eterna verdad, de la alegría verdadera, del amor santo.

Viene el Esposo a las almas vírgenes. Vosotras de nuevo ofrecedle la flor de vuestra virginidad, saliéndole al encuentro en esta su venida. Y al ir a la vera de su cuna —pesebre adornado de pajas humildes—, adoradle, besad sus pies, y rendid vuestra voluntad encendida en cariños de desposada.

En esta cuna tuvo inicio vuestra vida de Obreras : virginidad, castidad, vocación, santidad, almas, cielo. Por eso cantaremos con todo nuestro corazón más fina y sentidamente que con la garganta, al Dios Redentor, al Dios Esposo de sus almas predilectas.

Y puesto que nacidas fuisteis con Cristo a un eterno vivir, sentíos por vuestra unión, con un mismo corazón, un mismo pensar y querer, un mismo sacrificio y oblación, con una misma cruz. Ha venido a hermanarnos a todos en esa naturaleza humana que se ha dignado tomar para nuestro bien ; y a unirnos más íntimamente a los que despreciando bienes y cariños de tierra, tomamos un día por único Esposo al Cristo en la cruz.

Cantos y resplandores de cielo nacen y envuelven la cuna del Divino Niño. Tras ellos adivinamos negras borrascas que oscurecen el cielo, y negras sombras de olvido, desprecios y persecuciones, y entre todas ellas, destaca el palo de una cruz. Jesús sonríe... y llora. En el cielo, gozo ; y en la cruz, sacrificio ; pero todo para redimirnos. Cuna de Belén, visión del Tabor, visión del Calvario. Ahondemos con la mirada de nuestro pensamiento en estos misterios.

Noche de gozo, de saltos de sana alegría, de reunión hermanada de esposas junto al Esposo ; de apóstoles junto al Apóstol ; de vasallos al

servicio del Capitán ; de las criaturas cantando al Creador. Son días de honda meditación, para conocer los destinos de nuestra vida fijada por Dios desde esa bendita cuna.

El Creador besa a la criatura ; el Redentor purifica al hombre pecador ; el Niño nos enseña a ser hombres cabales : plenitud de perfección ; el Mártir nos enseña a sangrar en silencio ; el Maestro enseña ; el Esposo viene...

Obreras, salgamos a su encuentro y pidámosle nos vista del blanco traje, sin mancha, de la limpieza de vidas desposadas para siempre.

¿ Qué nos traerá el Niño Jesús en este año ? Pedid y recibiréis. Preparad, pues, vuestras peticiones.

Señor, tráenos fidelidad, firmeza, generosidad, unión apretada, fecundidad en nuestros trabajos, alegrías en nuestro sufrir, humildad... ; tráenos almas..., Obreras, Cenáculos..., ¡ si todo ha de ser para Ti !

Obreras, ¿ daréis nuevos pasos en vuestra perfección ? ; ¿ trabajaréis para que la Obra dé nuevas y fuertes ramas, siempre sanas y fecundas ? Jesús sonríe... y espera.

Diciembre 1948.

NATIVIDAD DEL SEÑOR. REFLEXIONES

Noche memorable de Belén, día del cuerpo, caldeada de celestial amor para las almas ; noche augusta en que del seno inmaculado de la Virgen nace en la tierra el deseado Jesús Redentor ; noche de dulce nostalgia, de alegría y de paz en torno a la cuna donde sonríe el Niño Dios... ¿Sabré yo, en medio de su silencio, oír la voz de mi Señor, invitándome a la paz del corazón, a la fraternal convivencia, a mi reposo amoroso junto a El, a abismarme en la grandiosidad de este misterio de amor ?

Preparemos nuestro espíritu en las horas que preceden a la venida del Señor, en esta noche de goces y de gratos recuerdos, con profundas reflexiones saturadas de gratitud a la infinita bondad de nuestro Dios.

Contemplo el pesebre. En él está mi Dios, hecho mi hermano ; le miro y me mira. ¡Cómo me ama, y yo... cuán poco le amo ! ¿Para qué quiero tener corazón, si no lo consumo todo amando a mi Salvador ?

¿No nos conmueve la pobreza, la humillación y el amor de cruz, extraño y nuevo ropaje con

que se nos presenta Dios en su entrada triunfal en este mundo?

Vistámonos del ropaje de la virtud, presentándonos así al mundo para su ejemplo y edificación, atrayéndolo hacia el Redentor.

Pobre cueva es esta tierra perecedera en que vivimos. ¡Hay en ella tanta pobreza de virtud, tanto frío de muerte en las almas, tanto estiércol de pecado! La cuna de Belén, reproducida en la escondida casita de nuestro yo, en el hogar de nuestros Cenáculos, sea cada día la cuna de nuestro resurgir espiritual, de nuestra creciente santificación, de nuestra vida de paz y laboriosidad.

Junto a este Jesús que redime, salva y cura, todavía hay cielo en la tierra.

Las estrellas, fijas en el firmamento, alumbran en la oscuridad de esta noche. Así son las almas vivificadas por la gracia: dan resplandor de cielo entre las negras sombras que envuelven al mundo del pecado. Las almas santas brillan en torno de Cristo, venciendo la densa niebla de corrompida sensualidad. Estrellas así debemos ser y sentirnos, especialmente en esta feliz Nochebuena.

¿Y las legiones de ángeles en su alegre revoloteo, sin ruido de alas, pero con armonías de cánticos que embelesan?

Me recojo en mi interior : miro y escucho. La cueva se ha convertido en palacio : «El Señor, príncipe de todos los reyes de la tierra», habita en ella. Los ángeles, con su resplandor, parecen focos de luz. Semejan invisibles aviones descendidos del cielo, que traen al mundo el mensaje de la divinísima Trinidad : «Gloria a Dios y paz para los que están animados de buena voluntad».

Recordemos en esta noche este mensaje que sintetiza nuestra vida y acción : encentrarnos y encentrar a las almas en Dios ; pacificarnos y pacificar a las almas en El.

¿ Y si llegáramos a ser como uno de estos imaginativos aviones espirituales que, sin ruido ni estridencias, pero con agilidad y potencia de elevación, voláramos por el mundo, dejando tras nosotros las huellas de algo sobrenatural, enseñando a los hombres el camino de su íntima paz y produciendo en ellos incendios de amores a Dios? Sí, puedes serlo. Motor ya tienes : tu corazón. Pónle las alas de la abnegación y luego..., le aplicas la corriente impetuosa del amor. Es cierto que volarás como los ángeles en la cueva de Belén.

«He aquí que va a venir el Señor, príncipe de los reyes de la tierra ; bienaventurados los que están preparados para recibirle dignamente».

Diciembre 1952.

EL VERBO SE ENCARNO

La Encarnación es hermosísima prueba de la inmensidad del amor de Dios, que se derrama de una manera inefable en favor nuestro, haciéndose hombre. Dios, bajando de esa inmensidad de grandeza a lo más profundo de la humillación, como si fuera el postrero de la sociedad, despojado de todo, sin honores de ninguna clase. Dios, infinita riqueza, se hace hombre, y queda tan pobre que nada tiene, sino tan sólo como albergue unas pajas y un establo. Dios poderoso baja y se humilla, se hace débil y llora, haciéndose como nosotros, impotente.

Para que esta semejanza fuera completa era preciso que el Señor echase sobre su cuerpo todas las flaquezas que nosotros tenemos por nuestros pecados: sufrir, llorar, pasar hambre, pobreza, desprecios, humillación, abandono.

¡ El Verbo se hizo carne ! Si Dios, si lo más grande, tanto bajó, tú, con tu pequeñez, ¿ cómo te resistes a bajar ? Si Dios, infinita sabiduría, se vistió de esa necedad de la cruz, ¿ cómo tú, tan ignorante, puedes hacer alarde de que algo sabes ? ¿ Cómo podrá haber en ti brote de orgullo ? ¿ Cómo te puedes considerar mejor que otros ? Necesitamos ser muy humildes, pues

Cristo viene a la casa de nuestro corazón para enriquecernos con sus dones.

La Obra, como la Obrera, sea en todo momento casa abierta para que Jesús con su Madre... encuentre hospedaje. El viene a los suyos. En nuestros Cenáculos sí que se le recibe; podemos decir que es la vida, el aliento, el sostén, el todo. Que jamás pueda decir el Señor de ninguna Obrera: vine a ella y no me quiso recibir; vine a su corazón y se me cerró para tan sólo querer a la criatura; vine a poseerla, y la encontré ya llena de amores del mundo; vine a visitarla y rehuyó mi visita. Que Jesucristo nuestro Señor pueda descansar y ser consolado en cada corazón de las Obreras, en cada Casa-Cenáculo.

Las Obreras, como la Obra, sean lugar de descanso para el Señor, y el consuelo suyo en medio de tanto mal. Sed siempre así. Que nunca el Señor pueda quejarse de alguna de vosotras; que la Virgen no haya de tomar a su Hijo y marchar en busca de otra posada; posada que tal vez sea el establo pobrecito de un corazón manchado, pero convertido después por la gracia en rica morada, mientras la vuestra se queda sin el Señor.

Triste cosa sería que nosotros no quisiéramos recibir a Jesús y a la Virgen, es decir, no recibir sus gracias, y tuvieran que buscar posada en almas pecadoras más abiertas para recibir su

visita de salvación y de gracia. La visita del Señor no se pierde ; busca otras almas a las que llama, ilumina y santifica.

La vocación es como blanca paloma que vuela surcando los espacios, y allí queda donde halla acogida. ¿Fracasa, se pierde una vocación ? Acaso muy cerca o muy lejos surge su semilla llevada por el viento del Espíritu Santo. El fracaso de uno puede ser ocasión de riqueza para otro.

No perecerá la semilla de la vocación que Cristo sembró en los surcos abiertos en el campo de las almas, y todavía sigue sembrando... Y aunque pisoteada esta siembra por la maldad, no deja de florecer en bellas espigas vocacionales.

Diciembre 1953.

NAVIDAD

Ya se acerca la Navidad. Viene, como todos los años, llena de nostalgias santas para los buenos, los que buscan en Jesús la salvación y la paz del corazón; de placeres y goces sensuales, para los que no ven otra cosa que una ocasión más en la vida para el goce material.

Para nosotros, es el recuerdo vivo del gran acontecimiento del amor de un Dios hecho hombre, que viene a convivir con el hombre una vida humana, con todas sus pesadumbres, pobreza, dolores y amarguras, dulcificándolas con el goce íntimo de un mandato, el de su Eterno Padre, dentro de los planes divinos de la Redención y santificación de las almas; la ejecución de una vocación apostólica, que llevará a cabo con la predicación, el ejemplo y la cruz.

¿Por qué nuestro cotidiano vivir no será un continuado nacer a un mejoramiento espiritual, una ejecutoria de nuestra vocación dentro de los planes que trazó el Señor para nosotros? Necesitamos renovarnos cada momento para no envejecer en la monotonía de una vida en que tantos se estancan, se cierran sus caminos de progresos, contienen sus bríos, sofocan sus fuerzas y angustian su corazón.

El mundo está necesitado de una honda renovación espiritual en la que se restablezca el orden moral, la rectitud en el obrar, la sinceridad de conciencia, el sosiego y equilibrio de un Cristo conocido, comprendido y vivido. Y en esta renovación, no podemos nosotros sentirnos ausentes. Debemos figurar en primera línea como soldados de vanguardia.

Envejecen las obras porque envejece el espíritu de los que las constituyen y las sostienen, es decir, el espíritu de sus miembros. Envejecen éstos, porque pierde bríos su espíritu, su pensamiento, su voluntad. De aquí la precisión constante de un revivir de nosotros mismos en Dios, de un hacer como *nuevo* el pensamiento de Jesucristo, pensamiento de redención, de conquista, de inmolación, de amor.

Memorable cuna de un Dios humanado, pobre, pero aureolada de inmortal grandeza. Junto a ella revolotean los ángeles, cantando «Gloria Dios». Así cantan las almas angelicales por su pureza de vida, por su alteza de miras, por su oficio de adoración a Dios.

Así cantemos también una vez más en esta memorable noche de Navidad, cerca de la cuna desde donde el Niño nos mirará con la dulzura de sus ojos, a los que por su amor y por su gloria queremos sacrificar nuestras ilusiones de una vida pasajera, con sueños de conquista de una vida sin fin...

Dulce cuna de Cristo. Junto a Ti, una Madre,
la nuestra. Y junto a Ellos, el corazón de sus
Obreras.

Diciembre 1958.

NAVIDAD. ANTE LA CUNA

Se canta, se salta, se llora..., todo como expresión y lenguaje del corazón que habla. Pero, ¿qué vale todo esto si no se ama? Al acercarnos a la cuna de nuestro Dios hecho hombre, llevemos una gran carga de amor para depositarla, como nuestro mejor tesoro, a los pies del Cristo Niño. Sí, es eso lo que busca, espera, anhela de nosotros. Lo único que le llena porque cumple su programa de Salvador : viene a poner fuego en la tierra, a encender la llama divina de un amor sin mancha y sin fin.

Que nos queme ese fuego de caridad y con él encendamos voluntades, troquemos vidas. Que al calor de nuestro contacto con las almas, broten en ellas deseos de vida santa, de entregas sin cortapisas, de donaciones totales.

Esta venida de Jesús, henchida de dulces nostalgias, nos hace recordar aquellos días imborrables de nuestros años inocentes, en que depositábamos a los pies del Redentor nuestra inocencia, con un beso amoroso y entrañable. Hoy nos acercamos para depositar, con nuestras flaquezas, lo mejor de nuestra voluntad y corazón.

El viene a libertarnos de la esclavitud del pecado y a sujetarnos con el suave yugo de la vir-

tud. Y atados a El por tantos lazos de generosidad, nos sentimos felices con el que es la infinita felicidad.

El amor divino que se manifiesta en una pobre cuna y que rematará su camino, su recorrido de gracias y bendiciones en el tablero de la muerte : la cruz, es el amor que así, humildemente empieza ; y así, victoriosa y heroicamente, se eleva para levantarnos a un triunfo definitivo.

Cristo ha nacido para nosotros. Jesús-Niño sonríe a sus Obreras, y sus sonrisas son flores de aliento y de esperanza.

¡ Nostalgias de Navidad ! Alegrías de Nochebuena... Entrad en nuestro corazón y hacedlo latir fuertemente a lo divino en esa noche de cielo.

Diciembre 1959.

CUNA DE BELEN

La fiesta solemnísimas de la aprobación de nuestro Instituto, que pronto cumplirá su primer año, va vinculada a los días inmediatos al Nacimiento del Señor. Recordamos aquella mañana feliz en que la Obreras de la Cruz renovaron sus votos de consagración y completa entrega al Instituto, para extender el Reino de Cristo. Todo respira honda emoción, intensa alegría de alma y gratitud al Señor, dador generoso del gran don de la vocación de Obrera, y a nuestra Virgen amada, por cuyas manos maternas os vino ese gran don cuya sublimidad tan sólo en el cielo se podrá apreciar en todo su valor.

Unidas en aquellas horas en un apretado haz de amores divinos y de ansias apostólicas, ha transcurrido el año 1965 con aquel vigoroso aliento. Poco falta para fenecer éste y dar entrada al 1966, año en el que esperamos un nuevo crecimiento de este «retoño del amor de Cristo», extendiendo su ramal a pueblos y capitales. Roma a la vista. Pronto las Obreras sembrarán aquí la semilla del Evangelio.

Por todas partes se nos abre el camino y se nos ofrecen campos de apostolado. ¡Nos faltan

brazos y brazos vigorosos! ¡ Nos faltan Obreras bien templadas sobre el yunque del fuego del amor divino, esforzadas y, en muchos casos, yo diría que heroicas! Pero esperamos que Jesús, fuente de toda gracia y vigor, y la Virgen, en cuyo regazo nació la Obra, rematarán lo que con su inspiración y auxilio empezamos.

¡ Cuna de Belén que nos evocas la pobre y humilde cuna de nuestra Obra! A ti volvemos nuestra mirada en la ya cercana noche del Nacimiento del Salvador y gozosos nos acercamos a rendir el tributo de nuestra adoración, con una renovada entrega total. Todo ante esta cuna transpira amor y gozo, humildad y fortaleza, redención y cruz. Todo ante ella nos habla del plan divino de la sublimación y salvación eterna del hombre; todo respira esperanza segura de una eternidad gloriosa.

Bendita cuna de Belén donde reposa el Niño Dios, a la vera de San José, el esposo fidelísimo y custodio de la Sagrada Familia, y de la Madre Virgen, unidos los tres en un inefable amor y en una voluntad en la ejecutoria sublime de la Redención del mundo.

Cantemos, miremos y ofrezcamos. ¿ Ofrecer? Sí, dando a manos llenas, sin reservas, cuanto somos y valemos, unidos siempre a ese Niño y a esa Virgen, únicos faros de luz en nuestro bregar apostólico.

Al cantar de nuestras Obreras en el cielo,
unamos el nuestro en esta noche de tantos gozo-
sos o internos recuerdos: ¡ *Gloria a Dios!*

Diciembre 1965.

NUESTRA CUNA

¡ Belén ! Todo suena a campanas, todo sabe a íntimo hogar, todo nos recuerda y renueva los lazos familiares, nuestras casas, donde hallamos nuestra cuna. ¿ Por qué esta renovación de recuerdos y de afectos que renacen en nuestro corazón ? ¿ Qué fuerza misteriosa nos impele secretamente y nos inunda de una inexplicable alegría... ? Es que toda nuestra vida retorna, al recibir el calor de una *Cuna* : la del Niño-Dios, la del Dios hecho Hombre, la del Salvador esperado. Ella aún en torno de sí todos los hogares, todas las almas, la Humanidad entera ya redimida.

El amor nos habla, nos atrae, nos hace sentir la felicidad verdadera, desde ese pesebre en el que está recostado el que más nos ama. Es Jesús, el Cristo deseado, arranque, centro y remate glorioso de nuestra vida.

Otra vez, otro año, nos acercamos de nuevo, gozosos, a besar a ese Niño amado, y le envolveremos con la caricia de nuestros cantos alegres, retozando de gozo espiritual, y depositaremos la ofrenda del pobre óbolo de nuestra personilla, de nuestros más caros afectos... Pero un día pasó esta cuna de pajas y se convirtió en la cuna de

un Sagrario, de una cruz. Todas ellas hablan de Redención, de virtud, de grandeza espiritual, de santidad.

Cunas de tierra que se resquebrajan y desmoronan... Cunas tejidas de riquezas que el tiempo ensombrece y desfigura... Cunas rodeadas de grandezas terrenas y honores humanos... todas vais pasando, en silencioso desfile, hacia la muerte, hacia un mero recuerdo.

Pero hay una cuna en nosotros que es viviente, y a la que el tiempo no puede destruir: es nuestra alma. En ella nazca cada día Jesús; en ella viva y crezca hasta que lleguemos, como escribe San Pablo, a formar en nosotros la plenitud del hombre, del Cristo vivificando todo nuestro ser, del Cristo vivido, amado, formado en el íntimo de nuestras almas. El corazón es cuna del amor. Pero mejor cuna que el corazón, que la muerte corrompe, es el alma, que no muere.

Hermoseada y enriquecida por la gracia, hagámosla en la noche soñada de Navidad, cuna misteriosa en la que eternamente viva, entre ardores de casto amor, el Divino Niño.

Diciembre 1966.

REGALO DE NAVIDAD: LA PAZ

¡ Paz a los hombres de buena voluntad ! Así cantaron los ángeles en la clara y sublime noche que nació Jesús, el Salvador del mundo. ¿ Y qué otro puede ser nuestro canto cuando gozamos de la vida oculta de Dios en nuestras almas que reflejan el reposo de la mar en calma cuando le dora el sol del amor divino ? ¡ Si acertáramos a conservar siempre esta paz, este equilibrio en el que sólo Dios es el centro que anima nuestro ser !

Ansias de felicidad nunca satisfechas si nos apartamos de esa bendita cuna de Belén donde reposa el Niño-Dios. Nuestro corazón lo necesita para vivir el don de la paz, riquísimo regalo del cielo. Y la hemos de vivir, primero en el secreto de nuestra alma, luego en el gobierno y buen concierto de nuestras pasiones, para que toda nuestra persona quede bien compuesta en obrar según la voluntad divina, en amar esa voluntad que nos quiere colmar de bienes espirituales, de cuantiosas gracias, de goces indecibles.

Los que son del mundo no pueden captar las delicias divinas de una paz que penetra en las intimidades del alma y la hace feliz. El mundo busca la paz por el camino de la discordia, del orgullo, de pasiones insatisfechas, camino en el

que la cruz es como sombra fatídica, amenazadora, que ahuyenta y horroriza. Y queremos la paz, pero condicionalmente, es decir, a condición de que los demás se nos rindan, nos presten su acatamiento, nos reconozcan como más fuertes, más competentes, huída toda humillación.

La paz sólo entra en los corazones humildes, sólo vive en los desprendidos por Dios, sólo se asegura y robustece en una superación de *todo*, por la fuerza de un amor intenso a Dios. ¿Cómo se altera, cómo se pierde esta paz, toda felicidad y dicha del alma? Sencillamente, se altera, se pierde, cuando tales quebrantos tienen su vida de unión con Dios.

Le vemos en una cuna pobre, pero en sus manos de niño nos trae lo que más vale en el mundo: la santidad. Y la santidad es paz de Jesús en el alma; es amor que deshace inquietudes de tierra; es riqueza única que llena los deseos de imperecederos bienes; es lo *misterioso sobrenatural* que espiritualiza al hombre y le envuelve de vida divina. ¡Y esto es la paz... para los de buena voluntad, para los que aman a Dios!

Cuando se ciega la fuente cristalina de la humildad, la *unión* decrece hasta parar a romperse contra la piedra de choque de un yo que se busca a sí mismo... Y entonces la paz sacude sus alas y remonta su vuelo, porque allí no puede anidar, no puede vivir.

Descorramos el velo que oculta un mundo atormentado, hambriento de felicidad. Y ésta no la podrá encontrar hasta tanto una conciencia limpia, netamente cristiana, le brinda la paz, la que cantaron los ángeles, la misma que Jesús dejó a sus discípulos cuando les dijo: «La paz os dejo, la paz os doy, no como el mundo la da».

Señor, que al besar tu imagen recostada en una cuna, en esa noche feliz de tu Nacimiento, resurja en todos nosotros, con más brío que nunca, en nuestros espíritus y en nuestras obras, esa paz venturosa.

Para todas... mis felicidades sin cuento en la alegría y la paz del Señor.

Diciembre 1967.

CON AMOR Y POR AMOR...

Otro año que va a terminar, fin anunciado con la conmemoración del Nacimiento de nuestro Divino Salvador. Otra vez, con retozos de alegría y de gozo ante la cuna pobre de Dios hecho hombre. En tal grado nos amó, que nos entregó a su propio Hijo. Todo nos habla esta bendita cuna, en un pesebre de amor y de entrega, de paz y de cielo, de santidad y de una futura patria en la que nuestros anhelos de amor y de goce serán eternamente cumplidos; todo canta una nueva era de redención y glorificación del hombre.

Mas esta cuna en donde empieza a vivir con nosotros el Niño-Dios, bella en su humildad, tejida de pajas, mecida entre cantos angélicos, tiene por su encanto y dulzura un misterioso poder de atracción sobre el corazón humano. Ya alumbra la luz de Verdad en el mundo; ya el pecador ve abierta la puerta de su redención, rota la esclavitud del pecado. Todo tiene sabor de cielo, de familiar afecto, de hogar en donde el amor mueve y gobierna los corazones para hermanarlos y unirlos entre sí y elevarlos hacia Dios.

Si los hombres acertasen a leer esta primera página del libro de la vida de Jesús, que empieza

en la felicísima Nochebuena, y supiesen o quisiesen comprender su alto significado, cambiarían el rumbo de su vida, despegándola de la tierra, campo de lágrimas, y la remontarían en el raudo vuelo de sus nobles deseos y santas obras, en busca de la luz y el calor divinos.

Al Niño le ofrece el mundo cristiano sus más hondas, sentidas y tiernas canciones; la gente se mueve, afanosa y alegre, en torno de esta festividad, pero acaso no piensa en el significado y sublimidad de este misterio. Nosotros sí nos adentramos en su grandeza espiritual. También le cantamos, le festejamos con fe viva de adoración y ofrenda de nuestros más puros y mejores amores. Mas no nos quedemos ahí.

Pensemos que esas pajas se convertirán un día en espinas punzantes que laceren sus sienes divinas; y las lágrimas que en su cuna esmaltan sus dulces ojos, serán lágrimas de dolor a la vista de una Jerusalén ingrata, ante la decepción de los hombres, el alejamiento de tantos y la traición de los suyos. ¿Qué hacer?

En esta noche renovaremos nuestra fidelidad y entrega al Dios hecho Hombre, al Salvador del mundo, pero hagámoslo *con amor y por amor*. ¡Como El hacia nosotros! Y muchas espinas, almas alejadas, las convertiremos en flores de almas que se abrirán para ser el perfume de su vida nueva, vida de Dios, al tocarlas el calor del

amor divino. Que Jesús no sólo esté entre nosotros, sino en nosotros, en la intimidad de nuestro corazón.

Diciembre 1968.

LA NAVIDAD

Podéis pensar cuál va a ser mi felicitación para todas las Obreras de la Cruz en el gozoso recuerdo de la esperada Navidad del Señor: la paz en el alma que no quiere desviarse de los caminos trazados por Dios; la paz nacida y que sigue brotando de la unión amorosa con Cristo que nos llamó a una vocación de santidad; la paz que enlaza voluntades y las hermana en el ideal sentido y buscado de la *gloria de Dios*; la paz que no sabe de ambiciones terrenas que aprisionan el espíritu y obstaculizan la libertad de la gracia, desviada en su uso por la influencia de un humanismo sin Dios; la paz que brota pujante de una conciencia troquelada en esta lección perenne del Niño-Dios: el que me quiera seguir, niéguese, tome su cruz y sígame. Esta es la paz, don divino, que os deseo en esta Navidad de Nuestro Señor Jesucristo.

El vino a santificarnos, elevándonos a la condición de hijos de Dios, haciéndonos partícipes de la vida divina. Sobre esta vida divina, que nos lleva a nuestro supremo destino sobrenatural, se asientan los valores del hombre, los valores humanos. Sin Cristo, el hombre por el hombre... es nada.

Dios por el hombre, y éste por Dios ; Cristo por el hombre, y el hombre por Cristo... es todo. Ello nos marca la unidad en destino, en vida divina, en acción dirigida a la santificación del hombre y a la glorificación de Dios. Y desde esa cumbre desciende la corriente de amor que hermana a los hombres ya hermanados en Cristo.

¿Qué es lo que obstaculiza el descenso y el derrame de esa corriente de caridad divino-humana? Lo habremos de buscar en el egoísmo, en el orgullo, en la ausencia de una vida sobrenaturalizada que entraña en sí la donación de nosotros por amor a Cristo.

Ante la cuna donde Jesús nació, adoremos al Dios hecho hombre, humillemos el penacho de nuestras ponderadas grandezas terrenas y el engreimiento de nuestra tanta encumbrada personalidad que se esfuma y viene a convertirse en sombra, en presencia de la infinita personalidad del Niño-Dios, que con luces de verdad y de vida, más que de sol, brilla en Belén, en las oscuridades de una noche feliz para toda la Humanidad.

Al Niño, un beso de paz, de fidelidad y de amor. Y a todas las Obreras, mi felicitación más sincera y paternal.

Diciembre 1969.

¿UN PASO MAS?

El Verbo Divino, eterna Palabra de Dios, nos habla con el lenguaje del misterio insondable del Amor que difunde vida a una Humanidad pecadora. Somos miembros de esta Humanidad. Gracias copiosas, destellos de esta vida divina, se nos han comunicado y siguen llegando a nosotros.

¿Qué quiere el Cristo nacido en humilde y pobre cueva? ¿Amarnos y santificarnos? También que le amemos y laboremos en nuestra santificación. ¿Sufrir y enseñarnos a sufrir? No podemos cerrar los ojos y huir cobardemente desdorando nuestra condición de hermanos del Dios-Hombre nacido y recostado en cuna de solemnísima pobreza. ¿Humillarse para aparecer en el mundo, que viene a redimir, abatido en su grandeza, adoctrinándonos el camino de ganar a Dios, de llegar a El, de atraer la voluntad de los que con buen corazón y sinceridad de alma, se alleguen a nosotros? No cabe duda de que la humillación nos es precisa para aminorar o matar el orgullo, romper una de las dos caras, la de la insinceridad que aparta de sí la tan necesaria confianza en nuestra vida.

El Niño Jesús, el Mesías anunciado y esperado, el Cristo, pobre nació y pobre murió.

Humillado ante el orgullo del mundo nació y sublimemente humillado murió. Nació con la inocencia y sencillez de un niño que, desde el regazo de su Madre, la Virgen María, ofrece con total generosidad, con transparencia y verdad, su corazón cual víctima de universal reparación, para que el hombre alcance su meta gloriosa...

Nacer espiritualmente..., nacer para el Cristo de Nazaret, el hijo de José el carpintero, el hijo de María, requiere un lecho poco grato a los que sólo ambicionan los placeres del mundo: la pobreza, la humildad, la verdad vivida... Pues, ¿no es esto vivir la Palabra de Dios?

¡Qué enseñanza nos trae la cuna escondida de Belén! Pero nos cuesta aprender en ella; la admiramos, pero sin entrar; cantamos... mas, ¿cantan al compás del corazón nuestras obras? El camino de regeneración, de salvación, de la verdadera grandeza, que es la espiritual, está abierto para todos. ¿Son pocos o muchos los que caminan por él?

Pronto caeremos en la cuenta de adónde nos conducen nuestros pasos, nuestro modo de vida, nuestra actuación, nuestro obrar, reflexionando con sinceridad y verdad en la Natividad del Señor.

Un paso más en vuestro progreso espiritual, fidelidad, entrega... Acaso cueste... Pero, pensad que la obra de Dios se resiente. Que El, en su

venida, os colme de paz y de gozo, y os una con la más ardiente caridad.

A todos os desea las mejores *felicidades*, vuestro *Padre*.

Diciembre 1970.

Y NACIO DE MARIA VIRGEN...

En el Nacimiento del Señor vemos cumplida la profecía de Isaías, que dice: «Ved aquí que la Virgen dará a luz un hijo que se llamará Emmanuel», que significa Dios con nosotros. Las profecías mesiánicas son cumplidas. El Mesías anunciado recostado está sobre pajas, en un pesebre de la cueva de Belén. No tiene por qué temer San José de lo que envuelve el gran misterio de la Encarnación. Leemos en San Mateo estas palabras: «No temas tomarla por esposa porque lo concebido en Ella es obra del Espíritu Santo. De Ella nacerá un hijo que se llamará Jesús, que salvará a su pueblo de los pecados». De una Virgen, pues, según las profecías y los Evangelios, ha nacido el Mesías, el Cristo, el Salvador del mundo. Más que la luz del sol, otra luz más resplandeciente envuelve el pesebre donde reposa el Dios-Hombre, cuyo reino no tendrá fin.

Se revela el misterio de la Redención anunciado primero por los profetas, y ahora por el mismo Dios hecho hombre. El que bajó del cielo y se encarnó en el seno de la Virgen más santa, se muestra al mundo envuelto en luz celestial, con la más profunda humildad, revestido de pobreza y sumiso a la voluntad del Padre que

le envió para salvar al hombre y enseñarle el camino ascendente hacia el cielo.

¿ Por qué esta Natividad del Señor nos hace palpar a todos, buenos y malos, creyentes y hasta no creyentes, en sentimientos de alegría? Esto para unos es de gozo del alma ante la escena tiernísima del Nacimiento del Redentor ; para otros, motivo de placeres, festividades puramente terrenas, vacías de contenido espiritual, de crápulas y desbordamiento de pasiones que hunden en la sima de vicios. La inconsciencia o la maldad es fuerza, en muchos de ellos, que los hace discurrir por caminos de perdición. ¡ Si fijaran bien su mirada en ese pesebre de Belén donde el Cristo Redentor nace para ser hostia inmolada de Redención en la Eucaristía y en la Cruz ! Pero les falta la luz de la fe, la luz de la llama de un amor que les haga ver el destino último y supremo de su vida.

¡ Cuántas gracias hemos de verter a los pies del Señor y ante nuestra amada Virgen, porque un día nos brindó los medios para que brillase en nosotros la luz de la fe y, guiados por ella, rindiésemos el oro de mayor quilate, el de nuestra vida ! Si felicidad y paz hemos de hallar en esta tierra, lugar de lucha para merecer, tan sólo las podremos encontrar en una consagración total al que totalmente se nos entregó en la noche feliz de su Natividad. Que nazcamos en esta conmemoración navideña a una renovación y

crecimiento de gratitud y de amor a la Virgen María que nos trajo al Salvador, y a una constante fidelidad al Dios que nos llamó a su total servicio.

Y aquí van, para cerrar estos renglones, mi mejor felicitación a todas las Obreras, a las que deseo gozo en el alma y paz, esa paz que, como dice San Pablo, sobrepuja todo pensamiento.
¡Felices Navidades y Año Nuevo!

Diciembre 1971.

NATIVIDAD DEL SEÑOR

Mientras el tiempo, mano de oro, nos acerca a Dios, El se acerca, viene según anuncio de los profetas, y llega a nosotros en forma de Hombre para que en El contemplemos a Dios, su inmensa obra: la Redención. En lugar solitario, retirado del bullicio del mundo, nace el sol divino cuyos resplandores de verdad iluminarán a todas las gentes. En forma de Niño, el Dios hecho Hombre, sonríe en la cuna.

Allí están representadas dos *universalidades* con su *unidad*: la de la raza humana y la del pecado de origen. «De *uno sólo* ha hecho nacer todo el linaje humano» —Hechos de los Apóstoles, 17, 26—; «Por un solo hombre entró el pecado en el mundo..., en él todos pecaron» —Rom., 5, 12—. Así afirma San Pablo. Todos en uno y por uno separados de Dios; todos también en uno y por uno, Cristo, logran el acercamiento y la amistad filial con Dios. En la primera Universalidad, el Niño-Divino ocupa la cumbre; para la segunda, trae el remedio: dar luz, evangelizar, redimir.

En la Cuna comienza visiblemente la Redención. Por los méritos de ésta, previstos en el plan divino, y anticipadamente aplicados a una Virgen, ésta nacerá llena de gracia para brillar

luego en el mundo, cual la aurora que anuncia la llegada del sol esperado, la *Maternidad Divina*.

Las alegrías externas navideñas, no siempre penetradas del profundo sentir religioso que las motiva, acentos han de ser de gratitudes y amores hacia Aquél que nace en el mundo, entre nosotros, para salvarnos. Esta es la Obra, dentro de un gran plan divino, la aventura religiosa mayor de toda la Humanidad. El Niño-Dios, desde un humilde rincón, comienza a ser inmenso luminar y el término desde el principio de todos los tiempos hasta el fin, en que cesará el tiempo, espeso tabique de impedimento, y quedaremos sumergidos en la eternidad.

25 de diciembre. ¡Felicísima noche cuajada de felicidad y de esperanza! Nos nace el Supremo Pastor que acogerá y dará pastos de inmortalidad a sus ovejas; el Padre que llama y colma de bienes a sus hijos adoptivos por la gracia; el Hermano que redime a sus hermanos; nace el Hombre por antonomasia. El está por encima de razas, naciones, pueblos, siglos. Pertenece a todos los hombres, ya sean judíos o gentiles. Para El no hay más que hombres que salvar.

¿Cómo, pequeño Niño, que sabes ya llorar y reír, en ese apartamento, antiquísimo modelo de la arquitectura divina, te has constituido el Hombre Universal de todos los tiempos, el

que lo llena todo, el centro a donde convergen todas las miradas, las de los que te quieren y besan tus pies y tus manos, y las de los que te odian, o no les interesas? Pero lo cierto es que no pueden pasar sin Ti.

Tal nos ocurre a quienes seguimos tus caminos. Fuertemente enraizados en la Cuna de Belén, custodiada por la mirada amorosa de la Madre, y protegida por la tutela paternal de San José, produzcamos frutos que agraden al Niño Divino, aquellos que El espera apretar entre sus manos, mirar con deleite, guardar en su corazón. Y así serán, si nos formamos en el molde de la imitación de su propia vida. ¿No son acaso la Obra y sus Obreras los dichos frutos?

A ellas me acerco para rendirlas, como lo mejor, y cual cruz encendida en amor, al Niño-Cristo, embeleso de las almas límpidas que no saben vivir sin amarle. Quisiera deciros más, lo que siento... Lo adivinaréis en mi felicitación para todos, llena de puros goces, de íntimas alegrías, de duras renunciaciones, de esperanzas alentadoras.

Cordialmente, a todos los Cenáculos, a todas las Obreras sin distinción, y a todos los que dentro y fuera del sacerdocio trabajan conmigo por Cristo, con el mismo amor o más, que yo siento, *plenas felicidades.*

Noviembre-diciembre 1972.

CRISTO NOS HA NACIDO... ADOREMOSLE

Nuestro gozo fue cumplido con el nacimiento del Salvador. Y lo es cada año al renovar el recuerdo de su venida. Todo retoza de contento ; los justos porque se les abren las puertas del cielo ; los pecadores porque pueden alcanzar el perdón de sus pecados. Nuestra naturaleza se renueva, cambia su faz inundada de esperanza-dora alegría, y renace fecundada con la savia del Dios hecho Hombre. La fe ardiente le canta aunque le contemple recostado en su humilde cuna del establo de Belén ; los ojos le miran con embeleso ; los labios besan sus pies. ¿ Y el corazón ? Ah, el corazón le ama. Esto es lo que desea, lo que busca, lo que mendiga de los suyos y de los que aún no lo son. «He venido, dice, a prender fuego en la tierra, ¡ y qué otra cosa deseo que convertir al mundo en una inmensa hoguera de amor a mi Padre que está en los cielos ! » ¿ Nos damos cuenta de la meta que persigue el Niño-Dios ?

Acerquémonos a adorarle, echando astillas de puros afectos y de donaciones sin reservas, para que la hoguera crezca y venga a ser crisol donde las almas, las vidas de tantos, se purifiquen y se enderecen en recto vuelo hacia Dios. Pobre

el óbolo que le podemos ofrecer, pero muy rico en generosidad. La pobreza nunca desdora nuestra generosidad si ésta tiene quilates de plenitud. ¿Y qué menos podemos ofrecer al que tanto nos viene a dar? Las riquezas pasan, los honores se truecan en humo, las meras alabanzas corren al olvido, pero las vidas sacrificadas por el triunfo de este Niño indefenso en la Cuna, mas propagado, predicado, defendido y exaltado en medio de un agitado mar de enemigos, marcan su huella imborrable de heroísmo, desprendimientos y de santidad.

Esta es la lección sublime que nos enseña el Niño Maestro. Sigamos las sendas que cansaron sus pies, sendas de justicia y verdad; hablemos con su lenguaje de paz y de salvación; muy, muy cerca de su corazón, aprendamos a amar. Nos parece escuchar el eco de aquellas campanas de Belén en Noche tan feliz para toda la Humanidad. ¿Cómo lo será para nosotros, destinados a formar parte de su escogida grey? *Os la desea felicísima, vuestro Padre.*

Noviembre-diciembre 1974.

PASION Y MUERTE

LA SANTA CUARESMA

La Santa Cuaresma es tiempo de especial recogimiento y de penitencia. Durante ella debemos asociarnos más íntimamente al espíritu de la Iglesia que nos invita a una renovación de vida, y a un vivir íntegramente el pensamiento redentor de Cristo y sus divinas enseñanzas. Cuarenta días de penitencia rigurosísima y de continua oración fueron para el Señor preparación oculta en la cima de una montaña, para luego vencer a Satanás en la triple tentación, y realizar la Redención de la Humanidad.

No se llega al triunfo sin el acopio de fuerzas necesarias para vencer en la lucha que precede a la victoria. En el ejercicio austero y cotidiano de las virtudes cristianas hallaremos fuerzas que nos adiestren para salir victoriosos en nuestro batallar contra el espíritu sensualizado del mundo. Y para desempeñar bien el oficio que nos incumbe de soldados del Divino Ideal, precisa estar bien adiestrados en la práctica de sólidas virtudes. A esto nos invita la Santa Cuaresma: a hacernos verdaderos imitadores de Cristo.

Para una auténtica imitación necesitamos: conocer y penetrar su doctrina divina, cuando

manda y cuando aconseja ; cumplirla, vivirla interior y exteriormente. Pongamos su sello divino en todos nuestros actos.

Sea el tiempo de Cuaresma para nosotros horas de investigar la conciencia ; de repasar nuestro modo de vivir ; de recogimiento para mirarnos ante el único modelo cuyo camino de conquista es camino de verdad y de austeridad, de humillación y de obediencia, de fidelidad a su Padre ; es camino... de sangre, de cruz, de redención.

A la penitencia corporal, trabajos, cansancios, penurias, padecimientos, etc., unamos la mortificación de la voluntad. Y todo esto elevado a un alto plano sobrenatural por una bien cumplida oración. Abrase nuestro corazón para sentir, sufrir y amar, con el corazón de nuestro amado Cristo Redentor.

Marzo 1949.

A VOSOTRAS ELEGIDAS DEL SEÑOR

Más en estos días que en el resto del año, vivimos el recuerdo de la Pasión del Divino Maestro, a cuya vera aprendimos y seguimos aprendiendo el valor de nuestra vida que el Cristo compró, rescató y purificó con su sangre, para elevarla, en vuelo espiritual y misterioso, hacia su verdadera patria, en donde hallará su eterna plenitud.

Demandan estos días hondas reflexiones en el recóndito de nuestro espíritu, mociones en nuestra voluntad generosa que respondan a la generosidad de quien más nos amó y nos ama. Por El somos *algo*, dentro de nuestras miserias, y podemos ser mucho, no precisamente en la estima del mundo, sino en la consideración de Dios y según sus planes sobre nosotros, si somos fieles en ejecutarlos.

¿No caemos en la cuenta de que tanto bien recibido y que seguimos recibiendo a diario, nos acucia a una gratitud perenne e inexcusable comprobada con hechos, obras, que la pregonen a los ojos del mundo, como un eco de lo que siente el corazón unido a Cristo por el vínculo de un amor leal, entero?

Gratitud a nuestro Cristo Redentor, entre

fuertes e increíbles contrastes : humillado y exaltado ; vencido y triunfante ; despreciado y alabado ; olvidado y buscado ; blasfemado y adorado ; mortificado en el cuerpo y vivificado en el espíritu, haciendo resurgir de la muerte, la vida ; del dolor, la esperanza ; del leño de la cruz, la viva llamarada de un amor que hará apóstoles, héroes y santos.

Y si nos sentimos unidos a Jesucristo en esta sublime tragedia en la que se aúnan, confunden y se completan en su cumbre el sufrimiento y el amor, también lo estaremos a la Virgen, a la cual jamás podremos agradecer en justa medida su desprendimiento y oblación por nosotros, sus cuantiosas gracias, las cuales nos fortalecen y dan crecimiento a nuestras obras encaminadas a hacer brotar en el mundo bellas flores de almas que consuman su vida, se inmolen y glorifiquen a Dios.

¿ Cabe en un alma elegida el vacío de un amor agradecido ? Y si es tal ¿ cabe la falta de fidelidad ? No obstante, la realidad es otra. Pronto olvidamos lo que recibimos ; pronto olvidamos lo que debemos según las exigencias que impone una leal y noble gratitud. De esto se queja el Señor : de la ingratitud de los hombres. Todavía más habrá de lamentarse, estar dolorido, si aquélla parte de sus almas elegidas.

A la sombra de la cruz, instrumento de la Redención, fuente de vida eterna, no temamos

descansar por si nos toca alguna astilla. Esta sería nuestra regeneración espiritual, el golpe que nos despertara de ese estado de adormecimiento de la voluntad que, débil o mal guiada, ya no puede o no quiere remar con el esfuerzo necesario, y así, quebrantada su resistencia, toca el fracaso. ¡ Misterio enternecedor en el que se abrazan con Cristo el dolor y el amor ! ¿ Por qué te olvidamos ? Su bendito recuerdo nos haría ser mejores.

Marzo 1969.

POR EL CALVARIO... AL TRIUNFO

En la conmemoración cristiana estamos viendo los días cercanos a la Pasión y Muerte del Fundador de la Iglesia, Cristo Jesús. Es la mayor prueba de crisol de sangre del núcleo apostólico que con las santas mujeres constituyen el principio familiar de la gran Iglesia nacida en el Calvario, saturada de Eucaristía.

La ley de gracia, toda ella amor, de rescate, de santidad, es y en todo momento así ha de ser, el arranque, el sostén y el remate de la esencia de toda vida cristiana. Y Cristo fue el primero en enseñarla y practicarla; la practicó hasta el martirio en una cruz; la predicó constantemente a los apóstoles, a sus discípulos, formando con todos ellos la primitiva y pequeña comunidad mesiánica.

En esta pequeña comunidad puso Jesús los inicios de *su Iglesia*, que será la prolongación de todo su gran misterio, el misterio de la Redención. Su cuna, pues, de sangre, de verdad y de justicia; brota, como nueva Eva, del costado sangrante del *nuevo Adán*; surge como gran Señora, del corazón abierto del gran Señor; se yergue amorosa, como Esposa sin mancha, y es prolongación del Esposo, Dios-Hombre. Y

entre encrespadas y turbulentas olas avanza, probada y crucificada, igual que Cristo, hacia su victoria final.

Vivamos con devoción e íntimo fervor, en compañía de la Santísima Virgen, estos días de Pasión con la fe honda y firmísima esperanza de ser hoy, y en el mañana, fidelísimos hijos de la Iglesia Católica, y miembros activos que, caldeados por el amor divino, trabajen y luchen por la extensión y triunfo del Reino de Dios.

Pero no olvidemos que al triunfo se llega por el camino del Calvario y amando la cruz de Cristo... y nuestra cruz... Y a la vera de nuestra Virgen... ¡Felices Pascuas!

Marzo 1971.

AVE, OH CRUZ, ESPERANZA UNICA

Jesucristo anunciaba su victoria a los apóstoles. Les declaraba que, cuando fuese levantado en la cruz todo lo atraería hacia El. Aquí está su triunfo, porque aunque aparentemente vemos que está derrotado y humillado, todo en cambio canta victoria en ello, puesto que esta humillación, sufrida por amor, es su gran triunfo.

Cuando seáis levantadas sobre la tierra a semejanza de Cristo ; cuando vuestra vida sea crucificada, y vuestro padecer tenga un parecido al suyo ; cuando el calvario que recorráis tenga una semejanza con el calvario de Cristo ; cuando por vuestra fidelidad conservada siempre en la lucha que hayáis de sostener con el mundo, sea dura, quizá muy dura ; cuando logréis colocar el espíritu sobre la materia, levantar el alma sobre el cuerpo, lo sobrenatural sobre lo natural, lo divino sobre lo humano, los placeres del espíritu sobre los del cuerpo, entonces es cuando atraeréis las almas para el Señor. No lo conseguiréis si no vivís crucificadas con Cristo ; si el mundo no ve que sois sufridas, abnegadas, que abrazáis el padecer con amor de caridad hacia el prójimo.

Vuestra fuerza no puede ser distinta de la de Dios Nuestro Señor. Cuando la Obrera, por

su vida espiritual, se siente levantada sobre este vivir de mundo, atrae por la fuerza secreta que Dios le comunica. Pero no os podéis sentir elevadas sobre las cosas terrenas, sobre ese conglomerado de cosas que destrozan el interior, si no lleváis un espíritu de crucifixión por Cristo. Sobre nuestra cruz, pues, nos hemos de levantar sobre este plano terreno meramente sentimental y humano. Cristo nos ha enseñado el camino de nuestra victoria.

Dios prueba a las personas, como prueba a la sociedad y a las Obras, sujetándolas a una purificación para hacerlas más consistentes, más pujantes. Y quien es clavado en la cruz por amor de Dios, adquiere mayor influencia, mucha más vitalidad.

Yo me daría por muy satisfecho con que tuvieséis amor a esa cruz e hicieséis vuestra esta frase del Señor : «cuando yo sea exaltado en la cruz sobre la tierra» ; cuando solamente os guíe la mirada de Dios, seréis instrumentos de eficiente apostolado.

Todo sufrir os unirá más a Cristo. Sería indecible ingratitud e infidelidad el dar paso atrás por miedo a la cruz. ¿ Miedo ? Entonces... ¿ cómo habéis podido aceptar y colocar en vuestro propio nombre «la cruz» ?

Vivid con ánimo decidido ; acariciad en el secreto de vuestro corazón las dichas palabras

del Divino Maestro. Dígase a sí misma cada Obrera: cuando el mundo contemple en mí lo que es de Dios transparentado en mis actos; cuando adquiriera el dominio de mi espíritu sobre el mundo, la virtud sobre el vicio, de la humildad sobre la soberbia, de la pobreza sobre los apegos, de mi vivir de cielo sobre el vivir de tierra; cuando el mundo todo esto vea en mí, yo lo atraeré hacia Dios, y entonces seré la verdadera Obrera de la Cruz. Soñad con esto, sentid ilusiones de ello.

Jesús a todos ha enseñado el camino. Pensad lo que una Obrera debe ser siempre, y si a tal llegáis, seréis en todo momento invencibles, y vuestra corona en el cielo será el mismo Cristo y cuantos ganasteis para El.

Marzo 1953.

RECORDEMOS...

Hondas reflexiones brotan de la fuente infinita de Jesucristo Crucificado. En su día escogido para tributarle solemne culto y adoración, en la Capilla de la Casa de la Madre de Dios, repleta de fino espiritualismo, todo canta al Redentor. Los labios desgranaban palabras con acentos de gratitud, de fe y de amor rendido. Trece de septiembre, fiesta del Santísimo Cristo de la Misericordia. Le acompañan dos velas ardientes, mientras el resplandor de la Divinidad nimba su rostro humano. Es el Mesías nacido de la Virgen María. Ostenta el señorío universal, como Dios y Redentor. A El lo debemos todo en el plan de nuestra existencia y de nuestra salvación, todo en la órbita de nuestro ser, vida, posibilidad de ejecución ; lo que fuimos, somos y podemos ser. Amplitud ilimitada de señorío.

Grande por manera es su misericordia al llamarnos a una vida profundamente cristiana, más, a una vida de seguimiento y de perfección. ¿Cómo? Cerca de El, junto a El, a su Cruz, para recibir la abundancia de bienes, entre espinas, que derrama sobre nosotros. Nos abrió un camino que por su sublimidad no puede conocer el mundo enfangado en el vicio. Pero cuando El llama lo hace con un fin. ¿Cuál finalidad movió

al Cristo al llamarnos? Esta aparece clara : constituirnos instrumentos valiosos suyos que lleven adelante la Obra de su Iglesia que El implantó en el mundo ; tener en alto la cruz, símbolo de victoria física y espiritual, esparcir el Evangelio con siembra constante, en las conciencias y en las almas ; pregonando a la faz de las gentes la santa locura de la Cruz, enseñándoles que la felicidad no se cifra en el goce, sino en saber sufrir por amor al Cristo que nos redimió.

La vida está trenzada de anillos ; si los examinamos bien caeremos en la cuenta de que son anillos forjados por el sufrimiento, por abnegaciones de pequeñas crucifixiones, cuando no tan fuertes que requieren un heroísmo. A éstos, la bondad del Señor une goces que animan el espíritu. ¿ Acaso, bien analizado, no es nuestro vivir, en cualquiera de sus facetas, una inmola-
ción ? Arbol de santidad es el crucifijo. Miramos al Cristo crucificado. ¿ Le comprendemos ? Si así fuese, la vida cristiana no bajaría tanto en su nivel. Y porque no le comprenden, la vida religiosa se desquicia.

Hemos escogido a Jesucristo como única luz que alumbre nuestros pasos con seguridad de no errar ; hemos seguido su voz, escuchado su llamada, pero, ¿ por ventura comprendemos lo que quiere de nosotros, lo que nos exige ? Si discípulos suyos predilectos, ¿ cómo nuestras vidas quedan al ras de una vulgaridad espiritual ?

Caben dos cosas: o no le comprendemos, aun estando muy cerca de El, o somos cobardes para seguirle con una ejemplar imitación. Entonces puede el mundo, con su atractivo, más que el amor del Divino Crucificado, necedad para los sabios, locura para los que esperan triunfos terrenos. Cristo Crucificado es ese que llaman *necio*, que se ha convertido en el único faro de luz que brilla y brillará hasta el fin de los tiempos. Sí, es el necio, el loco de amor, único que puede salvar a una sociedad que se desquicia; luz que todavía arroja sus rayos y alumbr a la gran masa de gentes que con rapidez se consume en la corrupción.

Un día comprenderán todos estos ciegos de alma, religiosos y seculares, lo que significa y pide el Cristo Crucificado. Y de esta comprensión saldrán almas y más almas que, cual flores no manchadas, se ofrecerán al Señor. Bien es el traer aquí esta frase predilecta de San Pablo: «Yo no me precio de saber otra cosa que a Cristo, y a Cristo Crucificado». Y de esta ciencia, de este amor, salió el apóstol incansable, sembrador del Evangelio entre los gentiles. De igual forma, de esta ciencia y amor habrán de salir las Obreras, verdaderos apóstoles, las que han de ir en la avanzada, las que no habrán de perder de vista nunca lo que significa Cristo Crucificado, superación de las dificultades que obs-

taculicen su marcha o progreso vocacional. Nos reclama, con razón, la totalidad de vida.

Somos suyos, por su acción creadora y redentora. Foco de luz que no se apaga por fuertes que sean los vientos del error. Es un hecho indiscutible: que muchos no progresan en lo espiritual; otros se sumergen en el vacío de su vida; unos pocos se salen del cauce, del camino emprendido, mientras un montón son vencidos por el mal espíritu. ¿Por qué han cerrado sus ojos a este faro de luz? ¡Bendito Crucificado que nos brindas cada momento la lección que nos enseñará a modelarnos en El! Así formados, nos sentimos tan fuertes, que las amenazas, errores modernizados del mundo, con todos los quebrantos que nos pueda ocasionar, no son capaces de romper la firmeza de nuestra voluntad.

No se por qué tantos, hasta muchos de los suyos, huyen de Cristo. Le odian unos, se sitúan indiferentes otros, y ¿qué decir de la racha de equivocados que le juzgan *cosa pasada*, y no aciertan a mirarle como algo pasado, presente y del mañana, cuando el mundo gira a su alrededor, afirmando o negando, pero sin poder prescindir de El. ¿Consecuencias? Que no hay el deseado apostolado, no se realiza en nombre de Jesucristo. Asentados en un vivir cómodo, placentero, ven decrecer en sí la vida espiritual, mengua la piedad, aumentan en el corazón las infiltraciones de un ambiente provocador, inci-

tante a la maldad. Estamos perdiendo la visión de una tremenda realidad : la de un Cristo Crucificado, Luz, Maestro, Señor único. Y a este Señor debemos servir, agradar, ofrecernos.

¿ A qué destinamos nuestra vida ? ¿ A la búsqueda y adquisición de cosas que cerradas quedarán en la caja de la sepultura ? Hay un vuelo del espíritu sobre la sepultura, un vuelo de Cristo muerto en la cruz, venciendo con ella la misma muerte. En El está nuestra esperanza. Queramos o no, han de estar todos crucificados en su propio vivir. Los que le odian, reniegan, blasfeman, no pueden escapar a esta crucifixión. La misma vida terrena es un clavo que a todos atormenta. Clavo de la humillación, enfermedad, luchas, desprecios y, sobre todo, el de la muerte. Pensar así es comprender a Jesucristo Crucificado. Sin El no tiene significado nuestra condición de redimidos, ni nuestra esperanza de resurrección tendría seguridad. Dínos, pecado, ¿ dónde está tu victoria ? ¡ Oh, muerte !, ¿ dónde está tu triunfo ? El pecado ha sido clavado en la Cruz, y la muerte ha sido vencida. ¿ Diremos que el pecado ya no existe en el mundo ? Sí que abunda, pero el hombre ha sido redimido con la sangre del Hombre-Dios. Y toda mancha puede ser borrada y vencida.

La Cruz es el hecho que pregona la Resurrección. Todos llevamos clavos de sufrimientos clavados para nuestra purificación ; espinas que

hacen sangrar el corazón. Sepamos sufrir con Cristo, nuestra fortaleza. El aguantó en la Cruz. Nosotros sigamos su ejemplo con gozo, aunque con lágrimas, muchas veces, en los ojos. Es necesario, para que nuestro apostolado tenga una fecundidad, que nosotros no podemos dar con toda la más elevada ciencia y con todas las mejores condiciones naturales. Nosotros plantamos; El da el incremento.

Obreras, no podemos actuarnos en lo que somos, sin una comprensión del Crucificado. Hermosa lección que hoy nos da el Maestro desde la Cruz. Cuando le miréis, sabed repetirle en vuestro corazón: «soy tuya, Obrera, Esposo Jesús. Haz que yo muera besando tu Cruz». Máximo consuelo en nuestras postreras horas que un día han de llegar. Tenemos acceso al trono de la Cruz donde nos espera el Rey de la Gloria, el que renovó todo el mundo. Salga hoy, siempre, de nuestros labios, con la fuerza que inspira un acendrado amor, estos acentos de vitalidad: Cristo amado, «soy tuya, Obrera, vive siempre en mí; haz que yo muera luchando por Ti». Vivencia en nuestro interior... ¿Cómo? Amando a un Cristo real, todo un Hecho, el más grande de la Historia. Y amar es glorificarle, trabajar en su nombre, luchar hasta el fin... ¿No será para El nuestro último momento en la tierra? Será el último acto de realización de nuestra total entrega.

Octubre 1972.

SAGRADO CORAZON

J U N I O

Mes consagrado al Corazón de Jesús. Mes especialmente de amor, simbolizado en el Corazón de nuestro Salvador. El amar, propio es de la voluntad, aunque está simbolizado en el corazón. Amar es querer. Nuestra voluntad se remonta con las alas de nuestro querer; sale de sí para correr hacia la cosa amada...

¿Hacia dónde debe dirigirse el vuelo de nuestra voluntad? ¿Qué cosa ha de hacer vibrar nuestro corazón con latidos de amor? Puede hacerlo la criatura, ya que en ella Dios puso el bien. La hizo buena. Es un reflejo de su bondad. Al criarla le comunicó un destello de sus perfecciones divinas. Amar en las criaturas ese destello de las divinas perfecciones, equivale a amar a Dios en ellas.

Pero... ¿cómo encontrar en éstas la fuerza de nuestro querer para pararnos en la criatura, cual si fuese nuestro único bien, nuestro fin e ideal de amor completo? Es camino equivocado, y el corazón en vez de remontarse hacia Dios, pasando por encima de la criatura, se estanca en ésta para detenerse indebidamente y cortar su vuelo de ascensión hacia el Creador.

Fácilmente el humano corazón se contenta con saciar su sed de querer en la correspondencia de la criatura, encontrando, al final, su decepción. Carnal es el corazón, y espiritual es la voluntad.

Nuestro querer ha de ser espiritual y por tanto, racional. ¡Cuántas veces el corazón tenderá en dirección desordenada a la criatura, mientras la razón, que habla por la conciencia, dictará que hay que reprimir aquella tendencia, ahogar aquellos impulsos, mal llamados amor, que pueden desordenar nuestra vida! La razón ilumina los caminos oscuros del amor, para que éste no se desvíe de la senda elevada que lleva a Dios.

Necesitamos controlar firmemente la vida afectiva de nuestro corazón. Lo creó el Señor para El. Buscamos migajas de amor en el corazón de la criatura, y no sabemos apreciar la inmensidad de amor del Corazón de Cristo. ¿Cómo amó y ama este divino Corazón? El merece todo nuestro más fuerte y limpio querer. Amamos lo que nos atrae como *bueno*, ¿cómo no amamos lo que es infinitamente bueno, lo mejor? ¡Beber del charco, cuando ante nuestros pies corre el agua cristalina y pura...!

¡Mes de amor! Nos recuerda las finezas del corazón de Cristo hacia el hombre, porque nos ama. Nos avisa de nuestra grave obligación con-

traída : amar como almas desposadas con el Señor. Su corazón lo hicimos nuestro, al volcar el nuestro en el suyo, uniendo a El, todo nuestro vivir. Nuestro género de vida supone y exige, cada momento, una compenetración activa y amorosa entre Cristo y nosotros.

Acordáos que sois esposas del Señor, y por ende, os debéis totalmente a El. De corazón a corazón, han de volar nuestros puros afectos y amores. ¿ En dónde podrá buscar su pleno asiento y quietud nuestro querer, sino en el Corazón de Cristo ? Jamás volemós como el pajarillo de rama en rama, saltando de esta criatura a la otra, para hallar descanso y refección a nuestro amor.

Busquemos al Señor y en su Corazón Divino hallemos únicamente el alimento de nuestro corazón. Hogueras de ingratitudes son los corazones que arden con el fuego de amores innobles. Hogueras con resplandores de cielo sean nuestros corazones. Los amantes de Cristo se sienten felices, amándole y siguiendo sus huellas de sangre y redención.

Un corazón se nos brinda desde la Eucaristía y la Cruz : el Divino Corazón de Cristo. Volquémonos en El, para amar y confiar.

Junio 1953.

VIRGEN MARIA

MAGNIFICENCIA DIVINA

Cosas grandes hace el Señor. Desde el brote sobre la tierra de la diminuta y pequeña florecilla, hasta el árbol gigantesco que levanta al cielo su copa retadora y esbelta. Desde el granito casi imperceptible de la arena, hasta la mole enorme de los montes con duras rocas. Todo lo llena de la vitalidad de su ser, de su potencia creadora. En todo está el sello de Dios.

En la obra de la creación, resplandecen la magnificencia y omnipotencia divina. Las cosas que creó, las conserva con el gobierno de su Providencia, la cual ejerce mediante las leyes naturales. A éstas ha sujetado toda criatura.

Pero el Creador es siempre el Señor omnipotente que tiene en su mano el mudar, el suspender, el derogar la aplicación de estas leyes generales. Sólo El es el Ser inmutable; la criatura, como ser mudable que es, sólo puede ser cambiada por el Creador.

Mas no se contenta Dios Nuestro Señor con intervenir en el gobierno de las criaturas, por la aplicación de las leyes generales que les fijó, sino que, a su voluntad, interviene en este gobierno particular directamente. ¿Qué es el milagro sino una intervención particular de Dios, para

que el hombre reconozca su poder y le dé gloria? Por el milagro, las leyes generales quedan en suspenso, es decir, no se aplican en un caso determinado, y esto porque Dios lo quiere así. ¡Cuánta es la caridad divina para con el hombre!

Después de Jesús, es la Virgen la casi... omnipotente, porque tiene en sus manos el poder de su Hijo Divino. Nada, pues, se resiste al querer de la Virgen. Ella quiere lo que Dios, y Dios quiere lo que Ella pide. Quédase Madre de la Iglesia, al subir Jesús a los cielos, y como Madre, la vigila y protege.

En la barquilla de la Iglesia vamos todos. La Virgen nos quiere para su Hijo y, en desviándonos, sordos a la voz de la fe, manifiesta su poder y amor maternal, derramando sin tasa sus gracias espirituales y temporales sobre nosotros. Y Ella, grande en santidad y poder, se vale de la diminuta niñez, con candor y pureza, para obrar sorprendentes maravillas.

La predilección de la Virgen es para los candorosos y limpios de corazón. Hagámonos dignos de esta predilección para ser portadores de sus deseos maternos al mundo. ¿No piensas, Obrera, que la Virgen te ha escogido para que hagas llegar el agua de las gracias, a los que están tullidos, paralíticos, ciegos y enfermos del alma? Junto a la Virgen crecerás, y de pequeñita... vendrás a ser grande en virtud.

—

Loor a la Virgen defensora de nuestra fe,
brazo potente que golpea y destruye el poder de
Satanás, entrañas de madre que se abren en mi-
sericordia y amor llamándonos a su regazo ; loor
y gloria a la Señora que hace descender del cielo
la gracia salvadora, y abre con sus manos la
roca para que destile el agua consoladora y mi-
lagrosa. ¡ Bendita seais, oh, María !

Diciembre 1947.

INMACULADA

«SIN MANCHA...»

De nuevo, a las puertas de la festividad de la *Purísima*. El día que fue de «alegría» para todo el orbe católico. En España, señaladamente, la tierra de «María Santísima», vibró el sentimiento popular con acentos de indecible gozo; se hermanaron la ciencia y la espada para defender, si preciso fuese, el Dogma de la Inmaculada. Martillo fue de los herejes, luz esplendente que disipó las densas oscuridades de tanto errores que perturbaban la paz interior de los espíritus. Pío IX, con la inspiración divina, movido por el clamor suplicante del orbe católico, pulsó la lira de su infalibilidad. Y su nota, de inefable acento, resonó en esta dulcísima palabra: *Inmaculada*.

Y así la quiso Dios porque tal plugo a su omnipotente voluntad; porque así convenía al honor y excelsitud del Verbo Divino, y de la Virgen, en cuyo seno se encarnaría el Hijo de Dios. El Dios-Hombre... La Virgen Madre... Ambos darían la batalla al poder infernal. Pero batallar para vencer, ¡derrotar para arrebatarse del «enemigo de perdición» a una Humanidad manchada por el pecado de los que fueron cabeza de

aquella ! Y surge la esperanza de la Redención y salvación anheladas. Tal Virgen-Madre sin mancha había de ser, nunca sujeta, dominada por el infernal poder, nunca privada de la gracia, desde el primer momento de su Concepción.

Era y es la vencedora. ¿No era Ella la predestinada y escogida para aplastar la cabeza de Satanás? Así lo dice la Sagrada Escritura : «Ella aplastará tu cabeza», vencerá. Y vencida hubiese sido si concebida fuera con la mancha del pecado. ¿No la declara el ángel «llena de gracia»? Y si llena, siempre unida a Dios por el hilo limpiísimo y ardiente del amor.

Y en el permanente y subidísimo amor no cabe el pecado, ni sombra de él. Aplicándole estas palabras del Cantar de los Cantares, repetimos con el mismo Dios : ¡Qué hermosa eres, Amada mía... ! Eres toda hermosa y en Ti no hay mancha. Su destino de victoria, su maternidad del Dios-Hombre, su amor a Dios, cual en criatura no lo hubo ni lo habrá, la exigen Purísima, Santísima, la mayor que salió de las manos del Creador. ¿Y no es Ella la Madre de toda la *Obra* de Jesucristo, de su Iglesia? Y en esta Obra todo es santo, santificante y caudal de la gracia. En los Sacramentos, los Dogmas, la Revelación, las divinas enseñanzas, todo transpira tersura de santidad, belleza de cielo, clarísima comunicación de vitalidad divina. También,

pues, la *Madre*... Preclarísima, Santísima, Purísima... *Inmaculada*.

Todo resulta pobre cuanto digamos de la Concepción de la Virgen María, radiante de gracia. En verdad que el sentimiento supera a la pluma, que no acierta a expresarlo. Hay vibraciones en el alma, tan adentro producidas, que sólo pueden ser fruto de una fuerza sobrenatural movida por el Misterio. Y este es el gran Misterio que conmemoramos: la Inmaculada Concepción de María Santísima, exenta de la ley del pecado, libre de la pérdida de la gracia. Por los méritos de su futuro Hijo, Jesucristo, no se le aplicará esta ley. Gracia sublimemente extraordinaria, tan sólo a Ella concedida... Dos generaciones luchan entre sí: la tuya, oh Virgen, la de tu Hijo, y la de Satanás. Nos cabe la dicha de pertenecer a la tuya. Que jamás nos alistemos en la contraria. Y a ésta nos puede conducir un «progresismo» sin Iglesia de Cristo, sin reconocimiento de una Virgen-Madre, sin veneración, culto y amor a la que tiene en sus manos, quieran o no, los destinos del mundo: *La Inmaculada*.

¡ Purísima, Santa María, fuísteis y queremos que sigáis siendo la Reina de las Españas! Nuestro gran honor es defenderos; nuestro gozo, exaltaros; nuestra fe, reconoceros sin mancha alguna; nuestro amor más entrañable... quereros y glorificaros hasta el fin... Pide, Reina Gloriosa, por tu querida España.

Y en éste tu gran día... con la voz angelical,
Obreras, repitámosle a porfía... Sois concebida,
María, sin pecado original...

Noviembre 1971.

AVE, VIRGEN SANTA INMACULADA

Pecó Adán, el primer hombre, y su pecado se transmite por generación humana a todos los hombres. Todos nacen con el pecado original. De esta ley fue exenta la Virgen María, Madre de Jesucristo. Viene al mundo Inmaculada, llena de gracia divina, y tan llena que no cabe más. Su capacidad, como criatura, queda agotada. Dios no le pudo dar más porque Ella no fue capaz de recibir más. Así convenía a la que estaba destinada a ser Madre de Dios. El Señor quiso hacer y legarnos esa sublísima obra de arte divino, pudo realizarla... y lo hizo. Es la nueva Eva portadora del Redentor. Destinada a vencer el pecado, no podía, ni por un momento, estar sujeta al poder de Satanás a quien venía a presentar batalla y vencerle con una victoria definitiva. La plenitud de la gracia envuelve a la Virgen ; su belleza supera a la hermosura del dorado del sol ; el mismo Dios, como extasiado ante esta su obra maestra, exclama : ¡Qué hermosa eres... y en Ti no hay mancha !

Nunca la mancilló el pecado. Jamás hubo en Ella vacío el más leve de Dios. Atada a su Creador por el más fino y fortísimo hilo de amor, desde el instante de ser concebida, queda hecha ascua encendidísima del amor más subido en que

arde su corazón, y en este querer y amar no cabe sombra de enemistad para con Dios. Y ciertamente que podríamos dibujar esta sombra sobre tanta belleza, si no hubiese sido concebida Inmaculada. Su alma, sus facetas de vida divina por la gracia y de vida humana, nos ofrecen como blanquísimos pétalos que la maldad nunca mancilló; con su aroma y fragancia celestiales no pudo ni puede rivalizar perfume alguno de grandezas terrenas.

Invencible celestial capitana, *purísima María*, conforta y alienta en estas horas de dura prueba a quienes te reconocemos, te confesamos y te proclamamos con voces de exaltación gloriosa, cual hijos fieles de tan excelsa Madre: *Eres sin par Inmaculada*.

Y pues hoy es tu día, queremos cantarte con un cariño filial: *Sois concebida, María, sin pecado original*.

Noviembre-diciembre 1974.

VIRGEN DE LOS DOLORES

¡VIRGEN MADRE, BENDITA SEAS!

Madre, se acerca tu fiesta. Con anhelo esperamos que llegue ese día para rendirte nuestra honda y sincera gratitud. ¡Te debemos tanto! Un solemne Septenario será el marco espiritual a tan gran festividad. Una vez más saltarán de gozo y de sentida emoción nuestros corazones ofrecidos a tus pies, en holocausto a la gloria de Dios.

A Ti, fidelísima depositaria y administradora de todas nuestras actividades, de todo nuestro poseer y valer, presentamos el rico óbolo de nuestra pobreza abrazada por amor a Cristo, la donación de nuestras vidas para ganar almas para el cielo, la ilusión acariciadora de nuevas conquistas y triunfos apostólicos, las nuevas Casas-Cenáculos desde donde reinas y bendices, trocando en doradas espigas de almas enamoradas de Jesús, los granitos de continuos y callados sacrificios; te ofrecemos los ramos de los blancos capullos de la niñez, semilleros de futuras Obreras, que se abren al sentir tu calor maternal.

Y en esta cestita orlada de cruces, sudores y fatigas, te presentaremos para que la bendigas, la blanca harina que será convertida luego en hermosas hostias..., que serán ¡Jesús!

Y formarán parte de nuestros cantos a Ti dirigidos, el ruido apagado de las máquinas que tejen primores; el desgarrado lamento de las telas cuando se sienten traspasadas por el pinchazo continuo de finas agujas; telas hechas oro y convertidas en prendas de rico y admirado arte, unas, blancas como la nieve, otras, salpicadas de colores, símbolo de las cristianas virtudes.

Y en este concierto de las criaturas insensibles que sirven al Señor, se oirá el paso rápido de las tijeras que cortan, y de manos ágiles que confeccionan desde sagrados ornamentos, hasta vistosos y modernos —pero honestos— trajes; el férvido crepitar de planchas que, como si fueran corazón, despiden calor de amor a su Creador.

Y junto a todo esto, no faltará el rodar de lágrimas que cayeron de tantos ojos arrepentidos, como expresión de gratitud, amor y nueva vida, lágrimas y sollozos que Tú, Madre, recogiste complacida.

Toda nuestra Obra cantará en ese día venturoso. Se rendirá reverente ante su Reina y Señora, en cuyos brazos de amparo marcha adelante, sorteando las olas de la contrariedad.

A este himno de glorificación uniremos ese día nuestros más solemnes y litúrgicos cantos. Para Ti, oh Madre, *¡todo!* Tú nos has llevado a Jesús. A Ti debemos lo que somos. Toda gratitud es poca; toda donación exigua; todo sacri-

ficio, una partecita muy pequeña de la cruz que tan fuertemente abrazaste y amaste.

También vibrarán, Reina nuestra, los latidos de amor de tus Obreras estudiantes, que con ahinco se forjan para la lucha, consumiendo los mejores días de su juventud, entre páginas de libros y más libros, todo por Dios y por Ti. Y escucharás la voz de lamento de los enfermitos de nuestros Sanatorios, y las súplicas, que como saetas nacidas de almas que vuelven a Dios, te dirán: ¡Oh Virgen de los Dolores!, Tú, a estos pecadores —calma sus dolores—; ellos vendrán a rezar postrados ante tu altar.

Y mezclados con estos ¡ayes! irán los consuelos, consejos y enseñanzas catequísticas y evangélicas, de tus Obreras enfermeras; sus horas de cruz en noches interminables; el rasgar de las carnes para dar a aquellos pobrecitos. con la medicina del dolor, la salud del alma y del cuerpo; el balbuceo de lenguas que se desata en confesiones y en súplicas fervientes a Jesús Eucaristía cuando entra en sus almas.

El sacerdote, ministro del Señor, hará la oblación en nombre nuestro, de todo este tesoro espiritual, para que quede flotando cual perfume de flor perenne, en torno tuyo, amada Madre, igual que flotan en el aire engarzados al marco dorado de un cuadro, la plata, el oro y las piedras preciosas, testigos de oblaciones heroicas.

¡ Reina de los Mártires ! ¡ Amada Dolorosa
que nos riges, defiendes, animas y presides nues-
tra vida !

El próximo 15 de septiembre será en especial
tu día..., y también el nuestro : al hacerte la
oblación de nuestro tesoro espiritual cuando nues-
tra emoción de hijos se vaya remansando junto
a Ti, la Primera Obrera, y reconozcamos las dul-
ces horas de las noches de reparación vividas
a tu lado en compañía de Jesús Eucaristía, y
nuestro corazón sólo sepa hablarte, amando ;
cuando la mirada de alguna Obrera enferma se
clave en Ti sonriente y gozosa con el beso a su
cruz ; y desde lejos te recuerden y festejen, sin
poderte olvidar, las ausentes ; cuando te cantemos
nuestras mejores loas, y las flores se deshojen
formando alfombra a tu paso... Al ver tanto bien
y sentir tanto gozo, regalo de vuestro amor ma-
ternal, nuestros ojos, y nuestros mudos labios
irán repitiendo junto a tu imagen amada : ¡ Vir-
gen Madre, bendita seas !

Septiembre 1948.

LA FIESTA DE NUESTRA MADRE

Ya es próximo el día de nuestra Patrona. Dispongamos nuestro espíritu para celebrarlo dignamente, con amor y con la ofrenda generosa de hijos fieles. Día saturado de añoranzas santas y de recuerdos imborrables. Sólo los temples de blanda cera son propicios a que la mano del tiempo, en su paso incesante, borre en ellos los recuerdos que un día fueron honda huella que alegró y endulzó nuestra vida.

¿Quién, a la vista de nuestra Virgen, no siente renacer en su alma fuertes alientos de fidelidad a Dios? Por Ella tenemos a Cristo Jesús, recibimos la gracia de conocerle y la moción de seguirle hasta la imitación cabal, uniéndolo nuestro vivir a su gloriosa cruz.

Por Ella, nuestros ojos vieron luz hermosa de auténtica santificación, entre las tinieblas de un mundo materializado; luz de esperanza en medio de las desazones de nuestro corazón anhelante, sólo aquietado al reposar a los pies del Divino Crucificado.

Sentimos el dulce peso de su mediación de Madre, y no podemos olvidar la grande deuda que contraída tenemos con Ella, y que debemos

pagar de algún modo. Así, acerquémonos en su día a nuestra Patrona, mirándola con íntima confianza, rogándole mucho por las necesidades de la Obra, por el crecimiento en santificación de todas las Obreras y de cuantas personas y familiares le tenemos encomendados. Siempre despachó favorablemente nuestras súplicas. ¿Y cómo no, en este día en que, con amor especial, recibirá las alabanzas, suspiros, miradas y lágrimas, de quienes tanto le quieren y aman?

Roguémosle con fervor, para que nuestras espinas sean flores de amor a Cristo; nuestros esfuerzos, nuevos empujes sobre la navecilla de la Obra; nuestras penurias, riquezas espirituales; nuestros triunfos, frutos de la gracia y de la fortaleza de Dios. Ella... y siempre Ella..., junto al bregar cotidiano de nuestras horas, ya fáciles, ya difíciles.

¡Virgen Madre Dolorosa! Con nuestras miradas suplicantes te repetimos: «ayúdanos, protégenos, bendícenos».

Agosto-septiembre 1952.

HE AQUI A TU MADRE

Como ayer, pasará hoy ; el tiempo corre veloz,
y hay en mí una nostalgia de paz y de cielo,
que cual eco de profunda y suavísima voz,
clama y repite... diciendo allá en mis adentros :
No pierdas tiempo..., pues vas camino hacia
[Dios.

Y hacia Dios voy con ansias de eterna grandeza.
¿ No son éstas, vuelos y arranques de un corazón,
que sólo puede vivir del amor de su Dios ?
Para subir... volando, hace falta : oración,
con fuertes alas de sacrificio y pureza.

Empieza a morir el día en el hondo pozo
del olvido..., yo entonces me adentro y me gozo,
buscando con ansia *algo* muy grande en el cielo :
el amor que derrita del pecado el hielo ;
a un Cristo que me extienda sus brazos de *Padre* ;
gozo... buscando el rostro de una *Virgen Madre*.
Feliz noche... Mi corazón en paz descansa,
lejos de los afanes y recuerdos del mundo,
de un mundo infeliz..., sin Dios y sin esperanza.
Miro al cielo, y me atrae la luz de una estrella...
Miro..., fijo mis ojos..., ¡ ya no dudo... ! ¡ Es
[Ella !

Sí, la que puso en mí ansias de eternos amores,

Aquella que quise y quiero con toda mi alma,
la de la dulce mirada que a mi corazón calma.
Y es celeste sedante a mi vida azarosa,
saber que llevo en mi pecho a la más hermosa
de las rosas que brillan junto al Sol Divino.
Es la Virgen que en las noches sin sueño soñé ;
es Aquella que con ansias y anhelos busqué,
firme, al pie de la cruz, en martirio de amores.
Sí, es mi Madre por mí tan querida y amada,
la de los ojos dulces... ¡ Mi Virgen de los Do-
[lores !
Siempre en Ti mi corazón confía...
Madre de Jesús y Madre mía.

Lo que es la noche sin la luz de una estrella...
¡ Eso, eso sería nuestra vida sin Ella !

Abril 1954.

EL DIA DE NUESTRA MADRE

De tus Obreras... un saludo filial nacido del íntimo de su corazón agradecido : ¡ Salve, Madre amada de los Dolores, bendita seas ! Bendita la hora en que te dignaste venir a nuestra casa para presidir y guiar, cual estrella esplendente del cielo, nuestra Obra. Sus pasos van orientados por tu mirada de cielo. Eres Tú su corazón y su vida.

Sin Ti no sabemos pensar, ni acertamos a dar paso alguno. Tú nos diste a Jesús, nuestro ideal de ensueño, ideal de conquista, de acción y de cariño. Junto a Ti, como enjambre de almas que anidan en la dulce colmena de tu corazón maternal, se mueven sin cesar tus Obreras. No saben vivir sin Ti. ¡ Con qué dulzura, oh Madre, nos ganaste el corazón !

Hoy retozamos de contento viéndote tan amada de todos ; entre cantos solemnes que más que la garganta, los causa el amor hacia Ti ; entre flores, las mejores, capullos de primeras juventudes que se abren en tu altar, para ofrendarte el perfume de sus vidas ofrecidas en holocausto a la gloria de tu Hijo Divino.

Los recuerdos fluyen a raudales al contemplarte este día, bajo el palio de oro de ese altar

que con tanto cariño forjaron tus Obreras. Todo para Ti y tu Hijo. Nunca, pero más en este día, no habrá distancias que puedan separar las miradas y los cariños de tus hijas. Estas, aunque de lejos, estarán muy cerquita de Ti, pegadas a tu manto, pidiéndote, suplicándote, diciéndote que te aman, que Tú eres su Madre.

Desde lejos te festejarán, te cantarán, uniendo sus voces al coro de la Capilla, formando un himno de alabanza a Ti que les diste el *ser* de Obreras de la Cruz.

Recibe benignamente nuestras peticiones de hijos, mientras te repetimos con honda satisfacción una vez... y otra, y otra... ¡Madre, bendita seas!

Agosto 1958.

!! MADRE !!

No sé qué me pasa. La mano se resiste a escribir como lo vengo haciendo todos los años, cuando se acerca el día glorioso de tu fiesta. Ni sé por qué. ¿Es cansancio? Pero, tantas veces lo sentí y lo superé. No lo sé.

Sólo acierto a adivinar en mí una nostalgia de grandeza y almas para Dios, de sacrificios y amores para Jesucristo, de loores y alabanzas, cantos y afectos que durante veinticinco años, junto con vosotras, mis Obreras, fui desgranando a los pies de Cristo, del Sagrario, de esta Virgen amada, tan hermosa y tan buena, que fue mi íntimo cariño y fortaleza en las duras horas de mis sacrificios, en las que los enemigos se esforzaban por arrancar mi vida de la tierra. Allí en las oscuridades de esas horas, iluminadas por la luz de unos ojos, de una mirada maternal, se abrió al cielo la Obra, hoy cuajada de lirios y amapolas, la más rica orla de nuestra Virgen.

Han corrido los años, llevándose tras sí, para transportarlas al cielo, a muchas de nuestras Obreras. Pero ellas han elaborado un historial glorioso, henchido de fecundidades apostólicas, de un denso ambiente sobrenatural, de gestas, algunas de ellas verdaderamente heroicas.

El tiempo va tejiendo la historia de nuestra Obra, ahora Instituto Secular con el título «Obreras de la Cruz». Alcanzamos ya los veinticinco años en que del amor de Jesucristo Redentor Obrero brotó este nuevo retoño para gloria de Dios, glorificación de la Virgen y la salvación de las almas. ¡ Son nuestras bodas de plata ! Las vamos a celebrar con intimidad fraternal, con especial fervor, con gratitud desbordante, con nuevos ofrecimientos de nuestro ser y vivir...

Y esta vez, perdonadme, no sé qué escribir. Sólo siento un algo imperioso que me impulsa a decirle y a repetirle, como un desahogo del corazón : ¡ ¡ Madre, Madre ! !, guía a tus Obreras, no nos dejes... ¡ Ampáranos !

Y todas tus Obreras, al despedirse de Ti, en ese día memorable en que bajando del altar, recorrerás tu gran finca, tu hermosa casa, como símbolo de todas las Casas-Cenáculos... cual recuerdo dejarán un beso en tu manto.

¡ Que la flor de ese beso nunca se marchite en tu regazo ! Será la vocación que crece lozana en el correr de los tiempos.

Agosto-septiembre 1965.

SEPTIEMBRE

¡ Septiembre ! Mes henchido de gratísimos recuerdos. Por mi mente desfila la larga hilera de Cenáculos extendidos por el mundo. Las muchas almas que se cobijan en ellos, escuelas de formación espiritual y de reclutamiento apostólico, recibiendo la luz del Señor. Oigo el eco dulce de los cantos a la Virgen, arrancados del íntimo del alma de sus Obreras que la aman. Son rumores de una fiesta, por demás deseada y emotiva, que se avecina : el inolvidable 15 de septiembre.

La lira mejor pulsada, no podría dar los ecos de afectos y amores más finos que vibran en el corazón de las Obreras. Todas le cantan a su modo ; todas le rezan, le piden, le ofrecen. Es el rico óbolo de su vida sacrificada en holocausto a la glorificación divina, a la Madre de Jesucristo, a la ganancia de las almas para ofrendarlas a los pies de un Sagrario, de un Crucifijo, de una Virgen gloriosa en sus Dolores.

Pasan por mi mente las figuras de aquellas Obreras que se fueron y que hoy forman un coro junto a la Virgen en el cielo ; son la gloriosa corona de la Obra. Unas desde lo alto, otras desde este batallar constante en este mundo de lucha, forman, oh Madre, tu ejército escogido.

Haz que crezcan en número y en calidad ; que desempeñen con fidelidad la misión salvadora que les confías. Tu mano de Patrona, de Madre, y de Primera Obrera, sigue cortando flores de juventud para transplantarlas al jardín de tu Obra en donde se transformarán en verdaderas Obreras tuyas.

A tanta protección y delicadeza, respondemos en el día de la gran fiesta, muy cerca de Ti, siquiera con el corazón, diciéndote repetidamente, con acento entrañable de hijos : ¡ Gracias, oh Madre, gracias ! Bendícenos.

Agosto-septiembre 1966.

EL GRAN DIA DE LAS OBRERAS

Todo un año en que viene remansándose la corriente de espiritualismo que nutre y fecundiza la vida y la acción apostólica de todas las Obreras. Es la hermosa y necesaria preparación para la gran fiesta de nuestra Madre. Ella quiere corazones llenos de amor ardiente y puro, que transpiren blancura de lirio, fuego de amapola, sacrificio y oblación de violeta oculta que, en su humildad, atrae y encanta.

Y las Obreras quieren a su Madre y convierten en perenne holocausto sus anhelos, sus mejores ansias, unas, con sus muchos años consumidos en oblación a la gloria de Dios, y otras, con su juventud de encanto, tronchada para el mundo, pero vivificada y creciendo valientemente erigida de cara a Dios.

¡ Con qué gozo se acercarán a Ella en este día tan esperado, para suplicarle, festejarla, ofrecerle lo mejor que tengan ! Brotará esa corriente de espiritualidad remansada, para desbordarse en esas horas de intimidad entre la Madre y sus hijas, entre la Virgen, Primera Obrera, y sus Obreras de la Cruz. Y ese desbordamiento será un torrente de cantos, de peticiones, de ofrendas, de gozos, de inmolaciones, de amores.

Necesitamos de Ella. Nos abrió a todos el camino de nuestra grandeza espiritual, y lo corremos merced a su intervención poderosa y misteriosa. Con Ella lo somos ~~todo~~; sin Ella correríamos a un fracaso seguro y rápido.

¿Veis cómo descansa y da perfumes en el regazo de la Virgen un ramo de flores escogidas y esmaltadas de variados colores? Así son las Obreras de la Cruz, que en apretado ramillete descansan, se confortan y se embellecen junto al regazo de su Madre, de su Virgen, de su Patrona.

Especialmente hoy nos sentimos formar un gran hogar, hecho por todos los Cenáculos; una gran familia constituida por todas las Obreras; una gran empresa: ganar almas y más almas para el Señor. La barquilla de la Obra sigue rumbo adelante, en marcha cada vez más creciente.

¡Madre! Si de tu regazo se soltó la barquilla, y tú misma la empujaste mar adentro para la caza de almas, no nos dejes. ¡Guíanos, amparanos!

Junio-septiembre 1967.

LA MADRE LLAMA...

Ante la proximidad de la fiesta de Nuestra Patrona, la Santísima Virgen de los Dolores, miro un momento el *pasado*, los primeros años en que las Obreras la festejaban con aquella santa unción, llena de filial fervor, y con aquella ilusión alimentaron su corazón durante todo el año. Siempre se goza cuando se recuerdan y consideran aquellos años de cuna de la Obra.

Entonces, como ahora, la Obrera, igual la Interna que la Externa, ha vivido y sigue viviendo en su alma un acendrado amor a la Virgen, amor vivificado que perdura en aquellas sus hijas que todavía sienten la necesidad de estar cerca de Ella, la Madre por excelencia.

Y esta Madre nos llama... Y su voz se deja sentir en el íntimo de nuestras almas de un modo especial en el día consagrado a Ella para festejarla. Y, ¿para qué nos llama nuestra Madre? Quiere recibir de nosotros el testimonio de rendimiento filial, de fidelidad y de reconocimiento del amor que le debemos.

¡ Es tanto lo que hemos recibido de Ella y lo que esperamos recibir, si acertamos a ser fieles a sus llamadas! El 15, pues, no dejemos de

recordar nuestra obligación de manifestarle nuestra mayor gratitud, y de pedirle con insistencia nuestra perseverancia en el servicio y el amor de Dios. Esto entiendo que significa su llamada de todos los días y particularmente en el de su fiesta.

Como todos los años, renovemos nuestra entrega y supliquémosle nos ayude para hacerla eficaz. En verdad que lo necesitamos en estas horas de verdadera prueba para la Iglesia y para todas las almas, sin excluir las que están consagradas a Dios.

El mundo, Madre mía, no marchite las flores de ninguna de tus Obreras, que en buena hora, con gozo íntimo del corazón, acertaron a depositarse en tu maternal regazo... ¡ Sigue alentándonos y bendiciéndonos !

Agosto-septiembre 1968.

UN AÑO MAS

Para nuestra Madre, en su día, lo mejor. Me gozo pudiendo escribir estas líneas, otro año más, en gratitud rendida, a la que vela y cuida amorosamente de nosotros. Todo cuanto en su alabanza me fuese dado decir, apenas lograría ser expresión fiel y exacta de cuanto pienso de la grandeza de su maternidad divina, y del amor que nuestro corazón alberga hacia Ella.

Con avaricia recogería las mejores flores que esmaltan los jardines; cortaría de entre los trigales las rojas amapolas que, como bocas de sangre, proclaman, en silencio, amor; pediría lirios y más lirios que campean por la pureza de su blancura; y al sol le robaría el dorado de sus rayos vivificantes, y a las criaturas todas les diría me diesen su belleza, y a los ángeles, sus mejores cantos... Todo en loor y alabanza a la Madre de Dios, a nuestra Virgen, recordada y entrañablemente Patrona, en sus Dolores gloriosos.

Pero merece más. ¿Dónde encontraremos ese más que supere a todas las criaturas dichas, para rendirlo a los pies de nuestra amada Virgen? Dentro de nosotros, sí, entre los repliegues de nuestro corazón. Un amor encendido, rojo como

las amapolas ; una pureza de alma, hermo­seada por la gracia, más blanca que los lirios ; un que­rer entrañable de hijos buenos, flor nacida para no morir ; una santidad de vida, luz dorada que vence a la luz y dorado del sol...

Todo esto es lo mejor que podemos ofrecer a Ella en el gran día de su fiesta. Mejor diría, reno­var la donación y entrega que durante el año venimos repitiendo con todas las veras de nuestra voluntad. Eso quiere la Virgen.

También es ésta nuestra ansia. Creo interpre­tar el sentir de todas las Obreras y de cuantos le profesan una singular devoción. Nos gozamos recordando el día feliz impregnado fuertemente de amorosas y tiernas suavidades hacia lo que, en vuelo sobre alas de águila, nos acerca a Ella, y con Ella, nos eleva hacia Dios.

A vuela pluma han salido estos renglones dictados por un corazón que te ama. Perdona, Madre, que no te diga más. Si el año futuro vivo, y puedo tejer con mis renglones un palio a tu Imagen mil veces bendita, con qué gozo cumpliré mi alta misión de defenderte, ensalzar tu gran­deza, decir contra tus enemigos lo que fuiste, lo que eres, lo que serás para el mundo en la in­mensa obra de la Redención. Y mi gozo será cumplido, haciendo que todos te veneren y te amen.

Julio-septiembre 1969.

A TI RECURRIMOS...

Animadas con una filial confianza, a Ti recurrimos hoy, día de tu fiesta, de un modo especial, Virgen Madre de los Dolores. Recurrimos porque eres nuestra Madre predilecta ; y te amamos con las mejores delicadezas de nuestro corazón ; porque te necesitamos para el gobierno acertado de nuestra vida, la orientación de la Obra y de sus Obreras, entre azares y problemas de los «nuevos tiempos», la marcha progresiva en la actividad y modos apostólicos, en la guarda y conservación del espíritu, del vivir que de Ti aprendimos y que sigues enseñándonos como la Obrera entre todas las Obreras.

Siempre fuiste nuestro refugio. Pero ahora más. Cuando los errores llenan las páginas de tantos libros y revistas, y que desvían de Dios las mentalidades de los «llamados» y no llamados, y con esta desviación las voluntades van perdiendo su primitivo vigor de fe cristiana, austera y fuerte, con la austeridad y fuerza de la cruz ; cuando la virtud se desestima, y se desvaloriza el elemento sobrenatural, abriéndose ancha brecha en el recinto de una Moral que ya se abandona por vieja e inadecuada en la constante evolución del mundo en marcha..., ¿ hacia Dios?, ¿ hacia su ruina...? ; cuando los considerados «buenos»

te dejan, olvidando sus promesas, y retirando de Ti lo que un día te dieron, para entregarlo al mundo; cuando las negras nubes de tantas cosas se ciernen sobre nosotros y se multiplican los cobardes...

Buscamos la luz de un rayo de esperanza, nos acercamos al foco potentísimo e inextinguible de tu vida, para ver con claridad, con más claridad cuanto más espesa es la nube, las rutas de nuestro obrar, planear de cristianos, de apóstoles, de personas entregadas con total y radical entrega, al servicio del Evangelio...

Ese foco..., esa luz de claridad y esperanza consoladora, eres *Tú, Virgen Madre de los Dolores. A Ti recurrimos. En Ti nos refugiamos.* Continúa amparándonos cual siempre lo hiciste, como la mejor de las madres. No mires las debilidades y pequeñeces de nuestra deficiencia en tu servicio, y en el amor y gratitud que te debemos.

Somos tuyos, y queremos seguir siendo tuyos. No nos dejes... Pues, ¿dónde iríamos a parar si retirases tu mano de especial protección? ¿Qué sería de esta barquilla, la Obra...? Tú la inspiraste, le diste calor..., está en tus manos... Tú eres nuestro *refugio*...

A Ti recurrimos, llevadas de un amor filial, esperanzadas y confiadas. ¡No nos dejes, *Madre mía!* Al caer la cortinilla que cubre tu bendita imagen, te repiten las voces de una súplica dia-

ria : ¡ Oh Madre de los Dolores, haz que un día
gocemos contigo en el cielo !

Esto te diremos con el fervor propio del día
de tu fiesta, cuando esa cortinilla, finalizado el
día 15, caiga lentamente para cubrir tu sagrada
imagen... Allí, nuestra mirada, recuerdo, afecto...
¡ Nuestro corazón entero !

Septiembre 1970.

«Y LA RECIBIO EN SU CASA»

No se para el reloj del tiempo. El tránsito de sus horas encierra un deseo de venturosa eternidad. Otra vez a las puertas del esperado 15 de septiembre, fiesta de la Santísima Virgen de los Dolores. Fecha de feliz memoria, de augusta solemnidad, rendimiento de gratitud y amor a la excelsa Patrona. Ambos, gratitud y amor, se cifran en la fidelidad filial de las verdaderas Obreras de la Cruz ; también en la acendrada devoción de tantos y tantas a los que hemos visto llorar de gratitud, terneza y amor a nuestra amada Virgen. No sólo el dolor, sino también el amor sabe llorar.

Nos acercamos a este día, con gozo y temblor. Con gozo, porque en él se dan cita la culminación del culto a Ella durante todo el año ; el reconocimiento de abundantes y excepcionales gracias que, por su mano, orientaron, confortaron nuestro espíritu, resolviendo problemas angustiosos en nuestro camino. Fueron sus manos, manos de Madre, abiertas siempre para *dar...* ¿ También con temblor ? Sí, porque pienso si nuestra correspondencia no haya sido tan plena cual Ella desea y pide. La palabra solamente Madre contiene en sí, para con sus hijos, ge-

nerosa correspondencia. Juzgamos, a veces, tenerla, y hallamos en ésta, profundos huecos.

Como si mi pluma se resistiese a proseguir escribiendo... No sé por qué. ¿Acaso por cansancio? ¿Por temor al vacío? ¿O que insista en demasía en aquello que, en la práctica, resulta para muchos pesado y ya *pasado*? Pero puede más el amor a la Virgen. Y a las oraciones y súplicas que a Ella elevé durante el año, uniré mis especialísimas en su gran día: que se conserve, se afiance y perdure el espíritu, raíz fuerte, del que nació la Obra; que no lo inmuten los *nuevos* tiempos; que las Obreras que adven-gan, descubran, con la reja roturadora de futuros años, las sanas, fuertes y hondas raíces de vidas de Obreras forjadas en admirable sacrificio. Fueron... y serán siempre las mismas raíces del Instituto crecido al calor de una Madre..., nuestra Madre, la Virgen de los Dolores.

También nosotros, como San Juan, la recibimos en la gran Casa de nuestra Obra. ¡Madre, bienvenida seas!

Julio-Septiembre 1971.

TRIBUTO DE ACENDRADA GRATITUD...

Cerca de la solemne festividad de nuestra Patrona, justo es que le rindamos un tributo de acendrada gratitud, y le renovemos nuestra filial fidelidad. No hay cariño, ni consuelo, ni amparo de madre, que se puedan comparar con los de la Virgen. No le alcanzan todos los que las criaturas nos pueden brindar.

Ella alcanza la sublime superación maternal. La testifican la profundidad de su grandeza, tanta cual puede recibir de Dios una criatura, llena, repleta de El, hecha Madre suya por serlo de Jesucristo que, siendo hombre, es el mismo Dios. Indecible maravilla que jamás se dio ni se podrá encontrar en mujer alguna: ser Madre y siempre Virgen. La profundidad de su amor, hilo finísimo que la une tan fuertemente a Dios, a su Hijo, que no hay espada de tribulación ni embate del enemigo que pueda cortarlo, romperlo, o apagar su incendio los derramamientos de sangre de su amado Hijo. La profundidad de su santidad, en la que se cifra de modo eminente la de todos los santos; Ella alcanza la cima que todos los santos juntos no pueden escalar. Profundidad de dolor, con cuyo tormento gana ante los hombres el título enternecedor de Madre de

los Dolores. A excepción de Cristo, nadie padeció tanto.

La amplitud y fineza de su amor, cual llena de gracia ; su condición de Madre, la más tierna, sensible, amante, perfecta, como ninguna ; la puesta sobre el yunque desgarrador de calumnias, traiciones, de ingratitudes —de su Hijo—, hasta el fin... hasta la Cruz ; la visión de un futuro que rehusaría ver la Luz —su Hijo— para andar y sumirse en tinieblas de perdición, colmaron su dolor martirizante. En Ella todo es grande, sublime... hasta sus lágrimas tienen destellos de cielo.

A Ti, Virgen, nos acercamos con el corazón en la mano. Tómallo y guárdalo junto al tuyo. En una mínima escala, comparada con la tuya, nos hallamos en la palestra, en el campo de lucha por tu Hijo y por Ti. La lucha es constante. No admite treguas. Ya no hay lugar al descanso. El enemigo —errores, herejías, sublevación orgullosa, corrupción moral fuertemente expansiva en juventud y no juventud—, nos acechan, rodean y amenazan envolvernos en sus redes. Nos sentimos cansados...

Confórtanos, ayúdanos, Virgen Madre, a llevar sobre nuestros hombros el peso de nuestra cruz, cada día, cada momento, siempre. Poco te podemos dar, pero lo poco que somos, enteramente te lo ofrecemos. Tú, Madre inolvidable de

los Dolores que presides nuestras vidas, sí nos puedes dar. ¡Te hizo el Señor tan rica!

Todo está en tus manos; todo depende de Ti. Ten misericordia de nosotros. Mira a tus hijas, las Obreras, a tus nuevas hijas, las Obreras Cooperadoras... A todas únelas a Ti como ovejas de un mismo redil. Y para mí, una mirada que me infunda alientos, luz y fortaleza.

¡Día 15 de septiembre. Fiesta de nuestra Madre! Igual que el corazón con amor callado, también saben cantar y decir las lágrimas que se escapan de los ojos. Tú, Virgen amada, sí que sabes cómo cantarán y hablarán, junto con el sentir de nuestro corazón, las lágrimas de gratitud. ¡Bendito y feliz el día en que te dignaste venir a nuestra Casa!

Julio-septiembre 1972.

LA FIESTA DE LA VIRGEN

Va a transcurrir el mes en que celebramos la fiesta de nuestra Patrona. Recuerdos que no mueren. Son huellas de un vivo amor que es fuego en el corazón. Ni los sinsabores de esta vida, ni las luchas sostenidas con brío para permanecer firmes en la palestra, ni los tirones del mundo con intento de desviarnos de nuestro camino emprendido, y poner un dique a nuestra labor evangelizadora, pudieron amortiguar nuestro fuerte querer a la Virgen. A Ella hemos recurrido, como a nuestra Madre, de cuyas manos pende la solución que buscamos, siendo nuestro contento amarla y ser amados por Ella. Si para nosotros cambia, siempre ha sido en mejor.

; Qué confianza nos inspira ! En vuelo sobre las alas del águila, no sé qué nos mueve más hacia Ella, si la corona de doce estrellas cual reina gloriosa y triunfante en los cielos ; si su serena, dolorida y tiernísima mirada ; si sus manos de las que fluyen torrentes de gracias ; si su hermosura que supera a la de todas las mujeres ; si su excelencia en santidad, cumbre de todos los ángeles y santos ; si las espadas de sus siete Dolores, martirizando su alma ; o el amor delicadísimo entre deliquios de generosa ofrenda, de un corazón de Madre-Virgen. Todo en Ella

es milagroso imán que atrae, fuerte y suave, hacia regiones del espíritu, hacia nostalgias de un limpio vivir saturado de Dios, hacia amores a Cristo, con el que permanece unida, en inefable unión.

Es secretísimo y apretado enlace entre Jesucristo y nosotros; atados amorosamente a Ella, ¿qué podemos temer? ¿Quién nos podrá vencer? ¿A quién, mejor que a Ella, podremos recurrir, cuando en sus manos puso el Hijo todo su poder? Mucho hemos recibido; cuantiosas son las gracias que nos otorgó y nos dispensa su indecible bondad. Pero no bastan a nuestra pobreza que no supo aprovecharla... ¡Somos tan pobres, tan pequeños de espíritu, de generosa correspondencia!

Sigamos pidiendo a la Virgen su auxilio que nos conforte, sus luces que alumbren nuestros caminos de santificación y apostolado, y procedamos con paso certero adelante en nuestro múltiple cometido que Ella nos ha confiado, sin desmayos ni cobardías, que si saben de quejas, no saben de amores a la que, cooperando con su Hijo en un mar de dolor, al pie de la Cruz, engendró la gran familia de los redimidos.

¡Santísima Virgen de los Dolores! Hoy, y con singular fervor, el día de tu fiesta, acudimos a Ti para pedirte tantas cosas que sabes necesitamos, y ofrecerte lo que sabemos te agrada.

Extiende tu mirada sobre todos los que formamos este cuerpo de tu Instituto, y hazlo crecer cual árbol vigoroso plantado en la viña de tu Hijo Jesucristo. Para los dos, las mejores alabanzas en nuestros labios, las súplicas más ardorosas nacidas del alma, las promesas más firmes de quienes, tus vasallos e hijos, bregarán en la barquilla hasta el fin.

¡Salve, Dolorosa Virgen, fortaleza inquebrantable de nuestra fe, salve...!

Julio-septiembre 1974.

IGLESIA

PERMANENCIA DE CRISTO EN SU IGLESIA

Jesús dijo a sus apóstoles: Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el final de los siglos..., en vosotros, es decir, en todos los discípulos. Por tanto, no sólo en los principales y jefes de la Iglesia, sino también en los pequeños, en todo el pequeño pueblo que le pertenezca. Y no sólo cuando estén reunidos en colectividad, en sociedad o congregados en su nombre, sino también cuando alguien se recoge en el secreto de su corazón.

Esta permanencia de Jesús en su Iglesia y en la intimidad de las almas es una verdad reconocida desde los primeros tiempos de la Iglesia. Con esta promesa formula una profecía que en su momento será verificada. Y así la Iglesia ha encontrado siempre su consistencia y apoyo en el Divino Maestro a través de todas las vicisitudes de su historia; mayormente en las horas más difíciles se palpa su presencia tutelar prometida por El.

Esto se comprueba más de una manera impresionante cuando la vida indestructible de la Iglesia se aprecia desde dentro: en la vida profunda, inefable, de las almas, que sólo se puede

explicar por la acción permanente de Jesús que obra conjuntamente con el Espíritu Santo.

Y es cierto que nunca faltaron ni faltarán estas almas que seguirán brotando y creciendo en la viña plantada por Jesús, su Iglesia, y regada con su sangre. Con esta asistencia y presencia divina, se estableció y consolidó la Iglesia en el mundo, impugnada y perseguida.

Así también con esta asistencia y presencia de Cristo, su Iglesia se ha de mantener y ha de llevar a cabo su misión evangelizadora, como roca inquebrantable frente al poder del demonio ; frente a todos aquellos que, queriendo apagar la luz de la espiritualidad, se esfuerzan por animalizarla abriéndole nuevos cauces de perdición y de ruina espiritual ; frente a todos aquellos progresismos que desemboquen en un apartamiento de las leyes de Dios.

Estos tales con toda su novedad pretendida, tendrán el sentido de vejez... serán tan viejos como el error ; tan viejos como la herejía ; tan viejos como el ateísmo, como el mismo pecado. Y la Iglesia, con su apostolado eficiente según el Evangelio, seguirá invencible cual su Divino Fundador.

Permanezcamos en Cristo y El permanecerá en nosotros.

Junio 1968.

U N I D A D

El apóstol San Pablo en el capítulo cuarto de su carta a los cristianos de Efeso, destaca la trascendencia de la *unidad* fundamental de la Iglesia, con estas palabras: «Uno es el cuerpo, y uno el espíritu, y así también una la esperanza de vuestra vocación, a que fuísteis llamados... Uno es el Señor, una la Fe, uno el Bautismo. Uno el Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y gobierna todas las cosas, y habita en todos nosotros».

Esta unidad, así completa, solamente alcanza cumplimiento y realidad en la Iglesia Católica Apostólica Romana. ¿Acaso no fue ésta la voluntad de Jesucristo al decir, como refiere San Juan —10, 16— que formemos un solo rebaño y con un solo pastor? Del madero ensangrentado de la cruz en el que murió el Divino Salvador, nace la Iglesia. De la muerte brota la vida; se retira la Ley Antigua para dar paso a la Ley del Evangelio, a la ley de gracia.

Esta es promulgada solemnemente a todo el mundo cuando la Iglesia, cuerpo visible, se manifiesta el día de Pentecostés por medio de los apóstoles que predicarán a todas las partes el Reino de Dios sobre la base de una misma doc-

trina y de una misión de la Iglesia, asentada ésta sobre la roca firme del príncipe de los apóstoles, Pedro.

A él incumbe el magisterio supremo de la Iglesia, y a este magisterio compete el conducir la nave de la Iglesia, con la carga de las enseñanzas divinas, de la verdad santificadora, flotando sobre las olas de errores, de torcidas voluntades, de ataques abiertos y solapados, con la apariencia de un modernismo que evoluciona hacia una libertad que se convierte en escandalosa desviación moral; hacia un placer de vida sin Dios, pervirtiendo la inteligencia de tantos, y corrompiendo su corazón.

La Iglesia en este mar proceloso de la tierra, no se opone a una evolución de progreso, a un modernismo que traiga el bienestar a la Humanidad, que haga feliz al hombre como ser racional y, por tanto, espiritual. No se puede dar predominio al cuerpo sobre el alma. Y para esto, el modernismo ha de correr, igual que las aguas, dentro de sus cauces debidos.

¿Cuáles son estos cauces por los que ha de avanzar, progresar, evolucionar con nuevas face-
tas, sin nota de degradación? Son los cauces de las virtudes enseñadas y practicadas por Jesucristo. Dentro de ellas, y no al margen, ni menos contra ellas, puede correr y modernizar la vida; puede inventar y escoger *nuevos* modos

de apostolado, pero que sean aptos y conduzcan a la extensión del Reino de Cristo, a la atracción del hombre hacia Dios ; aptos para defender, conservar y acrecentar la Santa Iglesia, siempre en una unidad de fe, de moral, de doctrina, de servicio, pero de un servicio que sea testimonio de esa unidad.

Cristo cabeza, nosotros sus miembros. Estos unidos han de estar a la cabeza para formar un solo cuerpo. ¡ Misteriosa y sublime trabazón entre El y su Iglesia ; entre El, su Iglesia y nosotros ! ¿ Desgarraremos esta unidad ? Un modernismo en ciertos aspectos de la vida privada y pública, y desde luego, rechazable, la está desgarrando cuando duda o niega en la teoría unas veces, y otras en la práctica, algunas verdades fundamentales de nuestra fe.

El cristiano que no vive como tal, se niega a sí mismo, y prácticamente rompe esta unidad de vitalidad divina. Al árbol, sus ramas ; al pastor, sus ovejas ; a la Iglesia, sus fieles miembros, fuertemente unidos a ella y vitalizados por Cristo ; al Instituto, nuevo retoño que brota del amor de Cristo Redentor Obrero, briosa y entrañablemente unidas, sus Obreras de la Cruz, obedientes y sumisas al magisterio del Supremo Pastor de nuestra Santa Iglesia.

Y no olvidéis que el amor, la caridad que nos recuerda el Divino Maestro, no sólo hablada,

sino vivida, os ha de unir, sin grietas, entre vos-
otras, para ayudar a la Iglesia en su obra, como
dice Pablo VI, «de la santificación de las almas ;
en su aspiración del Reino de los Cielos hacia
el cual está encaminada, no teniendo aquí una
ciudadanía estable. Y ya desde este mundo su
única finalidad es la de establecer en sí el reino
de la verdad, esa verdad de la que Cristo dio
testimonio ante el poder terreno y que la Iglesia
continúa proclamando como El, perseguida, como
El, mansa, como El, indefensa».

Abril-mayo 1969.

SACERDOCIO

ENTRE LAS GRANDEZAS... ¡LA MEJOR!

Fecha de perpetuo y entrañable recuerdo el 12 de junio de 1921, en que fui consagrado sacerdote de Cristo. Singular entrada en la palestra donde luchó primero el Maestro, y venció con dos maderos en forma de cruz. Con ella, el Sumo y Eterno Sacerdote, con «una sola oblación», y «solamente por una vez», consumó la redención de todos, sin acepción de clases. Viene a mi memoria tan excelsa merced, y siento que toda mi gratitud es poca, que toda mi correspondencia a las exigencias de tan alto ministerio siempre resulta pobre. La dignidad del sacerdocio, la excelsitud de su misión espiritual en el mundo, tocan la cumbre del mayor destino a que el hombre puede ser elevado en la tierra.

La realidad-sacerdote es inseparable de la realidad-Jesucristo. Distintos, pero como fundidos en una misma misión : sacrificar. En la Cena Eucarística, el Maestro, Eterno Sacerdote, instituyó el orden sacerdotal, hizo sacerdotes a los apóstoles. Estos, a su vez, lo comunicarían a sus sucesores, y unos a otros, hasta el fin del mundo. Los hombres quedan hechos prolongación-participación de los poderes de Cristo : transustanciar el pan en cuerpo y el vino en

sangre del Redentor ; perdonar los pecados. De un mismo aleteo de amor nacen la Eucaristía y el Sacerdocio. Ambos permanecen, por razón de su origen, en una maravillosa coyunda. Ni uno sin el otro. Parece cosa imposible. Les envuelve un misterio. Pero para Dios nada hay imposible, sino tan sólo lo que es contra El. Son la demostración perenne del poder, del querer y de la exigencia de un infinito y eterno amor.

Junto a la Eucaristía, victimación de Jesucristo, sol de la vida divina, centro de toda vitalidad sobrenatural, se halla el sacerdote. En ella está presente, real y verdaderamente, toda la Humanidad, toda la Divinidad, todo el Cristo igual que en el cielo. Sacrificio incruento, pero *sacrificio*. Mas no lo puede haber sin oferente, sin sacrificante. He aquí el Sacerdote en su maravillosa función. El Maestro se ofrece a sí mismo en la cruz ; es, al mismo tiempo, sacrificante y sacrificado, oferente y víctima. Lo hace sin intervención de personas, igual que cuando instituye la Eucaristía. Ahora, en la Santa Misa, sacrificio eucarístico, El es el ministro principal, invisible. ¿ De quién se vale para ofrecerse y victimarse ? Del sacerdote, ministro secundario que le representa. Sublime y misterioso sacrificio por el que se nos aplicará hasta el fin de los tiempos los valores de la Redención.

Comprendemos así lo que es el sacerdote, lo que entraña su condición de elegido y consa-

grado, su íntimo postulado de santidad, su total y plena dedicación al trabajo de la extensión del Reino de Dios. Esta extensión la hará transformando a los individuos y con ello a la sociedad humana. ¿De qué forma la realizará? ¿Con estructuras externas cada vez más en número? No; la llevará a cabo dando al mundo el pan de un vivir y actuar humano-sobrenatural, mediante una intimidad de amor, santificante, que hace a los hombres santos, amigos de Dios, más aún, hijos de Dios. El sacerdocio, vivido y actuado conforme a Jesucristo, se convierte en admirable fábrica de santos. Y si su acción, como ministro del Señor, se vierte toda en su auténtica y clara función ministerial, nunca fuera de su cauce, viene a ser troquel de cristianos que transpiran «el buen olor de Cristo», de héroes en el ascenso y práctica de las virtudes cristianas, de espíritus alados que suben las cumbres de lo espiritual, fuente de vocaciones que entran en la palestra de los luchadores por la glorificación del Divino Maestro.

Pero si santas son todas las cosas sagradas que trata el sacerdote: las verdades que debe predicar, los sacramentos que administra, el Cristo al que representa con todos los poderes que le ha confiado; si, pues, en esta Obra Divina todo es santo, ¿cómo los sacerdotes pueden escapar a esta obligación de moldear su vida en la santidad? El mundo solamente se transfor-

mará por el Cristo vivido en nosotros; espon-
jados en su verdad y santidad, seremos po-
tente e irrefutable testimonio de que somos dis-
cípulos e imitadores del Maestro, el único Maes-
tro, Divino Luminar en la Humanidad. El es
la Iglesia viviente: su doctrina, su espíritu, su
promesa, su cruz, su Eucaristía, su reino que
avanza por el camino profético, aún entre astillas
de desmoronamientos vocacionales, de desparra-
mamientos en la unidad de la fe, siempre victorio-
sa, pues en los visos de derrota, se fragua la
definitiva victoria.

Pero no hay Iglesia sin sacerdocio. Ella ne-
cesita del Sacrificio, de la víctima inmolada. Al
Sacerdote toca esta función. A este fin elige sus
sacerdotes a los que confía su Obra. Son hom-
bres segregados por El del orden común, eleva-
dos a un orden superior, todo divino dentro de
lo humano, elevados al orden personal del mis-
mo Jesucristo. Sangra el corazón cuando la le-
vadura perdió su fuerza para levantar la masa.
El sacerdocio creado ha sido como levadura es-
piritual que preste calor y fuerza de Dios a todo
el mundo. «Id y predicad lo que os he enseñado
a todas las gentes». No se explica cómo pueda
vivir el sacerdote desligado de Cristo en su men-
talidad y en su corazón. Benditos años, y mil
veces benditos trozos de vida gastados, consu-
midos en la palestra espiritual a la que fuimos
llamados y en ella todavía perseveramos.

Gracias, Señor, por tu predilección. A ella abrimos de par en par nuestra voluntad, un día, con indecible gozo. ¡ Gracias, Santísima Virgen, por tu intervención de Madre! Miro vuestra huella de paso por el mundo, y así, en humilde imitación, deseo que sean las mías y de cuantos laboran conmigo en el apostolado.

Sí, es verdad consoladora el que *entre las grandezas me vino... ¡la mejor!*

Junio 1973.

LA SIEMBRA EN EL SURCO...

¡ 12 de noviembre! Hoy cumpla mis largos años. Sobre mí gravita el peso de una larga vida. San José y la Virgen enseñaron a Jesús a sembrar en los surcos de la tierra, preludio de una futura siembra espiritual en las almas. También me enseñaron a mí a sembrar y en este oficio vengo gastando mis años.

Quise sembrar bien, metiendo muy hondo en las almas la semilla de Dios. ¿Lo hice del todo bien? Así he pensado mirando a la Virgen, mientras celebraba la Santa Misa... El enemigo sembró su cizaña. También en la siembra de Jesús. Es el Evangelio de hoy que nos anima a seguir sembrando sin miedo a la cizaña del enemigo, reservada para el fuego...

¿ Y sabéis cómo sembré? Cogido al manto de la Virgen, guiado siempre por Ella, a la que, junto a Jesús, elevo mi acción de gracias. El Divino Sembrador nos ha dejado una Madre Virgen. Prerrogativa única. ¿Qué sería de nosotros sin una Madre así, sin el cobijo de sus brazos y de su regazo, sin el aliento de su mirada, sin la confianza de su corazón? Ella es la Madre de la Iglesia, de cristianos fieles, la Madre espiritual de toda la humanidad.

Jesús nos ha dejado una cruz que marca nuestro camino ; una abnegación penosa ; una lucha contra el desorden de las pasiones ; un desprendimiento del mundo. Nos exige la victoria, la superación sobre nosotros y las cosas de la tierra. El Cristianismo es duro. Pero si es duro, es un yugo suave. La gracia y el amor del Señor lo suavizan y nos dan alas y fuerzas para levantar ese peso hasta lo más alto, hasta las regiones de la santidad.

Pero nos ha dejado una Madre con las mejores ternuras. En Ella descargamos nuestras aflicciones y desgranamos nuestros más acendrados afectos... ¡ todo ! ¿ Por qué, pues, a esta Madre que tanto necesitamos, se la quita de los altares, se la reduce al mínimo del culto ? ¿ Qué sería de la Iglesia, de nosotros, sin este pararrayos que sostiene la justicia de Dios sobre un mundo corrompido ? ¿ Qué sería nuestra vida sin Ella ? Lo que sería un naufrago en alta mar sin tabla donde acogerse.

Aumentemos su culto ; fomentemos la devoción a Ella ; la necesitamos para vivir sobrenaturalmente, hacer bien nuestras siembras, descubrir la mano que derrame la semilla de la cizaña, forjar un muro de contención ante el que se quebrante el espíritu de indisciplina, desorden y maldad.

Yo, siempre con Ella, me acerqué a las almas, luché, hablé, escribí... ¡ sembré ! Las lámparas

de la tierra se apagan un día, pero dejan el recuerdo de una luz que iluminó a los que necesitaban de luz. ¡Si mis años, como los vuestros, fueran así! Sigamos sembrando hasta el fin...

Noviembre 1967.

VIDA SOBRENATURAL

SANTIFICACION

LA SANTIFICACION

No cabe duda que la santificación es un deber para todos, mayormente para vosotras. Sin santificación no se llega al logro de nuestro fin inmediato: más vida de Dios en nosotros y más fruto en las almas. Esta sea vuestra aspiración constante; lo que busquemos en todas las cosas y trabajos.

Quien busca santificarse, aprovéchese de cuantos medios le puedan santificar, y no los rehuse, aunque le causen repugnancia. Lo que más cuesta es desprenderse del propio *yo*, siendo esta falta de desprendimiento, un gran obstáculo a la santificación propia y a la de los demás. Si encastillados en nuestro propio *yo*, miramos al prójimo, ¡cuántas cosas nos parecerán mal! Si miramos sólo a Dios, y en su amor vivimos y por su amor obramos, ¡con qué caridad y tino y delicadeza enjuiciaremos los actos del prójimo y le trataremos!

Muchas almas muestran deseos de santificación, pocas ponen los medios para lograrlo. La Obrera tenga hambre de santificarse, y así no desperdicie ni las migajas de las pequeñas ocasiones que la vida le brinda con abundancia. Los

que se encierran en su *yo*, acaban por buscar pedestal de gloria humana, tiran como a endiosarse sobre los demás, y acaban por perecer en la sepultura de su ruina moral.

Quien se siente acuciado por el deseo de saber, aplícase al estudio y se vale de los escritos que le puedan servir a su fin ; no importa que sea una hojita polvorienta, o un libro deshojado, o una página de papel pobre... Quiere aprender, saber, y no repara en medios.

¿Por qué no buscamos la santificación de verdad, y para ello, lo que nos santifique y lo que más nos santifique? De espíritus pequeños es pararse ante obstáculos insignificantes, que la vida material, como la espiritual, nos ofrecen de continuo en nuestro andar hacia Dios. Venzamos siempre.

Octubre 1949.

¿POR QUE NO HACEMOS LAS COSAS BIEN?

¿Por qué? Es verdad que nuestra flaqueza es grande y no alcanza a hacer las cosas con la perfección a la que aspiramos. No podemos olvidar que somos criaturas con capacidad reducida. Por eso la total perfección no es patrimonio del hombre, pero debemos tender a una perfección asequible a nosotros, porque nuestra vida es toda para Dios y en ella hemos de poner el sello de nuestra voluntad de perfección.

Bien es verdad que muchas faltas se nos pasan inadvertidas, sintiéndonos capaces de hacerlo mejor. No nos damos cuenta muchas veces por falta de reflexión. Y cuando advertimos que obramos rechazando lo que se nos presenta con sabor de perfección; cuando nuestra razón nos declara que de aquella otra forma obraríamos mejor, ¿por qué no seguimos el dictamen de la razón? No actuemos contra este dictamen, luz que ilumina nuestros pasos.

Para aquellos que de verdad viven el espíritu de Cristo y marcan su vida con esta sublime finalidad: voluntad y gloria de Dios, ¿por qué no actúan buscando la perfección? Muchas veces parece que no tenemos suficiente fe en nuestro

obrar... y nos dejamos llevar de nuestros gustos, egoísmo y comodidad, sabiendo que Dios nos pide una vida de perfección más subida. A los espíritus sedientos de Dios, de crecer en su amor, no satisface lo menos perfecto ; buscan señalar sus obras con el grado de perfección que agrade a Dios.

¿ Por qué no hacemos las cosas mejor ? Pues porque no queremos muchas veces, o nos falta esfuerzo. Es que nuestro amor a Dios no es tan fuerte como para sacrificar nuestros gustos, nuestro propio querer uniendo nuestra voluntad a la del Señor. Cuando un alma ama de veras, no tiene otro querer y otra ilusión, que dar gusto al ser amado. Y la voluntad del Señor bien la sabemos : nuestra perfección, nuestra santidad.

Esforcémonos cada vez más para perfeccionarnos en todo. Aspiremos a que de nosotros, cual copia de Cristo, se pueda decir de algún modo : «todo lo hizo bien». Por lo menos... por nuestra limpia y firme rectitud.

Febrero 1954.

DESEOS EFICACES

Vemos cómo brotan con fuerza los buenos deseos. No basta desear. Los buenos deseos hay que hacerlos *realidad*. Son el primer empuje de la voluntad. Mas ésta puede ser detenida en su acción por el temor, la indolencia, el descuido. Es necesario remover obstáculos en cuanto esté de nuestra parte. La actividad, medio de realización de los deseos, se ha de manifestar tanto en lo que concierne a lo espiritual propio y ajeno, como al cumplimiento de los deberes y misión aceptados.

En esto debe poner toda Obrera un marcado interés. La que descuidare este deber, mermaría su capacidad de producir en la viña de Dios. Los deseos quedarían en brote o a medias, debiéndose culpar a sí misma en la falta del debido rendimiento. Completando cada día su formación puede dar mucho de sí. Almacenar para dar ; vivir de Cristo para comunicarle. Esta comunicación vital a los hombres está reflejada en sus deseos de llevarlos a Dios ; en sus palabras que sean reflejos vivos de las enseñanzas del Señor ; en su porte ajustado en todo momento a la virtud ; en su trato en el que aparezca la nota de su ejemplaridad ; en su acción que o rotura, o abre de

nuevo lo roturado para sembrar la semilla de la verdad y del amor a Dios y al prójimo.

Fuego en la vida interior es el amor. Fuelle que aviva este fuego es la oración. En la proporción que nosotros nos acerquemos a Jesucristo, en esa misma, por la influencia, vendrán a nosotros las almas para conducir las a El. Desear y hacer; planear y realizar; oración y acción. Nuestro esfuerzo cotidiano se encamine al aumento de una mayor distinción, la cual nos hará instrumentos más aptos para nuestra misión.

De esta manera la Obrera vendrá a ser vida de Cristo, con rendimiento copioso. Y habrá cumplido su finalidad. Tengamos presente que los deseos de poco sirven si no se hacen eficaces, si no se truecan en una palpable realidad.

Marzo 1947.

RECTITUD DE INTENCION

Si la intención en nuestras obras es pura, sencilla, recta, toda nuestra obra será clara, transparente y resplandeciente. Mas si la intención fuese mala, no recta, entonces la obra queda entre sombras, dañada. La base sobre que descansa el progreso espiritual es la rectitud o pureza de intención. Nuestras acciones revelarán cuánto tenemos de perfección en el alma, y estas acciones ante Dios, tendrán su perfección en la medida que sea la intención perfecta.

Es de gran trascendencia el afinarnos en esta pureza de intención. ¿Cómo lo haremos? De este modo : hay pureza de intención en nuestras obras, cuando en ellas sólo buscamos cumplir la voluntad de Dios ; cuando el fin que nos mueve a realizarlas es más alto y perfecto y éste es, buscar y agradar a Dios. Por eso, en este sentido nos dice San Pablo : «Cuando hagáis las cosas, hacedlas pensando que estáis sirviendo al Señor y no a los hombres».

Esta pureza de intención excluye por tanto, el que hagamos las cosas para contentar a las criaturas, únicamente, de forma que si tal agrado no existiese, no haríamos aquellas cosas. Note-

mos bien, que no es contra la pureza de intención el hacer una obra que agrade a una criatura, mientras busquemos en ello el cumplimiento o el agrado de la voluntad de Dios.

No se puede armonizar la pureza de intención, con el hacer las cosas guiados por la búsqueda de nuestra vanagloria. Toda gloria se debe a Dios. Fácilmente puede interceptar la interferencia de nuestro «yo», o el complacer a las criaturas. Por eso, en aquella Obrera que actúa mirando agradar a Dios, prescindiendo de todo lo demás, la vida espiritual es sencilla y hermosa. Por el contrario, cuando en la intención hay un torcimiento, un enredo, todo se torna difícil.

El Señor muestra esa predilección especial sobre las almas sencillas. Exige que nos hagamos sencillos como niños, en los cuales brota por la palabra lo que hay en el corazón. A la ficción se opone la pureza de intención. La doblez en la intención, la falta de rectitud, es la que dificulta la vida interior. La pureza de intención es generosa, lo vuelca todo.

Resplandezca en vosotras esta condición tan necesaria para el aprovechamiento de vuestra gracia vocacional. ¿Qué otra cosa habéis de buscar sino vuestra santificación, y que el Señor reciba la gloria que le es debida en todos vuestros actos? Apartad de vosotras lo que no armonice.

En verdad que es gran impedimento para vivir la verdad y conservar la paz. Quede firme esta recomendación : vivid y obrad con gran pureza y rectitud de intención.

Enero 1955.

LOS FRUTOS DE UNA VIDA

Nos consideramos tal como nos hallamos constituidos: en un plano sobrenatural por nuestro destino, que es Dios, y por la Redención, misterio de Cristo, para llegar a la posesión de Dios. Y en este plano no valen las palabras por profundas y expresivas que sean, son necesarias las obras que respondan adecuadamente a las dichas palabras. ¿Qué vale una fraseología, por bella que sea, si su contenido no se traduce en obras? Mucho se habla de virtud, pero poco se practica.

No nos engañemos. Nos daremos a conocer y conoceremos a los demás, por sus frutos, sus obras, sus actuaciones. «Por los frutos los conoceréis», dice Jesús. Estos son el mejor y el más elocuente lenguaje, para que conozcan que somos almas entregadas al servicio del Señor.

Y ¿cuáles han de ser nuestros frutos? Los que entrañen el espíritu de Cristo, los que tengan esencia de santidad, los que sean expresión de las virtudes del Divino Maestro, los que estimulen y muevan al bien, difundiendo el buen ejemplo. El valor, la verdad de nuestras palabras, han de ser confirmados por nuestras obras.

No nos desmintamos a nosotros mismos. Seamos verdad y verdad de Cristo viviendo en nues-

tro interior. Y que el mundo en el que vivimos y realizamos nuestro apostolado, vea con sus propios ojos que nuestra vida es sencillamente, no un discurso prolongado de frases, lamentos, encomios, sino una alta y ejemplar ejecutoria de la doctrina y espíritu del Maestro. Como El, también nosotros. Así vamos seguros en nuestro caminar hacia Dios.

Enero 1967.

¿ PESIMISMO ? ¿ OPTIMISMO ?

Vivamos la realidad con reflexión. Esta nos hace pensar sobre nuestra marcha interior y acerca de las situaciones, personas y cosas o ambientes, las cuales nos rodean y, a veces, envuelven nuestro vivir. La influencia de las circunstancias y la consideración de nuestros pequeños desórdenes y de nuestra nulidad causan a menudo en nosotros un estado de pesimismo.

En cuanto a nosotros, influye mucho el cierre del interior. Este debe evitarse, porque suele perjudicar a la buena conciencia y acarrear tantos males al alma, dando lugar a una desorientación tan perniciosa en nuestras decisiones y modos de actuar.

Es verdad que el Señor derrama abundantes luces en las almas; pero éstas necesitan que una luz, desde fuera, las interprete, explique y oriente. Vemos las cosas distintas de lo que son o significan; juzgamos las personas o las cosas fuera de su propio ambiente, el cual nos puede explicar su manera de ser y de obrar.

Muchas veces somos según el ambiente que respiramos. Y este ambiente no es siempre sano, no ajustado a lo que de nosotros exige nuestra vocación. Podemos incurrir en el error de que

vivamos la vocación siguiendo aquellos ambientes que nada tienen de Dios. La vida espiritual sufre entonces gran detrimento, y el amor de Dios decrece, se va apagando, falto de un sobrenaturalismo que nos hace ver y juzgar las cosas en un plano divino. ¡Qué distintas se ven cuando las consideramos desde la atalaya de la verdadera santidad!

No hay lugar para el *pesimismo*, cuando en nuestro vivir sobrenatural hacia Dios, el amor divino es el que impulsa, sostiene y remata nuestras obras, aunque su realización importe la abnegación profunda y cargar con la cruz, con aquel «niégate y sígueme».

Seamos optimistas. No perdamos la paz, la alegría, el equilibrio, ante la consideración de la pobreza y mezquindad de nuestras deficientes obras. Seamos optimistas, sabiendo que todo lo podemos con Cristo, nuestra fortaleza. No hay ambiente, ni circunstancia, que el alma no pueda superar en su vuelo hacia Dios. Acaso nos falta humildad para reconocer que somos *nada*, pero que podemos alcanzar una codiciada grandeza, la espiritual, con la acción de Dios. Y en esta humildad, basada en un verdadero amor, descansan firmemente nuestra seguridad y optimismo.

Contra la realidad de un mundo sin Dios, hay otra realidad, más potente: *La realidad del vivir de Dios en las almas.*

Marzo-abril 1967.

ORACION

PERSEVERANCIA

«Ninguno que ponga la mano en el arado y vuelva la vista atrás, es apto para el Reino de los Cielos». Sobre el arado del apostolado pusiste tus manos para abrir surco en las conciencias y depositar la siembra de la verdad de Cristo.

El que ara, no sestea bajo la sombra plácida del árbol, ni retira sus manos a las caricias cortantes del frío. Azotadas sus manos por el calor o el frío, aprieta con ellas el timón del arado para seguir su anhelada siembra. No aprovechará si, volviéndose atrás, fijara su vista en apegos o comodidades que dejó, y abandonase el arado. No hay cosecha sin siembra, ni siembra sin el arado del sacrificio.

El que dejó la casita de sus comodidades y placeres de este mundo, para seguir los pasos del Divino Sembrador, no es apto para el Reino de los Cielos si, abandonando el campo, retorna a su primitiva vida de frivolidades y sensualidad.

Hallan fatiga en el arar, y vuelven la vista atrás, anhelando ser lo que fueron, aquellos que flaquean en el espíritu. Y esta flaqueza procede en gran parte de que está menguada la oración. Es preciso recordar a toda Obrera su *obligación*

de cumplir sus tiempos de oración, si bien se desea en ella un hábito de oración de la que fluya su apostolado. Tal necesita la Obrera por su condición vocacional y para ser fuerte. Cuiden de esta práctica oracional, muy especialmente, las que estén al frente de los Cenáculos. Y procúrelo cada Obrera en particular.

No valdrán subterfugios ni pretextos ante Dios, si por haber descuidado este dicho *deber* llegase a flaquear su vocación, o prevaricar en ella. Sin el contacto con Dios logrado por la oración, el espíritu de Obrera comenzará a debilitarse, a disminuir, acabando por perderse. Aquellas que descuidaren su oración se ponen en peligro de «volver su vista atrás». Grande es la astucia de Satanás y de mil pretextos se vale, para estorbar este sublime ejercicio del trato con Dios. Cumpla toda Obrera sus tiempos de oración si no quiere perecer. No basta *hablar de Dios*, es preciso *hablar con Dios*.

Agosto-septiembre 1967

SOBRE LA ORACION

Nos incumbe a todos la necesidad de la práctica de la oración. Y a la Obrera según se indica en el *Directorio*.

Ponderen su responsabilidad aquellas que no velen por cumplir y hacer cumplir, si tal les concierne por su oficio o cargo. Si no hay alimento espiritual suficiente, la voluntad se debilita, decaen las fuerzas, el fuego interior se va apagando, y hasta la falta de vigor sobrenatural puede afectar a lo íntimo de la misma vocación.

¿Cómo es posible que se pueda tener el debido control de los valores humanos, si se carece del equilibrio interior, de la presencia vivificante de Dios, del sosiego íntimo del alma, de la reacción necesaria que necesitamos hacer todos los días para mantenernos en el fiel de la balanza de nuestro obrar ante Dios?

No podemos en modo alguno descuidar nuestra continuada formación interior. Desgraciadamente, en los tiempos que corremos, se tiende a aminorar el ejercicio de la oración, como algo *no* de primera necesidad. Un naturalismo invade hasta la misma vida religiosa, tendiendo a suplan-

tar lo sobrenatural con lo natural. Si es verdad que la vida sobrenatural no anula la natural, sino que la eleva, la nutre de Dios, de su amor, también es cierto que precisa que ambas vidas vayan hermanadas y a la par, haciendo que Dios viva en nuestros actos realizados con sentido humano, caritativo, fraternal.

Atrae *el natural*, pero atrae hacia Dios y por Dios cuando está sobrenaturalizado. Gran elemento sobrenaturalizador es la oración que nos nutre de Dios, eleva nuestros pensamientos, nuestros amores y nuestros sacrificios. El *hombre por excelencia sobrenaturalizado, divinamente vivificado, deificado por la unión estrechísima con el Verbo divino, es Jesucristo.*

La oración enlaza y estrecha nuestra amistad con Dios. Yo os recomiendo con vivo interés que deis a la oración la importancia que tiene en el sostenimiento de la Obrera, en su crecimiento de amor a Dios, y en su vigor para sostener enhiesta la cruz. Sólo con ella la alcanzaréis.

Marzo-abril 1957.

ORACION Y BUENAS OBRAS

Obreras, no olvidéis vuestra *obligación* de practicar la oración durante el tiempo fijado. Hay descuidos de escasa importancia. No es así el referente a la oración. Reviste suma importancia, ya que sin aquélla no se puede sostener el nivel de vida espiritual interior, tan necesaria de todo punto a la Obrera, ni menos, acrecentar la vida interior, acrecentamiento éste indispensable para progresar en el espíritu y en la fortaleza de la voluntad.

Se corre el peligro de que el trabajo, por ser mucho, absorba parte de la oración, viniendo, al final, a desquiciarse el espíritu.

El trabajo no es oración, si bien en el trabajo se puede vivir orando, conversando con Dios. Pero, exclusión hecha de circunstancias especialísimas —y éstas nunca son ordinarias—, la Obrera debe darse a la oración en la cantidad de tiempo que le incumbe. Evítese, pues, todo descuido que hubiese en el cumplimiento de este sagrado deber.

El demonio que abre rendijas para hacer penetrar en las almas el espíritu de perdición, sabe poner en los labios mil excusas y pretextos.

Esto acontece con frecuencia en las almas piadosas.

Asimismo, os recuerdo la obligación de hacer las cosas de modo que sean gratas a Dios. Resplandezca siempre la luz de vuestras obras rectas y santas. Obras son vuestros juicios caritativos, vuestra habla y trato, vuestros consejos y acción, vuestras conversaciones y escritos, vuestra diligencia al trabajo propio y, a la vez, de ayuda caritativa a la fatiga de los demás.

Buen ejemplo ante el mundo y entre vosotras. El mundo os conoce y os exige con razón un grado positivo de virtud. Que todas hagáis honor al nombre que ostentáis. Estas recomendaciones nacidas del corazón que salta a la pluma, tenedlas siempre muy en cuenta.

Yo espero de vosotras, con sobrado fundamento, mucho bien para el servicio de Dios y la ganancia de almas. Así lo pido al Señor diariamente en mis oraciones.

Febrero 1949.

VELAD Y ORAD

¡Velad... y orad...! Así nos habló Jesús en la última noche de su vida mortal en este mundo. Aviso certero y paternal. No olvidemos esta necesidad de vigilar. El que se duerme en los laureles, perece; el que confía en sí, cae. El que tiene un tesoro y lo estima mucho, lo vigila, pone sus guardianes, lo cuida; no se fía...

Nosotros llevamos en este cuerpo frágil el tesoro del alma y, en ella, el tesoro de nuestra vida espiritual. Vigilemos para estar al tanto de todas las acometidas del enemigo, que puede intentar robar o quitar lo que tenemos de Dios. Sabe el demonio que generalmente pierde la partida si ataca de frente, y, por eso, usa de esas apariencias de bien, para introducir en nosotros el espíritu de desorden.

Vigilemos nuestras acciones aún en aquellas cosas que son indiferentes, pues corremos el peligro de caer en un exceso que no encuadre en la virtud. Seamos para nosotros jueces, pero para con los demás tengamos la suavidad de la caridad de Cristo.

Velad. Somos como un huerto vallado por el pecado y en el que de la noche a la mañana

pueden aparecer malas hierbas. Vigilad vuestro espíritu, vuestra vida interior, para que los impedimentos que se os presenten, puedan ser quitados y no lleguen a dañar. El que no vigila no puede guardar en sí el orden, y queda a merced de los propios desórdenes.

Somos tierra maleada y necesitamos estar cavándola y limpiándola continuamente. Muchas de las faltas cometidas sin mala fe, sin advertencia, tienen su causa en la falta de esta vigilancia espiritual, que bien llevada nos hará comprender de una sola mirada sobre nosotros mismos, si nuestro interior está en perfecto orden, si aquello que nos rodea nos ayuda o no, para ser fieles a Dios Nuestro Señor.

Vigilad vuestras relaciones con las criaturas ; vuestras palabras, para que sean discretas ; vuestras amistades para que nunca os perjudiquen. La vigilancia en este punto podrá beneficiaros mucho ; por eso los santos buscaban a los santos. No es que hayamos de huir de los pecadores ; hay que buscarlos para llevarlos a Dios, pero si en su trato recibiésemos daño, alejémonos prudentemente. Tratad a las almas en vuestro apostolado de forma tal que su contacto no os perjudique, quedando siempre incólumes en vuestro espíritu.

Pero hace falta algo más que vigilar. Por esto dice Jesús : Orad. Junto a la vigilancia

siempre la oración, porque a ella ha querido Jesucristo vincular la fuerza sobrenatural que fortalece la voluntad para que supere las debilidades del cuerpo.

Sin esta fortaleza no podemos hacer frente al enemigo... ; hasta para huir... hace falta fortaleza, ya que sin ella no hay vencimiento posible ni triunfo en la lucha. El que no ora está llamado a perecer. Considerad vuestra oración como fuente de fortaleza ; por esto es *obligatoria... necesaria... voluntad de Dios*.

Energía, fidelidad a Dios, fortaleza, pero fortaleza que nazca de la unión con Cristo, el cual es la misma fortaleza.

Marzo 1957.

RENOVACION ESPIRITUAL

A VUELA PLUMA...

De nuevo, aunque me haga pesado, insisto sobre la necesidad de procurar con insistencia la propia renovación espiritual que, en fin de cuentas, ha de redundar en beneficio de todos los Cenáculos y del Instituto. Ello evitará el que se retráigan o lleguen a perderse algunas vocaciones, pues no se puede negar que las que se acercan, movidas por un impulso o deseo vocacional, lo hagan buscando un ambiente impregnado de Dios. ¡Tanto puede lo que nos entra por los ojos, influyendo en la moción de la voluntad! De ahí el que ponderemos la necesidad de vivir intensamente la vida de virtud, lo cual redunde evidentemente en bien propio y ajeno.

No olvidemos que poseemos nuestro yo personal, pero no con posesión excluyendo el señorío de Dios, de un modo absoluto, sino administrativamente. Hemos, pues, de administrar bien este don riquísimo de nuestra propia persona con todas sus cualidades de que está dotada. Para esta administración poseemos una libertad, mas ésta tiene por fin buscar y procurar el *bien*. En el *bien* hay gradación: *bien*, más *bien*, sumo

bien. Y con esta libertad elegimos el camino vocacional por el cual ha de discurrir nuestra vida hacia Dios.

Y aquí se nos plantea cada día, para afirmarnos más en nuestra elección, el interrogante que a tantos inquieta: ¿Qué hago de este don que poseo de mi persona, de mi vida? Feliz quien sabe acertar.

Mayo 1968.

UN AÑO MAS...

Obrera, ¿qué piensas ser en este año que comienza? ¿Qué llegarás a ser...? A la vez que el tiempo te empuja, tú esfuérzate cooperando con el tiempo, para unir tu vida más a tu Dios. Subimos un escalón más de la escalera que remata en la eternidad. ¿Piensas ser verdadera Obrera de la Cruz, conforme al espíritu de la Obra de la cual eres ramita vivificada? ¿Lograrás realizarlo en ti cada vez con mayor perfección? Si es así, ello supone un gran paso adelante en tu voluntad de perfeccionamiento espiritual, instructivo y apostólico.

Un año más que traerá sin duda algunas perspectivas hermosas de apostolado, tierras incultas por abandonadas, donde las gentes claman y piden una mano que las trabaje y las acerque a Dios; también proyectos, planes... Llegar a la ejecución de todo esto es necesario. Tu cooperación es urgente. Empieza prestando la ayuda de tu oración, de tu sacrificio, de tu talento y de tu acción, con ahinco. Precisa ganar esta nueva batalla.

En este nuevo año hemos de seguir trabajando para que la luz de la doctrina de Cristo brille a los ojos del mundo, alcance a muchos lugares

y llegue a muchas gentes que, deseando hallar a Cristo, no encuentran el camino que conduce a El.

Obreras, esperad y orad ; trabajad y reparad. La victoria es segura. Vuestra cooperación, necesaria. Prestadla entera y valiente. Deseamos que cada nuevo año marque en vuestro batallar por Cristo, un mayor esfuerzo de vuestra voluntad, y un gran paso en vuestra marcha salvadora. *¡Adelante!*

Enero 1946.

AÑO NUEVO

Nuevas esperanzas, nuevas luchas, nuevas victorias nos esperan. Fijemos nuestros ojos en el año que pasó, para que su recuerdo nos sirva de fuerte estímulo, afirmando aquello que haya servido para mayor gloria de Dios y cortando sin contemplaciones todo lo que no nos conduzca a ella.

Un año que pasa, otro que comienza, nueva cantera de méritos, de oblaciones, de amores, de glorificación de nuestro Dios. Un nuevo paso en nuestro camino de santificación pedida, impuesta, exigida por nuestro Dios, y abrazada con amor por nosotros.

Jesús nos concederá nuevas gracias que nos seguirá dando continuamente. Y nosotros sin regateo, sin excusas, sin miedos, con todo el corazón, dándonos incesantemente a El, ofreciéndole todo nuestro ser. ¡Sea nuestro cariño únicamente para Cristo! Nuestro Esposo necesita fidelidad intensa, amores encendidos que le consuelen, sacrificios que reparen todas las ofensas que se le infieren, vidas inmoladas por su gloria, en contraposición a las vidas que se derraman y se pierden entre placeres ilícitos y dolores inútiles.

Y puesto que Dios en su misericordia infinita nos ha escogido a nosotros para El, debemos convertir el placer desordenado en goce supremo de entrega y de anonadamiento a su voluntad y a su gloria, debemos convertir en fuentes de gracia los dolores que el mundo desperdicia, haciendo que las almas que gozan en el mundo aprendan a gozar y sufrir, y las que sufren, aprendan a sufrir y a gozar...

Obreras, es preciso que no nos entretengamos en nuestro camino glorioso de santificación ; llevados por la mano maternal de nuestra Virgen, ¡adelante ! Crezcamos más y más, pise-
mos sin temor las espinas que Jesús nos presenta en el camino de toda nuestra vida. Comenzamos por El nuestra inmolación y entrega, por su amor continuémosla hasta el fin.

Exijámonos siempre más a nosotros mismos. Busquemos la perfección hasta en el más pequeño detalle, y esto por amor a nuestro Dios, que es la misma perfección. Calcada nuestra vida en la vida de Cristo, pensemos como El ; amémosle como El nos ha enseñado a amar ; humillémonos y vivamos únicamente para El y para su gloria.

Año prometedor el que comienza. Muchas cosas nos prepara el Señor en favores y en trabajos. Si sabemos aprovecharnos, haremos de

este año nuevo un caudal extraordinario de gloria a Dios y una fuente inagotable de gracias para nuestra Obra.

Enero 1947.

REFLEXIONES

Un nuevo año comienza... aunque nuestros pasos sean cortos, que sean firmes.

En nuestra vida, muchas veces habremos de llevar la contraria al mundo y también a nosotros mismos. Si quieres ser como el aceite, siempre por encima, ponte debajo de todos; si aspiras a un lugar más elevado, toma el más humilde; si sientes antipatías, procura vencerlas con amabilidad. El vencimiento en todo aquello que desagrada a Dios tiene siempre su recompensa.

Si te dejas llevar por la corriente, acabarás en el mar. Es difícil remar contra corriente, pero es preciso para conservar la vocación. Cuando el Señor vea tu esfuerzo y tu cansancio por el mismo, desplegará las velas y hará soplar el viento a tu favor, con lo cual podrás descansar.

Vivamos como los pájaros, volando siempre hacia Dios, por encima de cuanto nos pueda dañar en el mundo.

A medida que nos vaciemos del «yo», habrá más lugar para Cristo en nosotros. Vaciamos, en este nuevo año, el pozo de nuestro «yo», llenándolo de amor a Dios.

El que más lucha, más victorias alcanzará,
pues no hay victoria verdadera sin el dolor de
la lucha.

Aunque el tiempo corra y cambie, la verdad
es inmutable y hay que vivirla.

La persona engreída no tiene virtud sólida.
Por ello el Señor, dándonos ejemplo, se humilló.

Dos cosas destacan en la vida de Cristo : hu-
mildad y obediencia, ambas unidas y empujadas
por una sola máquina : *El Amor*.

Enero 1968.

¿HUELLAS DE ESPERANZA?

Pasaron ya los Ejercicios Espirituales. Trece turnos organizados con verdadera ilusión, dedicados a las Obreras. Habéis oído muchas voces nuevas de Directores animados del mejor espíritu. Os han recordado las únicas verdaderas sendas que Jesucristo nos dejó para llegar a El, participar de su vida divina y comunicarla, ser de este modo testimonio auténtico de la verdad evangélica. Se os ha fogueado con el amor a Aquel que os lo reclama, y que explica vuestra donación de vida, de la totalidad de vuestra persona. ¿Qué cosas mejores se os pudieron decir?

A veces vuestras exigencias son en cierto modo inconscientes y, por ello, resultan desmesuradas. Mucho se os ha dado por parte de los hombres, movidos por honda piedad, generosos en prestar ayuda con sentido de su mucha responsabilidad, al recordaros lo que debéis ser y cómo lo habéis de vivir mejor ante los ojos de Dios y del mundo. Pero, ¡cuánto habéis recibido de Dios!

Nos desenvolvemos metidos, queramos o no, en el mar inmenso y misterioso de las gracias divinas. Estas nos salvan, pues se nos dan para nuestro provecho y engrandecimiento en direc-

ción a la conquista de nuestro único y supremo objetivo, fin, destino: Dios. Mas también nos *acusan*, si las despreciamos. Dones son del Señor. Nos las da con el gran amor que nos tiene. ¿Sabréis guardarlas, y corresponder generosamente...?

Pasaron estas jornadas espirituales. Los comentarios que me llegan, son muy consoladores. Se suele salir de ellas con ánimo renovado, visión más clara de la vida, de sus cosas, personas, conocimiento propio que tanto interesa para la enmienda, reforma, perfeccionamiento. Se desea el *total*, pero somos tan frágiles que no llegamos a él; lo alcanzaremos en el cielo.

Planeemos. Planear es tejer y destejer. Pero para nosotros es tejer *bien*, el bien, y destejer el *mal*. Los malos destejen lo bueno y tejen lo malo.

Y a la vista de los planes hechos en estas jornadas espirituales, sobre ese *algo* que interior y misteriosamente mueve la persona y la impulsa a mejores cambios, cabe preguntar: ¿Qué quedará en positivo? ¿Permanecerá *firme* y *sólida* la reconstrucción deseada, intentada, efectuada?

Renovarnos cada día es cosa hoy de urgencia, porque la piqueta destructora de mucho de lo que nos rodea nos golpea también cada día. Yo espero, confío y tal es mi petición diaria al Señor y a la Virgen, que perdure en vosotras

el fruto de los Ejercicios. Así os reportaréis el bien, y con él, vivido con intensidad, ejerceréis atracción sobre los demás. Y sobre esta atracción, vuestros alientos y consuelos. Igual que vosotras, también yo los deseé.

He cifrado mis esperanzas en una reforma-reconstrucción a fondo, para una mejor conservación y firmeza del espíritu que se os inculcó, necesario pilar de la Obra. Si todo cambia, Dios, el Cristo, su doctrina, no cambian. No pueden cambiar sin destruirse a sí mismos. Son la eterna verdad. ¿Qué quedará, pues?

Yo diría que mucho. ¿Lo que yo esperaba... y sigo esperando? La consoladora respuesta está en vuestras manos. Seguid siendo generosas al más generoso de todos: el Señor. Estad *pegadas* a la Madre, perenne ejemplar de la Obrera. Miradla y amadla.

Y mientras *otros* destejen lo que fueron, lo que les dio el ser en su camino, para perecer, vosotras resurgid con virilidad y pujanza. La nueva siembra quedó hecha. ¿Será abundante la mies que con gozo recogerá el Divino Sembrador? Cada una mire su campo, su obrar, su fidelidad, su fruto... Y no olvide que el crecimiento lo da Dios.

Octubre 1970.

VIRTUDES TEOLOGALES

¿CRISIS DE FE...?

Es tema actual el de la crisis o descenso de la fe, aún entre las almas consagradas. Son muchas sus causas. Estudiemos dos de ellas.

Primera: Querer comprender lo que supera a la razón humana, saliéndonos de los planes divinos, inescrutables, según los cuales rige Dios el orden natural para ennoblecerlo, elevarlo y transformarlo, haciendo partícipe al hombre de la vida divina.

Si somos polvo, podemos y debemos amasarlo todo con el oro del amor sublime de Dios. Entonces comprenderemos la grandeza y sabiduría de Dios, y lo que somos nosotros, con toda nuestra razón encumbrada. Y advertidos de lo que en realidad somos, remontaremos nuestra mirada hacia algo que no vemos, pero que sentimos y necesitamos: *La fe*.

Segunda: Las pugnas que se suscitan —y las quieren revivir como en lejanos tiempos—, entre la razón y la fe.

¿De dónde brotan? Para algunos, nacen de grandes dificultades, casi imposibles de vencer. ¿Por qué razón? Alegan que las leyes divinas dadas por Dios no son factibles de cumplimiento

en su integridad. Con estas leyes Dios ordenó un día la vida del hombre para que le rindiese culto, homenaje y servidumbre como a Creador.

Mas esta dificultad se agranda sobremanera a los ojos de los que se sienten impotentes para vencerse a sí mismos y hacer donación de su voluntad al Señor, del que la recibieron. Efectivamente que crece la dificultad puesta la mirada tan sólo en las fuerzas humanas. Crece la dificultad del cumplimiento cuando Jesucristo llega al mundo. Perfeccionó las leyes y nos abrió el camino El, personalmente, como Maestro único, para poder nosotros aspirar a alcanzar la perfección como una humilde y voluntariosa imitación de su vida, del Maestro, esforzándonos para realizar en nosotros la belleza y fecundidad de sus consejos.

Reconozcamos que es mucha la exigencia que impone el cumplimiento de los mandatos. Pero aun ponderando el esfuerzo no pequeño que el hombre ha de realizar para controlar sus pasiones desordenadas, tengamos en cuenta que a tanta exigencia y esfuerzo supera la gracia. Con la ayuda de ésta, la poquedad del hombre se convierte en grandeza, la impotencia de la criatura en un remontarse hacia Aquél que atrae hacia sí el pensamiento, la voluntad, el sentimiento, la donación plena de sí mismo.

Los consejos son hechos ya sublime realización en la generosa donación del hombre. Digan

ahora los tales si es posible o no cumplir las leyes de Dios, buscando hasta el último reducto de la perfección en la ley. Digan si Dios ha obrado sabia o caprichosamente en orden al fin de la Creación.

No descendamos del mundo sobrenatural. Este no destruye al natural, sino que lo perfecciona, lo vivifica y lo impregna de lo infinito y de lo eterno. Lo que parece tan difícil..., resulta ser fácil. El secreto está en que la persona controle su mundo interior, se haga desasida de sí misma, busque en ella a Dios que es su vida; todo en fin lo reduce a darse, a darlo todo, atada fuertemente con los hilos de la sangre redentora de Jesucristo. Fácil para los que se despegan y, sacudidas las alas del barro al que están pegadas, vuelan con el brío misterioso de su fe, de su intimidad, que les acompaña siempre con la fuerza de un querer fijo en el querer divino.

Los que floja o cobardemente opusiesen dificultades invencibles para superar la voluntad de Jesucristo, merecerían nuestra compasión, nuestra oración, al verles carentes del conocimiento de lo potente que es la gracia de la fe. Y, encarándonos con ellos, les diríamos que el amor del hombre, de las criaturas, y la evolución de las pasiones sin freno, han podido más y han sido más grandes en su corazón que el

amor a Jesucristo. Para todos ellos sí que es algo insuperable.

La medicina para evitar los descensos de la fe la tenemos en nuestras manos: *La vida interior*. Es ella la única solución para ese pequeño mundo invisible que integra toda nuestra personalidad espiritual. Amor a Jesucristo, y unión de nuestra voluntad con la suya.

JUNTO AL MAESTRO... NO HAY NAUFRAGIO

Pincelada evangélica. Una barca surca el mar de Tiberíades. En ella van el Maestro y los discípulos que le siguen —Mateo, 6, 28—. Antes había dicho a uno de los que querían seguirle: «Sígueme..., deja que los muertos entierren a sus muertos». Exigencia de la vocación apostólica. Vano todo pretexto de escape; excluye toda resistencia; la llamada apremia. Están juntos, conversan, descansan. Jesús les sujeta a dura prueba. Las olas del mar se encrespan y llegan ya a cubrir la barca. El Maestro duerme, o simula el sueño. La amenaza de un naufragio les acobarda. Instintivamente, en un movimiento de confianza, recurren a El. Tiene poder para increpar a los vientos y a las olas y hacer retornar la bonanza. Despierta a la llamada, mezcla de temor y de fe, que le dirigen sus acongojados discípulos: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Pero, ¿por qué teméis? Poca es vuestra fe. Mandó a los vientos, y las aguas se aquietaron. La barca continuó cortándolas, ahora con la seguridad de que no habrá naufragio.

Estamos pasando una tremenda crisis de fe. Quizá se presenta muy menguada a los ojos de Dios. Nuestra fe entraña un impulso de con-

fianza que adjunta a sí una seguridad, un impulso de abandono a la palabra y al poder de Aquel en quien creemos. Tiene en sus manos nuestro destino terreno y eterno. Por fuerza, vivimos metidos en nuestro mundo de hoy, mar embravecido. ¿Nos arreglaremos sin Dios, sin el Maestro, separados u olvidadizos de El? Nos circundan horas difíciles interior y exteriormente; nos zarandean las pruebas; nos tientan las infidelidades de tantos; nos asustan los tambaleos de los fuertes. Hay náufragos y más náufragos, envueltos en las olas de los vicios. No estaban en la barca del Señor, acorazada por la fe y el amor, la confianza y la entrega. Y es que no se sosiega el alborotado espíritu, ni retorna la paz a la conciencia, ni se aquietan las pasiones en desorbitadas acometidas, ni la alegría, flor de un corazón limpio, se asoma al rostro, ni se otea el porvenir con fundamentada esperanza, con la sola voz de la ciencia, de la mera justicia humana, de avances, por muy modernos que sean, no; sería un enorme fracaso individual y social.

El mar está altamente alborotado. Crece la tempestad en extensión e intensidad. El enemigo de Cristo apremia de todos modos y en todas partes. Quiere hundir la barca. Es la Iglesia... Somos cada uno. Alleguémonos a El con honda fe y humildad, y digámosle: Si Tú, Señor, no pones tu mano salvadora; si Tú no orientas

nuestra vida ; si no la vitaminas con tu doctrina, orgullosos, desorientados, débiles por nuestra poca fe, ¡ perecemos !

No dejemos nunca la barca en donde navega el Señor. Sigámosle. Dormido o no, dejándose sentir o no, ¿ qué importa ? El siempre escucha aquel clamor de los discípulos en el mar de Tiberíades : « ¡ Señor, sálvanos, que perecemos ! »

Julio 1973.

CARIDAD SENTIDA Y VIVIDA

Distintivo indispensable para que el mundo conozca que somos de Cristo, es la caridad. La Obrera debe sentirla y vivirla en cada momento, hasta formar con ella una de sus especiales características.

Caridad sentida en su corazón, enraizada en él, para ser bondadosa, santamente apacible y compasiva; para soportar y sufrir el peso y carga de los demás, sus flaquezas y debilidades; bondad de ternura al igual que Jesús; dulcemente austera, no pegajosa, evitando el atraer y reducir a su querer y al atractivo meramente humano de su persona, el afecto y querer de aquellos con quienes conviva o se relacione, así en el trato social como en el hacer apostólico. Caridad sin tapujos, sincera y desinteresada, que en su obrar tan sólo mira al Señor; que fluye del corazón caldeado por el amor divino, cual debe ser el corazón de una Obrera.

Sentir la caridad es sentir el amor a los demás para beneficiarles en Cristo. Y esta caridad no mira si hay o no correspondencia por parte de la persona en cuyo favor se ejerce, solamente mira a Jesucristo a cuyo ejemplo obra. Se eleva por encima de la condición y circunstancias de

la persona, y no le es obstáculo ni el acercamiento ni la distancia, ni el congeniar o no congeniar ; la ama en Cristo aunque sea su enemigo.

Procurad sentir la caridad en vuestro corazón, imitando al Maestro. Y cuando la sintais, vividla intensamente, haciéndola vivir a los demás, y marcadamente siempre entre vosotras. Que el mundo os conozca y os admire por la caridad que os una, formando un gran corazón. Fue el anhelo ardiente del Salvador, la glorificación de su Padre. Su cuna nos habla de caridad ; su vida entera hasta la cruz, no es más que caridad. De esta suerte unidas y trabadas por el amor de Cristo, creced en El.

Diciembre 1945.

MAS SOBRE LA CARIDAD

Dios ha dispuesto las cosas de manera que existe entre los seres vivientes una relación de hermandad. En un cuerpo organizado hay varios miembros y, con ser muchos y distintos, están todos unidos entre sí, comunicándose apoyo, viviendo la misma vida. Y esta unión entre ellos es tal, que el mal, lo mismo que el bien, de uno, repercute en los otros.

En el Salmo 132 se lee : «Cuán bueno y agradable es vivir los hermanos unidos», es decir, compenetrados, con un mismo ideal, una misma acción, un mismo vivir. ¿Cuál debe ser la hermandad que vivan las Obreras entre sí? ¿Puramente exterior, como personas extrañas, con una separación o individualismo, de manera que una se desentienda de la otra? No ; eso rompe prácticamente la hermandad verdadera que entre vosotras debe existir a base de caridad. Esta une y compenetra.

¿Cuál ha de ser la caridad que nutra la vida de la Obrera? Muy grande, viva e intensa. Caridad vivida por todas, porque si algún miembro se hace atrás, en cuanto de él depende, esta unión se rompe, es cual rama que quiere desgajarse, e intenta crecer y vivir separadamente,

sin pensar en las otras ramas o miembros con los cuales está hermanada.

Hermanadas habéis de estar no con un querer egoísta, para hacerlo triunfar sobre el querer de los demás, sino de un modo desinteresado, buscando siempre beneficiar a los demás miembros. Varios hilos distantes, por fuertes que sean, se pueden romper con relativa facilidad, mas no si están trabados entre sí. Por la caridad las Obreras han de formar, en su conjunto, fuerza única. Cuando una Obrera se desmembra, vive solitaria, distanciada, puede ser vencida con relativa facilidad. Es como un sólo hilo ; pero si está bien compenetrada con las demás, difícil será el que se rompa el hilo de su voluntad, de su vida ordenada, de su vocación.

Y deseo vivamente que ostentéis el distintivo especial de la caridad. Una de vuestras fuerzas mayores radica en vuestra unión, lazo estrecho entre vosotras mismas. Nada de elementos extraños ; a éstos se les trata con toda caridad, pero sin intromisión que pueda perjudicar la unión entre vosotras. Ayudaos mutuamente. Sabed mantener la dignidad propia y la de los demás miembros. Defensoras unas de otras, de suerte que nunca impere el egoísmo. La caridad nos hace reflexionar, haciendo que nos demos cuenta de la situación del prójimo.

Ninguna, pues, Obrera, se sienta vivir como

aislada de las demás, aunque se halle lejos. Compenetradas, cooperad todas a la vez a levantar el peso que consigo lleva el desarrollo y crecimiento de la Obra, y la formación y apostolado de las Obreras. Y notad que el secreto de esta unión lo encontraréis en vuestro amor a la vocación.

Vivid y acrecentad el espíritu de Obrera. Bien conocéis mi pensamiento y mi deseo. Espero, pues, que os esforzaréis por llevarlo a la práctica, forjando de este modo vuestra constante y firme unión por la caridad y en ella.

Agosto 1953.

DICE JESUS:

Médico, cúrate a ti mismo. Me llamáis Maestro, y en verdad lo soy. ¿Cómo distingues la brizna de paja en el ojo de tu hermano y no te cuidas del poste que hay en el tuyo? Quita primero la viga de tu ojo, y después mirarás en quitar la paja del ojo de tu hermano. Todo lo que queréis que las gentes hagan por vosotros, hacedlo vosotros también por ellas.

Es grave equivocación desear la santidad para los demás, y no procurarla para sí; enseñar y no hacer lo que se enseña; reparar en las faltas del prójimo y cerrar los ojos a las propias; querer recibir de las gentes buen trato, afable acogida, comprensión y caridad de Cristo, y rehusar tenerlos para con los demás... Midámonos con la misma vara que medimos a los otros. Así seremos justos y abriremos brecha en las almas.

Mayo 1967..

POSTRERA VOLUNTAD DE JESUS

«Un nuevo mandato os doy, y es que os améis unos a otros ; y que del modo que yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente» —San Juan, 13, 34-35—.

¡ Con qué cariño se deben guardar en la memoria las últimas palabras que los labios moribundos de los buenos padres dicen a sus hijos amados, como testamento que dicta el amor manante de un corazón que va a extinguirse. No podemos olvidar el mandato de Jesús en aquellas últimas horas de su vida. Brotaron de su corazón redentor, anhelante de nuestra permanente unión con El y entre todos los hombres. Son latidos de su vida amorosa, conciliadora ; lazos de paz y de unión estrecha entre todos los que nacimos por El a la vida eterna.

En verdad que nos falta actualizar este mandato ; hacerlo vivo, práctico. En su realización hallaremos la solución rápida a muchos problemas que nos presenta la vida cada día ; a ciertas complicaciones interiores que trascienden a la vida social ; situaciones personales basadas en un yo egoísta y personal.

Con la aplicación y cumplimiento de este mandato, las asperezas se liman, los caracteres

se conforman entre sí, el sacrificio se acepta con amorosa flexibilidad y comprensión; las distancias se acortan, lo alto y bajo, lo grande y pequeño, lo débil y fuerte, la ciencia y la ignorancia, la riqueza y la pobreza, el que más puede y el que menos, quedan unidos en un mismo haz, con una y única trayectoria: el amor a Cristo en nosotros.

Este testamento de Jesús, apremiante y dicho en una hora tan solemne de su vida, merece de los hombres una veneración profunda y una fidelidad entera. ¡Y cuánto más de aquéllos que aspiran y se han encuadrado en un camino de perfección y conocen el trascendental valor de la unión con Jesucristo y entre ellos, necesaria para la propia perfección y no menos urgente para dar crédito de lo que es el cristianismo ante el mundo! Tal estado de unión, producto del divino mandato cumplido, podemos llamarlo y es en realidad «una vida comunitaria». Esta vida comunitaria está muy amenazada en nuestra época y se la ve languidecer por momentos, incluso entre los miembros trabados entre sí por un mismo fin religioso, un mismo género de vida que les incorpora a un estado de perfección.

El sentido individualista, por el que el individuo se busca a sí con olvido de los demás hermanos; el espíritu de independencia; la libertad en el pensar a su gusto y en el modo de manifestarse a título de sinceridad; la democra-

cia interpretada como una simple camaradería ; la escasa fe para ver en el superior al representante de Dios, pero con sus limitaciones humanas ; la vida interior, pobremente vivida e indispensable siempre para que la voluntad se lance briosamente hacia el sacrificio de los propios egoísmos en bien de los demás, en sentido de ese vivir comunitario... que es caridad fraterna... Todo esto ha hecho que no se tenga la debida apreciación de las normas de vida establecidas, el filial respeto a los superiores, la estima a los trabajos que por fuerza se ocultan en el anónimo muchas veces y que sólo Dios los ve ; que no se tenga el gozo y la alegría de que nos habla San Pablo «en el sentir una misma cosa teniendo una misma caridad». Nos falta poseer a Jesucristo y vivirlo en la medida de sus deseos : «Yo en ellos... para que sean consumados en la unidad».

Ya no hablan las personas religiosas unas de otras con la caridad y delicadeza propia de las almas consagradas a Dios. He aquí el hermoso programa que nos presenta San Pablo en su carta a los de Efeso : «Yo os ruego, prisionero en el Señor, que procedáis cual conviene a la vocación a que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, con la longanimidad, sufriendoos los unos a los otros con caridad, mostrándoos solícitos por mantener la unidad de espíritu con el vínculo de la paz».

Hagamos muy nuestro este programa de ver-

dadera hermandad. Y aplicándolo a nuestro pensar y obrar, consideremos que son de permanente necesidad para nuestra vida, entregada un día al servicio y la gloria de Dios. Esta sea nuestra convivencia, con la paz y el sacrificio, frutos de la caridad de Jesús en nosotros.

A medida que se acentúa en el mundo el espíritu egoísta y comodón, la división y la malquerencia, la frialdad de las voluntades apegadas y cobardes, el aleteo del corazón hacia lo que tiene sabor de placeres terrenos, el miedo, la poca estima o desprecio a veces, del padecer por Cristo, cultivemos más el amor y la caridad en nosotros, con la santa ilusión de ver realizado en nuestras obras, y cuanto más mejor, el testamento del Divino Maestro: Amaos los unos a los otros.

Vivir en comunidad es vivir bajo el mismo techo. Vivir el sentido comunitario es vivir unidos, compenetrados con la caridad y la paz de Jesucristo. ¿Qué es la sociedad con todo su despertar en el nuevo sentido social que se pregona? ¿Qué es la vida de comunidad a la que muchos miembros se incorporan formando un todo, sin esa realidad de vida comunitaria, fundamentada, elevada y hecha feliz por la mutua caridad y amor generoso? Poco o nada. Carece de lo principal e indispensable: de Cristo.

Enero 1957.

UNIDAD CRISTIANA

Estamos incorporados en Cristo y formando una sola cosa, una sola persona moral en El. Esta gran *unidad* absorbe las diferencias puramente humanas de razas o pueblos, de índole social o sexo —Gálatas, 3, 28—: No haya división entre vosotros. Reine entre los cristianos la mutua tolerancia, al igual que Cristo fue tolerante con nosotros, responsabilizándose de nuestras maldades. Así caminemos *todos unidos*, con mutua ayuda, no teniendo más que un solo corazón y un alma, el corazón y el alma de Jesucristo... —Rom., 15, 7—: Somos la casa y edificio de Dios en este mundo. La piedra angular y principal es Cristo Jesús. Nosotros somos materiales vivos en la construcción de este edificio, que es la Iglesia, la que debemos ir formando todos unidos. —Efesios, 2, 19—: Vivamos de una manera digna el Evangelio de Cristo, manteniéndonos firmes en un mismo espíritu, luchando *juntos* por la fe del Evangelio.

En esta lucha no nos dejemos intimidar por las amenazas y acciones contrarias de nuestros adversarios. Para éstos es signo de perdición; para nosotros es señal de salvación eterna —Filip. I, 1, 28—. Y en el Cap. 4, nos dice el Apóstol que permanezcamos firmes en el servicio

del Señor. A las mujeres que le ayudaron en la propagación del Evangelio, que tengan un mismo sentir en el Señor ; y a los hombres, representados en sus leales compañeros y colaboradores, que presten ayuda a las buenas mujeres, que combatieron hombro a hombro con él por el Evangelio. *Unidos* los quiere en la caridad y en la acción, desechados toda ficción, egoísmo y mentira, ocultándolos tras el velo de cristianos.

No rompamos la unión en los que se unieron para el bien ; en tal estado permanecer deben hasta el fin. Quien construye, fomenta y consolida la unión, según Jesucristo, edifica ; quien con palabras, gestos, actitudes, la resquebraja, la destruye. Y un instrumento valioso que resquebraja la fortaleza de la unión es la mentira, la ficción, la calumnia, el aprecio de lo injusto, y el menosprecio de lo que es justo.

Amemos la *unión* que nos brinda un depósito de fuerzas, realizándola en nosotros, en la vida cotidiana y en la empresa espiritual que nos ocupa. Una oportuna reflexión nos hará ver cuán hermosa y necesaria nos es a todos.

Noviembre-diciembre 1974.

VIRTUDES CARDINALES

LA PRUDENCIA Y SANTA ALEGRÍA DE LA OBRERA

Entre las virtudes cardinales, ocupa para la Obrera un lugar destacado la prudencia. Esta virtud sustancialmente consiste en disponer y ejecutar aquello que dicta la sana razón, la cual nos da a entender qué es lo que debemos hacer en cada uno de nuestros actos humanos. Esta virtud tiende a regular nuestros actos y el modo de realizarlos, dirigiéndolos la voluntad para que nunca se salgan de los límites debidos. San Bernardo la llama moderadora y guía de todas las virtudes, y maestra que templó los afectos del alma.

Si la virtud consiste en el punto medio o sea, el punto de acierto como centro de gravedad sobre el que se sostiene el valor de la virtud, esto es sólo aplicable a las virtudes morales en cuanto al objeto y al modo; a las teologales en cuanto al modo, no al objeto. Pues bien, la prudencia es la ciencia auxiliar para encontrar un medio. Ella tiende, no sólo al acto que realiza la voluntad, sino además a las circunstancias de lugar, tiempo y modo.

En el trato con las almas, la circunstancia tiempo, es muy importante. Todas tienen en su

vida un momento oportuno que hay que aprovechar. Muchos fracasos en la vida apostólica se dan por no atender a esta circunstancia. La prudencia aconsejará muchas veces omitir una cosa, para evitar el fracaso.

Esta virtud da claridad en cada momento a nuestros actos ; mira siempre el fin y aplica los medios. Nunca permite que pasemos al campo del mal ; nos enseña a desenvolvernó siempre en el campo del bien, ayudándonos acertadamente en la práctica de toda virtud y actuación apostólica.

Santa alegría.—Los textos de la Sagrada Escritura están llenos de esta santa alegría : «Exultate in Domino», «Laetamini in Domino». Y San Pablo nos dice : «Vivid alegres».

La alegría es el movimiento grato del alma ; si es santa, es espiritual ; vendrá a ser un movimiento agradable del alma, fruto de la tranquilidad interior, de la paz del corazón, de la abundancia de riquezas sobrenaturales, de la posesión de Dios, de la serenidad y confianza en su porvenir eterno.

¿ Quién, teniendo todo esto, podrá dejar de vivir alegre ? Sólo de momento le podrá turbar el recuerdo de sus ofensas pasadas, la amenaza de alguna pérdida terrena ; pero si la tal persona ha llegado a tener el verdadero desprendimiento,

pronto verá desvanecerse esta sombra de tristeza y volverá a renacer la alegría.

La alegría de la Obrera no ha de ser al estilo de la del mundo, estrepitosa, fraseológica, insustancial o loca ; ha de ser pacífica, llena de mansedumbre, que dé impresión de una vida feliz ; no como cascada sobre riscos o pedruscos, sino como cascada que se desliza suave, sobre blanda hierba, silenciosamente. Esta es una de las características de la Obrera. Por ello se oye decir : «siempre están contentas».

Llegará momento en que asomará el mal humor como efecto de contrariedades o del mismo temperamento. La Obrera debe llevar un depósito de reserva de alegría, para vencer ese mal humor inmediatamente.

Y quien hace la voluntad de Dios y acepta los caminos que El dispone, las cosas que El permite, en las cuales hallaremos siempre tesoros muy preciosos de santificación, no puede más que vivir contenta y alegre, porque su querer ya no es otro que el querer de su Dios, y su ambición no es otra que su perfeccionamiento y bien del prójimo.

Marzo 1958.

SABIDURIA CELESTIAL

Don valiosísimo de Dios es el de la palabra concedida al hombre. Y concedida para comunicarse entre sí, y llenar de esta suerte muchas de sus necesidades, con el mutuo apoyo, luz de consejos y alientos de caridad, que sostengan y levanten los espíritus hacia Dios. En la palabra del cristiano debe reflejarse la sabiduría santa. Esta «desciende de arriba y además de ser honesta y llena de pudor, es pacífica, modesta, dócil, concorde con todo lo bueno, llena de misericordia y de excelentes frutos de buenas obras, que no se mete a juzgar y está ajena de hipocresía» —Santiago, 3, 17—.

¿Cómo deberá ser en todo momento la conversación de la Obrera? Rotundamente ejemplar, según las palabras antes citadas. De Dios y de las cosas referentes a su santo servicio hemos de tratar como tema principal. ¿Para qué perder el tiempo en lo que no sea conducente a la verdadera santidad y gloria divina?

En la Obrera huelgan todos aquellos comentarios del mundo... llenos de palabras ociosas, inútiles y muchas veces, poco gratos a la caridad cristiana. Y si las palabras deben ser reflejo del interior del corazón, llevando el vuestro lleno

de Dios, edificantes deben ser las vuestras. Para ello han de estar impregnadas de cristiana modestia, de docilidad en que aparezca claramente el espíritu de Jesús siempre dócil y obediente a su Eterno Padre, aun en las horas más amargas de la Pasión.

La palabra de la Obrera, nunca desafíe en el concierto de la virtud, y guarde armonía con todo lo que sea bueno y por tanto, grato al Señor. En contacto con el mundo, ¡cómo nos hieren aquellas frases y locuciones huecas y faltas de recta intención, portadoras de inquietudes y zozobras, que a veces vienen a ser, cual dentelladas a la virtud de la compasión y misericordia, a la que todos estamos obligados por razón de nuestra condición cristiana !

No os halléis satisfechas cuando vuestra palabra no produzca el fruto de las buenas obras : ejemplaridad, alientos, consuelos, acercamiento a Dios ; sabios consejos, correcciones con caridad, sencillez de corazón...

Juzgad cual debéis, las personas y las cosas, según la medida de Cristo, y estos juicios, discretamente hechos, expresadlos en vuestro lenguaje ajustado y preciso, que dé el buen olor del perfume divino de Cristo. Así vuestra palabra estará siempre ajena a la hipocresía.

Esforzaos para ser siempre *verdad* en vuestra palabra. El mundo se retuerce en alambicadas

frases, queriendo encubrir, con tupido velo, la realidad que le tortura : envidias, recelos, soberbia y pesadumbre moral. ¡ Qué contraste entre el habla que roe, hierre y hace sangrar honras y famas, y el habla transparente, cristalina y limpia, que suena a canto de gloria, esparce la semilla del bien, tranquiliza las conciencias e infunde ánimo en los corazones para que anhelan las riquezas espirituales, los goces divinos, las alegrías santas !

Las almas verdaderamente de Dios, se comunican así entre ellas : a la vez se infunde calor y fuerzas en las alas de su voluntad, para seguir sin descanso su vuelo siempre hacia arriba... hacia Dios.

Sin un paso atrás, seguid siempre este noble camino : con vuestros brazos que trabajen, corazón que ame y lengua que siempre cante por doquiera al Señor.

Junio 1948.

COMENTARIOS

Provechoso es comentar... Pero, ¿qué cosas? El comentario importa un intercambio de ideas, noticias, pareceres, opiniones; por esta razón se debe usar de discreción y prudencia cristiana en estos casos.

Es reprochable todo comentario que pueda herir el buen nombre de una persona sin causa justificada; que suscite malquerencias o juicios desfavorables; que tuerza el sentido de una acción, de una palabra, de una frase, de un gesto, de una corrección, de un aviso, de un defecto. Fácilmente se degenera en murmuración, lesionando la honra y el buen nombre, rebajando la estima que tenemos a personas o cosas y haciendo polvareda de ambiente perjudicial que a todos daña.

El mundo es muy dado a comentar defectos. ¿Por qué no las virtudes? Somos propensos a clavar nuestra mirada en la parte mala y defectuosa. ¿Por qué no mirar lo que hay de bueno y edificante en los demás? De ahí el hábito de crítica imprudente y de murmuración, tan corriente en las conversaciones de cada momento. Dejemos en paz a los muertos para que entierren a sus muertos.

Admiremos los encantos que se encierran en la ciencia, tan rara, de saber callar y saber hablar. Gran perjuicio causa el rebajar con nuestros comentarios la estima de otros en la conciencia del que nos escucha. Hay a quienes falta el tiempo para destapar a su gusto, aunque sea en secreto, los defectos ajenos. Debieran pensar estos tales que acaso ellos estén tocados de la misma enfermedad.

La verdadera caridad no se compagina con esta clase de conducta. Trabajad para adquirir y acrecentar vuestra discreción, y así discernir qué se debe decir y qué se debe callar. ¿Es por un desahogo? Vale más desahogar a los pies de un crucifijo. Ningún alimento tomaríamos si reparásemos en los microbios que hay en ellos. Seríamos insociables si rehusáramos el trato y convivencia con los demás, porque tienen defectos. Y nosotros, ¿no los tenemos? No es, pues, el punto de partida para nuestro recto juzgar y proceder, la parte defectuosa, sino que nuestro punto de arranque debe ser siempre la caridad de Cristo en todas nuestras obras.

La materia es vasta para nuestros comentarios edificantes, de sabor espiritual, de buena y sabia orientación y de mutua influencia sobrenatural: todo lo bueno que en la vida personal y apostólica podemos ver y admirar en nuestro prójimo.

Abril 1953.

HABLEMOS... CON PROVECHO ESPIRITUAL

¡ Se habla tanto y con tan poco provecho para el alma ! El exceso del habla causa gran pérdida de tiempo, disminuye la eficacia de nuestros trabajos y quehaceres, dificulta el recogimiento interior, suscita discusiones inútiles con sus comentarios y frases injustas unas veces, y otras, poco o nada caritativas. La discreción será la que ponga medida en nuestras charlas y conversaciones. Y la medida deberá afectar al modo, tiempo y materia.

En nuestra habla se transparente nuestra vida de Dios ; ella sea espejo donde se refleje nuestra virtud. Mal sienta en un alma consagrada a Dios, que desea andar el camino de la santidad, la palabra insulsa, de mero y perjudicial pasatiempo, vacía de contenido espiritual y, con frecuencia, repleta de críticas de murmuración, que tanto daño producen en la formación moral de las conciencias, y en gran manera disminuyen el fervor de la caridad cristiana en nuestro trato y estima para con los demás.

Cualquiera que sea la materia o asunto que tratemos en nuestra conversación, nos facilitará un modo de aplicación provechosa, bien en el orden puramente espiritual, ya en el material.

Pero como en nosotros todo debe de ser dirigido y elevado hacia Dios, cualquier aplicación provechosa sacada de nuestra conversación o palabra, vendrá a favorecernos mutuamente en la formación del espíritu, en la mayor inteligencia de una materia de conciencia, en la orientación conveniente o necesaria de vuestra vida de Obreras, en la difusión de la caridad, pues bien sabido es cuánta es la caridad que podemos difundir y derramar a la vez en beneficio y ejemplo de todos, por medio de un hablar correcto, discreto, saturado de Dios. La lengua es la sementera. Palabra hiriente es flecha que se clava en el corazón y le hiere. Gestos con palabra desapacible retraen la confianza. Palabras que vuelan en torno del yo, aunque suenen a humildad, pueden ocultar el hambre de exaltación.

Santamente corre el tiempo mientras conversamos conforme al espíritu de Cristo. Beneficiaos caritativamente con la rica moneda de vuestra palabra.

Mayo 1953.

EL LENGUAJE DE LA VIRTUD

Dos modos de expresión hallamos en la virtud: palabra y acción. Por nuestra habla sale afuera lo que nuestra mente piensa y el corazón vive. Son excepciones de esta regla los espíritus hipócritas, si bien a través de su hipocresía se adivina la falsedad escondida. Para que nuestra habla sea conforme a la virtud, conviene que no haya desorden alguno en aquella, pues por este desorden se torna inconveniente y desagradable a Dios. Y, ¿cuándo será ordenada? Cuando en lo que se dice y el modo y circunstancias en que se dice, es conforme a nuestra recta razón.

Nos ha dotado el Señor de este elemento admirable de convivencia como hermanos en Cristo. La convivencia fraternal según el espíritu del Señor supone la unión de caridad y amor entre nosotros. Más se convive, cuanto es mayor la caridad que estrecha, cuanto es más limpio el amor que junta corazones y vidas. ¿Acaso no crece nuestra convivencia con Jesucristo al aumentar en nosotros nuestro amor a El? Esta, pues, compenetración de caridad cristiana, debe existir en el espíritu de la Obrera, e inspirar y gobernar sus actos.

En gran manera la fomenta, sostiene y enciende en los demás, nuestra palabra nacida del

calor de esta divina caridad que el Maestro nos legó. Pero tiene gran poder de ruptura y desunión, cuando es abrojo de pasiones sin domar y no flor en el rosal de la virtud. ¡Cómo hiere, lacera, inquieta, desbarata y desune! ¡Cuán fácilmente rompe el equilibrio de la paz y la caridad en que debe desenvolverse la vida de Dios entre nosotros!

Espejo sea nuestra palabra, en el que se reflejen los distintos matices, tan hermosos, de la virtud. Así debe reflejarse la humildad, con acentos discretos llenos de corrección; la pureza, velando lo que pueda herir la modestia; la pobreza, no ostentando vanagloria ni grandezas humanas; la obediencia, con las frases respetuosas que saben excusar incluso la equivocación del superior o de los demás; la caridad, con habla que no ofende, aunque corrija, ni daña con destemplanza de carácter...

En fin, nuestra palabra sea atrayente y poderosa para unirnos e íntimamente convivir como el Señor quiere, si se la priva de aquellas asperezas y hosquedades que, nacidas acaso del propio temperamento, pueden causar grave daño a los que estamos obligados a llevar a Dios, con la fuerza suave de la virtud vivida.

Con ella exaltemos y no nos gloriemos; alabemos, quedando en el último plano; unamos, aunque trituremos la voluntad con el martilleo

del sacrificio ; edifiquemos a quienes tratemos, por esa delicadeza de la virtud manifestada en todo momento en nuestra palabra. ¿ Por qué sentir y vivir a Dios en nuestro corazón, y no manifestarlo y hacerlo vivir en nuestra palabra ?

Siempre la virtud presida vuestra conversación. ¡ Y cuánto bien os haréis y haréis, si de verdad acertáis a esmeraros en la práctica de esta hermosa y necesaria norma de vida cristiana !

Febrero 1953.

PIEDAD, FERVOR Y PERFECCION EVANGELICA DE LA OBRERA

La Obrera debe vivir la piedad perfecta, de tal modo que, aunque a Dios nada le debiera y de Dios nada recibiera, ella, no obstante, daría a Dios el culto de adoración porque Dios así lo merece.

La piedad de la Obrera ha de ser el vuelo de puro amor de su alma hacia Dios.

Se exige a toda Obrera esta piedad, desde el momento que se le pide mucha y continua vida interior, y la vida interior es esto. Así pues, como una Obrera no puede ser tal sin vida interior, no puede, por consiguiente, ser tal sin esta piedad.

La Obrera ha de ser alma fervorosísima. El fervor es como el chisporroteo del amor; unas veces sentido, otras como inadvertido. A producir este fervor conduce toda la reglamentación de la vida espiritual de la Obrera. Le bastará encuadrar su vida en la práctica de las distintas virtudes y medios que se le señalan, para ser alma verdaderamente fervorosa.

Como consecuencia de este fervor surge, cual conexión externa, la acción apostólica, y será

su acción apostólica más intensa y más extensa, cuanto mayor sea el grado de fervor que haya en ella. Intensa porque pondrá su máximo interés ; extensa, porque procurará abarcar cuanto ella pueda y sin cansancio.

La Obrera en su acción apostólica tiene que acomodarse a las almas ; si están en un pozo, hay que bajar al pozo ; si tiran piedras, hay que sufrirlas por Dios.

La Obrera debe llegar al último grado : «perfección evangélica». Esta no consiste en hacer promesas o votos de castidad, obediencia y pobreza, sino en el desprendimiento total de todas las cosas. Este desprendimiento debe ser efectivo, o en el deseo, verdadero, real.

La Obrera debe ser un alma que aspire a la perfección evangélica, que es la imitación real y más perfecta de Jesucristo, de nuestro modelo, el Divino Obrero.

Por tanto, a la Obrera se le pide, en cuanto a su santificación personal, crecer ; en cuanto al apostolado, más rendimiento ; en cuanto a la gloria de Dios, su más fina adoración ; y en cuanto a su entrega, una donación sin reserva, vivida en todo momento.

De todo lo dicho se deduce que la vida de la Obrera es vida de semejanza con Jesucristo, como El la vivió, contemplativa-activa.

**¿PASARON YA DE MODA
LAS TAN EN BOGA LLAMADAS
«ANTICUADAS DEVOCIONES»?**

La *devoción*, dentro del cristianismo, explica una relación libre del hombre a Dios, e implícitamente contiene una promesa o disposición de fidelidad.

En sentido, pues, cristiano, viene a significar una doble decisión de servicio prestado a Dios. En este servicio se busca la mediación e intercesión de la Santísima Virgen, o de los Santos. De aquí surgen las tan frecuentes «devociones particulares». Por este servicio se hace posible el hallar un camino más personal para obtener el fin cristiano así de la propia salvación como de la ajena. Son diversas sendas de elección personal. Ahora, en nuestros tiempos, se pone sobre el tapete el nombre con que se las apellida: «capillitas».

Es cierto que la Iglesia constituye una comunidad, un pueblo; pero también lo es que el cristianismo ha armonizado siempre lo comunitario y la personalidad de cada uno. Es inadmisibles socializar totalmente lo religioso, puesto que en él son eje central lo personal y la libertad humana. Traemos aquí estas palabras de monse-

ñor Morcillo: «nuestro pueblo se ha visto casi repentinamente privado del alimento religioso, nutritivo, de las devociones. Su fe y su vida cristiana están ahora sometidas a los más duros contrastes».

¿Acaso es cierto, como muchos afirman, que las devociones constituyen obstáculo para que el pueblo se inserte plenamente en el culto público y oficial de la Iglesia? Nada de esto. Con satisfacción transcribimos aquí estas palabras del Papa Pablo VI: «debemos lamentar, dice, que la devoción personal disminuya, amenazando aquí a la misma liturgia de empobrecimiento interior, de ritualismo exterior, de práctica puramente formal. El sentimiento religioso mismo puede disminuir por la falta de un doble carácter indispensable —el privado y el social—. El cristiano *debe tener una vida espiritual personal, suya. Cada alma es un templo*».

Y Pío XII en la «*Mediator Dei*», refuta a estos enemigos de las *devociones*. Dice así: «no permitáis que —como enseñan algunos engañados con pretexto de renovación litúrgica, o pretendiendo ligeramente que sólo los ritos de la liturgia tienen eficacia y dignación— el culto de la Madre de Dios, dicen, señal de predestinación, según el parecer de los Santos, de tal suerte se deje a un lado, mayormente en la juventud, que se enfríe paulatinamente y languidezca. Ese modo de proceder no da más que frutos envene-

nados, perjudicialísimos para la vida cristiana ; brotes de ramas infectadas, aunque están en un árbol sano ; hay que cortarlos para que la savia vital del árbol pueda alimentar sólo frutos suaves y óptimos».

En este punto, pues, vemos lastimosamente desviada del recto camino a cierta mentalidad moderna en su dictamen sobre las *devociones*. ¿No queremos libertad? Pues... a respetarla, y a respetar la expuesta doctrina de la Iglesia.

Marzo 1971.

«OBEDIENTE HASTA LA MUERTE»

Así dice la Obrera al ingresar y al hacer sus Votos. Toma como Modelo al mismo Jesucristo, el cual por nuestro bien se rindió a la obediencia hasta que expiró en la cruz. Obedeció a su Eterno Padre, a San José, a la Santísima Virgen... Hasta a sus propios verdugos.

¡Y queremos ser santos... sin obedecer, rebelde la voluntad, y firme el amor propio! Los que son de Dios, saben obedecer a la voluntad divina. ¿Acaso sabe obedecer aquel que sólo rinde la voluntad en aquello que le agrada, en lo que encaja a su satisfacción? Ciertamente posee la ciencia de obedecer aquel que, poseyendo esta hermosa virtud, acierta a ajustarse a los mandatos y ordenaciones, al trato afable y sencillo de los demás, aun inferiores.

¿Tendrá espíritu de obediencia quien aspira a mandar en todo? ¿Por ventura quien se resiente de sentirse mandado? ¿Quién lo haga de mala gana, con enfado de espíritu?

Hay quienes admiran la hermosura de esta virtud, la paz y gracias que atrae al alma que la practica, pero, a pesar de ello, aspiran y quieren mandar siempre. Pocos quieren obedecer. ¿El

secreto de ello? Es el orgullo que lleva el hombre metido en su corazón.

¿Tienen espíritu de obediencia los que llevan a mal el pasar de la situación de mando al de obediencia? No. El verdadero obediente sólo mira a Dios y su voluntad; es Dios a quien sirve. Es propio del verdadero obediente el desear agradar a los demás.

El espíritu de mando, pretendiendo reducir siempre a los demás, es espíritu de soberbia. Y el soberbio no puede entrar en la vida de perfección. Dios repele a los rebeldes; atrae y exalta al obediente. Esta obediencia hay que practicarla por amor a Dios, por el bien de las almas, por el bien del prójimo, para que Dios sea glorificado.

Las Obreras, unas a otras, procuren servir de estímulo santo, rivalizando en la práctica de esta tan necesaria virtud, imitando las huellas del Señor. Esto pide el buen olor de una vida ejemplar; lo pide la santificación de las almas mediante el trabajo y la acción ordenada en el apostolado; lo exige la prosperidad y fuerza de nuestra Obra portadora de la gloria de Dios.

El mundo se agita hoy en un ambiente de desorden y rebeldía. La Obrera enseñe, y con su ejemplo abra camino de salvación según el orden establecido por Dios, a tantos espíritus inquietos que, buscando ser libres, caen en los lazos de su propia inmortal esclavitud: la de sus pasiones

desordenadas. Precisa cooperar al restablecimiento del orden cristiano en medio del desorden actual. Y para ello... obediencia por amor a Cristo.

Mayo 1949.

CRISTO OBEDIENTE

Trazado está el camino por el Divino Maestro: *Obediencia* a la voluntad de Dios, la cual hace efectivos sus planes sobre nosotros; planes de perfección y de apostolado.

Al querer del Eterno Padre vive Jesús rendido desde su primer momento hasta su muerte de cruz. Así lo dispuso la divina voluntad. La humana naturaleza de Cristo, instrumento de la Redención mediante un completo sacrificio. A los ojos de los juicios de los hombres, aparece como gran equivocación y locura; según los designios de Dios, sublime sabiduría.

El Cristo humillado, combatido, pobre, contrariado, perseguido, atrayendo hacia sí, desde lo alto de la cruz, a la Humanidad. ¡Poder del sacrificio! Y a éste llega por la fuerza de la obediencia que es rendimiento de nuestros propios quererres en aras del gran ideal a conseguir, la perfección evangélica, la glorificación de Dios.

Partecitas somos de Cristo, unidas a El con vitalidad sobrenatural. Obediente a la cabeza... y obediente a sus miembros. La trayectoria de su vida sea la nuestra. Por el desprendimiento y sacrificio de nuestra voluntad, quedamos unidos al desprendimiento que tuvo Jesús.

Su obediencia, hasta morir en la cruz; la nuestra, hasta la crucifixión total de nuestra voluntad... Camino ascendente del calvario en nuestra vida, que remata en la completa conquista de nuestro yo.

A nuestros humanos juicios siempre quedan resquicios para el escape de nuestra voluntad pegada a sí misma, y que indómita le cuesta doblar. Designios de Dios fracasados por nuestra culpa. ¿Cuáles pueden ser éstos? Destinarnos a una más elevada perfección; facilitarnos criaturas que con su modo y maneras, aun equivocados, nos ayuden a santificarnos más. Las espinas sembradas en nuestras sendas de tránsito nos sirven a maravilla para sangrar... y sangrando, ascender a más crecimiento y santificación, adquiriendo mayor fortaleza en la lucha interior.

Es cierto que la virtud de la obediencia abre la tumba donde se encierra nuestro propio querer, pero el espíritu flota sobre esa tumba elevándose hacia Dios. Igual que el cuerpo baja a la sepultura y el alma sube a su eterno vivir. Por la virtud de la obediencia se mueven en silencio, con orden y armonía, sin estridencias ni choques, los múltiples y tan variados volantes de nuestras voluntades, tan característicamente distintos, mas unidos por una misma fuerza: la voluntad de Dios.

El ha puesto en las criaturas una relación de mutua ayuda, servicio y subordinación. El hom-

bre debe reconocer, amar, cumplir esta subordinación a Dios como Señor y Redentor, y a los que constituyó en superioridad. No nos es tan difícil, aunque muchos piensen lo contrario, rendirnos a los mandatos de Dios y hasta a los deseos de su voluntad aunque ésta no mande... Y ¿por qué nos resulta tan oneroso el rendirnos a los mandatos, no digo de nuestros iguales, sino de nuestros superiores?

A causa del pecado, muy honda llevamos la raíz de la humana soberbia; ideas, tendencias, deseos de superioridad.

Certero golpe de hacha cortante para dar muerte a tanto desconcierto como se produce hoy en las almas, es el voto de obediencia, una de las tres ligaduras con que se atan quienes siguen el estado de perfección evangélica, libremente elegido. Pero este estado de perfección no hace de por sí perfectos; sólo les sitúa en el mejor medio para alcanzar aquélla. Es menester, pues, un esfuerzo personal. Sin éste nunca lograrán la perfección que conviene a tal estado, en el cual se hallan por razón de su misma vocación.

Abril 1951.

ESPIRITU DE OBEDIENCIA

Si a todos los que desean alcanzar su santificación es necesaria la virtud de la obediencia, lo es de un modo especial a la Obrera de la Cruz. La obediencia es la sepultura de nuestra propia voluntad, la mortificación de nuestro propio juicio ; supone inmolación, muchas veces, de nuestros gustos. Ella une las voluntades, las armoniza y convierte en una sola fuerza que, dirigida hacia Dios, levanta grandes pesos, sostiene empresas heroicas y hace fecundo nuestro múltiple trabajo.

La obediencia ha de ser completa, oculta y pública, es decir, en su interior y exterior ; ha de ser perfecta, sin resquicios ni escapes, como freno bien puesto para que nunca se puedan producir actos que suenen discordantes en el plan de nuestra Obra. Las cuerdas de un instrumento musical han de vibrar con sujeción a un mismo compás. Y cuerdas de este instrumento de Dios sois vosotras, destinadas, elegidas, para dar una sola vibración armónica : la gloria divina, vuestra santificación y la del prójimo.

Amad y observad en todo tiempo, ejemplarmente, el dominio de vuestra voluntad, con la práctica pronta y sincera de la obediencia. Ella os señala cada día vuestro camino y modera

vuestros actos ; de ella os hablan las órdenes dimanadas de la autoridad, con la rectitud, caridad y prudencia, notas propias de quien sabe usar del poder con acierto.

Las que rigen piensen que lo hacen en nombre de Dios. Y entonces... ¿cómo no prestarles vuestro respeto y con éste vuestra obediencia? Las Constituciones, junto con algunas que otras ordenaciones, tienen por objeto conservar el espíritu de la Obra, el cual no puede ser otro que... el de Cristo.

Obediencia sí, pero sin apocamiento de la voluntad, sin temores de vejación en el cumplimiento de los propios deberes, sin ahogos de la santa voluntad que debe buscar siempre el bien, evitar siempre el mal. Obediencia mirando a Cristo cuya voluntad ha de constituir siempre vuestra norma suprema de **vivir y actuar**. Por esta virtud disponeos a realizar lo mandado y omitir lo prohibido.

La Obrera, soldado de Cristo siempre en campaña, se ha de mover por el resorte de la más leal obediencia, aunque el cumplimiento de lo mandado importe un sacrificio, un vencimiento, hasta *un ser mal considerada a los ojos de los indisciplinados*.

Mirad como un deber imprescindible el llenar con perfección estos hermosos cometidos: 1.º, que la vida de todas se deslice en un plano so-

brenatural y con una misma formación y espíritu ; 2.º, que nunca se introduzcan particularidades que, aun siendo buenas en sí, no lo serán con respecto al conjunto de todos los miembros ; 3.º, que la obediencia dé sus frutos y no sea letra o palabra muerta ; 4.º, que la voluntad pierda su dureza y se habitúe a doblarse suavemente y con precisión, dirigida siempre al cumplimiento de los deberes que el *ser Obrero* impone, y 5.º, que exista unidad en todo, en cualquier lugar, tiempo, condición y Cenáculo. Quien no sepa obedecer, nunca sabrá mandar.

Por la obediencia os haréis muy gratas al Señor «hecho obediente hasta la muerte». Nunca olvidéis las palabras del apóstol San Pablo, que pronunciásteis en el día de vuestro ingreso y de vuestros votos : «Cristo se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz, por lo cual Dios lo exaltó». Así también, sed obedientes hasta ser ejemplares y fidelísimas Obreras de la Cruz.

Alegraos, pues, de que con vuestra obediencia, a imitación del Divino Maestro, vendréis a formar como un solo corazón y una sola voluntad, y os haréis invencibles ante los escollos, ataques, tentaciones e impedimentos del mundo. Si el mandar pone carga de responsabilidad sobre los que mandan, el obedecer descarga de no pequeña responsabilidad al que obedece, dándole alas para subir muy alto hacia Dios. Jesucristo obedeció en todos los momentos de su vida a su Padre.

Disciplinada obediencia, filial, pronta, abnegada, perfecta... esto os pido y de este modo vivid siempre con el ánimo y santo gozo en Cristo.

Febrero-marzo 1946.

ATRACCION Y FORTALEZA DE LA OBRERA

A la santa alegría ha de estar unida la fuerza de atracción natural que depende de las condiciones ya intelectuales, ya físico-morales de la persona. Esta atracción no se ha de convertir en un fin, sino que deberá ser tránsito para hacer pasar a la persona atraída al plano sobrenatural ; de lo contrario, se corre el peligro de que la Obrera, usando de sus condiciones personales, atraiga hacia sí el afecto, como único centro, en lugar de llevar a la tal persona hacia Dios. Por tanto, la atracción natural, que debemos estimar cual medio excelente de apostolado, deberá estar revestida en todo momento de la modestia cristiana, no olvidando nunca que si trabajamos es sólo para glorificar a Dios, buscando su gloria y el bien de nuestro prójimo.

También necesita la Obrera, en su batallar por Cristo, de una santa fortaleza. Esta virtud va contra el temor. No dejemos nunca que un temor excesivo se apodere de nosotros. La Obrera no debe temer. Mire a Dios y sea decidida, no vacilante, pues la vacilación arrastra en pos de sí funestas consecuencias muchas veces.

Nos es precisa una santa energía en nuestra actuación apostólica. Energía tolerante, sin que

al ejercitarla se pierda nunca el control. Estimemos en gran manera conservar el espíritu del Señor, que es de humildad y de mansedumbre, mas aplicando la energía si tal demanda la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos.

Junio-julio 1974.

¿VIRGINIDAD O MATRIMONIO? SU EXCELENCIA

¿Qué es mejor la virginidad o el matrimonio? El Papa Pío XII hace responsables delante de Dios y de la Iglesia a los sacerdotes o laicos, predicadores, oradores o escritores, que jamás tienen una palabra de aprobación o alabanza para la virginidad abrazada por Cristo; están en oposición a las advertencias y pensamientos de la Iglesia, al otorgar al matrimonio una preferencia de principio sobre la virginidad.

«No faltan, dice Pío XII, quienes desviándose del recto camino, de tal manera ensalzan el matrimonio que, en realidad, lo prefieren a la virginidad y, por tanto, censuran el celibato eclesiástico y la castidad consagrada a Dios.» Contra todos ellos hay que defender la verdad católica.

La virginidad perpetua es una hostia pura, una víctima santa ofrecida a Dios, fuente de honor y de gozo para la Iglesia, y un gran manantial de energías espirituales. No hace a los que la guardan extraños al mundo, antes bien, excita grandes energías y mueve a abrazar cargos más elevados que sobrepasan los límites de las familias particulares.

La virgen cristiana no es algo mutilado, incompleto, algo que no consigue la plenitud del ser, no. La virginidad es como un vivir angelical, es un estado por su excelencia superior al matrimonial. Precisamente, por ese voto de virginidad, María es elevada a la maternidad virginal, incomparablemente superior a la maternidad natural. ¿Dónde encontrar mayor alabanza para la castidad virginal que en el hecho de haberla escogido Dios para venir por su medio al mundo? Así escribe San Ambrosio. Y a la verdad, en María llegó la virginidad a la cumbre de la más asombrosa fecundidad.

El matrimonio es un bien, y solamente se debe sacrificar a bienes superiores a él. Y la virginidad, la castidad perpetua, como estado de perfección, es superior al matrimonio.

No vale el decir que el matrimonio es un sacramento y la virginidad, no, para deducir que el matrimonio sea más perfecto. Es verdad que en el orden sacramental, el matrimonio tiene una perfección de que carece la virginidad. Pero en la vida de virtud no se puede dudar de que la virginidad es muy superior al matrimonio, porque la virginidad aspira a un bien más alto que el matrimonio... a la vida de total entrega, de desposorio con Dios, mientras que el matrimonio se ordena al bien del cuerpo, de la propagación del género humano.

Cabe dudar de si obraría con prudencia el que

se casase con el solo fin de recibir un sacramento, por si el matrimonio como sacramento confiere la gracia santificante; la virginidad o castidad como *estado* más perfecto, lleva anejas *mayores* gracias por las buenas acciones de los que viven en este estado.

Y es que bajo pretexto de cooperación a la propagación del género humano; con la excusa de que se pone en peligro el bien común de los pueblos; apoyándose en que el instinto sexual es el mayor y más poderoso de la naturaleza; en que hay que dar a la personalidad humana su desarrollo natural y perfección; so pretexto de que en el matrimonio hallan mutua ayuda los casados... combaten o posponen la virginidad al matrimonio, recomendándolo sobre la vida célibe, y mermando de este modo, de manera alarmante, las vocaciones sacerdotales y religiosas.

Enderecemos los caminos torcidos de muchos. Deshagamos errores. Hablemos claro.

Noviembre 1958.

SEAMOS HUMILDES

Démonos con tesón a la práctica de las virtudes cristianas. A la adquisición de éstas solamente se llega por la ayuda de la gracia divina y por la cooperación nuestra, la cual requiere nuestro vencimiento, la conquista de nuestro yo. Y si el amor es la fuerza clave, que nos ayuda a la dicha conquista, la humildad es como la tumba donde nuestra personilla halla su merecida celda.

Bien considerado lo que somos y valemos, ¿a qué se reduce a final de cuentas? Lo bueno es de Dios; lo malo nuestro. ¡Y tenemos tanto de malo! No cabe en nosotros motivo de vanagloria. Si conviene vanagloriarnos, lo habremos de hacer por conseguir la luz de Cristo, y sólo por su amor. Buscar nuestra exaltación sobre los demás es cosa fuera de razón. Sentir bajo de nosotros es humildad de espíritu, de corazón, según nos dice Jesús: «aprended de Mí que soy humilde de corazón».

Tanto vale la virtud de la humildad, que a ella promete el Señor, en su debido tiempo, la exaltación. «El que se humilla, será ensalzado». Revestíos bien, dice San Pablo a los Colosenses, de la humildad. Sea, pues, esta virtud muy pre-

dilecta para todos nosotros. Debemos admirarla y cultivarla en nuestro corazón.

Ella es camino hacia el amor y la gloria ; atrae las bendiciones de Dios, y nos llena de paz. ¿Excusas? El humilde no sabe excusarse ; reconoce el mal si lo hizo ; acepta el último lugar y procura precaverse contra los asaltos de toda soberbia. Fácil es contentar al humilde ; muy difícil contentar al orgulloso. Al primero todo le basta, al segundo todo le falta.

Aquellas personas que para todo pretenden hallar *tapadera*, argúyanse a sí mismas de su escasa humildad ; todos podemos delinquir y en muchas cosas delinquimos por nuestra fragilidad humana. Y así reconociéndolo el humilde, descubre en sus obras algo que corregir y enmendar, sin pretender ocultárselo con paliativos.

El humilde entra dentro de sí, se hace cargo de lo que es, y de lo que debe ser ; de lo que hace y de lo que debe hacer ; de la obediencia y de cómo debe obedecer ; del mandato y de qué modo debe mandar. Vana es toda arrogancia y grandemente perjudicial al espíritu.

Jesucristo nos reclama para ser exaltados, ser antes humildes. Ni la ciencia, ni el cargo u oficio, ni otra distinción cualquiera con que el mundo nos pueda honrar, motive en nosotros demostración de exaltación alguna sobre los demás. A mayores gracias y aptitudes recibidas del Se-

ñor, respondamos con más crecida humildad de espíritu.

El humilde nunca habla de sí mismo, para exaltarse ; su tesoro de gracias quiere tenerlo escondido para Dios. Cristo fue elevado al máximo honor y gloria, porque se humilló hasta la muerte de cruz. El *yo desordenado*, raíz y brote de la soberbia, sea sustituido por el Cristo humilde, nuestra única vida.

¿ Por qué se manosea tanto, de palabra, esta virtud y se practica escasamente? El amor propio puesto en desorden es su mayor enemigo. Sin la llamada en doctrina ascética *muerte del yo*, no puede haber solidez en la humildad. Si de esta forma somos humildes, las bendiciones del Señor aumentarán sobre nosotros.

Febrero 1948.

PENSAMIENTOS-HUMILDAD

Dice Jesús : «El que se humillare será exaltado». Ni edificio seguro sin base sólida, ni perfección cristiana sin verdadera humildad de corazón. El humilde atrae el querer de Dios y de los hombres ; no se alaba, no busca alabanzas, ni se engríe, antes bien se baja imitando al Divino Maestro que «se humilló a sí mismo...». En esta imitación encontramos nuestra auténtica perfección moral.

Hermana inseparable de la humildad es la sinceridad. La hipocresía es su enemiga inconciliable. ¿Quiéres ser humilde? Sé, pues, francamente sincera contigo misma... Para esto debes reconocerte tal como eres, como obras, como piensas, como amas, como deseas, sin una tilde de falsificación. Entonces habrás puesto la primera piedra del edificio de tu humildad.

Dolos y contiendas, enfermedades son que roen la paz del alma y así perturban y rompen el equilibrio de nuestro espíritu. Nacen de la soberbia, de la avidez de alabanzas y cariños de las criaturas, y de un amor desordenado hacia nuestra personilla que busca su exaltación y vanagloria y cuya prolongación natural es la hipocresía. ¿Medicina?, San Agustín dice : «la pri-

mera es la humildad ; la segunda, la humildad ; la tercera, la humildad».

La paz del espíritu es anticipo del cielo ; la unión de nuestras voluntades es fusión de nuestro querer en Cristo ; la flexibilidad de nuestro modo de ver, adapta nuestro corazón para aceptar la redención y el sacrificio del *yo*. Y a toda esta armónica convivencia tan necesaria entre nosotros, y de nosotros con Dios, no se llega sino por la vía de la *humildad*.

¡ Verdad y justicia ! He aquí los dos fundamentos de la humildad. ¡ Verdad ! Conocernos en lo que somos... total... nada. De Dios es cuanto poseemos de bueno ; nuestro es el montón de basura de nuestra maldad. ¡ Justicia ! Trátarnos según nos conocemos. Visión equivocada de nosotros. De aquí el orgullo humano. Nos creemos dignos de lo que en realidad no somos.

Para el verdadero humilde, no hay desprecios, oficios bajos, olvidos, tratos injustos que le perturban. Todo eso y más juzga que merece. La clara visión de sus miserias le disponen a aceptar lo despreciable a los ojos del mundo. Porque Cristo fue humilde, revistiéndose de la pobreza y desprecios del mundo... como nadie lo hizo ni lo hará. Ninguna humildad comparable a la suya, ni exaltación comparable a su exaltación. ¿ No son, pues, injusticias, el orgullo y la desordenada vanidad ? Nunca te quejes. Piensa que mereces más.

Mayo 1952.

MORTIFICACION

Toda vuestra vida debe ser de inmolación, de mortificación, al igual que dice el apóstol San Pablo: «Cristo, mortificado en su carne, en su cuerpo, pero vivificado en su espíritu». ¡Cuánto nos interesa alcanzar un conocimiento, lo más perfecto posible, de Dios Nuestro Señor!

La Obrera debe imitarle y, por tanto, al igual que El, ha de mortificarse en todos los aspectos de su vida; no puede ser de otra manera, porque así es la vida del Modelo, Nuestro Divino Redentor; ni tampoco nuestra vida de amor a Dios puede ser entera y perfecta, sin esta sustancia de la inmolación en vosotras mismas. La que se quiera conservar a sí misma, no germinará en planta espiritual. Es precisa la corrupción de lo viejo para que salga lo nuevo. Pero ¡nos cuesta tanto esto!

Si examináis vuestra vida hallaréis tal vez poca mortificación en aras del amor a Dios. ¡Cuántos apegos, cuántas tonterías, cuántos pequeños lazos que atan la voluntad! Y si queremos ser imitadores cabales de Jesucristo, más lo seremos, cuanto a semejanza suya más sepamos mortificarnos.

Más vida espiritual tendréis, cuanto más mengüe vuestra sujeción desordenada. Más alta vida de Dios tendréis, cuantos menos sean los atascos de vuestro corazón en lo sensual. Más disposición, más aptitud habrá en vuestro espíritu para estas vías espirituales y para vuestro trabajo de glorificación divina, cuanto mejor modeladas estéis según imitación de Dios Nuestro Señor.

Mortificad por Cristo, talento, pasiones, cuerpo, vida, acción, ilusiones, *¡Todo...!*, hasta lo más íntimo del alma. Pensemos que Jesucristo nada dejó por inmolar, y esto por nosotros. Desde la suma pobreza de unos pañales, hasta la cruz, todo lo inmoló, hasta a sus padres; nada le quedó por sacrificar.

Que no os sintáis nunca cobardes, si queréis ser fieles seguidoras del ejemplo del Divino Redentor, y decid: ¡Señor, compadécete, y quita de mí esta pequeñez, esta cobardía, haciendo grande en voluntad y fuerzas lo que de sí es tan pequeño!

Mortificación callada, sonriente, pronta, alegre, sin cansancios; llorando tal vez por dentro, mas cubierto el dolor con el velo de la sonrisa o la mirada llena de paz. Cristo así se inmoló en la Cruz; en medio del dolor su mirada siempre fue llena de paz. ¿Por qué? Porque era mirada de amor.

Amor a Dios, amor al prójimo, amor entre
vosotras. Entonces sí que adelantaréis, entonces
sí que daréis gran crecimiento de vida espiritual,
de vida generosa, y de vida apostólica.

Mayo 1957.

VALORES HUMANOS

DEBER

NUESTRO DEBER

Múltiples son los deberes que acompañan vuestra persona y vuestras acciones en cada momento. Deberes sociales, religiosos y personales. Entre estos últimos figuran el deber de vuestra santificación y el de vuestra misión, ambos no sólo en cuanto son propios de todo cristiano, sino de modo peculiar en cuanto os incumben como Obreras. «No seáis flojos —nos amonesta el Apóstol— en cumplir vuestros deberes» —Rom., 12, 11—. Esta flojedad reside en la voluntad, debilitándola y preparándole el camino para la relajación.

Tensa ha de estar la voluntad en el cumplimiento de las sagradas obligaciones. La debilidad hace que la voluntad se doble, con más o menos facilidad, según lo costoso del deber a cumplir y el grado de debilidad que tiene nuestro querer. Ante un querer firme, resuelto, lo costoso se hace fácil; lo pesado, ligero; lo aparentemente insuperable, se supera; lo que trasciende a pesada cruz, se lleva cuesta arriba hasta alcanzar la cumbre donde se cosecha la victoria. Los flacos de espíritu escaso rendimiento darán; están faltos del empuje de una voluntad que lu-

cha, se esfuerza, y, con la gracia de Dios, acaba por **vencer**.

Con vosotras van a todas partes vuestros deberes de Obreras. Ellos son la mano que os traza vuestro camino a seguir. Y en el secreto de vuestra conciencia son la voz de Dios que os acucia a no dejar vuestra noble empresa expresada en vuestra vocación. Quien de vosotras fuese débil en cumplir sus deberes, defraudaría nuestras esperanzas. Con un martilleo continuo, como sobre el yunque, forjad el temple fuerte de vuestro querer, todo siempre de Dios y para Dios. Y este martilleo continuo sobre vuestra voluntad es el deber cumplido en cada momento.

La vida de la Obrera se explica en un cúmulo de deberes fielmente realizados: deber de ser fervorosas de espíritu, sufridas en la tribulación, en la oración, continuas; caritativas, bendiciendo a los que os persiguen; acomodándoos a lo que sea más humilde; viviendo en paz con todos, y trabajando cuanto posible fuese, en la viña del Señor. ¿Qué importa que el deber cumplido sea humilde, si todo es para el Señor? Ni ¿qué vale aunque sea de alta índole, si no se ofrece a Dios con humildad? Sentíos felices siempre que podáis decir: «cumpló mi deber». Y entonces «alegraos con la esperanza del premio» —Rom., 12, 12—.

Noviembre 1948.

POR DIOS HACIA EL EXACTO CUMPLIMIENTO DEL DEBER

Los deberes a cumplir no son cosa arbitraria; responden a una obligación que impone la conciencia de cada uno en todo momento. Y la obligación es personal. Por su cumplimiento merecemos delante de Dios el premio, o por su incumplimiento, el castigo.

No podemos huir de nuestra reponsabilidad, ni por excusas de familia, ni por pretextos de que otros no los cumplen. A cada cual Dios le pedirá *su* cuenta. La ley de Dios impone deberes de docilidad, de obediencia, de respeto y caridad mutua, de levantar el peso de nuestras cargas, de rendimiento proporcional a nuestro estado y dones recibidos.

Vanos son e ineficaces los deseos de santificación en aquellos que, por atención caprichosa a las criaturas, desatienden las obligaciones que tienen con Dios. No hay vocación sin obligaciones, ni vocación eficaz sin el cumplimiento de éstas. Y la exigencia de este cumplimiento es permanente, como de soldado mientras permanezca en el campo de batalla. Incumplir es prácticamente desertar.

El peso del trabajo y del apostolado ha de gravitar sobre los hombros de todos aquellos

que, siendo miembros distintos, forman un todo compacto con un fin a conseguir. Mala cosa es *no hacer*, pero peor es todavía estorbar, constituirse en impedimento a la acción ordenada de los demás.

Seamos conscientes de nuestros deberes, y apliquémonos siempre a su realización en cuanto nos sea posible. Nuestros deberes son tan nuestros que es preciso cumplirlos personalmente, mientras no se interponga un obstáculo mayor que lo impida.

Abracémonos al madero santificador de nuestras obligaciones del modo que nos exige nuestra vocación. Cumplámoslas con cariño, alegres y resueltos. No haremos otra cosa que cumplir meritoriamente la voluntad de Aquél que nos llamó a su santo servicio.

Diciembre 1956.

EN DELANTERA O A REMOLQUE

Seguimos nuestra vida, metidos en el barullo y agobio de tantas cosas y trabajos, pero presente siempre en nuestra memoria la idea predominante en toda Obrera : santificación y apostolado. Y en el logro de este doble objetivo, gran empeño debemos poner todos, pues sin nuestro esfuerzo se hace imposible la adquisición de la virtud y la atracción de las almas a Dios.

¿ Hay verdadero y eficaz esfuerzo en aquél que, mirando de reojo al prójimo, sólo se mueve cuando éste lo hace, marchando siempre a remolque ? Hay personas que carecen de iniciativa ; unas porque apenas discurren ; otras, porque no les conviene a su naturaleza cómoda, y no pocas, porque esperan que el prójimo levante la carga, y entonces, si se aplican, lo hacen como quien acerca sus manos al extremo del saco, que ya levantó su prójimo y sobre cuyas espaldas pesa, queriendo figurar así que es uno de los que levantan y sostienen el peso.

Mas quien va en *delantera* tiene iniciativa, siente y vive el arrojo del cumplimiento de su deber, la convicción es su fuerza impulsiva, y no para, aunque se paren por cobardía y egoísmo quienes le rodean ; ni cesa en su empeño ante

brazos caídos, ni se contenta con *ese no hacer*, porque el otro no hace, antes bien arrastra con imperio y grandeza de espíritu, con la fuerza de su trabajo, laboriosidad, ejemplo y sacrificio sincero, ofrecido con íntima satisfacción y gozo a Cristo con quien desposó su vida.

Ir en delantera acusa grandeza de alma, voluntad de perfección, ansias de victoria para el Señor, imperio sobre nuestro natural egoísta que rehusa realizar la inmolación del yo ocultamente a los ojos de Dios. Nada importa a estas almas el que otros lo vean o no lo vean ; el que lo hagan o no lo hagan ; el que digan o dejen de decir... Ellas seguirán valientemente la trayectoria de la virtud, la ruta de lo santificante, sin reparar en humillaciones y ejemplos poco edificantes... Les bastará un Maestro, y un ejemplo... el Crucificado.

En delantera fueron los santos y los luchadores por Cristo ; los humildes y los abnegados ; los castos y los amadores de Dios. Y esto tanto en lo grande de la virtud como en sus pequeños detalles, ornatos necesarios para la perfección.

En zaga van y a remolque proceden, los que se desaniman porque a su alrededor se desaniman ; los que se abstienen, porque el otro • los otros se abstienen ; los que omiten su deber, porque otros lo omiten ; los que no se santifican, porque su compañero no se santifica. Esta índole de personas se plantan en delantera, si es pre-

ciso, de un intrépido salto, pero esto es cuando agrada a su amor propio, a sus gustos, a su sensualidad... Entonces no hallan barreras ni dificultades, todo les es fácil, no hay impedimentos que no venzan. Para todo hallan solución. Es porque les aconseja y guía el egoísmo, el cual nunca fue engendrador de abnegada virtud.

Sean estas líneas voz que avive, despierte y empuje... ¿hacia dónde? Hacia un vivir netamente de Dios y para Dios. Las Obreras, ni en zaga, ni a remolque. Pujad a la vez entre vosotras para tomar la delantera en lo que tenga sabor y perfume de virtud, en llegar más pronto a la imitación de Cristo y vivir más cerca y más compenetradas con el Divino Maestro inmolado.

La convicción de que El lo quiere, lo espera y lo exige, es la máxima y suprema razón para que os sintáis y comportéis, lo vean o no, lo hagan o no lo hagan los demás, cual dignas Obreras de la Cruz. En espíritu anda enferma, y en la vocación es débil, en lo espiritual poco fecunda, y en el apostolado es enclenque, aquella que necesita ser remolcada frecuentemente por el ejemplo de las demás. Quien es fiel, sabe superarse ante las exigencias del verdadero *seguir a Cristo*, enraizada en una profunda convicción del Ideal: Cristo... almas... santidad...

Enero 1954.

TRABAJO

RENDIMIENTO

Rendimiento es el fruto que da la persona, como flor del trabajo que realiza. Este rendimiento en el trabajo ha de ser proporcional a los siguientes elementos: aptitud de la persona; tiempo que invierte en el trabajo, y situación o disposición en que se encuentre durante su realización.

No todos tienen la misma aptitud para los distintos trabajos. Hay aptitudes naturales, dones de Dios, y otras que se adquieren por el ejercicio, mediante la repetición de actos, y por esto se llaman aptitudes adquiridas.

Todos tenemos aptitud para todas las cosas, aunque sea en grado mínimo. Por lo tanto, cuando hay verdadera voluntad de explotar los valores que Dios ha dado, en todos los campos se puede aportar la cooperación con mayor o menor eficacia, según el grado de nuestra aptitud.

Aplicada nuestra aptitud a un trabajo, el factor tiempo vendrá a intervenir necesariamente en el rendimiento. A más horas de trabajo, mayor fruto de rendimiento.

Sobre la aptitud y el tiempo influye enormemente el tercer elemento, es decir, la situación o disposición de la persona durante el tiempo del trabajo. La enfermedad, el agotamiento, el estado interior, etc., influyen poderosamente en nuestro rendimiento, pues fácilmente dificulta la realización de nuestro esfuerzo.

Contando con estos tres elementos, ¿qué rendimiento debemos dar? Una Obrera en condiciones normales, no habrá dado el rendimiento que debe, si pudiendo dar doce, lo hiciera solamente en proporción a ocho, porque por razón de su vocación, está obligada a rendir el máximo, ya que trabaja para Dios, debiendo jugarse todo el capital, sin reservas personales. La generosidad nos empuja a tirar de la cuerda cuanto podamos, sin que se rompa.

Rendir, rendir siempre, en todo tiempo y en todas las cosas. En nuestro trabajo y actuación; en mejoramiento personal, porque esto es en beneficio de las almas; en nuestros ratos de expansión y descanso, que también son necesarios, pues para rendir más es preciso recuperar las fuerzas.

El secreto de este rendimiento está en nuestra voluntad. Este es el motor que impele a la cabeza a discurrir, y a la mano a trabajar. Con tenacidad todo se puede, especialmente contando con el elemento sobrenatural de la gracia divina.

Cada Obrera, pues, como meta de su vida, procure llegar a un «sumum» de rendimiento, sin mirar a nadie, ni decir nunca «no puedo». Y esto por un deber de conciencia. Lo damos a Dios de quien todo lo hemos recibido, y a quien hay que darlo todo y en todo momento. Una Obrera forzosamente debe aspirar a ser así.

Enero 1960.

REDIMIENDO EL TIEMPO

De más valor que el oro es el tiempo. De tan alto quilate que con él se adquieren, bien empleado, la ciencia de la perfección cristiana, valores para una gloria de eternidad y los bienes imperecederos de las almas. Es para nosotros soplo de muerte si no producimos para Dios ; lo es de vida, cuando en su paso deja en nosotros la estela de las buenas obras.

El apóstol nos avisa de nuestra obligación de recobrar el tiempo diciéndonos : «mirad, hermanos, que andéis... como prudentes, redimiendo el tiempo, porque los días son malos». Efes. 5, 15-16. Llamada a nuestra conciencia, aldabonazo a nuestra voluntad, para sentirnos activos en el uso discreto y recto del tiempo.

Sintamos avaricia de esta moneda de tanto precio y tan poco estimada. Sólo se aprecia en su justo valor en la hora definitiva ; cuando se siente la necesidad de una mayor preparación en el diario batallar por la victoria de Jesucristo ; cuando el alma va en busca de *tiempos* para comunicar, conversar en el regazo del Crucificado ; para lo que se nos pide y no lo tenemos almacenado en nuestra inteligencia y corazón.

Y a nosotros se nos pide más cada vez.
; Crean hallar en nosotros las almas que se nos acercan, tantas cosas... tantas soluciones! No podemos defraudar las esperanzas de los que se nos confían para recibir formación intelectual, artística, de virtud, de porvenir, de apostolado.

Capacitáos, pues, con crecimiento, para llenar bien vuestros deberes. Una Obrera, integralmente formada, valdrá por muchas. A la cantidad aventaje la calidad. Redimir el tiempo es recobrar el perdido, aprovechar el presente, y no perder de vista el futuro. Quien no corrió en la pista hacia Dios, acelere su paso compensando lo perdido; multiplique su aplicación en vistas a una formación más honda y extensa, a un rendimiento mayor en el servicio del Señor. Que os acucie el deseo de superaros.

Al mirar el pasado, oímos el rumor callado de tantas horas de tiempo que, como hilos de agua perdida en el mar, fueron desperdiciadas. La voluntad que no se empuja a sí misma, perece en la indolencia, medianía, o incapacidad. Roedores del tiempo suelen ser ciertas charlas infructuosas, inútiles, no ajenas a murmuraciones y faltas de caridad, de lo que tanto hay que lamentar en nuestra sociedad. No os contagiéis nunca de estos modos.

La buena planta no cesa de dar su crecimiento y, llegada la hora, su oportuno fruto.

Sírvanos de estímulo santo este aviso de San Pablo: «los días son malos». Siempre será insuficiente vuestra preparación para vuestro tan amplio apostolado, y más si consideramos las circunstancias tan variadas en las que con tanta frecuencia se ha de desenvolver.

A tanta y tal modo de lucha por la gloria de Dios, tanta y tal preparación para poder vencer con la divina ayuda. Preguntósele una vez al venerable Gregorio Ridauro cuántos años tenía y contestó: «Pocos, porque los mal empleados no se cuentan». Con la aplicación de esta respuesta, ¡cuántos están todavía en la edad de la niñez... pero sin inocencia!

Recobrad el tiempo que pasó por vosotras dejando la huella de los años sin frutos y acelerad con brío vuestra marcha hacia una mejor formación y trabajo apostólico. ¡Cuánto son admiradas aquellas Obreras que, puestos sus ojos en la glorificación divina, se acucian y se superan, con verdadero sacrificio, para capacitarse más y más!

Río de oro es el tiempo donde pescar almas y corazones para Cristo. Pero no olvidéis que hay que preparar la red adecuada. Y esto, en gran parte, toca a vuestro esfuerzo, a vuestro querer.

Junio 1948.

AMOR INTERNO Y ACTIVIDAD EXTERNA

Estamos en la «era» del trabajo, como dijo el Pontífice Pío XII. Trabajo profesional y apostólico. Aspiramos a formar un mundo mejor. Un ritmo acelerado agudiza la vida social. Por todas partes se oye la consabida frase: estamos viviendo en un mundo nuevo. Lo queremos distinto del pasado, pero mejor. Es decir, un mundo en que gobierne la ley de Jesucristo, en que su espíritu de justicia y de amor, de paz y de fraternidad entre todos, penetre e informe la vida humana.

Deseamos un mundo renovado en Cristo, con el distintivo de un matiz nuevo de espiritualidad. Este matiz ya existente en germen, no se le ha reconocido como tal hasta ahora. *Es el trabajo, como medio santificador.* Al desentrañar este concepto descubrimos en él un rendimiento de todo el hombre asumido por Cristo a la elevación sobrenatural. El hombre, con todas sus partes, ha sido elevado a un fin sobrenatural; luego el trabajo queda supervalorado, igual que la mortificación, las penitencias, los actos ascéticos.

Con el trabajo se desenvuelven las potencias y se prepara y facilita el campo para las vías del

espíritu. En él vemos un primer servicio prestado a la gran comunidad humana, un lazo de comunicación y de unión social, un hecho o ejercicio primario que dignifica, ennoblece y santifica al hombre.

A medida que se acentúa esta «era» del trabajo se va descubriendo en su sentido tal, una situación favorable de aprecio, y santificadora. Esta es su espiritualidad y este es su valor asociado a los valores infinitos de Cristo. Por ventura, ¿no fue así en el Maestro Divino, Dios humanado, obrero en Nazaret? Pero no por esto se excluye la necesidad de la oración, de la mortificación, del propio vencimiento, de las prácticas piadosas, de la vida interior. La necesidad de estos actos lo fue siempre y lo seguirá siendo hasta el fin.

Junto al trabajo pueden florecer las más hermosas virtudes cristianas, hasta en grado sublime y heroico. Se dan la mano el trabajo y la virtud ; se ayudan y favorecen.

En vosotras, mis Obreras, debe de estar enlazado el trabajo, la oración y la alegre mortificación. Se ora trabajando y se trabaja orando y no por esto decrece el empuje de la vida interior. En Cristo unidos estuvieron la oración y el trabajo. Conviene hacer desaparecer no pocas equivocaciones entre los cristianos ; la vida espiritual no sufre detrimento por culpa de un orde-

nado trabajo, de una vida activa, sino por la deficiencia de vida interior, basada en un estado de intimidad y de amor a Dios.

Acaso se nos ataque, porque uncidos al yugo del trabajo, humillamos nuestro corazón de cara a Dios y penitenciamos nuestro cuerpo con las recias disciplinas de fatiga y penalidades. Quizá se nos acuse de que abdicamos de nuestra personalidad, al aceptar el respeto a la autoridad, la justa sumisión al superior, el sacrificio de la voluntad, la renuncia de nosotros mismos en aras del cumplimiento del deber. Nada más equivocado. Como no podemos desprendernos de la propia conciencia, tampoco podemos aniquilar nuestra propia personalidad.

Aún en medio del trabajo más oscuro y humillante, rendidos nuestro juicio y voluntad a una total obediencia, subsiste toda nuestra personalidad, con ese algo que no podemos perder. Para ello habríamos de perder los talentos recibidos de Dios : facultades, carácter, temperamento, todo ese conjunto de nuestro *yo* ; se nos habría de despojar de la libre voluntad y esto es imposible.

¿Que la vida espiritual con sus exigencias de mortificación, negación de amor propio, destruye de por sí la personalidad del individuo? ¿Es que juntamente con esta ascesis —vida de cruz—, no hay un vuelo de la libre voluntad que, dominando las fuerzas personales, le impri-

me una dirección hacia afuera del egocentrismo y nos hace entregar la propia personalidad? La energía espiritual está en el amor. Amando a Dios no se aniquila la propia personalidad, se supera.

El trabajo con amor a Cristo nos dignifica.

Entre las fuerzas naturales elevadas a un fin sobrenatural, y la gracia, existe un equilibrio armónico. Lo sobrenatural de la gracia elevando y lo natural condicionando, considerada la ley ordinaria de la economía divina, coopera a la acción de la gracia. Si la gracia no destruye la naturaleza sino la perfecciona, es evidente que cuanto más perfectas sean las facultades naturales, mayores horizontes se abren en la realización de la vida espiritual. ¿Y no es el trabajo en sus distintas maneras, la escuela donde se desarrollan nuestras fuerzas, donde se cultivan nuestras facultades? Salvo intervención extraordinaria de la gracia, cuanto más cultivéis vuestros talentos, con más facilidad adquiriréis los grados de espiritual perfección.

La gracia elevando, la cruz de la abnegación mortificando y vuestro esfuerzo en el desarrollo de vuestras aptitudes, harán crecer vuestra capacidad apostólica y santificadora.

He aquí la consecuencia de un amor vivido en plena actividad.

Septiembre 1958.

DOS ACTIVIDADES HUMANAS: AMOR Y PODER

Es cierto que el amor encierra un fuerte poder en la vida humana. Pero al amor se vincula íntimamente el sufrimiento. Y ambos, a la vida del hombre. ¿Será un elemento profundo, constructivo, la lucha por la existencia, de modo que a esta lucha se deba la evolución superior de la vida en su conjunto? Entonces la existencia sería menos que la vida. Y el fundamento de la vida es el ser, el existir.

Amamos el ser, y nuestro amor crece cuanto mayor es el ser. Dios, es el Supremo Ser, por eso es el más amante, y debe ser el más amado. El cristianismo es luz de doctrina que nos hace conocer que nuestras relaciones con Dios se basan en la fe y el amor, viniendo en su ayuda la gracia, por la cual precisamente adquirimos la libertad. «Y la libertad os hará libres».

También aquí tienen su base nuestras relaciones con Dios y con el prójimo: Dos distintas actitudes en los hombres, con expresión característica en cada uno de ellos, y reducidas a estas dos fórmulas: todas las perversiones se orientan hacia el poder; toda salvación se sintetiza, se resume, en el amor y la caridad.

Si estudiamos las conductas humanas las veremos determinadas por el amor o por el poder. También por ambas, cuando se *vive* el cristianismo. No son opuestos en su origen.

Hemos experimentado en nosotros el poder de Dios en la grandeza de su amor, y con su amor adquirimos poder sobre el mundo y sus cosas. ¿Diremos que el amor es poder? Efectivamente. Diremos que es el único poder. Pero si este poder se busca egoísticamente, entonces el amor desaparece... y el poder se convierte en violencia, en tiranía... contrario al poder divino inseparable del amor.

El hombre, por su egoísmo, es tentado a ejercer el poder en propio provecho. ¿Medicina de curación? Renuncia al poder. Este camino Dios lo eligió y prescribió. ¡La Encarnación! Despojando de todo poder gana al hombre con la efusión del *amor*, y por la *obediencia* llega al suplicio de la cruz, que a la vez revela suma impotencia y cumbre la más elevada del amor. ¿Podrá estar privada de poder esta dicha impotencia toda ella amor? No; aquí está la respuesta clara y terminante: «cuando yo sea levantado, ensalzado en la cruz, atraeré a Mí todas las cosas».

El poder podrá estar privado del amor..., pero nunca el amor está privado del poder. Si amamos... podremos... ¡Y tú puedes, si amas a Cristo, y pues todo amor... también todo poder...!

Febrero 1971.

BUEN EJEMPLO

BUEN EJEMPLO

Obreras, procurad en todo tiempo dar un santo ejemplo. Ejemplaridad privada y pública. ante Dios y ante las criaturas. El buen ejemplo es un medio callado, silencioso, disimulado, pero muy eficaz, eficacísimo, de apostolado. Una Obrera que en sus actos se revele ejemplar, en la Iglesia, en la calle, en la conversación, en el trato, en el vestido, en el porte, forzosamente tiene que llamar la atención sin hablar una palabra.

Procurad, pues, que vuestro vivir sea de santidad, dando un ejemplo regio, de virtud viril, de alegre austeridad, de atrayente honestidad, en un tono natural, no fingido. La gracia de Dios no destruye el natural de la persona, sino que lo perfecciona.

La Obrera debe ser ejemplar en todas sus cosas, dar esa nota de santidad de vida. Sin buen ejemplo no vamos a ninguna parte. Primero han de ver en nosotros lo que nosotros vamos a enseñar.

La Obrera sea una ráfaga de divina ejemplaridad que va pasando por el mundo; como

pasa la ráfaga del pecado y del vicio, ha de pasar la de la virtud. El demonio es tan astuto, y sabe enroscarse tan sutilmente, que hemos de andar con gran vigilancia para saber mantenernos firmes, pegada la voluntad únicamente al querer divino.

Como intensa debe ser la vida interior de la Obrera, intensa y grande será la ejemplaridad de su vida externa, e intensa ha de ser también su acción. Si falla alguna de estas tres cosas, no será Obrera completa, es decir, no tendrá la esencia de Obrera.

Que no os llaméis a engaño. Esta es la vida de una Obrera ; esta sea una de las condiciones que la caractericen : la imitación de Cristo. Disponed así todo vuestro vivir privado y público.

Virgenes sois en vuestra honestidad, ofrecida a Dios. Vuestra lámpara ¿ está encendida como el Esposo quiere ? El aceite que ha de hacer arder esa lámpara son vuestras obras ; obras buenas, obras santas, que respondan a vuestra vocación ; obras, en cuanto quepa, más limpias, de mayor quilate, más amasadas de sacrificio, más llenas de Dios.

Ahora es tiempo de alimentar bien la lámpara de vuestra vida de ese aceite. ¡ Tenéis tantos medios ! ¡ El Señor os abre tan hermoso camino ! ¡ Llama tantas veces ! ¿ Por qué no ser cada día

mejores? Vivid santamente; con ello daréis mucho consuelo al Señor, y cada vez os querrá más y seguirá prodigando el auxilio de su misericordia infinita.

Julio 1953.

EJEMPLARIDAD

Incumbe a las Obreras dar nota de ejemplaridad en su paso por el mundo. Cristo es el supremo modelo. La imitación de este modelo os capacitará para ser *luz* entre tinieblas de ignorancia de las enseñanzas de Jesucristo. Habéis de manifestar por vuestras acciones que «sois carta de Cristo... escrita, no con tinta, sino con el espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, que son vuestros corazones», —San Pablo, Corintios I, 3, 3—.

Se impone vuestro ejemplo en todas partes. Pero un ejemplo de sólida virtud, de honda piedad, de acción ante vosotras mismas y ante el mundo. No olvidéis que sois como espejos en que se miran muchos. Sed carta de Cristo, no desfigurada y borrosa, sino clara, con perfiles limpios, con caracteres fuertemente grabados, de suerte que en todo lugar, conversación, frases, actuaciones, amistades, nada aparezca que desdiga del Maestro.

¿Basta a las Obreras dar buen ejemplo? No; esto se exige a todos los cristianos. A vosotras se pide una ejemplaridad total. Evitad la ligereza en el hablar, la indiscreción en vuestros actos, el descuido en vuestro perfeccionamiento.

Este ha de ser integral, que abarque todo vuestro vivir con sus distintas manifestaciones, tanto de orden espiritual, como de orden privado y social.

Por eso, la vida de una perfecta Obrera requiere el sacrificio de lo que tiene sabor desordenado de mundo, de placeres peligrosos que la sociedad abundantemente brinda. ¿Cumplirán su deber de ejemplaridad aquellas que sin necesidad o razón conveniente, se permitiesen la asistencia a ciertos centros o espectáculos donde no hallen ni puedan dar el buen olor de Cristo?

Hasta el presente podemos decir estas palabras del Apóstol: «Gracias a Dios que siempre nos hace triunfar en Cristo Jesús, y derrama por medio de nosotros en todas partes el buen olor del conocimiento de su nombre; porque nosotros somos el buen olor de Cristo delante de Dios», —II Cor. 2, 14-15—.

¡Cómo nos urgen estas palabras a dar al Señor en todas partes! Procurad ser mutuo ejemplo de toda virtud: en la obediencia pronta y dócil; en la caridad sencilla y entera; en el aprovechamiento del tiempo para aumentar vuestra capacidad formativa; en la oblación silenciosa y alegre, como desposadas y ofrecidas al Señor; en el estímulo y corrección fraterna, rivalizando por superaros en todo lo bueno.

Unas para otras sed luz, ejemplo, carta de

Cristo; que al miraros no veais en vosotras otra cosa que «el espíritu de Dios vivo», y que la gente, al fijar en vosotras su mirada, lea, descifre, entienda lo que sois, lo que siempre en aumento debéis ser: la carta, el sermón, el eco divino de la verdad, el perfume del amor de Dios, que se derrama del delicado frasco del corazón de una Obrera de la Cruz.

Ejemplaridad hasta en lo pequeño. Estad alerta sobre vosotras, sin separaros de la cruz y puestos los ojos en vuestros dos supremos ejemplares: Jesucristo y la Virgen, su Madre.

Marzo-abril 1947.

EL EJEMPLO... HABLA

Ya cercana su muerte, dijo Jesús a sus apóstoles: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy»... «Yo os he dado ejemplo», —Evang. San Juan, Cap. 13, v. 13, 15—. Sus enseñanzas divinas, confirmadas con su ejemplo.

Hoy se habla mucho de renovación de ideales, de doctrinas nuevas, de avances doctrinales en materia religiosa, a los que no escapan ni los dogmas, ni la moral, ni la ascética y mística, con su liturgia. Revisar la Iglesia en su doctrina y en su actitud. Los nuevos reformadores figuran ser la antorcha encendida por Dios en estos tiempos para dirigir la Iglesia por derroteros que conduzcan a la conquista del hombre para Dios.

En lo tocante a lo religioso, se habla mucho, se escriben incontables libros, artículos, se comenta como si algo extraño y extraordinario se hubiese descubierto en la búsqueda de la Verdad. La inteligencia escudriña, averigua, inventa, propone.

Pero hay una voz, un algo secreto, que interroga silenciosamente en el íntimo de nosotros, a la que se une la del pueblo que nos rodea y

contempla. Pero, ¿tú que haces? Sé lo que enseñas, y no lo cumples; sé lo que crees, y no lo ejecutas; sé lo que admiras y, no obstante, no lo sigues. ¿No aciertas a comprender que te ciegas a ti mismo, que te desmientes con tus propias obras? Esto equivale a enterrar una vida en la tumba de un fariseísmo, de un decir sin hacer lo que se dice.

La razón, iluminada por la fe, nos lleva a Dios, ilumina nuestros caminos de salvación. Pero hay que andar estos caminos, hacerla práctica. He aquí el ejemplo, hermosa ejecutoria de lo que se dice, enseña, se siente. La antorcha de la luz se apaga cuando sopla el viento de las obras contrarias a lo que se enseña. ¿Será por inocente equivocación? Pero lo cierto es que no pocas veces quienes pretenden edificar, destruyen; y desorientan en lugar de orientar; y envuelven en oscuridad e incertidumbre, cuando deben iluminar las sagradas vidas de los hombres para que encuentren a Dios, y a un Dios revelado en un Cristo, foco increado de luz y *ejemplo supremo* para toda la humanidad.

Menos hablar y más practicar; menos planear y más hacer; sobran planes; ¡faltan manos que los realicen! Se nos va más en decir que en hacer. Nunca nos desmintamos con nuestras realidades prácticas, nuestras obras, frente a lo que sentimos, profesamos y creemos. La confirmación de lo que somos, nuestra fuerza de

conquista y arrastre es y será siempre... *el ejemplo*. ¡ Sí, el buen ejemplo... habla, arrastra, pero también el malo !

Junio 1969.

¿VOCACIONES...?

¿De qué sirve un testamento en el cuál se expone la voluntad del testador con todos sus proyectos si no está firmado? Carecerá de eficacia. Del mismo modo, pues, carecerán de eficacia las enseñanzas, por luminosas que sean, si carecen de la firma del buen ejemplo. Esta es la verdadera rúbrica que da consistencia a las enseñanzas que uno ha recibido. Todas ellas van encaminadas a una vida práctica esmaltada por la virtud, flor que florece en una vida ejemplar.

El buen ejemplo es una demostración de que se vive las ansias de Dios y se realizan los deseos de santificación personal y de atracción de las almas a Cristo, único ideal.

Es indudable que de aquí nacen y, nacidas, se consolidan las vocaciones. De aquí la grave responsabilidad de Directoras y no Directoras de dar esta nota que revele en todo momento que se vive de Dios, para Dios y según su divina voluntad.

Facilmente se puede producir un escándalo cuando los que deben dar luz despiden tinieblas. Preciso es *decir*, pero no menos es *hacer*. Este hacer de la Obrera, conforme a los avisos, instruc-

ciones que recibe tan abundantemente, se convertirán en un *buen ejemplo* que moverá a las demás a ser fieles en su correspondencia a la gracia, lo cual las confortará en su vocación. Mire, por tanto, cada una cómo actúa, qué puede y debe perfeccionar, qué puede y debe evitar, para que su vida toda sea una transparencia de Dios.

Octubre 1968.

ORDEN MORAL

DESCONCIERTO

En su segunda Carta a los Corintios —3, 17—, escribe el apóstol San Pablo: «El Señor es Espíritu ; y donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad». Saquemos la consecuencia : es cierto que no hay *recto* uso de la libertad donde no habita, no informa nuestra vida ese Espíritu.

La libertad, sublime don que hemos recibido de Dios, nos ha sido dado para obrar el bien, no el mal ; para la obediencia en el cumplimiento de la voluntad de Dios expresada en sus mandatos, no para la rebelión que tiende a destruir el mismo orden social y espiritual ; para la virtud, no el vicio ; para construir, no sólo destruir ; para sembrar la verdad, no la mentira y el error ; para que el hombre, obrando rectamente, se sienta responsable de sus actos, y, con ellos, se forje una mansión de eternidad feliz.

¿ Acaso la libertad es exclusiva de la juventud ? ¿ Será ésta un banderín, un tapujo que pueda encubrir tanto desconcierto moral, tanta rebelión, tantas aberraciones con su soltura de corrompidas costumbres ? En la juventud como

en la vejez, anida el gran don de la libertad y, por ésta, de la responsabilidad.

A ninguno excusa el Apóstol cuando dice : «Cada uno se ha de presentar ante el tribunal de Cristo para dar cuenta de sus obras, ya sean buenas, ya sean malas». ¿ Por qué tan gran desconcierto en las conciencias, en la vida social, en la humana, en la cual el hombre no es el hermano para el hombre según la voluntad del Señor ? Porque no está su Espíritu. No se le vive. Falta la sana y verdadera vida espiritual, que es equilibrio en las conciencias, paz en el corazón, caridad y amor en la voluntad.

Digo la sana y verdadera vida espiritual, porque a ésta sólo está reservado el privilegio de concertar toda una vida con el querer y el amor de Dios. Y tristemente vemos cómo se está deformando lo espiritual por influencia de raras y perversas costumbres, y por doctrinas de falsos maestros que en vez de dar luz, despiden tinieblas de perniciosos y heréticos errores. San Pablo les llama «falsos apóstoles, operarios engañosos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo».

Todo ello nos ha de animar a un mejor afinamiento de nuestro pequeño mundo que llevamos como prenda para la eternidad. Que nadie pueda deformar nuestra visión real y certera de un Jesucristo, fuente única de paz, en la que aún el dolor suena en el concierto de la creación,

cantando el amor a Dios. Sin el Espíritu del Señor no cabe arreglo... Con El todo quedaría bien concertado. ¿Quieres ser y vivir verdaderamente libre? Ya sabes, pues, el secreto.

Enero 1969.

LIBERTAD

Dice Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Y «La Verdad os hará libres». El hombre dotado de un alma espiritual, es creado a imagen y semejanza de Dios. Dios, encarnado, redentor, eleva a la dignidad humana a un plano de salvación eterna. A ésta ha de llegar por sus actos buenos, conscientes, libres. Pero no son buenos si no se ajustan a la ley santa de Dios, que confirma y perfecciona la misma ley natural, si no se ejecutan las doctrinas preceptivas de Jesucristo.

La libertad es excelso don que se nos ha otorgado para hacer el bien, no para el mal. Si fuese también para obrar el mal, Dios, que es sumamente libre, lo podría hacer. Cuanto, pues, sea mayor nuestra imitación de Cristo, más perfecto será el ejercicio de nuestra libertad que hemos recibido para asumir con ella toda la responsabilidad de nuestros actos conscientes.

La libertad es el imperio de nuestra voluntad, cuyo bien completo, lleno, sumamente perfecto, es Dios. Y hacia Dios visible a nuestros ojos, Jesucristo, debe tender nuestra voluntad con todas sus fuerzas. Cuanto más apartados de El, más sujetos a nuestras pasiones desordenadas,

más atados a sus exigencias y caprichos, más influenciados por la sensualidad.

El hombre es más libre cuanto es más santo, porque lo supera todo, supera la vida para, dominada, enderezarla hacia Dios, destino supremo y definitivo.

Ejercitar la libertad para romper los vínculos que nos atan a Jesucristo, para echarse de encima el peso de su santa ley, para descargarse del bagaje del cumplimiento de sus deberes... es igual que abrirse el camino hacia la propia ruina. ¡Tesoro de la libertad! ¡Para unos, eres oro de santidad; para otros... precipicio y ruina en el tiempo y en la eternidad!

Vivamos libres con la Verdad, la libertad de Cristo... Esta es la de las almas fieles en la doctrina de Jesucristo, fieles a sus exigencias divinas; la de los que andan los caminos de la virtud cristiana...; la de los verdaderos santos. La dignidad humana, rectamente comprendida, dice siempre: *Dios sobre todo*.

Octubre-noviembre 1966.

VALOR PERMANENTE DE LA MORAL

Una duda moral, marcada con incertidumbres, es cáncer que roe hondamente al individuo, persona concreta, y ambienta densamente a nuestra sociedad. ¿Existe todavía la moral que regula los actos humanos y la vida de la sociedad integrada por seres humanos, en medio del naufragio, para tantos, de santos ideales, de honestas costumbres, de doctrinas que atañen a las enseñanzas evangélicas? La moral da normas que brotan de principios eternos. Estos se aplican a todo hombre en sus situaciones concretas, de suerte que tales situaciones han de estar regidas por las normas morales, no éstas por aquéllas. La conciencia de cada uno, rectamente formada, dará solución a las situaciones particulares que le afecten.

Campea como cosa nueva el que la moral quedó atrás en esta carrera de nuestros tiempos, en los cuales el hombre lo es todo, y Dios no cuenta para nada. Mas es Dios, revelado en Jesucristo, el que cuenta, queramos o no, en todo y para todos. Hay una *constante norma moral*, que es la misma voluntad de Dios manifestada en sus leyes que ordenan, mandan, dirigen. Y a ellas está sujeto el hombre, criatura de Dios. No puede sacudirse, liberarse de los de-

beres propios tanto personales como de los que se refieren a los derechos del prójimo. Está atado por la ley natural y la ley evangélica. Estas no cambian, no pueden cambiar.

Pensar en una moral relativa, cambiante según las épocas y según las diversas y contrarias situaciones en que se debate nuestra vida humana, es, o cosa de fantasía, o de buscada solución para legitimar toda exploración de pasiones desatadas sin brida alguna, o de un fácil acomodo a determinadas circunstancias, imperando éstas sobre todo orden impuesto por la misma naturaleza y la ley divina. La Moral Católica que brota de la voluntad de Dios, Supremo Ser, se basa en principios absolutos. No varían. Tampoco varía la naturaleza humana a la que unas acciones son convenientes y otras inconvenientes, como no honrar a los padres, robar, matar, etc. Lo rechaza la misma naturaleza humana. La aceptación o rechazo acusa una ley —natural— grabada en la esencia misma humana. Ley que preceptúa permanentemente. El complemento y perfección de la misma es la Evangélica.

Se equivocan quienes niegan las normas supremas de moral, o los que enseñan y propagan su relativismo, es decir, que deben cambiar y así acomodarse a circunstancias, situaciones concretas, costumbres de épocas y tiempos, exigencias de amplias libertades. Esto equivale a una negación total de la Moral Católica. Es gra-

cioso pensar que ésta iría cambiando y haciéndose más flexible hasta doblarse del todo, de manera que lo que era inconveniente o ilícito por las leyes natural y evangélica en las primeras etapas conscientes de la niñez, no lo sería en la juventud, menos en las relaciones, aún menos en el matrimonio sin control; tampoco en las obligadas solteras. ¿Por qué? Porque las situaciones mandarían, y ellas en este caso serían la norma moral. Inadmisible esta *moral —nueva—*. Queda reducida a la arbitrariedad de las pasiones, de la conciencia individual, alejada de la luz de la revelación.

Así se abrió el boquete de deformación de conciencia cristiana que tantos estragos está causando en la vida privada, familiar, religiosa, social, económica, dentro de las distintas facetas o actividades en que se desenvuelve.

Dios, Jesucristo... *sí* que cuenta en todo y para todos. Ahí están permanentemente sus leyes, que a nosotros no nos es dado suprimir ni modificar.

Enero 1973.

¿EXISTE EL ORDEN MORAL...?

Un orden preside y rige la marcha del Universo. Todo orden radica en la efectividad de una Ley, porque todo orden es relación de una cosa, objeto, acción, hacia su fin, al cual tienden por su propia naturaleza o esencia. De aquí las leyes químicas, biológicas, psicológicas, físicas, ¿y por qué no humanas? Y si humanas, habrán éstas de regir, ordenar, los actos humanos, que son los que el hombre realiza con advertencia y voluntad, es decir, con libertad.

La libertad está sujeta a una ley, no al capricho irrazonable, pues el hombre substancialmente es razón y voluntad ; no al impulso ciego de los instintos que pertenecen a la parte animal o cuerpo humano. Este, por su naturaleza, además de las leyes químicas, físicas, biológicas, etc., ha de estar regido por las facultades humanas que de él se valen, como de un necesario instrumento para efectuar tales acciones, así internas, como es el pensar, desear, querer, amar, como externas, leer, escribir, rezar, robar, matar, etc. De aquí el Orden Moral que es relación de nuestros actos conscientes, voluntarios, hacia su fin exigido por la misma naturaleza humana. ¿ Y cuál es el fin que exige ? ¿ Aca-

so destruirla? La naturaleza nunca se destruye a sí misma. ¿Evolucionarla cambiando su esencia? Esto equivale a destruirla. En este caso, con una evolución absoluta, total, lo que en otros tiempos fue neta y puramente animal, luego es hombre. Y lo que hoy es hombre, ¿qué será o en qué vendrá a parar en el futuro, por la fuerza de esta misma evolución?

La naturaleza humana tiende, pues, a su perfección, la cual nunca podrá ser total en la tierra. El desgaste, la decrepitud, la enfermedad, la vejez, la muerte, son su aguijón destructor. En este proceso marcha, montada sobre raíles de leyes que afectan a todo el hombre, en lo corporal y en lo racional.

Quien niegue el Orden Moral, que es la *norma de moralidad*, se niega a sí mismo, pues al negarlo, con un consciente-voluntario, no piensa que afirma su propia racionalidad y voluntariedad, elemento esencial que la distingue de lo animal, y es causa que valora la responsabilidad de nuestras acciones buenas o malas. ¿Qué pretenden los mentecatos que se ufanan, como si pusieran una pica en Flandes, en asegurar que no hay Ley Natural? ¿Por qué regla de cuatro se clasifican los actos humanos en buenos, malos, indiferentes? La medida será alguna regla, norma, ley, ¿o es que la norma hay que tomarla del querer caprichoso o pasional del hombre? Entonces, según las variantes de éste, va-

riará la Norma, y lo que ayer fue bueno, hoy será repudiable, y lo repudiable de antes, ahora, en su fetidez, corrupción, antinatural, será aceptable, procurado, propagado en temáticas y sin ellas. Aquí encontramos al hombre sin ley, al racional sin racionalidad, al humano sin humanismo, pues obra a su capricho, vagando de aquí para allá, entre páginas de libros ateos, pluma en ristre, como un fenómeno de sabiduría, para adoctrinarnos en la ciencia de animalizarnos, y descender, de tumbo en tumbo, hasta la negación de todo lo espiritual.

El hombre-norma es un absurdo, choca consigo mismo, sería el hecho-contradicción. Es la Ley Eterna que hay fija en él, la llamada natural. Dios crea y legisla. Creador de la naturaleza y legislador de la misma, para ordenarla a su fin. Ley que la rige indestructible. La negación no la destruye, antes la afirma, cuando la acompaña el repudio del asesinato, del adulterio, del parricidio, del robo o secuestro de unos hijos amados.

Como fuente que no se puede cegar, salta con bríos, aventando las capas de negaciones, la corriente de la Ley Natural, que baña y empapa toda la naturaleza humana. Y en esta ley, los principios universalísimos y, con éstos, los preceptos dados por Dios y confirmados y perfeccionados por Jesucristo. Estas son las verdades universales, expresión manifiesta de la voluntad divina. De ésta son manifestación sus leyes.

¿ Por qué, pues, una acción es buena o mala, lícita o ilícita moralmente? El objeto sobre que versa, nos dará la respuesta. De él toma la acción la condición moral. ¿ Y el objeto? De la Norma Suprema, Ley. Será bueno o malo moralmente según esté conforme o no con la Norma. Esta está *sobre el hombre. Nadie la puede cambiar.*

¡ Pobres ignorantes, que luchan, dando coces, para clavarle cada vez más el aguijón de la ley divina! ¿ Por qué no reconocen ahora lo que, por ventura, aceptarán en la hora de su muerte? Ni esperen a que cambie la ley. Para esto sería preciso que se trocase en otra la naturaleza humana. Y ésta ni se muda ni se cambia. En ella grabó el Creador «la luz de su rostro»... su voluntad eterna..., su eterna ley.

No hay lugar a duda: los actos humanos están sujetos a una *norma de moralidad*. La reclama la misma condición humana, cuya parte animal está regida por la racional; ésta, como tal, se mueve siempre dentro de un orden. Este Orden Moral está instituido por Dios, Autor de la naturaleza humana. Si invariable es la naturaleza humana, invariable también la Norma, el Orden Moral. Y Dios no sólo crea, sino que creando, legisla. Es el Supremo Legislador, y quiere que se cumpla el Orden que El, con su poder, sabiduría y bondad, estableció, de manera que, sin mutación alguna, exista perma-

nentemente. De Dios arranca, y su observancia a Dios nos lleva. Es el principio y fin de nuestra naturaleza, de nuestro entender y amar, de todo nuestro vivir.

Si nuestra naturaleza es humana, a lo humano debemos vivir. Y lo que le da la condición, el carácter humano, es lo racional, y si lo racional, lo espiritual. Sobre la materia vuela, desprendiéndose de ella, superándola, el pensamiento, el amor. Vuelo que no halla término hasta que llega a Dios.

¿Por qué temen tanto a la eterna e inmutable Ley Moral? Algo se oculta en este temor, duda, negación: el querer vivir a lo «capricho», a lo «instintivo», a lo «puramente animal». Y este modo, sencillamente, *no es humano*, y se hunde en lo «inmoral». La realización de esta Ley encierra el secreto del verdadero amor, de la paz del corazón, del camino del progreso y de la santidad.

Marzo 1973.

NAUFRAGIO MORAL

Admiramos el mar, cuando sobre el azul de sus aguas en calma, vierte el sol sus dorados rayos. Todo en él transpira honda paz, luz, fuego. Aquí vemos representada el alma en su callada, oculta y misteriosa unión con Dios. En esta unión se halla el indecible gozo que Jesús promete y da a los que son suyos por intimidad de vida. Gozo y paz que el mundo no sabe ni puede dar.

Nunca estimaremos bastante este estado feliz engendrado por un Cristo que vive en nosotros. Gran desventura fue en todos los tiempos, y ahora lo es para muchos, el que desconozcan, desvaloricen y desestimen en la práctica, la vida espiritual cultivada y manifiesta en una sólida piedad, expresión de la auténtica vida cristiana, que suena igual a estar, vivir, unidos con Cristo en la mente y en el corazón.

Deploramos tal equivocación, la cual influye evidentemente en que vaya perdiendo calor el clima sobrenatural en múltiples vidas, las cuales fueron antes hermosos ejemplos de virtud. ¿La causa? La habremos de buscar grandemente en una mentalidad que llaman *nueva*, pero que en muchos puntos es tan vieja como viejo es el error, como vieja es la desviación de los caminos

de la virtud y santidad, como viejo es el vicio, el desenfreno de las pasiones, del mismo ateísmo.

Veo en todo ello el soplo fuerte, disfrazado muchas veces con aparentes bondades, de una voluntad que se esfuerza por independizarse de Dios. El frío de las dudas se deja sentir sobre las conciencias alimentadas de doctrinas religiosas opuestas ; baja el nivel moral ; disminuye la piedad que debió y debe tener por base la roca de la abnegación cristiana y el amor puro, y, de este modo, la religión va perdiendo para no pocos su sabor sobrenatural.

No entienden, no quieren comprender los caminos de salvación ; menos todavía los caminos de perfección en el servicio y seguimiento del Señor. Son ciegos voluntarios que rehusan ver la luz de la verdad. Les puede más el mundo con todos sus atractivos placenteros carentes de sanas costumbres morales conforme a la doctrina del Maestro.

No envidiemos lo que no tiene punto de comparación con lo que tenemos, lo que vivimos : Cristo en nosotros. Y con El, la paz en la conciencia y el gozo en el corazón. Regalos éstos de tan alto quilate, que sólo Jesús los puede dar.

Mas, para no perderlos, necesitamos conservarnos *fieles* a sus llamadas, inspiraciones, amorosas exigencias, aunque sepan a cruz ; es menester agarrarnos fuertemente al Cristo sangran-

do, viendo en El dechado perfecto, y recordando así su divina doctrina salvadora ; nos precisa amar más nuestra vocación, verdadera fortaleza de resistencia y de victoria.

Nuevos tiempos, es verdad ; nuevo correr de los días entre perturbaciones y zozobras en las que las conciencias ya dudan, ya retroceden para traicionar, alejándose del foco de la luz que alumbró, acaso, los mejores años de su vida. Ya no es la contemplación del mar en calma, imagen de las almas buenas y santas ; ahora es el mar de encrespadas olas que levanta el fuerte viento de la desorientación, de la indiferencia, de la incredulidad, de una vasta y profunda relajación moral.

Así vienen a quedar quienes, felices en otro tiempo, por su fe y su piedad robusta y amorosa, se alejaron de Dios. Son los náufragos, en el mar de la vida moral, que cantan, día por día, su propia derrota.

Mayo 1967.

LIMITACION DE LA NATALIDAD

Materia hoy de actualidad palpitante y de no pocos errores sobre este asunto. Muchos se han aventurado a resolverlo antes de que diga su palabra la Santa Sede. El Papa Pablo VI ha dicho recientemente: sígase la doctrina tradicional de la Iglesia, en esta materia, mientras él, personalmente, estudie detenidamente y resuelva.

No es, pues, lícito, tomar drogas o pastillas que atenten directamente contra la natalidad. Sólo en el caso de que el médico asegure que aquellas no causan grave daño a la salud, y que no esterilizan directamente. Y la doctrina moral tradicional de la Iglesia es el que el fin primario del matrimonio es la procreación. Los deberes siempre son cargas; pero si se quieren y aceptan los derechos, ¿por qué no los deberes? La vida no es sólo un campo de placer; es, sobre todo, sufrimiento, lucha, y en la lucha, bravamente soportada, con mirada evangélica, está la victoria del verdadero cristiano.

A esperar, pues, la última palabra que dirá en esta materia, Pablo VI.

Octubre-noviembre 1966.

OBRERAS DE LA CRUZ

VOCACION

LLAMADA...

Yo te vi pasar junto a mí
tu voz escuché, y tus pasos seguí...
enamorada de ti.

Yo te vi pasar junto a mí,
junto a mí, y enamorada tus pasos seguí,
Divino aventurero,
hasta luchar y morir junto a ti.

Contigo sembrar la paz y el amor,
contigo mitigar las penas y el dolor.
Yo te vi, yo te vi,
y enamorada quedé de ti.

Tú señor, pasaste un día muy cerca de mí,
tu voz escuché, vi tu mirada... y te seguí.
Te seguí con amor... sin pasión de ceniza,
con amor vivo y perenne
con amor que eterniza y eleva a los cielos.
Y me quedé para siempre, Aventurero Divino,
Junto a ti, junto a ti.
Ofreciendo la paz y el amor,
pasaste muy cerca de mí
fijando en mi alma tu siembra de luz y verdad
y me quedé, me quedé
para siempre muy cerca de ti.

Febrero-abril 1965.

MUCHO DEJO...

¡Cuántas veces luchamos entre el dar y no dar a quien atados nos sentimos por imperativa gratitud! Dos fuerzas pugnan en contraria dirección. Una tiende, nacida de interiores aperturas humanas, inseparables del corazón que busca su plenitud vital amorosa, hacia Dios, y hacia Dios revelado en Jesucristo. La otra se conjunta con la criatura, en ésta se vierte para ser atraída o atraerla. Ambas atracciones causan como una fusión de afectos. Nada nos extraña que las criaturas, como el papel a la pared, queden y permanezcan pegadas, insaciadas e insaciables. Media un vacío entre el papel y la pared, entre persona y persona, entre corazón y corazón. Es el vacío de un amor que sólo Dios puede llenar. Hace su aparición el fracaso. Viene la decepción. El colapso afectuoso se produce, y el desencanto trae la tristeza, melancolía, que reemplazan los anteriores goces. Las nubes, que sombrean la vida, han ocultado a nuestros ojos, antes esperanzados, los resplandores dorados del sol.

Esto ocurre cuando nuestra fuerza corre en línea horizontal, de criatura a criatura. No de este modo si la dirección de esta fuerza íntima asciende en vertical, hacia la Luz, que es Cris-

to, se mueve en búsqueda de su increado Centro, Dios, amor sin muerte. Y en llegando a este Centro, la fuerza del amor terreno se ha hecho amor divino, eterno y plenamente saciado. Aquí podemos ver retratadas las dos flechas de nuestra vida, las dos tensiones de nuestro corazón. Pegado a la criatura de tal suerte que queda despegado de Dios, y pegado a Dios de manera que, aún despegado de la criatura, la quiera y la ame en y con el amor de Dios.

Entendamos los apegos a las criaturas que nos desinteresan, nos despegan del Señor, del cual tenemos un precepto primero y principal: amarás a Dios con todo tu corazón, tus fuerzas... No los que, amando a Dios, nos conducen al amor del prójimo beneficiándolo en lo espiritual y en lo material. Esto último no basta. Es insuficiente, incompleto. Falta lo principal al hombre, cosa totalmente de Cristo, comprado con sangre.

He aquí el duro problema en cuya solución se debaten los con fe viva y los sin fe o fe muerta; los que se fabrican dos cielos amorosos entre deleites y placeres; los que pretenden llenar su maleta —qué modo de perder el tiempo— de grandes tesoros terrenos, violadas la justicia y la caridad, y de modos espirituales que se revelan cual inconsecuencia de la fe que viven. Pero ¿cómo la viven? No comprenden o no quieren comprender, y esto que va para to-

dos, lo es principalmente aplicable a las almas consagradas, el «venite post me» y el veníos conmigo y os haré pescadores.

Los apóstoles se adhieren a Jesús y reciben un oficio nuevo. Lo aceptan con fe, obediencia, prontitud... No hay demora en seguirle, despegarse de cosas, familias... ¿Dejaron poco? Para los grandes del mundo, millonarios, sabios, etc., poca cosa... Lo que tenían... ¿Nos parece poco? Nos marcan un paso trascendental en nuestra vida cristiana y, no digamos, de perfección.

Nos cuesta desprendernos. Nuestro máximo triunfo es este: desprendernos, despegarnos de... todo, aun teniéndolo todo, por amor a Cristo, por donación total al apostolado de cuyo ejercicio no podemos prescindir en el desempeño de nuestro oficio, humilde o encumbrado. ¿No flota la barca sobre las aguas del mar y el aceite sobre el agua, y las alas del águila sobre los aires en el alto del espacio? De esta forma es nuestro verdadero desprendimiento, despego; es un flotar sobre todo, con la mirada fija en el Señor.

Y pongo fin a estas cuartillas con las mismas palabras con las que empecé: *«Mucho dejó... el que nada se quedó»*.

Mayo 1973.

LA VOCACION

Dios, gobernador sapientísimo, dirige nuestros pasos hacia el fin que se ha propuesto sobre nosotros. Y lo hace con una providencia paternal. Sólo nuestra voluntad puede obstaculizar este camino.

Jamás la Obrera podrá apreciar en su justa medida el valor de su vocación. Desviar sus pasos de esta senda, podría proporcionar quizá, terrenas felicidades, contentamientos humanos, halagos y sonrisas de las gentes. Acaso llegásemos a ser algo en esta escena cómica del mundo, algo que equivale a decir nada. Pero no negaremos el seguir la llamada del Señor si queremos conseguir el valor real de nuestra santificación y el constituirnos instrumentos de apostolado.

¡ Cuántos fracasos debidos a una negativa a los planes divinos ! La vocación entra en el plan divino. Hacerla fracasar constituye nuestro fracaso para el presente y el porvenir. La vocación de la Obrera, aun en medio del mundo, lleva consigo el vencimiento total no sólo en las cosas que le apartan de Dios, sino en aquellas que retardan su vivir de mayor intimidad y unión con El. No es raro que, con pretexto de legítimas aspiraciones, se acerque la tentación para turbar,

poniendo oscuridad y niebla en la visión del camino a seguir. Astuto es el espíritu malo y sabe disfrazarse de ángel bueno.

Para ti, Obrera, esta consigna: escoge la senda más expedita y que con mayor facilidad y rapidez te lleve al servicio de Dios, sin trabas de lazos terrenos; la que te hable de más agrado del Señor; la que te presente más cruz y desprendimiento, aunque sea a costa de sangrar tu voluntad y tu corazón... Esta es tu senda señalada con el rojo matiz del vencimiento y del amor puro en el plan del Arquitecto Divino. Y hacia ella te guían los brazos y la mirada de Cristo. No seguir esta ruta de grandeza, acusaría indecible cobardía. Y esta cobardía caramente se paga en llegando la hora de la *cuenta*.

Dejemos que Dios obre en nosotros, y demos de mano siempre a cualquier reclamo del mundo, que no es silbo de pastor, sino dentellada de lobo que se acerca para arrebatar la codiciada presa. La Obrera no puede escuchar otro silbo que aquel que tiene acentos de vida eterna, el silbo amoroso de Jesús. Oveja predilecta del Divino Pastor, nunca te separes de su redil. Deja que te marque con su cruz y te dé el calor de sus divinos amores. Y que en respuesta a tanta dignación, sean tus buenas obras.

Febrero 1947.

LA VOCACION

San Pablo la llama don de Dios. Es el llamamiento que Dios nos hace, bien directamente con luces especiales que iluminan el entendimiento, y la voluntad se siente inflamada a abrazar un estado de vida para el servicio radical de Dios; o indirectamente, dando las gracias que necesitamos cuando libremente nos proponemos escoger un estado de vida. Es decir, en este caso, la voluntad por sí misma quiere escoger un estado de vida, pero no podría realizar este propósito sin una asistencia de la gracia de Dios.

En la vocación a un estado de perfección, el hombre, asistido del auxilio sobrenatural, elige el estado de vida más perfecto en el que totalmente se consagra a la adquisición de la perfección cristiana y al servicio de la divina gloria. Y esto lo debe hacer teniendo por base la vivencia y conservación del espíritu del Instituto que elija, el cual debe considerarse como es en realidad: molde de perfección cristiana.

Y es evidente que los miembros, según su grado de vitalidad sobrenatural, contribuyen en más o menos proporción, al aumento de la perfección esencial del cuerpo, cual expansión, pro-

longación y multiplicación de la vitalidad de dicho cuerpo.

Los hijos, agraciados con dotes singulares recta y santamente fructificantes, prolongan y perfeccionan no sólo física sino moralmente su tronco : la paternidad. Serían, empero, deshonor de sus padres usando mal de aquellas privilegiadas dotes. En verdad que podrían influir en su voluntad, para tomar un camino torcido, la natural tendencia al mal, el ambiente, los consejos, el ejemplo, los reclamos del placer desordenado, la pereza e índole personal, etc..., pero no es menos verdad, siempre en pie, que estarían obligados a la lucha para amortiguar, contener y, en cuanto pudieran, poner fuera de combate a tales enemigos que le circundasen. De no actuar así, de seguro que perecerían bajo la presión constante de todos esos enemigos que tienden a convertir en lanzas del mal las dotes o talentos, dones divinos, que la mano generosa de Dios les otorgó para realizar el bien.

La Obrera es algo injertado en el tronco de la Obra. Lleva su savia, como la rama lleva la savia de la semilla ; puede ser honra y gloria de su Obra o deshonor y menosprecio de ella. Y esto según el recto o desordenado empleo del don de su vocación. Don éste en cuyo debido desarrollo han de jugar principal papel la buena voluntad, su esfuerzo a diario, la perfección de sus cualidades, así físicas como intelectuales y

morales, que puedan servir, y en el modo que deban servir, al fin de la Obrera.

Repetidas veces se ha manifestado que a la Obrera no le basta el ser «buenecita», se le pide algo más, mucho más; ser alma de temple esforzado, de gran virtud no teóricamente sino en la práctica. Muchos admiran el encanto de la virtud; se enamoran de ésta, pero no pasan de ser enamorados idealistas: precisa serlos prácticos.

La vocación, que es injerto, toma fuerza, se desarrolla, crece y se perfecciona, con un cuidado solícito resguardándola de lo que la puede marchitar, poniéndola a buen recaudo de aquellas manos y lenguas que la puedan herir o torcer, defendiéndola a capa y espada ante los ataques de las tentaciones tan variadas y que solapadamente intentan filtrarse en los planes de Dios sobre las almas, ante los amigos —enemigos— y enemigos —amigos—. Oro del mejor quilate es para un alma el estado de perfección cristiana. Quién este oro desprecia, o aceptado, malgasta hasta quedarse sin él, repróchese de siervo infiel como dice Jesús.

¿ Por ventura recoge el fruto un labrador con sólo sembrar las semillas? ¿ Qué de sudores bañarán antes su tostada frente! ¿ Y qué rendidos estarán sus brazos y todo su cuerpo antes de poder llevar, gozoso, en sus manos el tan deseado fruto! Y tendrá que cavar hondo la tierra, o

abrirla muy adentro con la reja del arado, y voltear sus glebas para que se refresquen y se soleen, y, deshechas las glebas, convertirlas en capas de tierra fina apta ya para la siembra.

Es cierto que la vocación fructifica en quienes aran muy hondo su voluntad y amor del propio yo; en quienes la herramienta de la virtud cava hondo y voltea las glebas del «hombre viejo» para que, soleadas por el calor de los amores divinos se puedan convertir en elementos de fina disposición para la virtud, bajo el aliciente poderoso de «un glorificar más a Dios», y de «un ganar más almas para Cristo».

Jesús, fidelísimo en su vocación de Redentor, nos enseña lo que vale una vocación vivida según los planes de Dios que nos llamó. Vestido con el ropaje de la humildad de nuestra carne mortal, del amor, de la misericordia y del poder, presentóse como cordero entre lobos. Venció a los lobos vestido de cordero; no se vistió de lobo para vencer a los lobos. Por la virtud de su sangre divina, los lobos se convertirían en mansos corderos para ser inmolados al igual que Jesús.

La Obrera cúbrase con el traje de la virtud, del amor a Cristo, y del poder de una vida interior intensa, para amansar y rendir a los lobos. Se ganan los buenos siendo más buenos; se ganan los malos superando con la virtud la maldad de estos.

Pero los lobos se visten a veces con piel de cordero. Mirad las pendientes a dónde arrastran... y conoceréis entonces que son lobos en espera del momento oportuno para interceptaros el paso en vuestro camino. Habrá sin duda una víctima... ¡ vuestra vocación !

Enero-agosto 1950.

BASES FUNDAMENTALES DE LA VOCACION

Para seguir el camino de vuestra vocación necesitáis el camino de los votos. Su observancia produce un crecimiento espiritual, os ayudan a reproducir en vosotras la vida de Cristo. Contened para que se cumplan en vosotras estas palabras del apóstol: «que sepa cada uno usar de su propio cuerpo, santa y honestamente». Desearéis avanzar hacia la meta que os habéis propuesto y a la que el Señor os ha llamado. Que no disminuya, pues, vuestro esfuerzo en este continuo batallar.

Vuestra virginidad ofrendada a Jesucristo, cual don el más precioso de vuestro cuerpo, proclama el sacrificio que hacéis de vosotras mismas, la inmolación de vuestra total entrega y de servicio a la empresa del Señor, buscando la divina glorificación. La virginidad hace ángeles en la tierra; la castidad perfecta, también inmolación, da alas especiales para remontarse hacia Dios, todo espíritu.

Virginidad, o castidad perfecta, son la base, el sostén firme de vuestra vocación. Fracasan muchas vocaciones de esta entrega total, porque no saben estimar lo que valen la virginidad y la

castidad perfecta. Las que no tienen la alta estima de este don de Dios, corren el peligro de descender del plano de la vocación a un estado que será honesto y legítimo, pero no será nunca el plano elevado de perpetua castidad al que fueron llamadas y pudieron llegar. Sobre el íntimo aprecio de este gran don de Dios, vuestra vocación se mantendrá firme frente a las tentaciones con que el mundo os pueda combatir.

Mas este don de radical donación no se explica sin la caridad o amor de Dios. Ella es motor que mueve la vocación, con una entrega total que comprende toda la persona: cuerpo y alma, la totalidad del ser humano.

Vuestra vocación descansa sobre tres puntos fundamentales: los votos, y éstos sostenidos, alimentados abundantemente por la caridad. Así... no puede fracasar la vocación. Pero puede, por lo menos, resquebrajarse y a la postre morir, si falta la caridad en proporciones y modos que desgaje entre sí los miembros que convergen en la unidad de los votos. Y entonces... comienzan a tambalearse las vocaciones.

Mayo 1947.

EL QUE ME QUIERA SEGUIR...

El estado de perfección, siguiendo los consejos evangélicos, es patrimonio de la selección cristiana. Vida de sencillez. «Los reyes de la tierra y los que quieren sobresalir tienden a dominar. Entre vosotros, dice Jesús a sus discípulos, el primero debe hacerse servidor de los demás. Buscad el último lugar. La paz os dejo... Y si os persiguieren, bienaventurados vosotros». La mutua discordia y combate de desunión no caben en estas sublimes y sencillas enseñanzas del Maestro, llenas de pacificadora luz.

Vivamos a Cristo con paz y mansedumbre, sin olvidar la actitud enérgica que se exige a las almas de selección. «Los que se hacen violencia, arrebatán el Reino de los Cielos». El Reino de Cristo se reserva para los decididos. Quien quiera vivir este estado lea y ponga en práctica esta fuerte exigencia de Jesucristo. «El que me quiera seguir, déjelo todo, y a sí mismo, cargue con su cruz, y sígame». Es un mandato sin blanduras ni concesiones.

No todos comprenden la belleza de esta vida crucificada. Por eso hay tanta resistencia a las gracias de Dios, e insensatez en el aparente seguimiento de Cristo. La falta de reflexión

y la excesiva condescendencia con las formas sociales que el mundo nos presenta a diario, pueden llevarnos a una relajación del espíritu en la abnegación y desprendimiento.

En verdad que viviendo en el mundo nos vemos precisados a acomodarnos a sus maneras, pero sin olvidar este aviso de Jesús: «Vosotros no sois del mundo». Acomodarnos no es hacer concesiones indebidas para caer en la relajación.

Vivid y conservad vuestro espíritu vocacional; éste no puede ser otro que el de Cristo: desprendimiento, sencillez, paz, decisión enérgica...

De vuestro retiro junto al Sagrario, y con vuestro corazón unido al de Cristo, salid al mundo en busca de las almas. Mas recordad siempre «que no sois del mundo».

Enero 1951.

VIDAS CONSAGRADAS AL SEÑOR

Su principal característica es vivir la perfección cristiana. Y ésta se basa en el vencimiento de la triple concupiscencia que menciona San Juan. Fácilmente se nos puede introducir el espíritu contrario al de Jesucristo por causa de la influencia del ambiente, de circunstancias que nos rodeen, de modos de vivir que nos atraigan, de mentalidades que de tanto adaptarse pierden su línea recta, el quilate del oro de la perfección, la cual se ha de vivir interior y exteriormente.

La crucifixión del Señor fue interna y externa ; oculta y pública. Los que predicán y dicen seguir los consejos evangélicos, deben dar un paso adelante y ejecutarlos, cerrando sus oídos al llamado *estilo del mundo*. Hay un mundo que critica lo bueno y lo malo. Lo malo porque halla razón para ello ; lo bueno, porque es un mentís a la conducta desordenada.

Cristo Jesús fue presa de esta crítica mal intencionada, despiadada e injusta. No dejó por eso su camino comenzado, ni lo torció un ápice. Es Él la verdad que se abrió paso con el empuje arrollador de su doctrina y la sublimidad de su vida. Y esta sublimidad de vida en la pobreza, trabajo y ocultamiento en la humilde casa de

Nazaret, no le despoja de su señorío y majestad, a pesar de tener su trato con el mundo al que gana con su doctrina.

El espíritu del Señor, todo humano-sobrenatural, se transpira bien a las claras en las distintas fases de su vida, pisando con firmeza sobre un mundo que no entiende de grandeza si no es entre fastuosidades y lujos deslumbrantes; que no tiene fuerza de atracción más que con el cebo de la vanidad y coquetería; que no se dispone a seguir a Jesucristo, si no es con la condición de que a la cruz se le quite *ese todo* de dura austeridad. Para ello hay que convertir la estancia humilde en salones flamantes; la obediencia, en amplitud de los propios juicios y de voluntades que se desenvuelvan a su placer; la castidad, en modos de presentación provocativa que se adapten a las circunstancias variantes de las costumbres paganizadas.

Y esto no puede ser. El adaptarse no significa ni menos supone el desfigurarse. Es cierto que hoy necesitamos adaptarnos a las circunstancias, mas conservando íntegro el espíritu de Cristo, el cual llevado a la perfección constituye el verdadero espíritu de quienes se le consagraron por entero.

No olvidéis ser, ante todo y con clara realidad, Obreras de la Cruz.

Diciembre 1954.

FIDELIDAD

Dice el apóstol San Pablo : «Os he desposado con un varón, para presentar a Cristo vuestra casta virginidad». Hemos de dar gracias a Dios ¡cuantísimas!, por el género de vida que se ha dignado concedernos; género de vida exento de esas ofensas que matan el alma. Pero no estamos libres, corremos peligro mientras vivamos en esta carne mortal. El pecado nos circunda, nos tiende sus lazos: hay que romperlos y echarlos lejos. Y esto lo hemos de hacer batallando con ánimo viril, corriendo hasta llegar al término propuesto.

Para que no nos cansemos de luchar, tengamos presente estas palabras del apóstol : «Todavía no habéis resistido hasta derramar vuestra sangre». ¿Veis cómo no se contenta con que nos crucemos de brazos y seamos solamente buenos? Nos pide una resistencia heroica para no ser vencidos; nos exige un esfuerzo constante. El camino lo tenemos abierto; no tenemos más que mirar a Cristo; hasta el sacrificio... y la cruz.

Por la infidelidad caen las almas consagradas a Dios; por orgullo o exceso de confianza en sí mismas. Nosotros somos tan pequeñita cosa, que sólo cuando Dios nos apuntala podemos aguan-

tar. Y ¿cómo nos ha de apuntalar si apartamos nuestra mirada de El? Por esto, llevémosla siempre clavada en Cristo. Este vivir para Cristo es lo que nos da fortaleza y virilidad, lo que nos hace vencer siempre, aunque empujen fuertemente todas las tentaciones del mundo.

Por la gracia de Dios, habéis recibido el don de esposas de Cristo ; no, no seais nunca infieles, ¡ nunca ! ¡ Ay de aquellas almas consagradas a Dios que han conocido este don, lo han tenido en sus manos y han vuelto su rostro, dejando la moneda de oro para coger la de cobre ! ¡ Ay de aquellos que, luego de haber tomado este desposorio con Cristo, de haber ofrecido a Dios su casta virginidad, de haber pronunciado esa promesa, vuelven atrás !

Desposadas con Cristo, vuestro amor sea cada vez más limpio, fuerte, indestructible, que ni la muerte lo pueda herir. El único amor que no muere con la muerte es el amor a Cristo. El amor de la criatura quedará deshecho, herido, pero el amor de Cristo nada ni nadie lo podrá deshacer. Y si para conseguir vuestra fidelidad, necesitáis sostener muchas luchas de la clase que sean, todo os parezca poco. Aprended a decir en vuestro corazón : «aún no he resistido ni luchado tanto, que haya tenido que derramar mi sangre, dando mi vida».

En vuestra vida no se admiten componendas ;

totalmente del Señor habéis de ser. Habéis de correr la misma suerte que el Esposo. Unidas con El, habéis de sufrir y luchar; viviendo sin otra ilusión que agradar y consolar el corazón de Cristo. No entristezcamos a Jesús ya que tan ofendido es; que halle en sus Obreras un nido de amor donde reposar. ¡Cuánto sufrirá el Señor viendo el pecado de los suyos! Está hambriento de amor y las almas no se lo dan. No seais de esas esposas que antes de ser consuelo son pesadumbre y tristeza.

La Obrera tiene una misión muy hermosa: ofrecer en medio de este mundo corrompido un corazón donde Cristo esté. ¿No es hermoso esto? Una Obrera, escondida en medio de esa sociedad tan perdida, blanqueada por su castidad y pureza podrá decir: «soy de Cristo, porque El me dió lo que soy; soy de Cristo porque El me hizo suya; soy de El porque ha elevado mi vida». ¿A quién, pues, he de querer y amar?

Corazón que ama no ofende. La Obrera que ama a Cristo, combate sin regateo de sacrificio alguno. Quiera el Señor que siempre os halle fieles en cualquier momento y circunstancia.

Junio 1955.

VER PARA COMPRENDER

Nuevos ambientes. Nuevas ideas que responden a éstos. Nuevos modos de vida. Nuevos cambios personales, unos en mejor, otros en mal o peor. Sorpresas por doquiera nos circundan agradables y desagradables, que alegran o entristecen. Nuevos rumbos en el camino que necesariamente tenemos que andar en nuestra vida. ¿ Sin fijeza desde el primer momento ? ¿ Sin sinceridad de corazón ? ¿ Sin comprensión de lo que somos, de las responsabilidades personales de lo que significamos, de lo que representamos, de lo que hemos recibido y de la real correspondencia que nos incumbe ?

Pensar en lo que pudimos hacer, y no lo hicimos ; lo que debemos hacer y no lo hacemos en deuda a las múltiples gracias así espirituales como temporales, es cosa que nos acucia en cada momento, sin escudarnos en excusas, pretextos, cambios de juicio, nuevos modos de ver al través de progresos y ambientes que pueden deshacer nuestro pasado espiritual y nuestro presente vocacional.

¿ Que en todos los estados se puede servir y trabajar por Dios ? No es una novedad, que se la quiera apropiar nuestros nuevos tiempos. Esto

fue de siempre. Pero no fue de siempre que el criado o servidor deje la casa que le acogió, y se ausente, porque le parece haber equivocado la casa... Se ausente con la maleta cargada de educación recibida, de aprendizajes regalados, de títulos costosos que le harán flotar y relucir en otros medios y caminos, distintos de aquellos que emprendió un día con entusiasmo...

Todo está expuesto a cambiar. Más la fidelidad, el corazón sincero, la alta nobleza de la virtud, la gratitud innata y reflexiva, no, no puede ser cambiada por nuevos ambientes, solicitudes de mundo, de personas... No obstante, puede perderse... anularse...

Triste figura la de estas personas que, seducidas por otras, desandan su primer camino donde crecieron para Dios, hallaron generosa cuna para su virtud, fueron regaladas por las gracias divinas, vieron horizontes de grandes servicios para el Señor. Triste marcha la de aquellos que, sin fidelidad a sus promesas, con un corazón insensible, con palabras insinceras, creen obrar bien —conciencia a su modo—, fijando su mirada no en lo que fueron ni en lo que deben ser —exigencias vocacionales—, sino en nuevos horizontes de apostolado, que en verdad a nadie se cierra, pero que acusan desvío de lo primero.

No podemos paliar las cosas, para engañando a las personas, engañar a Dios. El nos quiere

sencillos, sinceros, abiertos, abnegados, convencidos, entregados. Sí, entregados totalmente a su amor y servicio. Los que vieron mal, los que vieron tarde... Los que no comprendieron su vocación... Que la *llamada* y el *amor* nos unan fuertemente a Jesucristo.

Mayo 1970.

ESPIRITU DE LA OBRA

LA VOCACION DE OBRERA DE LA CRUZ

La vocación es llamada de Dios. Si es religiosa, exige el darse totalmente al servicio divino. Se excluyen, por tanto, los modos de conducirse faltos de la debida generosidad. La vida religiosa no se aviene a una piedad cómoda, dispuesta por cada cual a su gusto y manera en que la voluntad rehuye su abnegación, o no quiere mascar el sacrificio. Sin éste no hay oblación práctica y, sin ésta, queda defraudada la vida religiosa.

El darse de veras a Dios no admite reservas ni del querer, ni de fuerzas, ni de cooperación, ni de esfuerzos por adquirir las virtudes, ni menos en la ejemplaridad, así privada como pública. A la vocación se responde con libre determinación de la voluntad, más no para quedarse en el plano de una medianía o de un género de rutina, sino para llegar a la meta con esfuerzo y constancia.

Los hechos respondan siempre al nombre de Obrera. La cadena pierde, en parte o en todo, su fuerza, cuando alguno o algunos de sus anillos

están rotos, o débiles o torcidos. Y restan o impiden movilidad en la cadena, si están enmohecidos. Cada Obrera es anillo de esta cadena para subir almas al cielo. La que no viviese según su vocación vendría a ser un impedimento, un estorbo, algo inútil y perjudicial.

La vocación de Obrera no significa un acomodarse en un género de vida tan sólo; es un conocer y comprender y querer *gastar su vida* por la divina glorificación. Obreras de vida señorita, de maniquí para salón, no pueden existir. Son conceptos que se contradicen y se repelen.

La Obrera se debe a la Obra, como el miembro de un cuerpo se debe al cuerpo del que forma parte. Lo que se quiere no se puede olvidar; lo que se ama, en la medida que se ama, se le prefiere, no con preferencia especulativa, verbal, sino de hecho.

La vocación, si no se actúa, perece, como el miembro quedaría inmóvil si se le sujetara a una inactividad constante. ¿Y cómo se actúa la vocación? Ordenando nuestra vida conforme a las exigencias de aquélla. Y este ordenar abarca nuestro interior todo hacia Dios por el cauce de una vida interior espiritual cuidadosamente observada, con pureza y rectitud de intención, con delicadezas para Dios y para el prójimo, con miras altas y limpias.

Ordenar el pensar y querer hacia Dios, es poner vuelo de virtud en las alas de la vocación. Pero comprende también nuestro exterior : porte, palabras, trato, oficios, trabajos, amistades, estudios, apostolado, etc... La vocación pide a la Obrera un porte digno en todo momento : porte de edificante y correcta educación, austero con afabilidad, nunca chabacano y rastrero al estilo de los espíritus poco o nada templados en la virtud. Porte sin repulsión orgullosa o repulsión de ñoñerías o de desaliños que apartan. Porte sin frivolidades de espíritus ligeros, vanidosos y a lo puramente humano, esclavos más de lo sensual que servidores de Dios.

Palabras. — Pide la vocación de la Obrera corrección en las palabras, discreción marcada en sus frases, caridad en su decir, secreto en sus manifestaciones, lenguaje educado en su estilo, en su tono, en sus formas. Y a esta exigencia de la vocación faltaría quien comentase, revelase, escuchara, faltas y defectos de sus mismas hermanas, provocando charlas inútiles con pérdida del precioso tiempo.

La Obrera se debe a la Obra, a sus Obreras, y a las almas. Limpio y terso sea el cristal del lenguaje, sin recodos ni rincones. El lenguaje sea expresión de la verdad, no envoltura de la mentira. Como se afina un instrumento antes de hacerlo sonar, afínese y compóngase el lenguaje hasta en el trato íntimo y familiar. No basta el

corazón... para la vocación de Obrera, se necesita cabeza, y ésta debidamente cultivada, instruida y equilibrada.

El debido trato se adquiere con la observancia de una educación social y práctica de la virtud. Para la Obrera no ha de ser algo postizo, de momento ; le ha de nacer naturalmente, es decir, lo ha de llevar encima de ella. La fealdad como la hermosura no se pierde por la soledad de la persona o por la mucha compañía ; así también el trato sencillo y afinado de una Obrera que vive de Dios y para Dios ; fino sin raspaduras, fino sin destemplanzas, aunque sean momentáneas, fino sin muñequerías, fino sin hoscas brusquedades.

Oficios-Trabajos. — A todos los oficios se acomoda la vocación de Obrera. En cualquiera de ellos puede dar su rendimiento. La vocación amplía. Si le mueve el servir a Dios, mediante la Obra, en todos verá utilidad, provecho y necesidad. Rehuirlos es flaca vocación, cuando la Obra, voz de Dios, lo pide.

Para Dios no hay condiciones, sino servicio. Y una de las cosas de las que habrá de dar mucha cuenta es el aprovechamiento del tiempo. Horas que se pasan sin fruto... son horas perdidas. Horas preciosas hay en nuestra vida, que bien empleadas, servirán para acumular nuevos y necesarios conocimientos para obtener una mejor formación moral y cultural.

Instrumento moderno en el campo apostólico de la Iglesia es la vocación de Obrera, con múltiples teclas cuyo sonido debe producirse conjunta y armónicamente. Los obstáculos se allanan ; los impedimentos se quitan ; las teclas que no suenan, se arrancan y se sustituyen por otras. La Obra, instrumento de Dios seguirá sonando armónicamente, aunque para ello sea preciso —el Señor no lo permita—, sustituir a los que «llamados», no quisieron responder un día a su vocación.

Esto pide una vocación de Obrera.

Julio-agosto 1949.

VIVAMOS DEL ESPIRITU DE LA OBRA

La masa de barro informe se convierte en un objeto de uso o de arte, según la forma que las manos del hombre le imprimen. El ser barro es lo común ; el tener tal forma, es lo específico.

La Obra tiene su cuerpo, su espíritu. El cuerpo lo constituye el número de Obreras ; el espíritu lo forman el fin de la Obra, sus modos de formación, sus maneras de convivencia, de acción, de vida así interior como exterior ; sus modos de adaptación a las circunstancias de los tiempos ; sus maneras de llevar a Cristo sin desentonar en la sociedad ; su táctica para infiltrarse en los campos de la conciencia y del corazón, y moverlos hacia Dios ; sus métodos de conquista según las necesidades y exigencias de las almas, de los pueblos, etc.

El espíritu de la Obra se fundamenta en la vida interior y en la acción apostólica. La vida interior como savia vivificante del cuerpo. Este, vivificado por un interior de Dios, dará los frutos de la virtud en sus distintos matices. Vida interior sin actos internos y externos de virtud verdadera, es savia sin producción de fruto, alma sin vida. El espíritu de la Obra exige santificación de la Obrera, amplio apostolado al servicio de la santa Iglesia.

El espíritu de la Obra es todo él de santificación y de acción. Y la acción realizada con ánimo elevado, santa intrepidez; acción ejecutada sin ridiculeces de cosas hoy ineficaces y, la mayor parte de veces, contraproducentes.

El porte, el modo de vestir, el lenguaje, la correcta educación, el alternar en medio de la sociedad sin llamar la atención por lo raro, juntando a todo ello el trabajo sin ociosidad, la virtud vivida y el apostolado, son como el complejo que debe ambientar el espíritu de la Obra.

La rama, para ser fecunda, ha de vivir de la savia. Las Obreras sois el cuerpo de la Obra. Pero cuerpo muerto seréis si no vivís el espíritu de la Obra. Plasmadle en vosotras, y seréis auténticas Obreras.

Junio 1949.

EL ESPIRITU DE LA OBRA

¿ Ha variado o puede variar el espíritu de la Obra ?

Jesucristo nos dio su divina doctrina. Nos dejó el ejemplo de su vida, sublime ejecución de esta doctrina. Han pasado los siglos y seguirán su curso hasta el fin de los tiempos. ¿ Ha cambiado su doctrina ? ¿ Han variado sus leyes y preceptos ? No ; parécenos están como roca inmovible y eterno testimonio de su verdad y santidad. Su vida es y será ejemplo para todos, la cual ni se muda ni se marchita.

Las nuevas circunstancias y maneras en que el mundo se desenvuelve, no pueden en modo alguno modificar en un ápice la realidad imponente, siempre actual, de una Cruz y de un Cristo que predica la virtud, que exige al corazón humano el desprendimiento de lo caduco y terreno, elevando sus deseos hacia lo eterno ; que señala un centro único al cual deben converger las aspiraciones, actos, toda la vitalidad del hombre : *Dios*, la Patria eterna. Su pensamiento es hacer celestial al hombre terreno ; que nuestra vida, ahora terrena y humana, sea sobrenaturalizada, celestial. Y este pensamiento, cual foco divino encendido que alumbra a la humanidad

redimida, no pierde ni puede perder su luz, aunque sean muy variadas las circunstancias que rodeen al hombre.

Eterno e invariable es Jesucristo ; eterna e invariable su doctrina ; siempre viva y actual su ejemplaridad. Lo que cambia son las formas de expansión, los modos de influir en la vida del hombre, la táctica de su propaganda, los medios para hacerla llegar a la mente y al corazón del hombre, medios éstos adaptados a las exigencias de las circunstancias. ¿ Acaso pierde el hombre la razón de su movimiento y actividad porque usa de los modernos medios de locomoción ?

¿ Ha variado o puede variar el espíritu de la Obra ? No. Equivocadamente pensaría quien afirmarse lo contrario. ¿ Cuál fue, es, y debe ser siempre el espíritu de la Obra ? Un Cristo, una santidad, unas almas, una lucha sin cuartel por la gloria de Dios ; una vida en todas las Obreras de imitación de la del Divino Maestro ; intensa vida interior y trabajo apostólico sin cansancio ; absoluta generosidad e inmolación verdadera por el Señor y las almas. En resumen : Dios, santidad personal, almas para el cielo, acción de soldados en la milicia de la Iglesia, llevada hasta el sacrificio cruento o incruento, por el triunfo de Cristo. Esta es la Obra en su nervio vital.

Este espíritu de la Obra ha de ir *adaptándose*, según la mente de la Iglesia, a las exigen-

cias de las circunstancias y los tiempos. Pues ¿cambia acaso una persona su esencia, porque cambie su traje? ¿Es que no es la misma porque ha variado el color de su rostro, o crecido, o pasado de su estado de niñez a la juventud, para alcanzar su madurez? Así el espíritu de la Obra, adaptándose a las necesidades de la vida apostólica, hace que su apostolado sea siempre nuevo, tanto en las formas como en el modo, siendo siempre el que precise para llegar a las almas.

Quien se estanca, perece. La Obrera que no corra a la par del ritmo y desenvolvimiento social, se quedará atrás, perderá su eficacia porque envejecerá.

El mundo actual vive la novedad. Nuestra Obra estudia la manera de sentir estas novedades, de poner en ellas el sobrenatural sello del espíritu de Cristo, de valerse de ellas para atraer los corazones hacia Dios. No hay situación que no podamos utilizar, si queremos, para evangelizar y combatir el mal. Arrinconados en un estancamiento de métodos caducos e inservibles, seríamos una organización, una Obra, pero sin potencialidad ejercida para hacer frente a los enemigos de Dios en la hora presente.

La Obra se ha de mantener viva por su espíritu, siempre la misma; por su forma, flexible; por la virtualidad, una adaptación necesaria para que sea lo más eficaz posible en el servicio del Señor. Mucha santidad y mucho apostolado.

La vida espiritual, el apostolado, intacto en su esencia por dentro y por fuera, hay que presentarlo de forma que atraiga, agrade y penetre en las almas. Esto no quiere decir que nos hayamos de sujetar a los caprichos de aquellos que quieren practicar la virtud uniéndola a la comodidad, olvidando el *niégate a ti mismo* que exige Jesús a todos sus seguidores. La palabra de Dios es una e inmutable, pero ¿cómo presentarla a los que ya la conocen o la ignoran...? He aquí el gran secreto del apostolado actual. Evitemos caer en los extremos.

Corramos, pero con los frenos bien puestos y potentes, aprovechándolo todo para ir hacia Dios.

Marzo 1956.

LO QUE DEBE SER UNA OBRERA

La Obrera debe estar consagrada totalmente al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Iglesia, para realizar su máxima santificación, la conquista de almas en el mayor número posible, la glorificación de Dios en el grado más alto que pueda alcanzar, poniendo en práctica los medios adecuados que se le faciliten y además se le exigen en las Constituciones del Instituto al cual pertenece.

Analicemos el significado de cada uno de estos conceptos :

Consagrada. Equivale a estar dedicada a Dios por el culto o voto ; entregada a Jesucristo para santificarse y ejercer el apostolado ; dedicada con eficacia a este fin determinado, con exclusión de lo que contradiga su misión. Los fines particulares que vayan encaminados al logro de ese bien general no sólo son aceptables, sino muchas veces necesarios. Y por el contrario, todos aquellos fines particulares que no se pueden conciliar con su *misión*, han de ser rechazados. Por tanto, la Obrera se ha de sentir Obrera siempre, en toda actuación y en todas partes.

Totalmente. Esta palabra abarca toda la personalidad de la Obrera : Sus facultades, su personalidad en cuanto se refiere a sus relaciones

sociales, influencia, poderío. La Obrera está dada voluntariamente al servicio del Señor sin reservas. La palabra «totalmente» comprende la atadura de la Obrera a Dios en su voluntad por medio del voto de obediencia; de sus bienes, por el voto de pobreza; de su cuerpo, por el voto de castidad.

Dentro de estas tres ataduras hay distintos grados. En la de castidad solamente los hay en cuanto a la duración del tiempo; respecto a la de pobreza se exige mayor a la Interna que a la Externa, e igualmente acontece en cuanto a la de obediencia. Mas si miramos a las disposiciones de la voluntad, siempre queda un margen de libertad, para que la Obrera, dentro de este margen, se desenvuelva según las exigencias particulares de Dios para con ella.

Al servicio de Dios Nuestro Señor. Con estas palabras se excluye todo otro servicio como fin, no como medio, pues la Obrera, atendiendo a un enfermo, asistiendo a una catequesis, ayudando al sacerdote en su tarea parroquial y contribuyendo al esplendor del culto divino, etc., no busca otra cosa que servir a Dios y el bien del prójimo. Si al prestar su servicio lo hiciera sólo por miras humanas, no se comportaría como Obrera, ya que sus actos debe encaminarlos únicamente hacia Dios y por El. Y en la medida que se da a Dios, se da también al prójimo. Esto será sobrenaturalizar todo su vivir.

Al servicio de la Iglesia. La Iglesia es el Cuerpo Místico de Jesucristo. La obligación de las almas apostólicas es trabajar para hacer crecer este Cuerpo Místico. Trabajar por la Iglesia es trabajar por el triunfo del mismo Jesucristo.

La Obrera ha de estar siempre al servicio del triunfo de esta Iglesia, y por tanto, ha de tender a aumentar el número de miembros que la forman, y la vitalidad de los mismos, es decir, su santificación, puesto que la pujanza de la Iglesia es mayor cuanto mayor es la santidad de los fieles que la constituyen. De aquí se desprenden los fines de la Obrera : Realizar su máxima santificación.

Viviendo en estado de gracia santificante está puesta en el camino de santidad. Mas realizar su crecida santificación supone alcanzar crecido grado de gracia. Cada Obrera, en cuanto a ella en particular se refiere, no sólo debe aspirar, sino empujar con el mayor esfuerzo e interés, para conseguir el grado de santidad al que Dios le llama. No nos quedemos por la mitad.

Conquista de almas en el mayor número posible. La Obrera es un alma de oración y de acción. De la formación y vida interior que tiene toda alma, incluso contemplativa, depende la cantidad de acción y de fruto apostólico. El alma contemplativa, que pasa sus ratos recogida en el conocimiento y amor de Dios, cuanto más

llena de amor se siente, más desea amarle y hacer que las almas le amen. Y de aquí surge el deseo de apostolado. Un alma contemplativa forzosamente es apostólica. Y este deseo de apostolado unos lo realizan mediante su oración y penitencia, y otros mediante la actuación externa, la cual es propia de los grandes santos entregados a la misión evangelizadora.

La Obrera es un alma de vida apostólica y tiene como misión suya peculiar, la conquista de almas para Dios. Igual que el soldado que se lanza al campo de batalla bien pertrechado, lucha, empuja y avanza... ¿hasta dónde...? Hasta donde puede. La vida apostólica no se sacie de salvar almas, de ser santamente avariciosa, de cooperar a la gran obra de la redención, ya que está al servicio de Cristo Redentor.

Glorificación de Dios en el grado más alto que pueda alcanzar. Este tercer fin conseguirá la Obrera mediante la realización de los dos fines antecedentes.

La que crece en virtud ; la que trabaja en el apostolado igual que la que ora y penitencia su vida, glorifica al Señor en proporción a la buena siembra que hizo, a las mortificaciones practicadas, a sus generosidades en favor del prójimo, a las almas ganadas para Cristo. Cada corazón ganado será una lamparilla que arda delante de Dios.

Resumiendo : la vida de la Obrera sea la de una santa, la de un soldado en batalla, la de un ángel que adora.

Cursillos 1944.

¿QUE ES LA OBRERA DE LA CRUZ?

Para que pueda ejercer debidamente su misión, la cual es muy compleja dada la multiplicidad de los modos tan distintos de apostolado, necesita una perfecta e integral formación.

De aquí la singular aptitud que las Obreras han de poseer con relación a su vocación. Bien encaja en el concepto de Obrera la frase de que «es un soldado que Cristo ha puesto en la tierra como expansión del apostolado presente y futuro». Ni es menos hermosa y exacta esta otra : «es una saeta encendida de amor a Cristo ; su vida la de un soldado en batalla, la de un ángel que adora, la de un penitente que repara». Por su amor a Dios ha de tener vuelo de águila ; por su espíritu reparador, inmolación callada ; por su trabajo, una continuación de la actuación de Cristo.

La Obrera ha de estar consagrada al Señor por los tres votos : castidad perfecta, obediencia y pobreza. Y sintiéndose toda de Dios, más realizará en sí el concepto verdadero de lo que es la Obrera, cuanto con más perfección esté formada y en mayor plenitud dirija todo su ser, mediante su actuación y trabajo, al fin supremo y definitivo, que es la glorificación del Señor.

Intensa vida de Dios. Totalidad en su obrar, extensión en su campo apostólico, modalidades en su trabajo... He aquí unas características inconfundibles de la Obrera. Su espíritu sea generoso, no vaya con cuentagotas; codiciosa del tiempo, empléelo para utilidad y provecho propio y de los demás. A la Obrera se le ha de conocer: *por la intensidad de su vida interior...; por la intensidad de su vida apostólica...; por la universalidad de su trabajo...; por su sello especial nacido de la educación peculiar que recibe...*

A este concepto o significado del nombre de Obrera, corresponda cada una, con el interés y esfuerzo, para ser en cada momento *realidad* de lo que significa. Y lo será si piensa, vive y actúa imitando al Maestro.

El nombre de Obrera, aunque humilde en su sentido verbal, es nombre que habla de espiritual distinción, cual sello de nobleza en el campo de leal servicio a Jesucristo. Nos habla de un título que sólo se adquiere con las herramientas del apostolado en las manos y la práctica de la oración; de un emblema trasunto del que tuvo el Maestro Divino de la Casa de Nazaret; representa un escudo... el escudo de la Madre de Jesucristo en su pobre casita, afanosa en su trabajo, preparando los caminos de la gloria del Señor; encarna el escudo de nuestra Virgen... ¡La primera Obrera de la Cruz!

Abril 1946.

SIGNIFICADO Y ACTUACION DE LA OBRERA

El paganismo prosigue su camino de avance, envolviendo en sus redes a no pocos de los nuestros. La lucha se presenta cada vez más clara. La pérdida de la fe, la disminución de ésta, la inmoralidad en las costumbres, y la flaqueza y cobardía de muchas voluntades reclaman de nuestra parte, para contrarrestarlas, la formación de legiones, voluntades intrépidas, decididas y sólidamente fundamentadas en la fe, la pureza de vida y la intrepidez en la acción.

La Obrera sea vivo testimonio de la fe en Cristo. Flor de pureza que pueje briosa entre la corrupción, martillo de lucha por el triunfo de la verdad, voluntad entera al servicio del Divino Crucificado, santidad entre escombros de pecado.

Ante una sociedad cristianizada que retorna al paganismo, la Obrera significa la constancia y firmeza frente a la prevaricación; el valor ante la cobardía; la generosidad frente al egoísmo de pasiones no frenadas, las cuales, en su desorden, arrastran al precipicio moral y material.

La vida de la Obrera es algo enigmático en un ambiente de tanta superficialidad y enfriamiento espiritual, de tan escaso coraje para una acción

constante y abnegada. ¿Cómo puede ser esto? Fácil es la contestación. La Obrera es cual pujante retoño por plétora de vitalidad de Cristo; enraizada en El, se sostiene, crece y extiende sus fuerzas de espiritualismo, que se traduce en acción apostólica, tanta cuanto es la vida sobrenatural que vive.

En la sociedad presente encontró la Obrera el mayor y más difícil campo de lucha. Y para tomar parte en ella pensad que os hizo Obreras el Señor. Vuestro ideal es Jesucristo contra el ideal pagano: placer y vicio. Y vuestras armas son: vida ejemplar, laboriosa y santa, perfumada de amor a Dios; vuestra acción esforzada, sostenida por el sacrificio de la cruz y vuestra voluntad inquebrantable.

Y a esta lucha nos anima y seguirá animándonos la dulce mirada de la Virgen.

Noviembre 1946.

LA OBRA Y LA OBRERA

La Obrera se debe a la Obra. ¿De dónde sino de ésta recibe la cualidad específica de su vocación? Los miembros la reciben del cuerpo del cual son parte. ¿Para qué? Para conservar, acrecentar, perfeccionar y exteriorizar la vida del cuerpo, según la naturaleza y finalidad de éste. La Obrera toma su razón de ser tal, su vida y acción características, de la Obra. A ella, pues, se debe en su totalidad, para la conservación, crecimiento, perfección y manifestación de la vitalidad de esta su madre espiritual.

¡De cuántos sarmientos no penden racimos, aunque están unidos a la vid! Les falta la floración exterior del fruto, cumplido fin al que Dios destinó la vid... ¡Sarmientos sin racimos... vidas sin obras fructuosas... juventudes gastadas sin mérito de venturosa eternidad...; vocaciones con el canal de la voluntad obturado por pedruscos de querer, que más que fuerza, revelan debilidad de espíritu! Obrera, de la Obra eres y te debes a ella.

¿Qué condición de vida puede y debe vivificar a la Obrera? No otra que la propia del cuerpo al que está unida. Cuerpo vivo es la

Obra cuyo influjo vital comunica a todas sus partes y a la actividad de cada una de éstas: Cenáculos, Obreras, apostolado, etc.

Pero, ¡cuántas veces brota de un crecido manantial abundante corriente de agua para fertilizar los campos con las plantas que en ellos arraigaron, y algunos de estos campos, o muchas de sus plantas, no reciben la acción fecundante del agua! ¿La causa? No la busquemos en el manantial. Acertaremos sin duda si la buscamos en los impedimentos, muros de contención, contra los que choca y se estrella la corriente. Y muros de contención pueden ser las grandes obstinaciones de la voluntad fuertemente asida a caprichos y veleidades de la tierra. La Obrera debe aspirar y esforzarse para ser influenciada por la vitalidad espiritual, formativa y apostólica de la Obra, con todos sus variados y ricos matices. ¡Cómo resplandece el verdadero brillante cuando le toca y envuelve la luz del sol...!

La auténtica vocación de Obrera es brillante que luce por los resplandores de las distintas virtudes, cuando en su pensar, querer y obrar, le envuelve la luz del espíritu sobrenatural de la Obra. Brilla entonces la gracia del Señor... Es el triunfo de la gloria de Dios.

¡Canal de la voluntad... libre de vallas entorpecedoras... corriente sin impedimentos... voluntades sin cobardías, vocaciones sin muros de

contención... la fuerza fecundante de la Obra
—*amor, sacrificio y acción*— hará fértiles vues-
tras vidas... !

Enero-febrero 1952.

ORDENEMOS NUESTRA VIDA

Ordenar nuestra vida en todos los aspectos es siempre necesidad imperiosa. Y no lo es menos el poner en práctica las disposiciones que dimanen de una recta ordenación, la cual debemos aceptar con una obediencia pronta y disciplinada.

Intentemos poner todo nuestro esfuerzo para conseguir un mejor perfeccionamiento, una vida disciplinada en nuestros trabajos, una orientación con normas precisas que a la vez encaucen nuestras energías interiores y exteriores en el sacrificio, el amor y la paz de Cristo, ya que nuestras vidas están consagradas a El por medio de su Madre, la Virgen de los Dolores.

Procedamos siempre con rectitud, por encima de cualquier interés particular que obstaculice la buena marcha de la Obra, del prestigio de su nombre, de su eficacia. Busquemos mutuamente la santificación de los miembros de la Obra, reunidos para vivir en ella como cosa de Dios, nacida del corazón y de la mirada de la Virgen. Nos equivocáramos si pensásemos y, todavía más, si buscásemos únicamente el ser servidos por ella, con nuestro pedestal siempre pequeño de un amor propio satisfecho.

Venimos a servir, a trabajar, como sea y donde sea ; en primera o última fila, como soldados

con galones o sin ellos. Venimos a darnos de veras a Cristo, a entregarnos del todo en el regazo de la Virgen, haciendo nuestra su voluntad, que no es otra que la de Cristo. Firmes siempre en la brecha, con el nombre de Dios, —no con alarde de nuestra pequeñez que sería mayor cuanto más nos quisiéramos ensalzar— para *siempre vencer*.

Enero 1955.

REMEMORAR EL PASADO

El 1 de abril de 1939, día de la liberación de Valencia, con el deseado amanecer de la paz, despierta nuestra Obra, nacida el 13 de junio de 1934, preparados antes, entre desazones y luchas afrontadas con valentía, los primeros elementos que habían de integrar la Obra. Esta despierta con tales bríos que su acción e influencia pronto se hacen sentir en millares de almas. La Obra sale de su cuna para adquirir su personalidad jurídica el 28 de junio de 1940.

¿Y cómo son las primeras Obreras? ¿Cómo viven? ¿Qué es lo que hacen? El recuerdo de aquellas *primicias*, nos causa gozo y admiración. Aquellas Obreras que inician la marcha del Instituto, cuentan con el trabajo de sus manos, el esfuerzo heroico y, sobre todo ello, la Providencia que desciende amorosa de un Cristo y de su Madre, la Virgen. Y a Ella toca ir señalando los caminos que las Obreras siguen con ojos cerrados.

No hablemos aquí de comodidades, de abundancias, de pasatiempos. Las vimos carecer hasta de lo *necesario*. Pero su espíritu es fuerte; sus ánimos se crecen en medio de duras abnegaciones y sufrimientos. Son las primeras vocaciones

bien templadas en el crisol de la prueba, de la donación total.

Les sostiene el amor a Dios, la mirada de la Virgen a la que aman con tanto querer, que la sienten como una Madre ; es el anhelo de ganar almas para el Señor. Ya no reparan en que sus camas serán muchas veces el duro suelo defendido por alguna tabla o un *aparente* colchón o simplemente una mesa ; hasta los bidones son buenos amigos que les ofrecen ocasión para formar sobre ellos un *regalado* lecho. Ni es menos de encarecer y admirar la austeridad de una comida frugal, comedida, prudente.

Este tono de vida que se observaba en los primeros Cenáculos, los que abrieron la marcha de la Obra por el mundo, no ahuyentaba las vocaciones, sino que se convertía en misteriosa fuerza para suscitarlas y atraerlas. Conviene recordar estas palabras del Maestro : «Cuando yo fuere levantado en la cruz, todo lo atraeré hacia Mí». El desvío de este camino, impide el acopio de aquellas energías espirituales sin las cuales no caben arranques de donación total al servicio del Señor.

¿ No es verdad, Obreras, las que abristeis el primer Cenáculo de Luis Vives, las que disteis vida al de Moncada, casa llamada de *papel* por sus tabiques de cartón que convertían en enjambre de habitaciones a una pobre y desaliñada

cambrá, todo esto? Decid las que todavía quedais en la brecha, cuál fue vuestra *regalada* vida en Museros, en la calle de Salamanca, en Albacete, etc...

Bien nos diríais que vuestros pasos fueron sobre espinas y, por eso, pudisteis coger las rosas de aquel robusto amanecer, de aquella primavera de la Obra; rosas de vocaciones comenzaron a brotar con brío y raigambre de Dios. ¿Qué importa que en algunas, de vez en cuando, asomase ese *desfallecer*, tan propio de nuestra flaqueza humana? Pero es de encomiar cómo se rehacían al instante, para superarlo todo, por el fuerte impulso de su vocación.

Y al hacer este recuento, al recordar estas cosas, siempre gratas a quienes no podemos olvidar un *pasado*, experimento un dulce sentimiento de gratitud, de gozo y de confianza. Siento la nostalgia al evocar lo que la Obra fue, pero hondamente me alegra lo que *hoy es*. Aquellas han sido la solera sobre la que se ha ido levantando lo que hoy es. ¡Cuánto puede la vida interior!

La Obra, ahora Instituto Secular, va recorriendo sus distintas etapas, en verdad ascendentes. Sí, las circunstancias, en el correr del tiempo, han cambiado. Y en este cambio no deben perderse los rasgos característicos. Se cuarteá un edificio cuando sus cimientos se con-

mueven hondamente. Las conmociones internas presagian ruina, división, si no se atajan a su tiempo.

El tono de vida en los Cenáculos, en las Obreras Externas, no es ya aquel de antaño. Adaptadas a las circunstancias, en éstas hemos de navegar, pero sin parar en la siembra del Evangelio de Jesucristo. La vida espiritual, en estos tiempos de prueba y de apertura de la Iglesia al campo apostólico, por cierto vastísimo, precisa vivirla con más solicitud e intensidad.

Hay una cosa que en la Obra, en el Instituto, en todas las Obreras, en los Cenáculos, no debe cambiar, no puede inmutarse: es el espíritu de la verdadera Obrera. En vuestro avance y progreso, mayor cada día, no dejéis de mirar la lucecilla, todavía no apagada, de aquellas primeras Obreras que, fortalecidas por una intensa vida espiritual, por el fuego de la vida interior, llenas de amor a la Virgen, dieron sazonados frutos de muchas almas para Dios. El secreto de lo que fue, hoy adaptada a las nuevas modalidades de los tiempos, será el secreto siempre de lo que ha de ser.

Febrero 1968.

¿SATISFECHOS?

Lo que tanto deseábamos, lo que de un momento a otro se esperaba... llegó a nuestras manos en la noche del pasado 12 de junio: el *Decreto de alabanza*. Obreras, sois ya Pontificias. Vuela nuestra pluma ansiosa de comunicaros esta gratísima noticia. La prensa se hará eco de esta gran distinción, premio a vuestra constante labor y a vuestro buen nombre conquistado día tras día con el ejemplo de vuestro apostolado y de la virtud, que vencen los escollos múltiples que la vida apostólica presenta. Alegraos conmigo y rendid una acción de gracias fervorosa al Señor y a la Virgen. ¿No será un fuerte empujón para que en todo crezcáis... en mayor vivencia espiritual, en más rendimiento apostólico, en más unión que os vincule con El y Ella, y entre vosotras, produciendo un aumento en el florecer del Instituto?

Las obras de Dios se hacen patentes a la vista del mundo, aún muy combatidas, cuando llega su hora... De aquí que nuestra confianza se afirma, nuestra esperanza aumenta, y el futuro del Instituto se nos presenta, y esto en circunstancias tan difíciles y adversas, como algo que, con su fuerza secreta, ampliará el radio de su acción benéfica y salvadora, marchando por viejos y nuevos

rumbos de consolación y de luz para tantos deseosos de verdad, de caridad, de amor, de justicia.

De nuevo unamos nuestras súplicas, nuestras insistentes peticiones, nuestra ferviente acción de gracias a *quien* todo lo debemos: al Señor y a la Virgen.

Por fin... llegó. Del frondoso árbol del Instituto Secular «Obreras de la Cruz», cuelga ya, dorada por el sol, una palabra: Pontificias. Mientras... dos banderas ondean con la imagen de la Virgen y el escudo de las Obreras, en la Casa de la Madre de Dios, y en Santa María del Monte.

Es vuestra gran fiesta..., también la mía... *Doce de junio*. Y ambas juntas..., una sola vez en la vida.

Mayo-Junio 1971.

DOCTRINA DEL CONCILIO VATICANO II

Dice : «La adaptación y renovación de la vida religiosa comprende a la vez el continuo retorno a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los Institutos, y a la acomodación de los mismos a las cambiantes condiciones de los tiempos...»

«Redunda en bien mismo de la Iglesia el que todos los Institutos tengan su índole y fin propios. Por lo tanto, han de conocerse y conservarse con fidelidad el espíritu y los propósitos de los fundadores, lo mismo que las sanas tradiciones, pues todo ello constituye el patrimonio de cada uno de los Institutos».

De donde se sigue :

1.º Que el Instituto ha de conservar su fisonomía propia, lo que le caracteriza. Se excluyen, por tanto, los cambios fundamentales que lo desfigurarían.

2.º Que las Obreras han de reconocer siempre lo específico del Instituto : «el apostolado social obrero», y como característica, las actuaciones dentro del vastísimo campo de apostolado,

que se indica en el número cinco de las Constituciones, sin desviarse de la finalidad que se propone en el número seis.

3.º Conservar la inspiración originaria del Fundador, y volver a ella en el caso de que se hubiesen introducido desviaciones o apartamientos del espíritu que dio vida al Instituto.

4.º El Instituto, según los números cuatro y siete, entraña en su misma constitución, la adaptación necesaria y conveniente, con flexibilidad y universalidad del espíritu en el apostolado.

5.º Hay una exigencia: conservar lo propio, lo que caracteriza al Instituto, la formación peculiar de las Obreras según la mente del Fundador. No se puede, pues, renunciar a lo propio, tomando o plagiando lo que es propio de otros Institutos.

6.º Retorno a las fuentes de la vida cristiana. Son: *a)* la Revelación, testimonio directo de Dios; *b)* la imitación real de Cristo; *c)* la vida litúrgica cuyo centro es la Eucaristía; *d)* la abnegación, crucifixión con Cristo: «el que quiera venir en pos de Mí, *niéguese, tome su cruz y sígame*; *e)* la oración —vida interior—, lazo íntimo de comunicación con Cristo; *f)* finalmente, y como principio, marcha ascendente y remate de toda vida cristiana, el estado de gracia. Su

aumento vendrá a nosotros por el caudal de los Sacramentos, y la vitalidad de un creciente amor sobrenatural, removidos los obstáculos por la fuerza de la mortificación que nos configura con Cristo.

Junio-julio 1966.

DESFIGURACION

Se desfigura una cosa cuando pierde su fisonomía propia y, consiguientemente, se deforma. Se desfigura una vida cuando se la saca de su quicio y de su línea recta por la cual debe toda persona dirigir sus pasos hacia Dios, su fin supremo. Esta línea recta está trazada por preceptos de la ley natural impresa en todo hombre, y por la ley divina positiva expresada en la Revelación Divina.

Le es imposible al hombre alcanzar su fin supremo fuera de la realización, mediante sus obras, de estas leyes. A ellas está sujeto todo hombre por voluntad de su Creador. Y esta voluntad que está por encima del querer humano, ha de ser respetada y cumplida.

Cuando el hombre intenta romper este vínculo moral con que Dios le ha querido sujetar, desfigura su finalidad, pretendiendo convertirla en su propio querer, con la cual pretende independizarse de Dios.

Pero en vano el hombre se esfuerza en romper esta vinculación. Lo único que consigue es humillarse a sí mismo, hundiéndose en lo que llamamos el *vicio*. Con ello viene a descentrarse

de Dios, rebelarse contra El y cavar su propia ruina. Pasan los tiempos y corren los llamados *vientos de la Historia*, y la moral predicada por Jesucristo queda en pie. Ni las circunstancias de la vida, ni las rebeldías del hombre, podrán nunca hacernos cambiar, porque su base es inmutable.

¿Cuándo, pues, se desfigura una vida moral? Cuando el hombre abandona este cauce que le conduce a su salvación y a una nobleza de vida. Quiere entonces hacer *su moral* a su gusto. Y transformada esta moral al gusto y placer de las criaturas, y a las circunstancias de los tiempos, aparecerá la Iglesia no con la pureza de doctrina de su Fundador, sino con un nuevo rostro desfigurado.

Y así, preguntaremos, al contemplar la Iglesia personificada en la actitud de tales personas que han relajado los vínculos morales evangélicos: ¿es ésta la Iglesia de Jesucristo? ¿Es ésta la austeridad y el sacrificio predicados por el Señor como único camino para el control de las pasiones, la pureza de vida y el seguimiento del Divino Maestro?

Así, pues, como la Iglesia puede desfigurarse en sus miembros, atendida la conducta de éstos, porque no responde a las enseñanzas del Evangelio, así también puede desfigurarse un Instituto a causa de que sus miembros no actúen ni

vivan según el espíritu que anime al Instituto. Y este espíritu, este ambiente, este cauce, esta línea recta, todo esto hay que buscarlo, beberlo, asimilarlos, en las Constituciones, que son siempre norma suprema.

De aquí la grave responsabilidad de todas aquellas que, por razones o circunstancias del tiempo, contribuyesen con sus palabras o actuaciones, a la deformación o desfiguración de lo que siempre debe ser característico en la Obrera : su entrega total al servicio del Señor, con la búsqueda de su auténtica perfección y de la glorificación divina, aprovechando las múltiples gracias del Señor y manejando con ahinco el instrumento del apostolado. Así hallaremos un medio seguro para que la Obrera no sólo se conserve, sino que corra en línea recta hacia Dios.

Noviembre 1968.

VOZ QUE NO CALLA

El silencio es muchas veces reducto en el cual recobramos, con más o menos intensidad, nuestro interior necesitado de paz ante tantos alborotos, desagradables sorpresas, golpes inesperados, ante tantas cosas que vienen a perturbar la paz del corazón. En el silencio se recoge el ánimo para masticar lo amargo y también saborear lo dulce; ambas cosas nos proporcionan las criaturas; unas, dándonos satisfacciones que nos animan, otras, crucificando nuestro vivir para que así nos parezcamos más al Divino Maestro. Y sigue el silencio que sin palabras habla, sin ruidos desconcertantes, avisa, reprende, corrige.

Hay silencios que nos hacen temer, nos adentran en el secreto de nuestro *yo*, en el conocimiento e intimidad, de personas, cosas y ambientes que nos rodean, y alcanzamos una clara visión de la realidad de esta vida, hueca, vacía, si no acierta a estar saturada de Dios, si no se apoya sobre una fe inmutable, sobre una verdad absoluta, que no es otra que la verdad divina, la revelada.

Y seguimos callando, entristecidos, a la vista de un resquebrajamiento de voluntades, firmes y robustas en otros tiempos, mas ahora débiles y

quebradas, desertando del campo de batalla espiritual para seguir las corrientes de un mundo que promete y halaga, pero destroza y corrompe.

¡ Cuántas veces rompemos el buscado silencio, amargados por la pena, o, como los mastines en presencia del lobo, avisando los peligros que circundan al rebaño, o como el pastor bueno, dirigiendo con su cayado las ovejas hacia el lugar seguro del redil ! Mas, si encantos tiene el callar cuando la prudencia lo aconseja, o el *deber* lo manda, no tiene menos el hablar cuando la prudencia indica o el *deber* lo impone.

¿ Tememos ser impertinentes ? ¿ Qué importa, si al pastor le incumbe la obligación de no dejar el cayado de sus manos, y de vigilar sobre las ovejas de su rebaño, y no dejarlas a merced de los bocados del lobo ? Y hay tantos lobos vestidos con piel de oveja, que éstas, como el pastor, avisados deben estar de los muchos peligros que les asaltan por todas partes. Almas escogidas, ovejas amadas de Cristo, ¿ queréis no perecer en la boca de algún lobo cubierto con la piel de un progresismo sin Dios, sin Iglesia ? Acogeos a la sombra del cayado, que os defienda, de un buen pastor.

He roto el silencio, fuerte reducto de mi callada acción. Comprendo que es necesario que continúe siendo *voz que no calla*.

Octubre 1969.

ACLARACIONES

Con toda claridad respondemos a ciertas consultas y materias propuestas. Se menosprecia hoy a los que llaman *anticuados*. Hoy se estila ser *avanzados*. También nosotros lo queremos ser en el ejercicio del apostolado y en sus modos que encajen en las actuales circunstancias, pero ser *avanzados* en la imitación de Jesucristo, en prodigar el bien por el amor de Dios, en extender su Reino.

Mas en este proceso, el avance llega al extremo de que se proyecta la reforma-destrucción de la santa Iglesia, contra la cual no podrán nunca las fuerzas del infierno. A este fin, en su sueño loco de avance, consideran al hombre como un *todo humano*, en el cual se funden el alma y el cuerpo, suprimida toda distinción entre éstos ; y en este plan ya no podremos hablar del alma y del cuerpo como cosas esencialmente distintas, sino *hombre humano*. Entre estos *avanzados*, se sueña con establecer una *religión universal*, a la cual malamente apellidan ecuménica, y en la que se mezclan y se unen las religiones más opuestas, quedando fundidas todas ellas en *una sola*.

A partir de este momento, la *Religión Católica* ya no será la *verdadera*, sino la *universal*,

resultante de esta fusión. El Papa perderá primacía, su autoridad suprema, dada a él solamente por Jesucristo. De este modo quedará reducido como a un director o presidente de este gran caos, que nada tendrá de espiritual. La Iglesia católica habrá perdido el carácter sobrenatural. Sueñan, según planes diabólicos, en arribar a la formación de un *Cristo cósmico*, el cual no es el Cristo en el que nosotros creemos, al que aceptamos y adoramos. Este es el plan culmen soñado, la doctrina que enseña el tan leído Theillard...

¿Adónde vamos a parar con semejantes doctrinas que merecieron los *avisos y la luz roja del Santo Oficio*? A pesar de todo ello, y entre los nuestros, se leen y se releen tales doctrinas.

De la *verdad*, la *única* depositaria es la Iglesia Católica, instituida por Jesucristo, y a la cual otorgó *suprema potestad* de enseñar al mundo. Y esta es nuestra fe inquebrantable.

... ..

¿Infantilismo? Se repite con abundancia la frase de que hay que llegar a ser *adultos maduros*. Nada de infantilismos de que adolecen los consabidos y anticuados actos de piedad y lecturas espirituales. *Adultos*, quiere el apóstol San Pablo, los cuales coman el *pan duro*, de la abnegación cristiana, y que no sean siempre niños que

necesiten alimentarse con leche de consolaciones espirituales, dejando los caminos fáciles y entrando en los ásperos y punzantes. Pero a los niños, símbolo de la inocencia y de la sencillez, sin ser adultos, acogió el Señor en sus brazos, declarando ser de ellos el Reino de los Cielos...

No sé cómo cayeron uno de estos boletines en manos de ciertos *adultos maduros*, dados a la crítica menospreciadora de cuanto no encaja con sus *modos* envueltos en literatura alambicada y compleja. Los tacharon de infantiles... Vamos al caso...

¿ Es infantilismo creer que la solución del problema religioso-moral está en la promiscuación de sexo donde acampa sin trabas el llamado amor, hecho libertinaje? ¿ Infantilismo los clubs en los que, al son de guitarras, o de instrumentos excitantes, y de voces animadoras, se unen el ritmo y compases de los bailes, poco o nada en sí honestos? Reconocemos que no acontece así en todos los clubs, pero cuando el agua corre... peligro asoma. ¿ Infantilismo en las salas de fiesta, hoy en boga, donde suele quebrarse la virtud más preciada, la fidelidad en los hogares, la cartera despensa, los amores que se juraron ante el altar?

¿ O el creer que el socialismo-marxista será la panacea que remedie el desequilibrio social, que sustituirá la caridad de Cristo por la jus-

ticia y el amor humano? ¿O que ajustará la Iglesia a la doctrina evangélica, cambiada la Iglesia actual y sobre ella construida una nueva?

¿O el pensar que el hombre con su ciencia y su técnica, dominará *todos los espacios*, se enseñoreará del *Universo*, y encaramado en su cumbre se dirá ser sustitutivo de Dios, de ese Dios que consideran *abstracto*, es decir, sólo fruto de nuestro entendimiento, pero sin realidad y existencia positivas?

¿O que por el mundo estarán un día esparcidos los relojes, sin que haya relojeros? ¿O que el hombre con su arte y sabiduría, cambiará *todas* las piezas de nuestro organismo, igual que se cambian las piezas del reloj, de un coche, etc.? ¿O que el hombre alcance el sumum de su perfección, y llegue a convertir *la hoy* segura muerte en una vida interminable? ¿O de cuántas cosas diríamos más...?

Si todo esto es infantilismo, precisamente estos señores *adultos maduros*, son perfectamente infantiles. Creer y esperar en estos sucesos, sí que es propio de la sencillez de los niños. Al cabo y al fin... infantilismo. Habrá que felicitarlos por su progreso-descenso: de adultos... a infantes...

Los niños se revuelven en los brazos de su madre que los sujeta... lloran, patalean, y en el momento que pueden, se escapan, corren por las calles, gritan... Son niños que en su ninguna

o poca conciencia quieren libertad, pero no saben lo que hacen... Al fin, se alejan, se alejan de su madre. Recordemos que la Iglesia es nuestra Madre.

Pero, si por *adultos maduros* entendemos los que tienen una conciencia recta, bien formada y basada en la libertad de Cristo, fruto de la inhabitación del Espíritu Santo en nosotros por la gracia ; si entendemos las enseñanzas evangélicas vividas sin truncarlas a nuestro modo... ; si entendemos el ser obedientes y sumisos al Magisterio de la Iglesia, depuesto todo orgullo... ; si comprendemos que el ser adultos es abrazarnos con brío a la cruz salvadora, única esperanza..., hablar de Dios, darle a conocer, hablar de Jesucristo... ; el sentir la locura de un amor que nos impele a trabajar por la gloria de Dios, a revestir nuestra vida y persona con el ornato de las virtudes cristianas... En medio de la sencillez que vienen respirando las páginas de nuestros boletines, hemos de confesar bien alto que somos del gremio privilegiado de los *adultos maduros*.

Marzo-abril 1970.

FORMACION

FORMACION MORAL

La formación moral es de todo punto importante para todas las Obreras, especialmente para las que han de desarrollar mayores actividades. Por desconocimiento de los principios de *moral* cristiana, se cometen muchas equivocaciones, y se está en lamentables errores, cuyas consecuencias repercuten en la formación de la propia conciencia y de la conciencia de los demás.

No basta conocer a Dios ; es menester conocer los medios para llegar a El. El hombre llega a Dios por sus actos humanos, en su marcha ascendente hacia el fin supremo. No cabe en una Obrera la ignorancia de estos medios prácticos para conducir al hombre a la verdad de su salvación ; para seguir con paso firme y consciente, los caminos de la verdadera ascética y mística.

En una sólida formación moral no tienen cabida las conciencias dobles, las que amalgaman lo mandado con lo prohibido, lo lícito con lo ilícito, lo pecaminoso con lo sencillamente imperfecto.

Mucho mal de nuestros días tiene su base en la carencia de los principios morales católicos.

De ahí la facilidad con que se quiebran las voluntades cual si fueran de cristal ; las actuaciones inconcebibles, llenas de contradicciones, de tantas personas ; la relajación de las costumbres, a cuya expansión todos los medios se juzgan lícitos ; el enfoque equivocado de tantas vidas, al ahogar los espíritus con exigencias desmesuradas, hijas de caprichos o rutinas espirituales.

Urge, por tanto, conocer y estudiar a fondo y con seguridad los principios básicos de toda nuestra vida espiritual práctica. Se llega... no sólo conociendo... sino practicando.

Para conduciros y conducir, formaros y formar, santificaros y ayudar a santificarse, se os requiere el conocimiento integral de las personas, con sus pasiones y caracteres, con sus aptitudes y deficiencias, con sus estados normales y anormales ; conocimiento de las leyes que preceptúan y prohíben, de la libertad y de sus impedimentos, del valor de nuestros actos para adquirir los medios sobrenaturales. Es la práctica de la medicina aplicada a los espíritus.

¡ Qué firmeza, claridad y solidez se originan en la conciencia de aquella persona que está bien fundamentada en esta hermosísima ciencia moral católica ! Quiera el Señor bendecir vuestros esfuerzos y los míos para una más sólida formación moral en todas vosotras.

Enero 1948.

AUTO-FORMACION

Debemos aspirar a ella. Procurarla con verdadero interés. En la adquisición de una formación *integral*, es decir, que abarque el complejo de nuestra persona, se necesita nuestra acción personal de iniciativa, de retoque, de proyección de nuestras facultades, condiciones naturales, buscando el propio perfeccionamiento. Ser también *artistas* de nosotros mismos. Dejarnos formar, pero a la vez, formarnos a nosotros mismos. No esperar todo de la mano de fuera. Pongamos de nuestra parte cuanto nos sea factible.

El conocimiento del propio yo nos dará la clave de una múltiple exigencia, según nuestro modo personal, las circunstancias tan variadas que nos rodean, y conforme a la evolución de los tiempos, para saber vivir en ellos sin *naufragio* de ideal, con plena *mentalidad cristiana* y apostólica, enraizada en la verdad y espíritu evangélicos.

Igual que el labrador, con su constancia y tenacidad, con su esfuerzo y experiencia, transforma una montaña dura y casi estéril en campo donde florece el árbol cargado de fruto, del mis-

mo modo operemos nuestra transformación, nuestro mejoramiento.

¿Factores que intervienen? El *conocimiento propio*. La *experiencia* de la vida. El *estudio* de varias materias, o *lectura*, bien rumiada y asimilada, de la Biblia, preferentemente del Nuevo Testamento —Evangelios y Cartas de los Apóstoles— ; tratados de Religión —Teología— ; de apostolado, buscando conocer las distintas organizaciones y sus modos de actuación, y frutos que producen, fijándonos en si desvían del Evangelio, del espíritu y mentalidad del Maestro Divino, espíritu y mentalidad que debemos conocer con claridad y conservar sin titubeos ni dudas.

Esto nos marcará constantemente nuestro camino a seguir, nuestro modo de vivir interna y externamente, nuestra manera de actuar, sin que las nieblas de tantas desviaciones y de errores cubiertos con la vestimenta de *novedad*, de *moderno*, nos influyan y tuerzan nuestra voluntad, guiada por la razón, y ésta iluminada por la fe. Conferencias, cursillos, en fin, cuantos medios nos sirvan para aumentar el cúmulo de conocimientos en cualquier campo de materias formativas que puedan elevar nuestra condición personal.

Y afirmados sobre estas bases, desarrollar nuestra propia iniciativa, cual debe ser, chispa de luz, moción de la voluntad, desenvolvimiento

de la persona con sus cualidades, no encajonando, aprisionadas y represas como en cárcel, las condiciones que la adornan.

Y en esta auto-formación humana, cristiana, sobrenatural y apostólica, de ningún modo se puede omitir la educación de las pasiones; la educación en el recto uso de la libertad; la negación de nosotros mismos, regla maestra de control, que sofoca el egoísmo, y ordena nuestro vivir hacia Dios y hacia el bien del prójimo. Aún en toda novedad, para que sea ordenada al ser vivida, es imprescindible la abnegación cristiana.

Agosto 1970.

¿FORMAR? ¿DEJARSE FORMAR?

Cosa de gran importancia es la de formar un espíritu interior. Comprende el conocimiento del complejo de la persona formada : sus cualidades, su *modo*, sus reacciones, su disposición y docilidad, etc. Hermosa y dura tarea la que pesa sobre el formador.

Ha de ser un verdadero artista que con la gubia de sus enseñanzas, consejos, orientación, y fuerza a la par que suavidad de carácter, vaya haciendo saltar las astillas de lo defectuoso, que todos tenemos, perfeccionando lo bueno que hay en nosotros, haciéndole comprenderse a sí mismo, conocerse en sus variantes producidas por su estado patológico, fisiológico, psicológico.

De esta carencia de conocimiento propio, uno vive, pero se ignora a sí propio ; oye, pero no se reforma ; fracasa, más no saca experiencias de sus fracasos ; triunfa, pero se ufana de sus triunfos, echando en olvido que éstos son efímeros, y tras ellos indefectiblemente le siguen algunas derrotas. Ya el orgullo, el querer superar a los demás, con ánimo dominante o dictatorial, no tiene razón de ser, carece de la consistencia de la virtud, verdadero y primer molde formativo

de los valores que deben adornar nuestra personalidad.

Este es el troquel donde se forma el espíritu de abnegación cristiana, de sacrificio de cada momento, de donación caritativa hacia el prójimo, de trabajo llevado con ánimo, que gravita sobre nuestros hombros, pero que el Señor lo convierte en fuente de gozo interior, de méritos y de gracias abundantes, como premio.

Formar es hacer *hombres, mujeres*, aptos para la vida no de holganza ni de vicio; es forjar elementos adiestrados para ejercer con la perfección deseada sus obligaciones, funciones sociales, vida enraizada en el cristianismo cuya ejecutoria más alta la encontramos en un vuelco total en Dios. Así lo hicieron los *formados* en el troquel de la perfección cristiana, los *modelados* por las manos de los santos, los que de cara a un Cristo, sin miedo y con resolución firme, ordenaron su vida, su persona, con todas sus cualidades reformadas y ennoblecidas por la práctica de las virtudes que Cristo nos enseñó y El mismo practicó.

Formar es un arte. Hoy todos se sienten formadores. Desde el más ignorante hasta el más sabio; el virtuoso como el vicioso, charlatán, chismoso, criticón... Todos quieren formar, imponiendo su propio vivir, su juicio, sus des-

manes, sus intrigas, sus «novedades», su, llamaremos «espíritu», mentalidad...

Quien forma según él, forma mal. No somos nosotros lo perfecto, lo ejemplar. Quien forma según Cristo, su doctrina, que es su espíritu, éste lo hace bien. Porque no hay corrección ni perfección en nosotros si no somos, aunque en pequeño, una imitación de Cristo.

Sacar «otro yo», no es plan. Sacar, como fruto de nuestro trabajo educativo, a Cristo en los otros, haciendo que lo vivan... eso sí que es formar. Porque es educar las pasiones, dar nobleces a nuestras aptitudes, elevación al amor del corazón, de rendimiento para la Iglesia, para la sociedad, para el prójimo en caridad ardiente, y para Dios en un amor de rendimiento y gratitud.

Para los malos es fácil la tarea de imbuir el mal. La mala hierba no necesita propaganda. Se propaga ella misma. Y si una mano la extiende, lo hace con más rapidez.

Esta es la desgracia que padecemos en la actualidad. Muchos malos formadores, y pocos entre los buenos. ¿Y de los que resisten a la formación? ¿Y de los que se autoforman? Pero por hoy basta...

Junio 1970.

DEJARSE FORMAR...

También la materia se resiste a dejarse formar por la mano del artista, cuando carece de las condiciones precisas para ser transformada en algo mejor. Resiste la masa de barro, por su dureza, y se quiebra el trabajo del artista. Y el tronco de madera nudoso... y el bloque de piedra que al golpe del martillo sobre la gubia, se deshace... Dificultades, obstáculos para el trabajo del artista que intenta *formar* en algo *más* de representativo valor artístico ese barro, y madera, y piedra..., etc. No puede; fracasa en su intento. No están en condiciones para ser transformadas. Deberá buscar otras... y otras... hasta que logre la transformación deseada.

Y así, cuántas cosas, pura materia, transforma el hombre con su pincel, su gubia, sus manos, sobre el blando y dócil barro que modela con primor, formando *escuela* en la pintura, en la escultura, en el arte. Decimos que, tras esfuerzos, ha triunfado, ha logrado dejar estampado en su vulgar materia *algo* fijo, perenne, que delata su pensamiento, su modo peculiar, su artística huella. Todo, por fin, se reduce y sujeta a la mano del hombre, blanda unas veces, dura otras, y contenta siempre.

¿Ocurre así en nuestra llamada y necesaria formación? ¿Nos encontramos ante obstáculos que no logramos vencer? Me refiero aquí a la formación moral, espiritual, apostólica, mental, psicológica. Suelen muchas personas, por no decir todas en general, brindar más facilidad, ser dóciles a la mano, la palabra, el libro, doctrinas, de los pseudo-formadores.

¿Forman o deforman? ¿Construyen o destruyen? En sus obras formativas ¿destacan los rasgos de la virtud, o se exaltan los méritos de defectos asentados sobre valores humanos? Es toda una encrucijada en que se halla el verdadero artista espiritual, el forjador de voluntades recias y limpias, el constructor de *nuevas vidas*, el orientador de energías físico-morales, el que *quiere* formar almas, vidas, modos actuantes para servir a Cristo.

Se atraviesan en este nuestro quehacer tan difícil y delicado, no pocas dificultades; entre ellas, la resistencia de la voluntad. Esta es la principal entre otras que prescindimos de enumerar. En estos casos el artista espiritual fracasa o en parte, o del todo, según deje impresa en la persona formada alguna o ninguna huella de su intervención.

Quien *desea de veras* ser formado, ingrese en una *Escuela*. ¿Sabéis cuál es? La que fundaron los santos, copiando de Cristo, el primer

artista que nos dejó su vida, sus enseñanzas, su monumento del supremo arte del Amor, en un Sagrario y en una Cruz. La resistencia es mala condición... Corta nuestro camino hacia Dios. Los tales se escudan en su *yo* para, a la postre, hundirse en el mismo *yo*.

Es cierto que escasean los formadores de espíritu de Cristo. Pero, también es cierto que, con sorpresa, se enfrentan con dura resistencia. Y esto descorazona... Mas, ¿qué digo? El Labrador busca las rendijas o grietas de una ancha y gruesa losa... y allí deposita la semilla... Y espera que algún día fructifique la huella de su trabajo...

Como entre muchos, sigo esperando y confiando... mientras las conciencias, personas, sus vidas, van dando tumbos. ¿Hacia dónde ruedan? Hacia vidas mermadas de sentido espiritual, o carentes de él. Igual que las bandas de música cuando tienen desacertadas influencias, malos consejeros, muchos y malos directores... La música clásica quedó atrás... Ahora aquella banda de renombre, se dedicará a la música ligera, estridente... En fin, lo trae el tiempo... lo moderno... Creo no será demasiado suplicaros una seria reflexión sobre todas estas cosas, y su alcance.

Julio 1970.

MIS LIBROS

He escrito varios libros. Estimo que el contenido de sus páginas es de pocos quilates si se le compara con el de otros libros más apreciados y leídos, cuyo contenido aparece más moderno, a juicio de muchas. Sin embargo, me consuela el saber que los que salieron de mi pluma trascienden a perfumes de una buena voluntad de imitación y amor a Jesucristo.

Si las grandes lámparas despiden luces brillantes que alumbran las estancias e iluminan largos trazos, también la humilde lamparilla nos brinda su luz, haciendo huir a nuestro alrededor las sombras y oscuridades que nos envuelven. Luces mil veces benditas aquéllas que desde las páginas de los libros alumbran nuestros pasos y los encaminan hacia una grandeza espiritual de servicio leal al Señor entre sendas, a veces muy oscuras, de nuestra vida.

Mis libros son una recopilación de cosas que escribí, de otras muchas que hablé en Ejercicios, conferencias, predicación, y de pensamientos sugeridos ¿por quién? No sé... El Señor lo sabe. Una cosa para mí es cierta: que sólo busqué el bien de las almas y la glorificación de Dios, no las alabanzas de los hombres; sola-

mente me movió, penetrando con mis reflexiones en la riquísima estancia, para tantos aún escondida, de la doctrina evangélica, el dar a conocer el pensamiento y el espíritu de nuestro Divino Maestro, y así ofrecer con claridad un molde donde se pudiesen formar, hoy y en el mañana, voluntades recias, espíritus fuertes, corazones de grandes corazonadas... para algunos como sueños quijotescos fuera del marco de las realidades humanas, tan diferentes hoy en sus exigencias, a esta clase de almas aladas.

Estas tienen en contra ambientes que quieren aprisionarlas, doctrinas, ya erróneas, ya peligrosas, ora desvirtuantes de la hermosura de la abnegada virtud, ora matando las nobles aspiraciones de quienes, volando sobre lo material, desean impregnar de Dios la totalidad de su vida.

En estas u otras parecidas circunstancias, ¿qué hay que hacer? ¿Cómo os habéis de defender? Cuando falta el elemento directivo y formativo espiritual, y éste algún día se puede producir, tendréis que echar mano del copioso acerbo de enseñanzas y doctrinas que habéis recibido, y las tenéis a mano en vuestros libros, y que todavía llegan a vosotras por la palabra directa y por el lenguaje del magnetófono.

Estas enseñanzas, no cambiadas desde el principio de la Obra hasta el presente, en cuanto se refiere a la vida espiritual y apostólica, han de

constituir una fuerza constructiva de vuestra personalidad como Obreras, han de crear un ambiente denso de vida interior, han de construir una coraza, contra todos los cuales no pueda ningún ambiente con aguas de rebeldía y desmoralización.

Vuestra mejor formación como Obreras la quise y la busqué. Todavía pertinaz en mi propósito, la quiero y la procuro, según ya mis menguadas fuerzas. ¿Lo habré conseguido en la medida de mis deseos? Sea lo que fuere, y teniendo en cuenta las situaciones actuales y las adaptaciones precisas, con la pluma y la palabra, seguiré martilleando sobre el yunque.

Marzo-abril 1970.

¿SABEMOS APROVECHAR LA ABUNDANCIA DE DOCTRINA?

Es mal de todo tiempo : oír... y no cumplir ; escuchar enseñanzas buenas, y no hacerlas norma de vida ; avidez en muchas personas de que se les diga, se les hable, se les escriba... ¿ para qué ? Es un modo de pasar el tiempo. Sobran escritos, charlas, diría hasta lecturas ; nos falta cumplir, ejecutar, lo bueno de esos escritos, charlas y lecturas. ¿ Acaso leyendo u oyendo nos santificaremos y venceremos nuestras pasiones desordenadas ?

Las enseñanzas son como los rieles por donde podrá correr la locomotora. Pero si ésta no corre... ¿ para qué la vía férrea ? La máquina de nuestra voluntad puede y debe correr por esa vía construida para la Obrera, con una abundancia de doctrina, de enseñanzas prácticas de la vida espiritual y de no exiguos medios que la Obra le facilita. Obrera ¿ has asimilado debidamente este espíritu ? ¿ Estos medios producen en ti la reacción debida ?, ¿ te sirven sólo de nueva curiosidad o entretenimiento ?

Con gusto se enseña al que quiere aprender de veras ; con satisfacción se habla a aquél en cuyo espíritu pronto florece la semilla de lo que se le enseña ; no se regatea el escrito a quienes

ahnelan aprovecharse. Sólo esperan luz para ver; saber para ejecutar; oír para obedecer; orientación para comenzar su marcha.

Quienes descuidan aprovecharse, a la luz cierran los ojos; se encastillan en su «yo», viven engañándose y a veces engañando..., viven la mentira. ¿Qué podemos esperar de su actual o futura santificación? Estas personas desaprovechadas, oyen pero no hacen, tienen buenas razones sin hechos, o con malos hechos. Consultan y hacen lo que quieren; y así se repetirá la consulta hasta que sea lo que ellas quieren.

Hay fracasos en la vida que cuesta reconocer porque falta la veracidad y la humildad, y cuando una persona no vive la veracidad y la humildad, es campo espinoso donde se sofoca la siembra de Dios.

Obrera, no olvides nunca que las obras, los hechos, el comportamiento... serán siempre en todos, y señaladamente en vosotras, la mejor expresión de vuestro espíritu.

Noviembre 1953.

APOSTOLADO

APOSTOLADO DE LA OBRERA

El apostolado de la Obrera es una acción de conquista para Cristo. Su fin y meta son hacer que penetren en todas partes la verdad y el amor a Cristo.

Son las Obreras un instrumento providencial, admirable y potente de apostolado... brazos del sacerdote... actividad externa y real de la parroquia... manos ejecutoras de las consignas de la Iglesia, fuerza de lucha en su milicia espiritual.

Su campo de apostolado es muy vasto, muy amplio ; en él se incluyen todas las clases sociales, en cualquier lugar, y cualquiera que sean las circunstancias que circunden su vida.

Y la necesidad de esta acción es evidente. La mano de los enemigos de Dios siembra con afán la cizaña del mal y arranca con ahínco, con esfuerzo, con osadía, la semilla del bien que fue sembrada. Trabajan por el sólo y malvado ideal de destruir a Cristo y su santa Iglesia. Y no es menos cierto que las Obreras trabajan mucho apostólicamente, que su labor es abundante... Pero ¿ puede serlo más ? ¿ Qué espíritu debe animar su apostolado ? ¿ Con qué intención lo han

de desarrollar? ¿Cuál es el fin que han de perseguir en su acción?

Pureza de intención. — Dios, creando, legisla, es decir, fija una ley a la criatura, y cumpliendo esta ley, realiza su propio fin y concurre de este modo al cumplimiento del fin universal que es la glorificación del Creador. ¿Cómo se manifiesta esta ley en el hombre, criatura racional? Por medio de nuestra razón, y se aplica a nuestros actos mediante el dictamen de nuestra conciencia. Prácticamente, pues, el fin que intentamos será bueno o malo, según sea conforme o disconforme con nuestra conciencia. «Si tu ojo —dice San Mateo, 6, 22—, fuera sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; mas si tienes malo tu ojo, todo tu cuerpo estará oscurecido». Ojo, significa intención; cuerpo, son las obras.

¿Qué es la intención? Es el fin que nos proponemos alcanzar con nuestras obras. Es el ali-ciente de nuestra voluntad... es lo que la estimula, lo que la mueve a obrar; es la causa motora que pone en actividad nuestras energías, nuestras vivencias, nuestras cualidades, dotes, posibilidades, es decir, nuestra vitalidad toda, haciéndola converger en una dirección única: conseguir el fin propuesto, alcanzar la meta fijada...

¿Y cuál es el fin al que, por ley divina, por voluntad de Dios, debe tender el hombre, es-

forzándose por conseguirlo? : la glorificación de Dios. Es la voluntad de Jesús. Como examen de sus treinta y tres años, en la víspera de su pasión, habla así a su Padre: «Padre, yo te he glorificado sobre la tierra» —San Juan, 17, 4—. Le glorifica con su actuación de valor infinito, rescatando las almas con el derramamiento de su sangre.

A nosotros toca el deber de glorificar a Dios, con la cooperación a la obra salvífica de Jesús, que quiere valerse de nosotros como instrumentos de acción en esta grandiosa conquista espiritual; nos incumbe la obligación de glorificar a Jesucristo en su divinidad como Dios, y en su humanidad como instrumento humano de redención, de holocausto y de conquista. Y este es el ideal sublime para todos, el ideal concreto y obligado, con carácter específico para las Obreras: la gloria y triunfo de Jesucristo y de su Santa Iglesia, de la cual es su cabeza viviente.

Y hemos de trabajar por este ideal, únicamente por él. Dice San Agustín: «No te detengas demasiado en lo que el hombre hace, sino en el fin por qué lo hace». Y San Ambrosio: «Tanto de bueno tienen tus obras, cuanta es tu intención buscando la gloria de Dios».

Apostolado por Cristo. — Con mirada alta, sobrenatural, sin egoísmos que matan; sin disensiones que destruyen las fuerzas; sin bús-

queda de cargos ; sin apetencia de mandos, sino de obediencia y de trabajo constante, aunque sea humilde, oculto, que nadie lo vea. Recordemos lo que dice Jesús : «lo que haga tu mano derecha, no lo sepa tu izquierda».

Impregnadas de espíritu sobrenatural. ¿ Qué vale lo que hagamos si falta el espíritu de Cristo ? Desprendimiento y generosidad. ¿ Sirve para triunfo del Señor ? Pues adelante. No nos importe de dónde viene, quién lo ordena, quién lo hace, miremos siempre horizontes sobrenaturales, formando como un gran ejército espiritual, compactamente unidos por un mismo espíritu, el de Cristo, el único que puede llenar el corazón de un apóstol.

Junio-julio 1958.

POR EL SEÑOR... ADELANTE

Nuestra vida debe ser una continua lucha por la implantación y triunfo de un ideal : Cristo en las almas. Llenemos día tras día nuestra tarea plenamente, y para ello hay que poner en juego toda nuestra actividad y energías. Si los tiempos pasados fueran de óptimos frutos en el campo apostólico de nuestra Obra, esforcémonos para que sean superados constantemente. La Providencia de Dios nos asiste. Hagámonos merecedores de que siga derramando sobre nosotros su divina protección. Y ésta será mayor, cuanto mayor sea nuestra filial correspondencia a sus divinas gracias.

No hay tarea pesada cuando la cruz se lleva con amor a Dios. ¿Qué no haremos, y qué no podremos, animados por la fuerza secreta del amor a Cristo? ¿Qué carga rehusaremos si el Señor se digna ponerla sobre nuestros hombros? En el cumplimiento perfecto de nuestros penosos deberes encontraremos la mejor alegría y satisfacción del corazón. En dulcedumbre trueca el Señor la amargura de nuestras penalidades soportadas por su divina gloria ; en gozo, la tristeza de penosos cansancios ; en triunfos, los agotadores esfuerzos de roturación en campos de

apostolado duros y difíciles; en cosecha abundante, la siembra que, a primer golpe de vista, se presenta como baldía e inútil.

Confiemos siempre... Jamás olvidemos que hay que abonar el árbol para que siga creciendo, extendiendo sus ramas y cobijando bajo su sombra almas... y más almas. Nuestro mejor abono es la labor intensa, informada y vivificada por el espíritu del Señor. Cada una en su puesto cumpla con fidelidad, pensando que la mira Dios.

Hemos de responder a las necesidades del apostolado actual, las cuales, por ser muchas y muy variadas, reclaman nuestro esfuerzo diario, para obtener un mayor perfeccionamiento personal. Que en donde sea reclamada la Obrera, pueda llenar bien su cometido. Para la batalla en la que se lucha por la gloria de Dios, toda preparación es poca. Temple en la voluntad, disciplina y trabajo, vivificado por el fuego del amor a Cristo que arde en el corazón.

Octubre 1948.

A LOS NECIOS SEGUN EL MUNDO ESCOGIO DIOS

¡Singular modo de elección ! Así es el obrar de Dios para realizar sus grandes planes. Predica... ; sus enseñanzas son divinas. Habla de las cosas celestiales, descubriendo la falsedad, mentira y caducidad de lo terreno. Quiere despegar el corazón del hombre pegado a las criaturas, con desvío notorio del amor divino a las cosas celestiales, a su destino sublime de santidad, y a los medios que conducen a ésta.

El hombre animal se incapacita para gustar las cosas que son del espíritu. La avaricia, la sensualidad, las muelles comodidades ; la vanidad de la fuerza, del dinero, de la ciencia, de las apariencias y pomposo renombre, vacíos de Dios, nada pesan a los ojos del Señor como elementos eficaces para sostener y continuar su *obra*, la Iglesia.

Escogió a los apóstoles de entre los hombres de condición humilde, sobre todo si se considera la grandiosidad de la misión para la cual fueron elegidos. Diremos que por sus cualidades y condición humanas, estaban incapacitados para efectuar con éxito tan gran misión. Desproporción humanamente insuperable entre la grandeza de la obra instituida por Cristo, y la pobreza de

cualidades de aquellos a quienes se les confiaba. El vivir de Cristo en los apóstoles hará que éstos superen con ventaja las dificultades nacidas de la carencia del elemento humano.

Dios hace grande lo que es pequeño a los ojos del mundo, y fuerte... lo que es débil... y sabio lo que es necio. Cristo crucificado «parece locura a los gentiles... y escándalo a los judíos...»; y para nosotros, los llamados a la fe, «Cristo es la virtud y sabiduría de Dios». Lo que parece locura en Dios, es mayor sabiduría que la de los hombres, y lo que parece debilidad en Dios, es más fuerte que toda la fortaleza de los hombres.

Por eso Dios, en su infinita sabiduría y según sus modos inescrutables, «ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios, y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que no es nada, lo eligió Dios para destruir lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios», —I Cor. 1, 29—.

La prudencia de la carne todo lo cifra en la fuerza humana; la prudencia del espíritu basa su fuerza en la eficacia divina y en la atracción poderosa de la virtud, aparte de los elementos humanos. Para la prudencia de la carne, debe predominar el elemento humano; para la prudencia del espíritu, Dios es siempre el principal agente, y el vivir sobrenatural es el que ha de dar

eficacia al elemento humano en su fructificación en la viña del Señor. ¿Qué vale el humano elemento por sí sólo, aunque sea de las mejores condiciones, para empresas de frutos sobrenaturales?

Estamos ante una cruda realidad. Mientras los necios, débiles y despreciables según la estima del mundo, avanzan intrépidamente en su vida de virtud y santidad, y abren brecha en las duras trincheras del enemigo, arrebatándole las almas y entregándolas al Señor, como trofeo glorioso de sus luchas y sacrificios, los fuertes, sabios y grandes según el mundo, se ven, la mayor parte de las veces, fracasados en sus actuaciones.

Para ser pescador basta saber y querer manejar la red, despojado de sus blandas vestiduras y comodidades hogareñas, y lanzarse al mar en frágil barquilla, zambulléndose, si es preciso, en las bravas olas, para salir con su codiciada presa. En las largas noches, retando las inclemencias del tiempo, ¡cómo reman, con fuertes y fatigados brazos, en busca de su deseada presa, los auténticos pescadores! Y vuelven a la tierra, unas veces con el gozo de su captura, y otras, con la esperanza de una noche más afortunada. Y si las olas del mar llegasen a ser su tumba, ellas proclamarían la bravura, el heroísmo y el deber cumplido de estos pobres y humildes pescadores.

Obreras de la Cruz, a las que el vano juicio del mundo y de su prudencia carnal juzga por débiles, necias y despreciables, mirad a vuestra conciencia y examinad si cumplís a la perfección vuestros deberes de Obreras. Considerad vuestros trabajos y ved si los hacéis únicamente por el Señor, y si es El quien os inspira siempre y obra en vosotras.

Copiad de su infinita virtud. El es la locura de la pureza y virginidad, contra la sabiduría carnal de las sensualidades ; la locura de la humildad, contra la sabiduría del humano orgullo ; la locura de la pobreza, contra la sabiduría y el poder de los apegos que matan ; la locura de la obediencia y simplicidad de corazón contra la sabiduría de la rebeldía de la voluntad y de las encubiertas encrucijadas del alma ; la locura del sacrificio callado, sumiso y rendido, contra la sabiduría del cobarde con sus razonamientos, que son voz de la carne, no de Dios.

Obreras, seguid humildes en vuestro luchar constante por Cristo, en vuestra amplia y eficaz atracción de almas, en la mucha gloria que ganaréis para el Señor. Sed muy santas, y así vuestra vida interior llenará los vacíos que pueda haber en lo humano.

La Virgen sigue vigilando, animando y guiando vuestra labor... ¡ como una madre !

Mayo 1951.

«EN TU NOMBRE...»

Pedro y Andrés en una barca; Santiago y Juan en otra. Ambos en alta mar. No sabemos si con olas encrespadas o tranquilas, pero, sí, envueltas en tinieblas de la noche. Son las horas más propicias para la pesca. A la brega nocturna ha seguido un fracaso: nada han pescado. Las redes salen vacías. Descorazonados, saltan a tierra. De nuevo a limpiar las barcas, a reparar y remendar las redes. Otra vez a tomar el alimento de la esperanza. «¿Nada habéis cogido? Conduce la barca mar adentro y echa las redes», le dice la voz, dulce y a la vez imperativa, de un hombre que le quiere y le guarda un destino, un singular oficio. Pedro le contesta: «Bueno, porque Tú me lo dices, "por tu orden", en tu nombre, lo haré».

Son las horas del día en que brilla la luz del sol. Sus rayos se reflejan en las aguas. En su fondo, se revuelven, despiertos, los peces. No es tiempo amigo para efectuar la pesca. A los pescadores les invade la sorpresa. Las redes están repletas y a punto de romperse. Los peces no caben en la barca. Está amenazada de zozobrar. Acude Juan con la suya, que está distanciada, para aliviar la excesiva carga de la de

Pedro. Ambas barcas navegan llenas hacia aquel hombre que le mandó pescar. ¡Si es el Maestro! ¡Si es el Señor! Pero a Pedro le embarga el sentimiento de que es un pecador y, al mismo tiempo, de admiración, de gratitud y de confianza. ¡Es el Maestro! El fracaso humano se trocó en triunfo divino. Desde hoy, le dice el Maestro, te voy a hacer Pescador de hombres.

¿También el mundo, poblado de gentes, es un mar? ¿Lo es también la Iglesia esparcida por toda la tierra? Sobre las aguas del gran mar humano, hoy turbulentas, navega la barca de Pedro para introducir en ella a los hombres, comprados ya con la sangre del Maestro. Encrespadas olas la envuelven. Pedro, con los suyos, sigue pescando. No le atemorizan las bravuras de las olas..., hasta morir crucificado cabeza abajo.

Pescadores de almas somos todos los que, por benignísima voluntad del Señor, navegamos en la barca de nuestro estado consagrado al servicio divino. ¿Y lo vamos a hacer atados a un amoralismo que niega toda moral, y para quien nada es inmoral y todo es lícito? ¿Amarrados a las llamadas circunstancias y aducidas situaciones que no hacen la ley, no la crean, sino que han de encajarse, flexionarse, supeditarse, servirse de la ley, para una superación humano-sobrenatural, en que el sufrimiento adquiere el máximo valor, convirtiéndose en medio impres-

cindible para la suprema elevación del hombre en el vuelo hacia su último destino?

En tu *nombre*, oh Maestro, quisimos lanzar la red. Pescas fracasadas y pescas exuberantes de fruto. Afligidos, pero nunca desesperanzados; cansados, pero en la barca del apostolado..., bregando. El Maestro ha puesto su mano... En su nombre... Y la Virgen escoge entre los peces. Todos para su Hijo, su glorificación, pero se reserva algunos para su Obra...

No pescamos al hombre por el hombre. Es el hombre humano y hecho hijo de Dios por adopción, por redención. No cabe ya amar al hombre excluyendo a Jesucristo. Ambas cosas son inseparables. El Naturalismo arrastra al Materialismo, y éste a una Evolución que remata en la negación de todo lo espiritual, ciega la fuente de ese ¿por qué me he de sacrificar, sufrir, vaciar el bolsillo y el corazón, gastar mi vida? ¿Por un amor platónico? Van saliendo Quijotes... Pero, ¿no serán Sanchos, de mesa abundante, de placeres satisfechos, de goces materiales cumplidos, de arquetas llenas, de mucha palabra, de siembra de semillas vacías?

En el nombre de Dios, de Jesucristo, de la Virgen..., echó la red el grandioso apóstol San Vicente Ferrer... ¿Acaso presionó con su palabra? Esta no presiona... Abre horizontes hacia arriba, quita cataratas, despierta a la luz...

¡ Maestro ! En este año 73, de mi fiesta onomástica, me reafirmo, te aseguro, con fiado en tu inmensa bondad, que nunca dejaré de echar la red..., pero *siempre en tu nombre*.

Abril 1973.

LA OBRERA COMO INSTRUMENTO DE ACCION

La Obrera es un instrumento de acción porque necesariamente ha de ser un alma de vida interior, y esta vida interior forzosamente ha de dar un fruto, y éste es siempre la acción.

La acción en la Obrera ha de ser fruto de una convicción; no por un mandato, premio, estímulo, etc., sino por una convicción nacida de un ideal: Jesucristo.

Impulsemos a las almas a actuar por tan sublime ideal. La Obrera de la Cruz ha de ser remanso y canal del amor a Cristo, y su acción ha de estar impulsada, ha de ser fruto de la fuerza de su amor. De aquí que al formar a otras almas, ha de inculcar que se actúe únicamente por amor de Dios, para que otros le amen.

La Obrera ha de vivir el espíritu apostólico. Los apóstoles unían a su oración el trabajo y la predicación; así lo aprendieron de Jesús, dándonos ellos la pauta de la vida más perfecta. De todo ello se desprende las razones que explican el vivir de la Obrera de la Cruz: la imitación real de la vida de Jesucristo y de los apóstoles; porque esta vida apostólica de trabajo y oración es necesaria en la actualidad, ya que la Iglesia

lo requiere para su conservación, defensa y crecimiento ; porque la actual sociedad lo necesita para poder ser recristianizada ; porque cada cual debe dar empleo a sus talentos, y el que de Dios haya recibido talentos o condiciones para una vida apostólica, debe en ella emplearlos ; porque Dios sea glorificado. Esta ha de ser la meta de la acción apostólica.

Como consecuencia : la Obrera, como la semilla, sabrá multiplicarse, formando almas apóstoles de Cristo.

El mal está en la sociedad. Disparemos contra él, actuando en las mismas filas del enemigo con el corazón puesto en Dios, que El guiará nuestro brazo.

LA OBRERA EN LOS MOMENTOS PRESENTES

Corren nuestros tiempos llamados *modernos*. Terminó mi Misa y doy gracias al Señor por tanto beneficio. Sobre el altar una inmolación incruenta de Cristo que nos aúna. En lo alto de una hornacina preciosa, la Virgen. La miro y, junto a Ella, veo el gran plantel de Obreras. Las hay de todo tiempo; abundan los capullos; unas abiertas a los cuatro vientos, y otras escondidas, están dando en medio del mundo el sentido de lo sobrenatural...

Y yo pensé: mal está el mundo, desviado del camino trazado por el Maestro; salido está de los verdaderos cauces de la auténtica virtud cristiana, agitado por ideologías contrarias que desembocan en un alejamiento de Dios, en un dejar a Jesús por las criaturas y placeres de la vida. Triste panorama en el campo de la vida moral que encoge el espíritu.

Angustiado por esta pesadumbre, levanté mis ojos, volví a mirar a la Virgen y, rodeándola, contemplé un ejército de Obreras. Y me dije: éstas son, Madre mía, las que os darán consuelo a tu Hijo y a Ti; las que batallarán con brío por vuestra gloria y por la salvación de las almas; las que vivirán vuestro espíritu y

harán suya la verdad evangélica ; las que con su ejemplo, su trabajo, su palabra, serán alma viva de la Iglesia...

Obreras, hoy sois una realidad consoladora para la Iglesia y para el futuro, y una esperanza de amplia e intensa acción apostólica. Por la santidad de vuestra vida, habéis de ser oro fino, de muchos quilates, que pese en la balanza del Señor, y compenséis por los que defraudan, con su confusión e infidelidad, la obra redentora del Señor. Os incumbe transcendental tarea en este laberinto de cosas, en el que las almas, las conciencias, salen tan mal paradas.

Para vosotras sólo hay un faro de cuya luz no desviéis vuestro camino : un Cristo. Y El nos habla de su Reino del Cielo, de su Iglesia, de santidad, de los cauces por los cuales debéis hacer correr toda vuestra vida. Fuera del Señor no hay verdad, no hay reposo en el alma. Todo es confusión, desorden, esfuerzos para romper las bridas de su santa ley.

Manteneos, pues, firmes y fieles al espíritu y doctrina que habéis recibido, que es el espíritu y doctrina de la Iglesia.

Flote siempre vuestro espíritu de Obreras, pero limpio, claro, entero, sobre este mar de mortal confusionismo, en el que muchas almas están amenazadas de naufragar.

Abril-mayo 1966.

LA REBELION DE LOS BUENOS

Pío XII en la alocución de Navidad del año 1955, habló así: «Pasa una voz de rebelión por la tierra; es la voz de todos los buenos». ¿Se trata, acaso, de espíritu de insubordinación a la superioridad? No. La insubordinación al mandato del superior que representa a Dios; la ausencia de obediencia tan sublimemente enseñada y practicada por Jesucristo, nunca podrá ser la voz de los buenos.

Los que llevan en sí la bondad de Dios, quienes en su vivir reproducen las divinas perfecciones reflejadas en sus actos de auténtica y verdadera virtud, son dóciles, disciplinados, prontos a cumplir la divina voluntad, salvando los obstáculos que la propia comodidad, la humana soberbia, y la estima desordenada del propio yo, puedan presentarles, para desviarles de la senda recta que conduce a Dios.

Esta docilidad, este espíritu de disciplina y de obediencia, exige la unión de voluntades para una acción conjunta de propia santificación y de apostolado para extender el Reino de Cristo en las almas. Se trata de la «rebelión de los buenos» ante el tristísimo espectáculo de la maldad del mundo.

¿Cómo hay que hacerla? ¿Bastará que los buenos, que conocen y poseen las verdades de la salvación, las doctrinas de la vida espiritual, que en sus hondas reflexiones y horas de oración han penetrado en los secretos del amor de Dios y sienten el influjo de sus gracias, se queden en su mera contemplación, buscando la consolación espiritual, el gozo del corazón, en esta vida quieta, pacífica y cómoda?

La Verdad, que es Cristo, debe ser vivida, comunicada a todos los sectores de la vida humana. Poseemos la verdad. Es un talento recibido de Dios. Si lo tenemos encerrado en nuestro corazón, para nuestro único provecho espiritual, juntamente con tantos bienes espirituales, correremos la suerte de aquellos a quienes Jesús en el Evangelio arguye de siervos inútiles.

Y esto nos puede ocurrir por tener concepto equivocado de nuestra vocación cristiana, y particularmente de vuestra vocación de Obreras. Nos puede ocurrir también por indolencia, no viendo llegar nunca la hora de acción decidida, que nuestra comodidad dificulta. La responsabilidad del siervo inútil no es pequeña, ni fácil es el medir sus funestas consecuencias en presencia del enemigo de Dios, que, con su mal espíritu, tantos estragos está causando en las almas desprovistas de la necesaria formación cristiana.

Nuestra verdadera «bondad» reclama el dar generosamente una ayuda activa en esta empresa.

Nadie se quede satisfecho con el solo practicar sus devociones, ejercicios de piedad, etc. Hay que hacer algo más. A la piedad se necesita unir una acción de conquista, de aplicación de los mandamientos de Dios en la vida de los demás ; se necesita dar a estos preceptos, una extensión como requiere la vida actual.

No basta con ser buenos ; comuniquemos el bien a los demás. Debemos ambientar la vida social de sobrenaturalismo, del espíritu y la vida de Cristo ; ponerle calor de amor de Dios. ¿Y no es precisamente para la Obrera, su meta y su razón de ser ? Con sólo ser buenecitas, con deseo exclusivo de una piedad pacífica, no se cumple la vocación de una Obrera, no se emplea, en su pleno sentido, el talento de una vocación así.

Nos rebelamos ante la maldad, la acción de los enemigos de Dios ; ante los que combaten la virtud ; ante los escándalos y malos ejemplos ; ante los que propagan el mal y seducen las almas inocentes o menos formadas, a su alejamiento de Dios. Es la rebelión de los Apóstoles de Cristo, que hacen oír su voz en todos los ámbitos del mundo.

La Obrera debe formar en la avanzada de los luchadores por Dios. Paz, sí, gozo divino en su alma, por su unión con Dios, pero inquieta, movida, rápida para el trabajo en su servicio, como soldado fidelísimo del Señor, cuyo

amor nos apremia a ser activos, emprendedores, frente a los planes del enemigo, que sin cesar se esfuerza por arrebatarnos la victoria a Jesús.

Por El, y su Madre nuestra Virgen ; por las almas y la Iglesia, lanzamos nuestra voz de santa rebelión. No nos contentemos con decir : «Dios lo quiere así». Es verdad que no se mueve la hoja del árbol sin su voluntad, pero no es menos verdad que requiere nuestra cooperación en su gran obra redentora.

Piadosas, pero activas... ; santas, pero... apóstoles...

Febrero 1955.

CASAS-CENACULOS

LOS CENACULOS

Los Cenáculos son las Casas-Residencias de las Obreras. Todas, aunque no moren en ellos, deben tenerles un afecto especial. Jesucristo lo tuvo a su hogar. Los Cenáculos son el hogar donde se convive y respira el ambiente de la Obra. Muchos del mundo aman poco su hogar cuando pasan su vida entregados a todo... menos al ambiente de intimidad familiar. ¿Cabe en la Obrera no amar el recinto, aunque sea humilde, en el que el alma se abre para recibir el rocío de las luces del Señor, prepararse para la acción apostólica, o ejercitarse en ella, dando el rendimiento espiritual?

En los Cenáculos está la Capilla de las Obreras, donde Jesús recibe reparación, compañía, amor limpio purificado por la cruz de vidas inmoladas; donde el espíritu del Señor penetra en el alma de las Obreras, confortándolas y atrayéndolas hacia El; donde en soledad y recogimiento, de cara al Sagrario, recapacitan y recuerdan su entrega total al servicio divino; donde la voluntad, a veces desfallecida, recobra sus fuerzas para proseguir la lucha y vencer.

¿ En dónde se han formado, y de dónde han salido tantas floraciones de Obreras? De nuestras Capillas, en las que las gracias divinas y las miradas de la Santísima Virgen han conmovido los corazones y luego, en ansia de *algo más*, se han entregado generosamente a la voluntad de Dios, marcándoles la ruta de un ideal de santidad y de apostolado. ¡ Cuánto deben las Obreras a las escondidas Capillas de nuestros Cenáculos ! ¡ Cómo hablan Jesús y la Virgen en medio de ese silencio, entre penumbras ! Allí están Ellos, con su espíritu de amor y crucifixión, nervio y sostén de la vida de las Obreras.

¿ Cómo, pues, olvidar nuestras Capillas, cuna de nacimiento de la vocación ? Capillas de nuestros Cenáculos... moradas de Cristo y de la Virgen, que irradiáis sobre las almas calores divinos, consolaciones, fuerzas, luces de verdad, remordimientos que salvan, ¡ mil veces seáis benditas ! Son el escondrijo salvador, regazo de paz, intimidad de peticiones y ofrendas, descanso y derramamiento del corazón.

Son además los Cenáculos aula desde donde se enseña y adiestra para la lucha. Si las Obreras se aprovechan de las muchas enseñanzas que reciben en el orden espiritual, intelectual, educativo y apostólico, no será menguado su rendimiento. ¡ Cuántos medios, algunos muy costosos, en beneficio de las Obreras, mirando sólo la mayor gloria de Dios ! Esté vuestro corazón

lleno siempre de gratitud, y llevad el recuerdo de cuán pródigo ha sido y sigue siendo el Señor para con vosotras.

La Obrera debe visitar los Cenáculos con frecuencia. Si visita una población en la que haya un Cenáculo, no deje de ir a él, visitar al Señor y a la Virgen. Mantengan firme contacto con el Cenáculo respectivo; vivir su ambiente: de apostolado, de aprendizaje, de comunicación familiar, de horas de Capilla... Esto es seguir viviendo y aprender a vivir mejor la vida de la Obrera.

Septiembre 1949.

R O M A . . .

¿Podemos cantar el aleluya puesta nuestra mirada en la capital romana? Para allí partieron cuatro de nuestras Obreras, desde España, a las que se han unido dos gallegas desde Como. En sus manos ágiles está la marcha y desenvolvimiento de la actividad de este Cenáculo. Todas están animadas de la mejor voluntad; activas y esforzadas; abnegadas y competentes.

Bajo el amparo constante de nuestra Virgen Patrona, tenemos la plena confianza de que todo irá viento en popa, si bien los brazos de las Obreras habrán de ser de remeros bien forzados que manejen, con destreza y abnegación, los remos de su oración y su trabajo para llevar adelante, en medio de un amplio mar de apostolado, la barquilla de esta nueva Casa del Instituto. Es preciosa y está situada muy cerca del Vaticano. Con ello se está realizando nuestro deseo, por tanto tiempo acariciado, de que un día pudiéramos tener una Casa en Roma. Ya está en marcha y precisa de la ayuda de todas las Obreras: de sus oraciones y aplicación de algunos de sus callados sacrificios. Allí hay que hacer triunfar, como en todos los Cenáculos, el amor de Jesús y de su Santísima Madre. Y se

conseguirá; no lo dudo. Es la novedad que, entre muchas, destaca este año 1966.

Y si el Instituto corre en su avance apostólico y en su desarrollo espiritual y material, es necesario que, a la vez, crezca vocacionalmente y en savia de Dios. Repito lo que tantas veces he dicho: «a más savia más crecimiento». Y esta savia da el fruto de vidas santas, de auténtica santidad que, como una potente flecha, sube hacia arriba, buscando siempre a Dios hasta centrarse en Él. Y esto está en vuestras manos.

Abril-mayo 1966.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Presentación	9
Introducción	11
 D I O S	
Dios es nuestro fin	15
Nuestra felicidad... ..	19
Agradar... ¿a quién?	22
Servicio de Dios... ..	25
Ausencia de Dios.	28
¿Alcanzar altura?	30
Los años enseñan.	32
 JESUCRISTO	
¿Jesucristo al margen?... ..	39
 <i>Navidad</i>	
El Esposo viene, salgamos a su en- cuentro... ..	42
Natividad del Señor. Reflexiones.. ..	45
El Verbo se encarnó..	48
Navidad.	51
Navidad. Ante la Cuna... ..	54
Cuna de Belén.	56
Nuestra cuna... ..	59
Regalo de Navidad: la paz	61
Con amor y por amor	64
La Navidad	67
¿Un paso más?	69
Y nació de María Virgen	72
Natividad del Señor... ..	75
Cristo nos ha nacido... Adorémosle ...	78

	<u>Páginas</u>
<i>Pasión y muerte</i>	
La Santa Cuaresma	80
A vosotras, elegidas del Señor... ..	82
Por el Calvario... al triunfo	85
Ave, oh Cruz, esperanza única... ..	87
Recordemos	90
<i>Sagrado Corazón</i>	
Junio	96
VIRGEN MARIA	
Magnificencia divina..	101
<i>Inmaculada</i>	
«Sin mancha...»	104
Ave, Virgen Santa Inmaculada.	108
<i>Virgen de los Dolores</i>	
¡ Virgen Madre, bendita seas!... ..	110
La fiesta de Nuestra Madre.	114
He aquí a tu Madre	116
El día de Nuestra Madre	118
¡ ¡ Madre !!	120
Septiembre	122
El gran día de las Obreras..	124
La Madre llama... ..	126
Un año más	128
A Ti recurrimos... ..	130
«Y la recibió en su casa»	133
Tributo de acendrada gratitud.	135
La fiesta de la Virgen... ..	138
IGLESIA	
Permanencia de Cristo en su Iglesia.	143
Unidad.	145

	Páginas
SACERDOCIO	
Entre las grandezas, ¡ la mejor !	151
La siembra en el surco..	156
VIDA SOBRENATURAL	
<i>Santificación</i>	
La santificación	161
¿ Por qué no hacemos las cosas bien ?	163
Deseos eficaces,	165
Rectitud de intención	167
Los frutos de una vida	170
¿ Pesimismo?, ¿ optimismo?.	172
<i>Oración</i>	
Perseverancia... ..	174
Sobre la oración	176
Oración y buenas obras.	178
Velad y orad	180
<i>Renovación espiritual</i>	
A vuelá pluma	183
Un año más... ..	185
Año nuevo	187
Reflexiones	190
¿ Huellas de esperanza?.	192
<i>Virtudes teologales</i>	
¿ Crisis de fe...?	195
Junto al Maestro... no hay naufragio...	199
Caridad sentida y vivida	202
Más sobre la caridad	204
Dice Jesús	207
Postera voluntad de Jesús... ..	208
Unidad cristiana	212

	Páginas
<i>Virtudes cardinales</i>	
La prudencia y santa alegría de la Obrera.	214
Sabiduría celestial.	217
Comentarios	220
Hablemos... con provecho espiritual...	222
El lenguaje de la virtud	224
Piedad, fervor y perfección evangélica de la Obrera	227
¿Pasaron ya de moda las tan en boga llamadas «anticuadas devociones»?...	229
«Obediente hasta la muerte»	232
Cristo obediente	235
Espíritu de obediencia... ..	238
Atracción y fortaleza de la Obrera ...	242
¿Virginidad o matrimonio? Su exce- lencia	244
Seamos humildes... ..	247
Pensamientos-Humildad.	250
Mortificación	252

VALORES HUMANOS

Deber

Nuestro deber.	257
Por Dios hacia el exacto cumplimiento del deber	259
En delantera o a remolque..	261

Trabajo

Rendimiento	264
Redimiendo el tiempo	267
Amor interno y actividad externa ...	270
Dos actividades humanas: amor y poder.	274

	Páginas
<i>Buen ejemplo</i>	
Buen ejemplo	276
Ejemplaridad... ..	279
El ejemplo... habla	282
¿Vocaciones...?	285
<i>Orden moral</i>	
Desconcierto	287
Libertad	290
Valor permanente de la moral... ..	292
¿Existe el orden moral...?	295
Naufragio moral	300
Limitación de la natalidad	303

OBRERAS DE LA CRUZ

<i>Vocación</i>	
Llamada	307
Mucho dejó	308
La vocación	311
La vocación	313
Bases fundamentales de la vocación... ..	318
El que me quiera seguir... ..	320
Vidas consagradas al Señor.	322
Fidelidad	324
Ver para comprender.	327
<i>Espíritu de la Obra</i>	
La vocación de Obrera de la Cruz	330
Vivamos del espíritu de la Obra	335
El espíritu de la Obra... ..	337
Lo que debe ser una Obrera	341
¿Qué es la Obrera de la Cruz?	346
Significado y actuación de la Obrera.	348
La Obra y la Obrera	350
Ordenemos nuestra vida.	353

	Páginas
Rememorar el pasado	355
¿Satisfechos?... ..	359
Doctrina del Concilio Vaticano II. ...	361
Desfiguración... ..	364
Voz que no calla.. ...	367
Aclaraciones	369
<i>Formación</i>	
Formación moral.. ...	374
Auto-formación	376
¿Formar? ¿Dejarse formar?	379
Dejarse formar	382
Mis libros... ..	385
¿Sabemos aprovechar la abundancia de doctrina?	388
<i>Apostolado</i>	
Apostolado de la Obrera	390
Por el Señor... adelante	394
A los necios según el mundo escogió Dios... ..	396
«En tu nombre...»	400
La Obrera como instrumento de acción.	404
La Obrera en los momentos presentes.	406
La rebelión de los buenos	408
<i>Casas-Cenáculos.</i>	412
Los Cenáculos.	412
Roma	415

Se acabó de imprimir
en la imprenta Semana Gráfica, S. A.,
de Valencia,
el día 12 de junio de 1978,
LVII aniversario de la ordenación
sacerdotal del Padre
y VII de la aprobación pontificia
del Instituto Secular
«Obreras de la Cruz».

L ✠ D

